

Mastín

A Mina, a Troya, a Pipo, a Tritus, a Ron, a Flash, a Maya, a Uruguay, a Tula... Pero sobre todo a aquellos que trabajan por los que son como ellos sin perder la fe en el ser humano.

CAPÍTULO 1: Un perro viejo, un perro bueno

-Tienes la sonrisa de Bruce Willis en *Luz de luna*—

Intentó hacer memoria. Era un actor de acción, uno ya viejo. ¡Ya sabía! El de *La jungla de Cristal*. Pero no era capaz de ponerle cara. Era calvo, eso sí lo tenía claro. Y no lo recordaba muy guapo. De *Luz de luna* ni idea. Sonaba cursi.

-No tengo ni idea de qué me estás hablando mamá—

-Una serie de televisión que ponían cuando yo tenía tu edad. Tienes la misma sonrisa de pillo que Bruce Willis. La misma que ponías a los cinco años cuando habías hecho alguna trastada o querías mis patatas fritas. Irresistible—

Suspiró resignado, solo un poquito. Cosas de madres supuso. Una mezcla entre querer subir la autoestima y verdaderamente creer que sus hijos son tan guapos como listos. Probablemente en este caso es verdad que era tan guapo como listo. Es decir, andaba justo tanto en una cosa como en la otra.

-Venga, baja a Logan, que dentro de poco se le va a escapar el pis. Deja de buscar excusas—

Martín cruzó una mirada con el perro, que parecía saber que estaban hablando de él. Estaba tumbado en el pasillo, justo al lado de un radiador absurdo. ¿A quién demonios se le podía ocurrir poner un radiador en medio de un pasillo? Al menos Logan le sacaba algún provecho.

-Eres tú la que pones excusas, yo me he limitado a decir que ya lo bajé esta mañana—

-Tener que hacer la cena no es ninguna excusa. Y yo lo he bajado durante todos los años que eras un mico y no me atrevía a dejarte salir solo a la calle. Si quieres echamos las cuentas. Así a ojo a tres paseos al día me salen más de mil paseos al año, que durante siete años en los que tú eras un enano son unos ocho mil paseos que te saco

de ventaja. Toma y bájalo – ordenó cogiendo la correa de nailon y sacudiéndole en broma con ella.

-Ese cálculo no vale para nada, antes te repartías los paseos con papá, no los hacías todos tú– replicó él con su mejor sonrisa de Bruce Willis mientras se agachaba para ponerle la correa a Logan, que ya se había puesto en pie y sacudía la cola con su mejor sonrisa del equivalente perruno a Bruce Willis ¿Rex? ¿Rintintín? y aparentaba cinco años menos de los que realmente tenía. No había mejor tratamiento para rejuvenecer a un perro que disponerse a salir a la calle.

-Sí, y ahora contigo. Y no creía que también me vería discutiendo con mi hijo por cosas así. No seas tan adolescente, anda. ¡Por el amor de dios! Si tenemos ascensor, ni siquiera tienes que subir escaleras-

Estaba saliendo resignado por la puerta cuando la oyó de nuevo.

- ¡Y no te olvides de la basura! -

Volvió sobre sus pasos dejando a Logan moviendo el rabo junto a la puerta, ató las dos bolsas y bajó por las escaleras en un minúsculo y ridículo gesto de rebeldía.

En cuanto se deshizo de la basura se colgó la correa de la muñeca y metió las manos en los bolsillos. Había bajado el móvil, las llaves y un par de bolsitas para recoger sus cacas. En condiciones climatológicas menos adversas estaría metido en su teléfono, viendo alguna red social, haciendo fichajes futbolísticos imaginarios o diciendo tontadas por WhatsApp. Con el frío que hacía aquella noche no se atrevía más que a jugar con la carcasa en el interior de la cazadora.

-Una vuelta rápida y a casa, ¿vale colega? Tampoco creo que a ti te apetezca andar mucho-

Logan se detuvo tranquilamente a olisquear un triste arbolillo urbano y alzó tanto la pata que casi perdió el equilibrio. Los cuartos traseros también estaban comenzando a fallarle.

Era un perro viejo y era un perro bueno. Más bueno que viejo, y eso que tenía el equivalente en años de Matusalén. Su padre se había presentado con él en casa cuando Martín iba a empezar el primer año de infantil y ahora estaba en su último año antes de comenzar la universidad. Catorce años eran muchos años en un perro de ese tamaño. Logan era un pitbull negro y blanco, uno de los grandes. No tenía ni idea de dónde lo había sacado su padre, pero sí que recordaba que su madre había puesto el grito en el cielo. No por tener un perro, que en eso estaba de acuerdo, sino por la raza y porque ya tuviera cerca de un año y un tamaño considerable. Le daba algo de miedo lo que podría pasar al juntar a un trasto de cuatro años recién cumplidos con un animal tan potente. El miedo de su madre duró poco, Logan siempre fue un perro sociable, tranquilo y equilibrado que medía sus fuerzas de manera exquisita al jugar con él y que nunca tuvo el menor problema con otros perros. El miedo de aquellos con los que se cruzaban fue otro cantar. Estaba acostumbrado a las miraditas, a ver cómo la gente se cambiaba de acera, se alejaba de ellos con sus perros o se sentaba en la mesa de la terraza más alejada de la suya. Injusto y absurdo. Más absurdo aún que poner un radiador en medio de un pasillo. Todo aquello solo había cesado cuando Logan se convirtió en el anciano que era ahora, algo pasado de peso, de andar lento, ojos nublados y rostro canoso. Algo en los perros ancianos despertaba en mucha gente la misma ternura que los cachorros.

-Ahora soy yo el que estoy en esa fase en la que alguna gente se cambia de acera y se sienta lejos de mí y mis amigos— le dijo a Logan mientras abría el portal.

Ignoró de nuevo el ascensor y subió los tres pisos por las escaleras intentando adivinar qué había para cenar en las casas de algunos de sus vecinos por los olores que invadían los descansillos. Últimamente siempre tenía hambre.

Logan ascendía trabajosamente tras él, las uñas repiqueteando en las losas de mármol.

CAPÍTULO 2: Un galgo con abrigo

El despertador sonó por segunda vez y decidió que ya tocaba levantarse. Apartó la funda nórdica para enfrentarse al frío primero y a otra jornada de instituto después. Por suerte contra el frío tenía el batín. Era viejo, feo y le quedaba algo grande, pero también era suave, caliente y había pertenecido a su padre. Contra el instituto solo le quedaba el consuelo de que en cuatro meses se acabaría para siempre.

Bien mirado, su desayuno no resultaba demasiado apetitoso. Le gustaba el café con leche tan lleno de galletas que se convertía en un extraño yogur marrón y templado que había que comer a cucharadas. Le importaba poco que no fuera bonito, le encantaba. En verano prefería cereales con leche bien fría. Su madre, en cambio, se sentaba ante unos desayunos a los que apetecía hacer fotos en lugar de comérselos. No lo decía por decir, que algún día la había pillado haciéndolas. Últimamente le había dado por colocar en la bandeja tostadas de pan de pueblo, un kiwi cortado o unos cuantos frutos rojos y un té verde. En lo que sí coincidían ambos era en desayunar sentados y tranquilamente, aunque cada uno a una hora diferente.

Logan lo miraba desde el suelo, con la cabeza sobre las patas delanteras, los ojos opacos y la baba humedeciendo el suelo.

– Si no fuera por esa manía de babearlo todo serías el perro perfecto –

El viejo pitbull alzó la cabeza.

– Claro que vete a saber lo que opinas tú de mí. Seguro que crees que te doy pocas chuches, apenas te rasco la barriga y soy un tirano por no dejarte ya dormir en mi cama. ¡Es que ahora se te escapa el pis, tío! Y yo soy bastante más grande –

Cuando se fue al baño dudando si ducharse o no, sintió al perro levantándose y siguiéndole. Alguna vez que Manu había estado en casa había comentado lo raro que debía ser tener constantemente a Logan pegado a sus talones, la verdad es que Martín

no se daba ni cuenta. Había crecido teniendo dos sombras, una de ellas peluda y de treinta kilos.

– Mierda. Pues no va a haber ducha – dijo quitando el post-it que su madre había pegado en el espejo diciendo que no le había dado tiempo de bajar a Logan.

“Gracias mamá, si hoy no se acerca nadie a mí porque huelo mal será por tu culpa”, pensó mientras buscaba el desodorante. “Tú no llegaste tarde al trabajo, pero yo me he quedado sin mi ducha. A este paso pronto te dejaré sin esa ventaja trampa de los 8.000 paseos. Porque Logan se morirá antes, que si no era cosa hecha”.

Según lo pensó, se arrepintió. Era indudablemente cierto que a Logan no podían quedarle muchos años. Era necesario ir mentalizándose de que en cualquier momento les daría un susto, lo había hablado con su madre. Pero no le gustaba recordarlo y mucho menos bromear con ello, aunque fuera únicamente consigo mismo.

Se lavó los dientes y la cara a toda prisa, ignoró cordialmente su pelo como venía haciendo desde que a los dos años comenzó a tener algo digno de ese nombre en la cabeza, se vistió a toda velocidad y cogió la correa.

– Vamos campeón, que me toca a mí bajarte –

Los coches estaban helados. Era una de esas mañanas de rascar cristales antes de arrancar. Se subió el cuello del abrigo y se acercó a la plaza que había junto a su casa, un rectángulo con unos cuantos bancos, una estatua absurda y vagamente fálica (un mal que aquejaba a muchísimas esculturas modernas), algunos escuálidos arbolillos urbanos y una zona de la que en verano salían chorros de agua del suelo para solaz de las avispas, que no de los niños para los que supuestamente se había construido. Le quitó la correa a Logan, jugándose una multa si le veían con un pitbull suelto aunque dicho perro potencialmente peligroso fuese el equivalente en vigor físico a un nonagenario, y le siguió lentamente mientras husmeaba, orinaba y daba vueltas hasta encontrar la postura propicia. Sacó una bolsa negra del bolsillo y retiró la primera obligación del día de su perro. Era una cochinado reconocerlo, pero lo cierto es que en días así de fríos incluso agradecía recoger la caca de Logan. Estaba a punto de lanzar la

bolsa con la plasta agradablemente cálida a una papelera cuando vio a otro perro saliendo de su portal. Era un galgo enorme de color canela que parecía flotar dentro de un tupido abrigo negro para perros, lo llevaba una chica bajita, con gorro y una bufanda gigantesca y de la que apenas se veía la nariz roja del frío.

Conocía bien a todos los perros y a todas las chicas de su bloque y de las puertas vecinas, y tanto el galgo como ella eran nuevos. Decidió hacer lo que él llamaba 'la prueba del pitbull' y se dirigió derecho a ella para ver si cruzaba la acera, daba la vuelta o directamente sujetaba al perro con terror.

Nada de eso, afortunadamente. Se limitó a echar un breve vistazo a Logan y dejar que los perros se olisqueasen con el interés justo.

– Hola –

– Mmm – contestó ella sin mirarle y siguiendo su camino.

Dejó a Logan comiendo la primera de sus dos raciones de pienso y corrió para intentar alcanzar a Manu, lo logró casi ya en la puerta del instituto.

– ¡Eh! ¡Anda que esperas! –

– Te esperé un par de minutos en la esquina, pero hacía demasiado frío. Tenía que moverme-

– Podías haberte movido más despacito. O haber mirado el móvil –

– Andando despacito no hubiera entrado en calor, y el móvil no funciona con guantes – apuntó ella haciendo bailar ante su cara unos dedos enfundados en lana vieja.

– ¡Joder! Espero que nunca te toque tener que irte a vivir a Noruega o a Canadá- replicó riendo y convirtiendo su aliento en un denso vaho blanco.

– Pues no lo descartes, que no he cambiado de idea respecto a estudiar biología, y ya sabes cómo está aquí el patio – rio Manu también.

– Hoy es uno de esas mañanas de dragones – dijo Martín exhalando de nuevo y luego rugiendo lo justo para no parecer un niño de Primaria – ¿lo recuerdas? –

– ¿Cómo lo voy a olvidar? Nos encantaba jugar ser dragones. Lo que no recuerdo es que pasara tanto frío entonces –

– No hay ningún misterio, cuando éramos niños más pequeños nos movíamos más –

Tal vez espoleados por el frío, llegaron con tiempo de sobra a la clase, que estaba congelada. Quitaban la calefacción de noche y se notaba, aunque pronto haría calor allí dentro, en parte por todos los cuerpos que compartirían un mismo espacio. Manu se fue a la mesa que solía ocupar, más cerca de la pizarra y al lado de su amiga del alma Nuria. Martín se incrustó como pudo en su pupitre de la penúltima fila. ¿Qué sentido tenía tener el mismo tamaño de mesa con diez años y casi con dieciocho?

– ¿Cuándo vas a decidir tirártela? – dijo Andrés señalando con la barbilla el cogote de Manu. Andrés era de esa gente que no decía ni hola ni adiós, simplemente aparecía y desaparecía.

– Mira que eres bestia. Manu es sólo una amiga –

– ¿Y qué pasa? ¿Las amigas se desintegran cuando las tocas? La tienes en bandeja si quieres –

– No quiero. Y no está en la bandeja de nadie –

– A este paso vas a llegar virgen a la universidad –

– Como tú, no te jode. Y como muchos –

– Tú mismo, cada uno se consuela como quiere –

Algo le decía que Andrés tenía razón, que si quisiera habría algo más, pero no podía decirle que Manu era una amiga, que no tenía otro interés en ella y que no quería complicarse la vida ni hacerla daño. Eso no era algo que le sirviera a Andrés para otra cosa más que para tomarle el pelo. No iba a descartar que lo hubiera pensado en alguna ocasión. Era un adolescente y era heterosexual, lo suyo era al menos plantearse una vez con todas las hembras de la especie de entre quince y treinta años con las que se encontrase. Los tres rollos que había tenido no habían salido demasiado bien y hacía demasiado del último. Desde el verano. Por suerte Laura ya no estaba en el instituto y no se la encontraba nunca cuando salía. Para una flamante universitaria los viejos garitos de siempre debían saber a poco.

Decidió cambiar de tema.

– ¿Sigues decidido a estudiar derecho? –

– Sí, claro – Andrés silenció el móvil y lo guardó en la mochila.

– Pues te vas a comer los mocos, que lo sepas –

– Menos mocos que tú, que no sabes todavía lo que quieres. Y estamos casi en febrero

–

– Te pareces a mi madre, déjame en paz- dijo Martín pensando que el cambio de tema le había salido rana.

Por suerte en ese momento llegó la profesora de Historia Contemporánea dispuesta a ahondar en la situación existente a comienzos de siglo en Europa que acabaría desencadenando la Primera Guerra Mundial.

Historia le molaba un huevo, era probablemente su asignatura favorita. Pero ni se planteaba estudiar eso. Si en Derecho estaba la cosa de encontrar trabajo complicada, estudiando algo como Historia no quería ni imaginarlo. No le apetecía tirar cuatro o cinco años de su vida a la basura. En el fondo le daba la impresión de que eso es lo que sucedería independientemente de la carrera que eligiese. Tal vez aún no sabía dónde

meterse precisamente por esa sensación de que pasar por la universidad no valía para nada.

Desde su sitio veía a Manu tomando apuntes, se distrajo observando el bamboleo de su coleta oscura. Ella tenía clarísimo desde hacía años que quería estudiar Biología. Igual que tenía clarísimo el libro y la película que se llevaría a una isla desierta, que el verde era su color favorito y que quería seguir en clase de Historia aunque lo suyo fuesen las ciencias. La envidiaba.

Cerró brevemente los ojos e hizo un esfuerzo por zambullirse en el Imperio Austro-Húngaro.

– Te dejaste la taza del desayuno sucia sobre la mesa, la toalla húmeda encima de la cama y el pijama y la bata tirados en el suelo del dormitorio. No puedes ser tan desastre –

– Ni me di cuenta mamá-

– Nunca te das cuenta. Tienes que empezar a espabilar. No te pido que limpies, aunque tendría derecho a hacerlo, que yo trabajo y me ocupo de la casa y tú solo de estudiar. Pero no te pido que limpies, solo que recojas un poco lo que usas, que no me empantanes más de lo necesario la casa – dijo su madre doblando la falda que acababa de planchar y colocando su camiseta de los Timberwolves sobre la tabla.

– Creo que Logan ya no es el único perro del bloque. Hoy he visto antes de ir al insti a una chica con un galgo – últimamente no paraba de dedicarse a regatear el balón en las conversaciones.

– Tal vez estaba de visita –

– ¿A las siete y media de la mañana? –

– Vale. Puede que sea del segundo en el que vivía el señor Marcial. Tal vez sus hijos lo hayan vendido o alquilado, aunque desde luego no han hecho obra –

– El piso estaría bien –

– Mira que lo dudo. El señor Marcial llevaba allí diez años viviendo solo, desde que se quedó viudo. Debe ser el típico piso de personas mayores y seguro que necesita una reforma como el comer – su madre desenchufó la plancha y comenzó a doblar la camiseta.

– Por cierto, mañana por la mañana también te toca a ti bajar a Logan –

CAPÍTULO 3: Un podenco con miedo a los hombres

– ¡Guarra, eso es lo que eres! ¡Una guarra! ¡Putos perros! ¿Y ahora qué? ¿Lo vas a limpiar? ¡Hasta los cojones me tenéis!-

Volvía a casa con Logan cuando se encontró con la escena en su portal. Por un lado, la chica del galgo, que esa mañana llevaba un segundo perro, también color canela, más pequeño. Estaba intentando explicarse con calma ante el gilipollas del bajo.

Aparentemente uno de los perros se había meado nada más pisar la calle y había salpicado el mármol del portal. Todo un drama, vamos. Como para estar a gritos antes de las ocho de la mañana.

Se sentía predispuesto a favor de la chica aunque no la conociera de nada. De entrada era una chica; eso ya le daba muchos puntos. Y era de su tribu de amantes de los perros. El del bajo, en cambio, era un amargado que cuando a su madre se le caía alguna braga al patio, en lugar de llamar al timbre para devolverla como cualquier persona normal o esperar a que su madre bajase a buscarla, la dejaba colgada en el picaporte. El típico al que todo le parecía mal, le molestaba hasta que respirasen y gritaba por cualquier cosa. En verano, que tenían las ventanas abiertas, era frecuente oírle perder las formas con su mujer. Se había jubilado un par de años antes y no sabía cómo matar la bilis y el aburrimiento para desgracia de su pobre señora, que también era un poquito estirada, todo había que decirlo. Al menos esa era la teoría de su madre, a la que le había puesto la cruz desde que hicieran obra en casa, tras morir su padre. Los ruidos eran insoportables decía, como si vivir en comunidad no supusiera a veces sufrir los inconvenientes de las reformas de algún vecino. Y se quejaba continuamente de unas plantas que decía que se le murieron por culpa del polvo que caía al patio y que su madre se negó. A Martín no lo saludaba si podía evitarlo desde que cumplió los catorce años. De hecho, últimamente lo miraba cuando se cruzaban en el portal como si fuera un delincuente juvenil. No se lo tomaba como algo personal, sospechaba que era de esos que tomaban a todos los adolescentes por gamberros.

Por un momento valoró dar otra vuelta a la manzana a ver si así ya había acabado el rifirrafe cuando volviera. Luego se lo pensó mejor. Hacía frío y no tenía por qué cambiar sus planes por aquel imbécil, así que estiró sus escuálidos ciento ochenta y cinco centímetros lo mejor que supo, cuadró las espaldas deseando tener algo más que cuadrar y dirigió sus zancadas a la puerta decidido a dar algún motivo a esas miraditas que llevaba tres años recibiendo.

– Buenos días Ernesto. ¿Dándote a conocer a la nueva vecina? – preguntó mirando de frente al hombre. El tipo le sostuvo la mirada desde abajo, pero todo su lenguaje corporal había cambiado. “Claro, con la chica del galgo sí que te pones chulo, pero con el chaval del pitbull te lo piensas”, pensó Martín agradeciendo una vez más la altura que le legó su padre. Ernesto se limitó a resoplar, dirigiéndoles una mirada asesina y alejarse a paso vivo por la acera de enfrente.

– No te preocupes por él, es un imbécil – dijo a su nueva vecina, que la verdad es que, ahora que se fijaba, no parecía preocupada en absoluto.

– Gracias. Hago todo lo posible para evitar que se meen justo en los portales, pero esta vez ha sido imposible. Creo que lo que más le cabreó es verme felicitarle tras el pis, pero es que justo este enano está aprendiendo ahora a hacer sus cosas en la calle y hay que premiarle estos intentos – dijo señalando al perro más pequeño. – Estaba intentando explicárselo. Además, son cuatro gotas – concluyó encogiéndose de hombros.

– No le des ninguna importancia. Tiene malos modos con todo el mundo. Con gente así solo sirve ponerse un poco chulo y pasar de ellos. Pero es el único, los demás del bloque son gente muy normal. Ya irás conociendo a los vecinos –

– No se la doy. Y no creo, no tengo especial interés – replicó ella con una sonrisa que se intuía cargada de intención tras la bufanda.

– Yo me llamo Martín, vivo en el tercero –

– Vale – se limitó a decir ella sin deshacer aquella sonrisilla.

Mientras hablaban Logan había estado olisqueando y saludando con mucha dignidad al galgo, tras lo cual se dirigió al perrillo canela, que se puso inmediatamente en posición de juego. Lo que Martín de niño llamaba “la reverencia”. No hace mucho tiempo Logan hubiera respondido de la misma manera. Le encantaba jugar con los perros más pequeños que él, pese a que no tenía mucha oportunidad de hacerlo porque un gran porcentaje de dueños de perros pequeños en cuanto veían aparecer al perrazo negro y blanco con bozal se los llevaban a tirones de correa o bajo el sobaco. Pero los años le pesaban cada día más y ahora se limitó a saludar al perrillo moviendo la cola amistosamente y dedicándole lo que Martín llamaba “su sonrisa perruna”. Era un chucho flaquito y simpático, con aspecto frágil y atlético a la vez. Martín extendió la mano para acariciarle e inmediatamente el perro detuvo el juego y se encogió, con el rabo entre las patas y las orejas gachas, aterrorizado.

– Eh, pequeñajo. No te asustes, que no te voy a hacer nada –

– No se lo tengas en cuenta, no es nada personal. No se fía de los de tu sexo –

– ¿Le dan miedo los hombres? – preguntó sorprendido.

– Sí, y también los niños – replicó ella arqueando una ceja de tal forma que convertía la pulla en una kalashnikov apuntándole directamente entre los ojos.

Por un momento Martín estuvo a punto de replicar “yo no soy ningún niño, tengo diecisiete años” pero supo contenerse a tiempo. Esa frase le ubicaba en doce años mentales. Eso con suerte. Decidió ignorar el comentario elegantemente. Tampoco ella debía ser mucho más mayor. Obviamente, para estar viviendo sola tenía que ser mayor de edad. Pero no podía tener más de veinte o veintiún años decidió mirando aquel rostro maquillado por el frío.

– Lucas lo ha pasado muy mal a manos de su anterior dueño, que le zurraba de lo lindo. O de sus anteriores dueños, que a saber la historia que arrastra el pobre, solo sabemos que hubo palos y hambre. Lo del miedo a los hombres les pasa a muchos perros de protectora: eran hombres los que les maltrataron y les cuesta volver a coger confianza en ellos, pero lo acaban logrando – explicó ella.

– ¿Lo has adoptado en una protectora, entonces? –

– No, Trancos sí es mío – dijo señalando al galgo con la barbilla para no sacar las manos del abrigo – pero a este podenquito lo tengo de invitado, en acogida hasta que encuentre un hogar. Es pequeñito, espero que no cueste mucho.

– Ah, genial –

– Bueno, vamos a seguir con el paseo. Adiós – dijo entonces ella girándose en dirección al raquítico parque urbano del barrio.

– Hum. Yo no había acabado el mío. ¿Te importa que te acompañe? –

Entonces ella se volvió elevando el arqueamiento de la ceja tantos grados que Martín se arrepintió inmediatamente de haber hablado y carraspeó un poco antes de recular.

– Bueno, la verdad es que con la charla se me ha hecho un poco tarde. Más vale que espabile o voy a llegar tarde a clase –

– Eso, anda, date prisa no sea que llegues tarde al instituto – rio ella antes de desaparecer.

Pocos minutos más tarde, mientras corría sabiendo de sobra que ese día no alcanzaría a Manu, no dejaba de decirse que había sido un gilipollas. No fue hasta llegar casi al recinto vallado del centro de enseñanza que se relajó forzándose a recordar lo que algunas veces le había dicho su madre: “aquel que no se haya llamado imbécil a gritos internos a sí mismo unas cuantas veces, es que realmente es un imbécil integral”.

CAPÍTULO 4: ¿Un perro perdido?

Martín agradecía con frecuencia su altura. Era lo suficientemente grande como para que cualquiera se lo pensara dos veces antes de meterse con él, pero no tanto como para colocarle en el punto de mira de los que no toleraban a los diferentes. En un curso inferior había un chaval que medía algo más de dos metros, todo codos y rodillas, que se había ganado el apodo de “el cigüeño”. La regla de oro en aquella jungla social era no llamar en exceso la atención y él, por suerte, la cumplía tanto en lo que estaba en su mano como en aquello que no podía controlar. Sacaba unas notas bastante razonables pero muy lejos de los tres o cuatro de casi todo sobresalientes, su apariencia y su comportamiento eran del todo normales y nunca había tenido la mala suerte de ponerse enfermo y cagarse en clase o dar la nota por cualquier otro motivo. Lo cierto es que así eran la mayoría en su clase y en todo el instituto. Ocho de cada diez pasaban los cursos sin grandes penas ni grandes glorias. Los otros dos que completaban la estadística eran otro cantar: uno era alguien que se salía del tiesto por macarra, el otro era algún paria. En todas las clases había de media un par de matones y otros dos pobres pringados.

El más infeliz entre los infelices en su clase era Juan. Todo comenzó cuando Alberto, que era al capullo oficial, comenzó a llamarle Juana cuando tenían unos doce o trece años. Juan era frágil, con piel de porcelana, algo amanerado en sus gestos y con una voz quebradiza.

La cosa comenzó con bromas infantiles y estúpidas, como esconderle las cosas cuando iba al baño, quitarle la silla cuando se iba a sentar, lanzarle las ceras por la ventana abierta o hacerle dibujitos ridículos en el pupitre. En algunas ocasiones él se había reído, no se enorgullecía de ello, pero era un niño y todos lo hacían. Incluso Juan esbozaba risas trémulas intentando congraciarse con la manada en plena humillación.

Ya no eran unos niños y aquel acoso había evolucionado y ganado en crueldad. La llegada de la barba y el estirón no había sido suficiente para contrarrestar esa impronta femenina. Las bromas eran más hirientes e implicaban con frecuencia las

redes sociales y el Photoshop. Se le excluía y ridiculizaba. Martín, como muchos otros de la clase que no veían ya ninguna gracia en torturar al pobre chico, se limitaban a pasar del tema. Igual que los profesores, que eran conocedores del problema pero preferían ignorarlo y seguir dando apuntes.

Martín no tenía claro si Juan era gay, aunque era cierto que, como decía de cachondeo Andrés, “no se le conocía mujer”. Tampoco le importaba lo más mínimo que lo fuera. Volviendo a Andrés: “mejor, menos competencia”. Sabía de sobra que lo estaba pasando mal, que tenía derecho a ser lo que le diera la gana y a que le gustase quien quisiera. Y no lo sabía porque lo hubieran hablado en clase de ello en un plano teórico, igual que del aborto o la eutanasia, lo sabía porque lo sentía en las tripas.

Por eso, en el fondo, le jodía limitarse a ser un espectador para evitar conflictos.

Aquella mañana, durante el descanso, Alberto y Carlos habían ido con el móvil en la mano en busca de Juan, que estaba tranquilamente de charla en una esquina con Laura, carne de primera fila tímida y agradable al mismo tiempo, poquita cosa en general. Era imposible ver a un tío de la clase hablando a solas con Juan, habría sido la mejor manera de invocar problemas. Al acercarse fingieron resbalarse con el aceite que soltaba ‘Juana’. Ya solo con eso lograron que Laura desapareciera. Luego quisieron mostrarle fotos en el móvil.

– Mira tío, Twitter está lleno de actrices porno y tienen fotos en las que se las ve haciendo de todo. Tengo aquí una que te la va a poner dura seguro – dijo Alberto metiéndole el móvil bajo la nariz.

– Déjame en paz –

– Vamos, que quiero comprobar si te la pone dura. Como no sea así, lo tuyo no tiene remedio –

Juan se zafó como pudo y se dirigió a la cafetería del instituto. Era buena idea, allí siempre había algún profesor. Si conseguía llegar, claro. Alberto y Carlos le seguían riendo.

Sí, se alegraba de no destacar y de ser lo bastante grande.

– ¿Qué haces aquí solo? –

Martín se volvió para encontrarse a Manu sentada en el alfeizar.

– Necesito ayuda con Historia. Tenemos el examen el viernes y no he estudiado nada. ¿Te parece si repasamos los apuntes juntos? Mola la manera que tienes de hacerme entender las guerras – propuso balanceando los pies de forma alterna.

– Vale, pero no me apetece pasar la tarde metido en casa. Puedo coger a Logan y damos una vuelta por el pinar mientras lo repasamos. Hace un montón que no le doy un buen paseo –

– ¡Hace un frío que pela! – protestó ella.

– De eso nada, al sol se está bastante bien –

– Flipas. Los tíos tenéis todos el termostato mal graduado. Con lo a gusto que se está en casa calentitos –

– ¿Quieres que te explique la Segunda Guerra Mundial equiparando a Inglaterra con Andrés y Francia con Claudia, o no? –

– Tú ganas, como siempre – dijo riendo Manu. Luego señaló con la barbilla el lugar por el que habían desaparecido Juan y su séquito. - ¿Quiénes serían ellos? –

– Alberto sería Alemania, Carlos sería Italia. Y Juan me temo que Polonia – suspiró sin la menor duda.

Era una birria de pinar. Completamente artificial, con los árboles alineados y flanqueado a un lado por la autovía y al otro por un polígono industrial, pero era un sitio tranquilo, estaba a unos veinte minutos andando de su casa y podía soltar a Logan para que olfatease y corriera un poco. Si obviaba lo que les rodeaba, la perfecta

alineación de los pinos, y se concentraba solo en la tierra llena de agujas y de los primeros y tiernos brotes de hierba verde, era capaz de disfrutar bastante simplemente paseando por ahí.

– A mi madre no le gusta que venga por aquí, dice que como hay tórtolas y conejos también hay escopeteros que vienen a pegarles tiros y le da miedo que me lleve uno –

– No se meten en estos caminos por los que hay gente paseando, corriendo y en bici. Se quedan en los sembrados de más allá. Ahora casi no venimos, pero antes mi madre y yo sí que nos escapábamos bastante con Logan para que desfogara y los tiros siempre sonaban lejos. Aunque es verdad que no deberían sonar ni lejos ni cerca, que por aquí no se puede cazar –

– No parece que ahora necesite desfogar mucho, no quiere separarse de tu lado –

Martín miró a su perro caminando fatigosamente a su lado. Al llegar le había quitado la correa y había echado un par de breves carreras, pero ahora parecía agotado. ¿Cuándo fue la última vez que habían venido? No podía haber pasado más de un par de meses y no le había notado tan cansado, tan mayor.

– Tal vez será mejor sentarnos por el merendero en lugar de pasear – propuso a Manu. Y eso hicieron. Buscaron un banco cerca de una barbacoa de piedra puesta ahí para uso y disfrute de los domingueros y Logan se tumbó a sus pies mordisqueando un palo con sus dientes separados y amarillos. En los dientes también se le notaba la edad, ya no eran aquellas fauces llenas de piezas grandes y blancas que cogían con delicadeza su brazo desnudo de niño pequeño para jugar en cuanto regresaba del colegio.

Llevaba un buen rato repasando con Manu el desarrollo de la guerra, con los rusos marchando sobre Polonia y los aliados copando Francia, cuando le vio rondar cerca de la barbacoa. Era pequeño, unos diez kilos, de pelo blanco con manchas negras. Quería husmear en torno a la mesa en busca de algún resto de comida y no quitaba ojo a Logan, sacudiendo discretamente su rabito cortado, pero no se atrevía a acercarse.

– Eh, chico. Ven aquí – dijo alargando la mano. Inmediatamente el perro reculó de un salto curvando el lomo.

– ¡Anda! ¿Y tú de dónde has salido? – dijo Manu levantándose. El perro entonces se alejó aún más, aparentemente con intención de desaparecer.

No quería que se acercasen a él. Otro perro con miedo a los hombres como el podenco que llevaba la chica del galgo. De hecho algo se parecía a aquel, con su rostro afilado, el pelo muy corto y un aire nervioso y grácil. Pero a Logan no parecía tenerle miedo. Le quitó el palo y la correa al viejo pitbull, que reunió fuerzas para acercarse a saludar amigablemente a aquel pequeño representante de su especie.

– No parece mal cuidado. Seguro que es de alguien. Tal vez del polígono que hay enfrente. En las naves tienen a veces perros – Manu sonaba intentando convencerlo de lo que decía, con poco éxito.

– Si es de alguien, ese alguien debería tener más cuidado y no dejarle vagabundear por aquí. Si no sabe cuidar de un perro, no se merece tener uno-

– ¿Qué le va a pasar por vagabundear por aquí? Esto está tranquilísimo, no veo que haya ningún peligro-

– No tengo ni idea, pero se me ocurre de todo: que le dé por cruzar la autovía persiguiendo un conejo, que se encuentre con algún gamberro. ¡Qué sé yo! Solo sé que yo no dejaría a Logan por aquí a su bola. Ni por aquí ni en ningún sitio. Si tiene un dueño, no se lo merece – repitió el chico convencido.

Silbó para que Logan se acercase y con él vino el perrillo como había esperado. Aprovechó que parecía feliz de verse junto a un congénere para acucillarse muy despacio a su lado y extender una mano con los dedos hacia abajo. El perro no se acercó, pero tampoco huyó. Tras un par de minutos se aproximó a olisquearle. Martín movió la mano muy suavemente y le acarició la parte inferior del hocico con las yemas de los dedos, luego el pecho. El perro llevaba un collar de nylon raído y estaba delgado, que no esquelético. Subió un poco los dedos hasta engarzarlos con el collar,

al sentirlo el perro dio un salto hacia atrás y retorció la cabeza para intentar liberarse. No tuvo éxito y se encogió de nuevo, tenía miedo pero no intentó morderle. Martín prosiguió con sus caricias sin soltarle.

Empezó a pensar a toda velocidad. Si ataba varias bolsas de las de recoger la caca podría fabricar una correa, pero no se fiaba de que resistiera los tirones del perro en caso de que no quisiera seguirlos. Podía ponerle la correa de Logan, pero a ver cómo llevaba entonces a su propio perro. No es que Logan fuera a escapar ni mucho menos, iría andando a su lado, pero no podía ir con un pitbull suelto todo el camino hasta casa. Si llevase cinturón, pero no era el caso... Miró entonces a Manu, ella sí llevaba un cinturón delgado de plástico blanco. Perfecto.

– Déjame tu cinturón, anda –

– ¿Qué vas a hacer con él? Estás loco –

– No puedo dejarle aquí. Debe estar perdido o abandonado –

– ¿Y qué vas a hacer? ¿Presentarte en casa con dos perros? Tu madre iba a estar encantada, seguro. Se le ve bien, seguro que tiene a su dueño cerca. Yo estoy convencida de que es de alguna de las naves del polígono y le dejan salir a pasearse solo por aquí –

– No estoy tan seguro –

– Si te lo llevas a ver dónde lo metes. Te vas a llevar una bronca. Mírale, seguro que sabe apañárselas. Se le ve un perro listo. Y tiene collar, tendrá dueño –

Martín se miró en los ojos color avellana del animal. Era cierto que su madre pondría el grito en el cielo. No tenía ni idea de qué podía hacer con él. Antes de darse cuenta de lo que hacía sus dedos habían aflojado la presa sobre el collar y el perro se había alejado de un par de saltos. Se puso en pie, dudando. ¿Debería intentar atraparlo otra vez?

– Venga, vamos de vuelta a casa. Logan está machacado y yo me estoy quedando congelada sentada en este banco – dijo Manu cogiéndose de su brazo.

Echaron a andar en silencio seguidos por Logan. El perro les siguió unos pocos metros, muy pocos. Luego se detuvo un momento, dio media vuelta y se alejó trotando en dirección al terreno de labranza.

Aquella noche concilió el sueño sin poder quitarse de la cabeza a aquel perrillo, convencido de que no olvidaría ese breve encuentro y la sensación de impotencia, de no haber obrado como el corazón le pedía.

CAPÍTULO 5: ¿Alguna vez te has encontrado a un perro abandonado?

– No sé cómo eres capaz de dormir tanto. Ayer te fuiste a la cama a las once y casi es la una. Ya iba a ir a ver si respirabas, como cuando eras un bebé –

Martín miró el reloj de la pared. Eran poco más de las doce y media, no era para tanto. Hay una diferencia importante y obvia entre despertarse a las doce y pico o a la una, pero no iba a discutirlo con su madre.

– Estaré creciendo – dijo dirigiéndose a la cafetera de cápsulas.

– Esa excusa no va a servirte durante mucho tiempo – contestó ella azotándole en el hombro con el paño de cocina.

Llevó la taza, un puñado de galletas y el móvil al salón. En cuanto se sentó en el sofá, Logan trepó trabajosamente a su lado y se convirtió en un ovillo gigante y cálido contra su cadera. Tenía bastantes mensajes sin leer, varios del grupo de WhatsApp de los colegas del instituto quedando para esa noche. Solían verse todos los sábados a la misma hora y en el mismo sitio, no había necesidad de andar rompiéndose la cabeza cada fin de semana. Aquella noche Andrés celebraba su cumpleaños, así que le iban a venir bien las horas de sueño acumuladas.

Dejó la taza en la pila y la llenó de agua para que luego fuera más fácil fregarla, exigencia materna, y volvió junto a Logan y su móvil. Al poco su madre se unió a ellos en el sofá.

– ¿Qué planes tienes para el fin de semana? Si te apetece podemos ir juntos al cine, hace mucho que no vamos –

Hubo un tiempo en el que iban al menos un par de veces al mes; era uno de sus planes favoritos. Pero en ese momento era incapaz de recordar la última ocasión en la que habían estado juntos en una sala de cine.

- Estaría bien, pero casi mejor la semana que viene. Hoy quiero estudiar un rato después de comer y por la noche he quedado con éstos. Mañana por la tarde tendré que estudiar otro poco –

– Veo que estás dando por perdida la mañana del domingo. Sabes que no te quiero aquí más tarde de las tres de la madrugada. Y ya es bastante, yo a tu edad tenía el toque de queda a medianoche, como Cenicienta –

– No te preocupes, ya sabes que muchas noches estoy aquí antes incluso –

– Me preocupo, claro que me preocupo. Una vez alguien muy sabio me dijo que cuando tenías hijos comenzabas a ver la playa como un montón de agua llena de tiburones –

– ¿Alguien muy sabio? ¿Algún tipo con barba blanca tipo Gandalf?-

– No... La panadera – contestó su madre ahogando una risita. Martín también dejó escapar una breve carcajada.

Siendo un adolescente debería sentirse incomprendido por su madre, pero no era el caso. No tenía motivo de queja. Es verdad que en alguna ocasión se había encerrado en su cuarto enfadado con ella y ya de paso con el mundo. ¡Quién a los casi diecisiete años no lo ha hecho! Pero habían sido pocas veces y se le había pasado pronto. Su madre era una persona razonable. No siempre estaban de acuerdo, pero con frecuencia pensaban de manera semejante. Ni ella había sido de gritarle cuando era más pequeño ni lo era él ahora de gritarle a ella. Y no olvidaría nunca cosas como que sus padres le llevaron a Disney a los siete años y se tragarón unas colas horribles por separado para que disfrutara de casi todas las atracciones. La vida en casa no era un drama, pese a la ausencia de su padre.

– ¿Mamá, alguna vez te has encontrado a un perro abandonado o perdido? – preguntó en un impulso repentino mientras acariciaba la suave piel del cuello del pitbull. No había previsto hablar con su madre del dueño de aquellos ojos casi dorados al que no

había sabido o podido ayudar y que era incapaz de olvidar. Era algo que le solía pasar, las palabras salían de su boca antes de que él hubiera decidido contar algo.

Ella se incorporó un poco antes de contestar.

– En cuatro o cinco ocasiones los he visto, vagando por un lateral de la autovía o rondando algún polígono. Solo dos veces me los encontré de frente pudiendo hacer algo. El primero era un perro que acababa de perderse por el centro. Su dueña le había atado frente a la frutería mientras hacía la compra, pero de alguna manera se soltó y salió corriendo, asustado, con la correa a rastras. Tenía una chapa con un móvil, llamé y vinieron inmediatamente a por él. El segundo estoy convencida de que había sido abandonado. Fue paseando a la beagle que teníamos antes de que tú nacieras. Era un braco o un pointer, siempre confundo esas dos razas, estaba en los huesos, tenía heridas en las orejas y el cuello, pero era muy dulce y dócil. Estaba exhausto, deshidratado. Le di agua, lo metí en el coche y llamé a tu padre que estaba en el trabajo para que me localizara el teléfono de alguna protectora cercana por Internet. En aquel entonces no teníamos Internet en los móviles, de hecho no era tan frecuente tenerlo en el trabajo. En la protectora me dijeron que no podían recogerlo, que estaban hasta arriba. Me dieron dos posibilidades: la primera era que yo me lo quedase en casa hasta que tuvieran un hueco, la otra era llevarlo a la perrera municipal, que está obligada a recoger todos los animales abandonados que aparezcan por el municipio –

– ¿Qué hiciste? –

– Pedir la dirección de la perrera y llevarlo allí. Solo tuve que firmar un impreso con información sobre el perro y dónde lo había encontrado –

– Eso de llevarlo a una perrera no suena muy bien – apuntó Martín sin dejar de acariciar a Logan, que había maniobrado en el sofá para ponerse patas arriba.

– Entonces no concebía tener dos perros, aunque fuera temporalmente. Me dio vértigo meterlo en casa. A día de hoy tal vez hubiera sido otra historia. En cualquier caso estaba mejor en la perrera, con atención veterinaria, agua y alimento, que

vagabundeando por ahí muerto de hambre y sed. Los de la protectora me dijeron que a veces sacaban de allí perros para buscarles un hogar. Y en la perrera también va gente a adoptar y me aseguraron que solo sacrificaban cuando no quedaba más remedio. Me planteé durante un tiempo volver y preguntar por él, pero al final nunca lo hice. Simplemente pasaron los días y llegó un momento en el que ya era tarde. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué esa curiosidad repentina? – preguntó su madre ladeando un poco la cabeza, algo que a Martín siempre le había hecho mucha gracia. Le recordaba a un pájaro sorprendido.

– El jueves fui con Manu y Logan al pinar y encontré a un perrillo abandonado o perdido, no lo sé bien. Tampoco supe reaccionar, Manu me dijo que te cabrearías si lo traía-

– Vaya, ahora Manu conoce a tu madre mejor que tú – resopló ella.

– No fue solo eso. No sabía qué podía hacer. No sabía cómo traerlo. Realmente no sé muy bien cómo sucedió, imagino que también me dio ese vértigo. La cosa es que lo dejé allí y no creo que hiciera bien –

Su madre suspiró, se recostó en el respaldo del sofá y clavó en él una de esas miradas previas a un sermón o una explicación importante que Martín tan bien conocía.

– Escúchame bien jovencito, tienes un móvil, que yo pago por cierto, no solo para jugar al *Clash of clans* o enredar en Instagram. Puedes llamarme en cualquier momento que no sepas qué hacer. Y estoy harta de decirte que puedes contarme cualquier cosa. No me voy a enfadar irracionalmente. Y si me cabreas ya se me pasará. Soy tu madre, te quiero y te ayudaré en todo lo que pueda –

– Lo sé, lo sé – dijo desviando la vista a la trufa húmeda de Logan y aguantándose las ganas de responder a su madre que ella estaba igual de viciada que él al Clash, pero con el juego de los caramelitos y al Facebook.

– Mañana por la mañana podemos acercarnos a ver si lo vemos y podemos hacer algo por él y por tu mala conciencia. Así pasamos un ratito madre-hijo y además llenamos

un poco tus mañanas del fin de semana con algo de existencia, que están desaparecidas en combate desde que dejaste el club de atletismo y el baloncesto. Deberías plantearte recuperar al menos una de las dos actividades –

– Soy demasiado grande para ser bueno corriendo. Y tampoco soy ninguna estrella del baloncesto –

– Y yo sé desde hace muchos años que no me vas a sacar de pobre ganando medallas y anunciando Nike o Adidas, pero es que no va de eso, va simplemente de hacer deporte, que es sano en muchos sentidos. Lo dejaste demasiado pronto – dijo sin mencionar la causa por la que ambos sabían que lo había hecho.

– ¿Vamos mejor hoy por la tarde? Hoy es el cumpleaños de Andrés y volveré tarde-

Su madre soltó una carcajada antes de responder. – ¿No tenías que estudiar esta tarde? ¿No decías que solías volver antes del toque de queda? –

– Estudió un rato después de comer y luego vamos. Y te dije que muchas veces volvía antes, no que fuera a hacerlo hoy – contestó sacando la lengua entre los dientes, uno de sus gestos típicos que sabía que tenía desde muy pequeño.

– Prefiero tu sonrisa de Bruce Willis – dijo ella guiñándole un ojo.

Eran las seis cuando salieron juntos camino de aquella arboleda geométrica. Siempre quedaban a las nueve de la noche, así que tenía tiempo de sobra para llegar a tiempo. Andrés iba a invitarles a dos o tres porciones de pizza, ningún gran dispendio.

Iban a buen paso, el frío animaba a ello. Su madre llevaba a Logan con unos viejos guantes de forro polar puestos y él iba con las manos en los bolsillos. El único que agradecía el frío era su perro. El verano anterior había estado muy apático, constantemente fatigado, deseando volver a casa con el aire acondicionado en cuanto pisaban la calle. Con la llegada del invierno parecía haberse recuperado. Martín confiaba en que el siguiente verano no fuese demasiado duro para el viejo Logan.

En unos veinte minutos llegaron a la zona del merendero en la que había visto al perrillo. No había ni un alma. Unas horas más tarde tal vez habría algunos coches de botellón y, más tarde aún, algunos más en los rincones más apartados del aparcamiento con abrigos y mantas colgados de las ventanillas. Él había participado algunas veces y a espaldas de su madre en la primera actividad, para la segunda le hacía falta novia y coche.

Soltaron a Logan y recorrieron la zona en la que había más posibilidades encontrar de restos de comida, el rincón del sembrado por el que desapareció y los senderos que lo rodeaban, mientras Logan husmeaba y hacía sus cosas. No podrían buscar durante mucho más de una hora, Logan se cansaría demasiado y aún quedaba el camino de vuelta a casa. Además, él había quedado.

– Está precioso el pinar así, con esta hierba de invierno tan delicada asomando – dijo su madre con aliento de dragón.

– Sí, está precioso, pero no hay ni rastro del perrillo – replicó Martín cerrándose bien el cuello del abrigo.

– No te desanimes. Era muy difícil. Al menos lo hemos intentado y nos hemos dado un paseo juntos. Tal vez sea cierto que es de alguna de las naves del polígono –

Entonces lo vio. Al principio aquel bulto no le había parecido nada vivo, pero al acercarse quedó claro que era un perro. Estaba tumbado junto a uno de los pinos. Aceleró el paso en dirección al animal seguido de cerca por su madre. El pitbull se dio cuenta de que habían cambiado el rumbo, vio al otro perro y se arrancó al trote en su dirección. Cuando llegó junto a él el otro animal se incorporó como pudo para saludarle. Estaba bastante cojo.

No habían encontrado al perrillo blanco y negro de ojos dorados, lo que tenían delante era un mastín enorme.

CAPÍTULO 6: Martín encuentra a un mastín

– ¿Es que este es el sitio oficial para abandonar perros? – preguntó alargando despacio la mano. El mastín acercó su trufa enorme y olisqueó los dedos extendidos. Luego volvió a tumbarse trabajosamente. Era un animal imponente, de pelo espeso y con una cabeza enorme. Logan parecía pequeño a su lado.

– No sé qué le pasa, pero no puede caminar. Te has fijado en lo raro que apoyaba los cuartos traseros. Y también se ha tumbado de forma muy extraña. No creo que podamos llevarlo con nosotros – comentó su madre, que se había apoyado en un pino cercano y observaba al mastín dubitativa.

– Tal vez le hayan atropellado y tenga algo roto – dijo Martín poniéndose en cuclillas para verse en aquellos ojos oscuros y tranquilos. Posó una mano con delicadeza sobre el robusto cráneo del animal, que pareció indiferente a la caricia.

– Creo que lo mejor es que vayamos por el coche, intentemos que suba y le llevemos a la perrera. Anda, vamos – decidió su madre apartándose del árbol.

– No pienso moverme de aquí – replicó Martín con firmeza. – Puedes ir tú, yo me quedo con él esperándote –

– ¿Qué estás diciendo? No puedes quedarte aquí solo, cada vez hace más frío. En media hora estaremos de vuelta. Venga, vamos –

– Te estoy diciendo que no, mamá. No pienso tener otro perro perdido o abandonado en mi conciencia. Puedo quedarme aquí con Logan, que creo que el pobre agradecerá librarse de la caminata de vuelta a casa –

– Pero si vamos a volver enseguida. Y ese pobre animal no es capaz de irse a ningún sitio. Mira, si quieres puedes dejarlo atado al árbol para asegurarte – objetó ella mientras sacaba el collar y la correa viejos que había traído en el bolso.

Martín no respondió, se limitó a sentarse en el suelo, junto al mastín, sin dejar de acariciarle. El perrazo cerró los ojos y apretó la cabeza contra el muslo del chico. Tal vez no era tan indiferente a las caricias como parecía. Logan eligió ese momento para tumbarse frente a ellos. Su madre dirigió un suspiro a las copas de los pinos y le lanzó una bola hecha con la correa y el collar al regazo.

– Si algún encapuchado me viola de camino a casa, eso sí que pesará en tu conciencia –

– No va a pasar, estoy completamente tranquilo. Y si alguien intenta algo, pobrecito – contestó él sacando la lengua y luego riendo mientras esquivaba con éxito relativo la piña húmeda y vetusta que su madre dirigió a su cabeza.

– Intentaré acercarle al aparcamiento para que no tengas que meter el coche por estos caminos – gritó a la figura que se alejaba.

Esperó unos diez minutos de aquella manera, con Logan sesteando a medio metro y examinando al mastín que tenía a su vera. No se sentía aún con la confianza suficiente para levantarle el belfo y mirar sus dientes, pero algo le decía que vería unas piezas amarillas y gastadas. La cabeza era casi completamente blanca, así que no había canas deladoras de su edad como en el hocico y en torno a los ojos de Logan, pero nada en él recordaba a un cachorro. Tenía una pequeña cicatriz cerca de la oreja, y semillas y palitos enredados en el pelo. Se entretuvo quitando algunos. Era agradable notar el calor suave que irradiaba el perro en sus manos desnudas. No tenía collar, pero al recorrer su cuello con las manos se notaba en el pelaje hundido que lo había llevado. Cuando probó a ponerle el viejo de Logan, el mastín levantó la cabeza y le miró atento. Le valía, pero por los pelos. Lo tuvo que abrochar en el último agujero. Luego enganchó la correa y se puso en pie. El mastín se incorporó a su lado como pudo.

– Bueno, parece que sabes perfectamente lo que es pasear con una correa. Vamos a ver si somos capaces de llegar al parking, no tenemos prisa –

Resultaba angustioso verle avanzar, pero el mastín no se quejó en ningún momento. No parecía por su actitud que le doliera especialmente. Tenía los cuartos traseros muy delgados, casi sin fuerza. Una de las patas la arrastraba más que usarla para andar.

Martín se dio cuenta de que tenía la zona exterior de la almohadilla en carne viva y se detuvo para envolverla como pudo con su cuello de forro polar. Iban muy despacio, seguidos por Logan.

– Vamos tío duro, que nos queda poco. Enseguida llegamos – le animó Martín en cuanto avistó el aparcamiento. Su madre aún no estaba allí, pero no pararon hasta alcanzar la zona de los coches. El perro cada vez perdía más las patas traseras al andar y le daba miedo que no llegasen nunca si se detenían, que no fuera capaz de levantarse de nuevo si se tumbaba.

– Ser un perro pequeño tiene sus ventajas – comentó a su pequeña escolta cuadrúpeda mientras se sentaba en un bordillo – Podría haberos traído en brazos a los dos sin mayor problema. De hecho podría haberos llevado en brazos hasta la perrera. Pero a mí me gustan los perros grandes. Yo soy grande, no me pegaría un perro pequeño –

Logan le miraba como si entendiera, sentado, con los ojos y las orejas atentas. Jadeaba en exceso para el poco ejercicio que habían hecho y la temperatura. El mastín había vuelto a tumbarse. Y el frío cortaba. Martín pensó por un momento en recuperar su cuello, pero lo descartó rápidamente y se arrebujó en el abrigo. También descartó sacar el móvil para matar la espera, prefería tener las manos en los bolsillos. Por suerte su madre tardó apenas unos cinco minutos en llegar con el viejo Focus blanco y, por supuesto, intacta. Traía un paquete de salchichas, una bolsa con pienso, un bol y una botella de agua. Probablemente con la maternidad se desarrollaba el empeño por procurar que nadie a su alrededor pasara hambre y sed. Esperaron a que los dos perros terminaran de comer planificando el siguiente paso.

– Sube a Logan en los asientos traseros. Creo que el mastín irá mejor tumbado en el maletero, pero tendremos que subirle entre los dos hasta ahí arriba sin hacerle daño – explicó mientras veían comer y beber al animal.

Costó, pero menos de lo que parecía. El perro ayudó y, por suerte, en las patas delanteras sí tenía fuerza. Martín solo tuvo que ayudarle sosteniendo la parte de atrás.

– Eres un perro listo. Y un tío duro, de nuevo no se te ha oído una queja. Y es imposible que no te duela –

La perrera municipal estaba en las afueras, relativamente cerca del polígono industrial y una estación de tren en desuso. Andando les habría llevado unos veinte minutos a buen ritmo, en coche llegaron en menos de diez. Su madre dejó el Focus encaramado de mala manera en la cuesta que había a la entrada, junto a una furgoneta polvorienta. Tras bajar del coche entendió por qué tenía que estar lejos de la población: el coro de ladridos era notable y se incrementó cuando llamaron al timbre. Esperaron un rato y volvieron a llamar. Y así hasta tres veces. Estaban a punto de irse cuando oyeron unos pasos y una llave girando dentro de una cerradura.

– Hola, nos hemos encontrado a un perro en el pinar mientras paseábamos al nuestro. Creemos que está herido en las patas de atrás. Lo tenemos en el coche – explicó su madre a la mujer que abrió la puerta. Parecía unos diez años más joven que ella, Martín la echó unos cuarenta, aunque se le daba bastante mal calcular la edad de las mujeres mayores. Les saludó con amabilidad, pero no parecía especialmente contenta de verlos. Salió del recinto para acompañarlos hasta el coche. Llevaba un mono de trabajo, un jersey grueso de lana y botas de goma verde como las que usan los jardineros.

– Vaya, no eres precisamente pequeño – dijo la mujer hablando con el perro. Miró de reojo al pitbull – Al menos parece que te llevas bien con otros machos. Eso está bien, facilita las cosas. Vamos a ver qué es lo que te pasa – añadió cogiendo la correa y animándole a bajar. El perro descendió cómo pudo, perdiendo el control de las patas traseras y aterrizando sobre la cadera izquierda sin una sola queja para luego volver a ponerse en pie. Martín y su madre dejaron a Logan dentro del coche y siguieron a la mujer hasta un pequeño despacho. Allí cogió un lector de chips y recorrió el cuello del animal sin éxito. No había forma de tener información sobre su propietario.

– Voy a llevármelo a uno de los cheniles de cuarentena. Esperad un minuto aquí sentados que pronto vendrá una compañera a recoger la ficha, solo tenéis que poner dónde lo habéis encontrado, el nombre, DNI y la dirección. Poco más. No implica que

asumáis ninguna responsabilidad, es simplemente una formalidad, una especie de registro de entrada como cuando llegas a un hotel- explicó, ahora afable.

A Martín le hubiera gustado despedirse del perrazo, pero cuando quiso reaccionar la mujer ya había desaparecido con el mastín renqueante. Se quedó mirando el pasillo por el que se había marchado mientras su madre completaba el formulario, absorto hasta que oyó hablar a su espalda.

– Hola. Antes de nada, gracias por no dejarle tirado en el pinar –

Mastín se giró hacia aquella voz familiar. Era la chica del galgo. Estaba sentándose al otro lado del escritorio. Su madre le devolvió el agradecimiento sin saber que eran vecinas. Ella dirigió una fugaz mirada de reconocimiento a un sorprendido Martín, pero no dijo nada. Se limitó a coger el papel y lo leyó rápidamente.

– Vaya, vaya. Martín nos trae un mastín – concluyó al fin con una sonrisa escondida en la comisura de la boca.

– Supongo que sí – contestó él, notando la voz forzada y maldiciéndose por soltar semejante obviedad.

– Puedes darme un nombre para que le pongamos si quieres –

– ¡Bruce Willis! – exclamó sin pensar.

Su madre le miró sorprendida. A su vecina se le rebeló aquella sonrisilla, abandonando su escondite.

– La verdad es que es un nombre que le pega a un mastín. A ver si le trae suerte – dijo escribiéndolo en el formulario – Hay perros que lo tienen especialmente difícil, y me temo que tu Bruce Willis es uno de ellos –

CAPÍTULO 7: Las manos frías

Se sentó en el coche intentando asimilar todo lo que había experimentado en los últimos minutos. La chica del galgo les había acompañado al chenil de cuarentena en el que habían dejado al mastín, a la espera de que viniera el veterinario. Estaba allí solo, tumbado sobre un suelo de cemento mal apisonado, impasible ante los olores y ladridos. Como investido con toda la paciencia del mundo.

– Tenéis muchísimos perros – oyó que decía su madre acercándose al lateral vallado junto a la casita de una planta de la que habían salido. Los ladridos arreciaron.

– Más de los que deberíamos. Las instalaciones no están nada mal para unos ochenta perros, pero tenemos casi el doble. Al ser una perrera municipal estamos obligados a coger a todos los animales que nos traigan. Y como no queremos sacrificar y tenemos muchos inquilinos que no son adoptables, no hay más remedio que apiñarlos. No están en una situación ideal, pero al menos tienen techo, comida, cuidados veterinarios y toda la atención que podemos darles. En una protectora privada tienes la posibilidad de no coger más animales si no te caben, aunque la mayoría también están por encima de sus posibilidades –

– ¿Y por qué no son adoptables? ¿No tienen buen carácter?- metió baza Martín.

– Pues algunos tienen malas pulgas, otros demasiado miedo, unos pocos están más felices aquí que en una casa, aunque te parezca raro. Pero la mayoría tienen un carácter estupendo. No son adoptables porque son muy grandes, viejos, negros o atigrados, que vete a saber porqué pero parece que gustan menos, o de razas potencialmente peligrosas o sus cruces como el vuestro. O son algún tipo de combinación de lo anterior. Los cachorros y los perros pequeños tienen más posibilidades, también los adultos de razas de moda que nos llegan lo tienen más fácil, incluso teniendo algún problema de salud o de carácter –

Mientras hablaba, había ido acompañándolos a la salida. Se despidió formalmente, dándoles la mano. Tenía un apretón fuerte y los dedos helados.

A Martín le daba la impresión de que había estado siendo educada con ellos a su pesar, cuando hablaba sonaba como si le exasperase tener que repetir todo aquello que para ella eran obviedades, que prefería que se fueran cuanto antes y la dejaran seguir con sus quehaceres.

Estaba lleno de desazón y de ganas de hacer algo, aunque no sabía el qué. Seguía acordándose del mastín, no había olvidado al podenco que encontró algunos días antes, y ahora se añadían un montón de imágenes, de sensaciones que necesitaba procesar.

Decidió aparcar todo aquello de momento en algún rincón oscuro de su cerebro y se volvió hacia su madre, fue entonces cuando vio en el reloj del salpicadero que ya eran las ocho de la noche.

– ¡Mierda! Mamá, había quedado y llego tarde. ¿Puedes dejarme en la plaza? –

– Claro, ¿pero vas a ir así? ¿No pasas por casa a ducharte y cambiarte? –

– No, no me da tiempo –

– Tú sabrás – dijo su madre encogiéndose de hombros. – Yo no tengo ninguna prisa en que me traigas una novia a casa –

No había pretendido que pasara, pero pasó. Habían ido a un parque que había en la trasera del centro de salud. Se tardaba un buen rato en llegar, pero la caminata cargados con las botellas merecía la pena. Allí no había ni un alma un sábado por la noche. De día también era un lugar tranquilo, con sus máquinas para que los abuelos hicieran algo que a Martín le costaba llamar gimnasia, algunos bancos y una zona de hierba casi completamente pelada. Estaba flanqueado en uno de sus extremos por la valla que aislaba la autovía y en otro por varios bloques que quedaron a medio construir cuando arreció la crisis. Estaba claro que no iban allí por las vistas o porque fuera un lugar especialmente bonito o bien comunicado. En aquel parque apenas iluminado podían beber, hablar, reír y buscar un banco tranquilo lejos de una farola

para intimar un poco. A los diecisiete años no se necesita más para celebrar un buen cumpleaños. A Martín le resultaba raro pensar que, solo unos pocos años atrás, muchos de los que estaban allí en ese momento habían celebrado también sus cumpleaños juntos, pero en parques de bolas y hamburgueserías con sus padres a escasos metros. La película había cambiado bastante.

– Ya tengo dieciocho años tío. Mayor de edad. Los diecisiete son un año absurdo. Es como estar en una sala de espera antes del año realmente importante, en el que puedes votar, coger un coche, dejar de ser víctima de un pedófilo o empezar en la universidad. A ver cuándo me dan pasta para sacarme el puto carné de conducir, que me importa mucho más que votar. Y a ver si ahora que soy un hombre consigo pillar ese culo – dijo Andrés mirando a Claudia, que hablaba con Manu y Luis a pocos metros, al tiempo que bebía de nuevo de la botella de cerveza. Se la pasó a Martín.

– Confórmate con pillar algún culo, el que sea –

– Si bueno, eso también es verdad – Andrés soltó la botella vacía y se puso en pie con un garbo excesivo – Voy a mear – anunció para convertirse a continuación en una sombra en la oscuridad.

Cuando Andrés terminó de regar el triste césped no volvió junto a Martín, fue derecho al banco-barra de bar en torno al que estaban la mayoría, Claudia incluida. Martín se quedó allí solo, sentado en el respaldo. Decidió que no había necesidad de moverse, no le apetecía demasiado socializar. Todo lo que había pasado aquella tarde le había dejado en herencia un humor extraño. Recordó al mastín con rabia. Un perro desahuciado por no ser pequeño y mono. De repente le asaltó una idea y sacó el móvil. Efectivamente, la perrera tenía una página de Facebook en la que mostraban algunos de los animales que tenían en adopción y las actividades que realizaban para recaudar fondos. Le dio al ‘Me gusta’ de la página y se puso a cotillear los perfiles de la gente que interactuaba en las publicaciones. Había muchas fotos de perfil de humanos acompañados de perros o gatos e incluso de los animales solos. Recorrió todos los avatares pero no logró distinguirla. Ni a ella ni a su galgo. Seguía sin tener ni idea de

cómo se llamaba, sabiendo el nombre habría sido más fácil. No tenía difícil averiguarlo, bastaba con mirar su buzón.

– ¿Qué haces aquí tan solo? –

Martín levantó la vista del móvil. Ya sabía que era Manu. Al salir de aquel pequeño gran mundo retroiluminado que tenía en la mano también vio que Andrés estaba con Claudia y Luis partiéndose de la risa.

– Andrés me ha abandonado por otra – se quejó bromeando a su amiga.

– ¿Te extraña? No eres precisamente la alegría de la huerta esta noche. Y es su cumpleaños, déjale que ejerza de anfitrión –

– Y que tire la caña –

– Claudia no va a picar por mucho que lo intente. Está demasiado buena y tiene demasiado claro que va a estudiar periodismo para intentar convertirse en la nueva Sara Carbonero –

– Ya, aunque no está tan buena y todos lo sepamos menos él –

Manu se subió al respaldo, justo a su lado. Juntó las manos y soltó su aliento cálido en la cueva que había formado.

– Tú y tu frío – rio él.

– No es mi frío, es el frío. Estamos en febrero y me estoy congelando. Estoy deseando tener unos años más y algo de pasta para poder beber en un lugar con calefacción –

– Cuando seamos mayores y estemos bebiendo martinis agitados o removidos o como demonios los tomase James Bond, seguro que echamos de menos estos ratos con cerveza y cubatas baratos en un descampado –

Manu lo miró con los ojos muy abiertos durante unos pocos segundos. – ¡Ni de coña! – explotó entonces entre risas mientras apretaba las manos bajo los brazos.

– Dame – dijo él cogiendo sus manos pequeñas y haciéndolas desaparecer en las suyas. La chica también tenía los dedos helados.

– Como no entres en calor se te va a caer algún dedo –

– No quieras imaginar cómo tengo los pies –

– Es imposible que estén más fríos –

– Es una pena que no puedas comprobarlo y calentármelos tan bien como las manos –

Permanecieron allí unos minutos, mirando al resto peleándose con la tablet y el altavoz para poner música, unas manos ocultas por otras. Martín deshizo la unión para terminar la botella de cerveza. No le importaría pillar otra.

– Estoy un poco cansada de todo esto. ¿Te apetece que nos vayamos a algún otro sitio? –

Martín miró sus ojos oscuros. Por un momento le recordaron los ojos de Logan, los del mastín, del podenco... decían más de lo que mostraban. Y lo que decían le hacía sentir incómodo.

– Vale, vamos con el resto, anda. Quiero pillar algo de beber –

Al bajar del banco y dirigirse hacia dónde estaban los demás volvió a coger aquellas manos, ya no tan heladas, y las metió, envueltas en una de las suyas, en el bolsillo de su abrigo.

No había pretendido que pasara, pero pasó. Apenas recordaba algo más de lo que había dicho o hecho aquella noche. Un par de colegas con los que había estado en el equipo de baloncesto lo llevaron a casa, eso sí lo recordaba. También que vomitó en el jardincito del portal, que le costó un mundo lograr que la llave girase dentro de la cerradura y que la luz de la habitación de su madre se había encendido brevemente mientras él alcanzaba la cama como podía.

El domingo iba a comprobar si, como ella había asegurado, se le iba a pasar el cabreo.

CAPÍTULO 8: Solo en casa

Extendió la mano para coger el móvil y ver qué hora era. Estaba sin batería. Aún tenía puesta la camiseta de la noche anterior. Necesitaba un buen vaso de agua fresca y una ducha. Incómodo por dentro y por fuera, salió de la cama. Tenía que poner en orden su cabeza, pero primero podía poner orden a su exterior que iba a ser más fácil. Cogió el albornoz, ropa limpia y se dirigió a la ducha asomándose de camino a la cocina para ver el reloj de pared. La una y media. Entró en el salón. Logan, que había estado durmiendo en el sofá, abrió los ojos y sacudió el rabo, que sonó amortiguado contra un cojín. No se sentía a su madre por ninguna parte. Parecía que estaba solo en casa. Bueno, no tan solo, ahí estaba Logan desperezándose en solidaridad con él.

Entró en la ducha sintiendo un peso en el estómago. Era raro y era desasosegante. Cuanto antes se enfrentara a la bronca con su madre por llegar tarde y borracho, mejor. No quería aquella piedra en las tripas más tiempo del imprescindible. De lo que no sentía tantas ganas era de enfrentarse con Manu. No tenía ninguna prisa por poner a cargar el móvil.

Al salir bebió agua, se sentó junto a Logan en el sofá y encendió la tele para esperar que llegara su madre. Tenía grabada una película de ciencia ficción de Tom Cruise que se le había escapado en el cine. Era una buena opción para no pensar demasiado. Eran las dos de la tarde, no podía tardar, pensó. Y se esforzó para dejarse llevar por la historia.

Cuando a las dos y media seguía sin haber dado señales de vida se levantó para enchufar el teléfono y esperó de pie hasta que tuvo la batería suficiente como para encenderlo y comprobar los mensajes recibidos y llamadas perdidas. No había ninguno de su madre esa mañana, aunque sí había algunos hechos de madrugada. De Manu, sí, y también de Andrés, pero no le apetecía leer a ninguno de los dos. Decidió que esperaría otra hora antes de llamar a su madre, dejó el móvil cargando y regresó al sofá para ver cómo Cruise y una tía buena que no sabía cómo se llamaba morían y reaparecían sin parar. Tom Cruise no era un actor que le gustara demasiado, pero

hacía bien las de acción y las de ciencia ficción, eso no se le podía negar. Y parecía conservado en formol, se le veía igual que en *Minority Report*, una de sus películas favoritas que se había estrenado cuando él tenía apenas 3 o 4 años.

Las cuatro y cuarto y su madre no había llegado. Cogió el móvil y decidió llamarla. No dio ningún tono. Estaba apagado o fuera de cobertura. Y él estaba comenzando a preocuparse bastante. Además, tenía hambre. Se preparó un par de sándwiches con Logan rondando a sus pies por si se le caía algo en el proceso y se los llevó en una bandeja de vuelta al sofá y a Cruise.

A las cinco la película había acabado y seguía solo en casa. Revisó los lugares más habituales en los que su madre le solía dejar notas, pero no encontró nada. Miró por el suelo y tras algún mueble por si la nota fantasma había salido volando. Nada. Volvió a llamarla sin éxito, intranquilo.

A las cinco tendría que haberse puesto a estudiar, pero entre lo de la noche anterior y su misteriosa condición de huérfano no se sentía capaz de enfrentarse a los apuntes. ¿Cuántas horas debía pasar una persona desaparecida para poder llamar a la policía? Su madre jamás se había volatilizado de semejante manera. Vio unas gotas sospechosas en el suelo de la cocina y decidió bajar a Logan a dar una vuelta. Recorrieron trabajosamente un par de manzanas, al pitbull cada vez le costaba más andar. Se le notaba un bajón importante en apenas un mes. Tal vez tendrían que acercarse al veterinario; aunque sabía de sobra que la vejez no tenía cura, tal vez existiera algún medicamento que le ayudase.

A la vuelta del paseo se atrevió a mirar en sus redes sociales. No encontró nada fuera de lo normal, marcó unos cuantos 'me gusta' obligados en Facebook y llamó de nuevo a su madre. Nada. El móvil seguía apagado. Podía llamar a su tía o a Victoria y Nacho, los mejores amigos de su madre, pero sólo iba a lograr preocuparlos a ellos también. Tal vez estaba tan cabreada con él que había necesitado largarse ese día, no era un crío y estaba acostumbrado a estar solo, pero podía haber avisado si se trataba de eso. Podía dignarse en coger el maldito teléfono.

Encendió la consola para jugar algún partido de la NBA. Le encantaban los Shoot'Em Up, pero por alguna extraña razón en cuanto llevaba más de quince minutos saltando, trepando y disparando comenzaba a marearse y tenía que parar de jugar. Era perfectamente consciente de que era una tara que le convertía en una vergüenza para el cromosoma Y. Disimulaba diciendo que prefería los simuladores deportivos. Estaba convencido de que esos mareos estaban relacionados con que cuando veía películas en televisiones de alta resolución le parecían cutres como telefilmes baratos. En casa de Manu estuvo viendo la última de *Los vengadores* en una de esas teles y la percibía como un episodio de *Cuéntame*. Algo muy incómodo. Creía que era una manía suya hasta que Manu le mandó un artículo en Internet en el que contaban que les pasaba a bastantes personas. En ese artículo daban una explicación muy sesuda sobre la percepción del número de frames por segundo de la que no recordaba nada pero que le resultó bastante tranquilizadora. Iba a ser verdad aquello de que en la adolescencia había auténtica necesidad de pertenencia a un grupo.

Al pensar en Manu paró el partido y cogió el teléfono. Ya iba siendo hora de ver sus mensajes. Abrió la aplicación nervioso y confuso. Solo había dos: “¿Hablamos?” decía el primero y “No te preocupes” el segundo, una hora más tarde. Ahora se sentía confuso y culpable. Entró en el listado de contactos favoritos de la agenda y contempló largo rato la foto de su amiga. Alargó el pulgar dispuesto a marcar, pero finalmente rozó de nuevo el nombre de su madre.

Estaba realmente inquieto. ¿Qué podía haberle pasado para haber desaparecido de esa manera? ¿Habría tenido un accidente? ¿Tendría que llamar a los hospitales o al 112? ¿A la policía? Se suponía que si le había pasado algo llamarían a casa o al móvil que ella tenía con las dos ‘aes’, ambos tenían el teléfono del otro precedido por esas vocales en su agenda, aunque nunca había estado seguro de si servía de algo o era una leyenda urbana. ¿Y si la habían atracado o algo peor? Había bromeado con ello el día anterior al respecto y ahora se arrepentía.

Se levantó y comenzó a recorrer la casa de nuevo, buscando no sabía bien qué.

En condiciones normales habría llamado a Manu para contárselo. Ahora no se sentía con ánimos. Y debería hacerlo, porque ella vería el doble check azul de las pelotas que habían puesto en el WhatsApp y sabría que había visto sus mensajes.

Justo en ese momento sonó el timbre. Logan ladró un par de veces y se acercó renqueante a la entrada. Martín notó que el corazón le daba un vuelco y se lanzó a abrir la puerta imaginando a una pareja de policías al otro lado con malas noticias en el mejor estilo de telefilm de sobremesa.

– Hola. ¿Todo va bien? –

No era su madre. No era ningún policía. Era la chica del galgo, con el galgo a su lado como una sombra silenciosa. Martín asintió.

– Pensaba que eras otra persona a la que estaba esperando, solo eso – explicó intentando justificar el estado de ansiedad con el que había abierto la puerta.

– He pensado que querrías saber del mastín. No me diste la impresión de ser de los que dejan allí un perro y se olvidan –

– Tienes razón. No me he olvidado – Y así era. En medio de esa locura de domingo en el que aún estaba asimilando lo sucedido la noche anterior y en el que su madre parecía haber sido abducida, aquellos ojos pacientes y oscuros habían estado presentes, igual que los dorados del podenquillo.

– No está atropellado, es ya bastante mayor y tiene una displasia severa de cadera que nunca han atendido y que ha ido a más. Por lo demás está bien –

– ¿Qué va a pasar con él? –

– Le trataremos lo mejor que podamos el tiempo que le quede. No te voy a engañar, tu Bruce Willis lo tiene muy negro para salir adoptado del refugio. Un perro de esa edad, ese tamaño y con displasia no es adoptable salvo milagro de los gordos. Lo que mejor le vendría es una casa de acogida, ahí estaría mejor atendido el tiempo que le quede, pero con sus características también es difícil –

Martín acarició la robusta cabeza de Logan, que se había pegado a su muslo mientras hablaban.

– ¿Cómo funciona eso de ser casa de acogida? ¿Cómo puedo ayudar? Me gustaría hacerlo –

Notó cómo su vecina le escrutaba con intensidad. Apenas fueron un par de segundos, pero se sintió como un calcetín al que habían dado la vuelta.

– Ahora tengo prisa, me están esperando abajo. Si de verdad quieres ayudar podemos dar juntos un paseo a los perros una de estas noches y te explico el panorama tranquilamente. Yo suelo bajar a Trancos a las ocho –

– El miércoles o el viernes estaría bien –

– Vale, pues te paso a buscar uno de esos días. Y cuídate, que no tienes buena pinta – añadió a modo de despedida.

¿Cómo iba a tener buena pinta? Eran casi las ocho y media y seguía sin saber nada de su madre. Rebuscó en la nevera y dio con un tupper de macarrones gratinados del viernes, lo cenó ante la tele y le puso a Logan su ración de pienso en su cuenco de acero inoxidable.

Las nueve. Las nueve y media. Las diez. Bajó de nuevo a Logan. Estaba muerto de preocupación. Decidió que a las once llamaría a la policía. Tal vez debía haberlo hecho antes. Aquello no era ni medio normal. Miraba el reloj del móvil cada poco, viendo transcurrir el tiempo a una velocidad exasperante.

A las diez y media, cuando ya había decidido mandar sus planes al carajo y comenzar la batida telefónica, oyó que se abría la puerta de la calle. Logan no ladró, así que tenía que ser ella.

Allí estaba, con cuatro bolsas de conocidas tiendas de ropa y una sonrisa luminosa.

– ¡Dónde has estado mamá! ¡Estaba preocupadísimo! Me desperté y no estabas. Sin una nota, sin un mensaje, con el móvil apagado. Ya pensaba que te había violado y descuartizado y que me había quedado huérfano del todo. Podrías haber avisado de que te ibas de tiendas – soltó furioso nada más verla.

– De tiendas y luego cenando con un par de amigas del curro – contestó ella con calma sin dejar de sonreír.

– Te lo digo en serio mamá, iba a llamar ya a la policía. No podía concentrarme para estudiar, solo podía pensar en dónde estarías y haciendo qué. Sigo sin poder creer que hayas desaparecido un día entero sin avisarme – Estaba enfadadísimo, según iba hablando se daba cuenta de cuánto.

– Tranquilito – dijo su madre suavemente soltando bolso, bufanda y abrigo en el mueble de la entrada. – Antes de seguir con tu bronca recuerda quién volvió ayer a casa a las cinco y media de la madrugada en un estado lamentable, sin haber contestado mis mensajes y llamadas. Solo te he dado un poco de tu propia medicina. Ahora voy a quitarme la ropa, meterme en la cama, leer un poco y dormir. Mañana es lunes y me toca un buen madrugón. Y tal vez mañana estemos los dos menos enfadados y podamos hablar. Por suerte para ti, mi escapada consumista me ha ayudado bastante a relajarme –

Martín resopló por la nariz con fuerza con la intención de conservar la calma. El lunes iban a tocarle más charlas de las que hubiera deseado.

CAPÍTULO 9: Tres charlas en dos días

Permaneció agazapado bajo las sábanas, con pocas ganas de comenzar la semana. Había estado soñando toda la noche con vastos desiertos de arena, con ojos de un azul brillante y con seres humanos con mentes tan poderosas que lograban controlar todos los impulsos de su cuerpo. Estaba claro que él no era uno de ellos, decidió con un pinchazo de culpa pensando en Manu.

Salió de la cama llevándose el libro que estaba leyendo hasta la cocina para poder avanzar un par de páginas mientras se tomaba su café saturado de galletas. *Dune* era una gran historia, realmente absorbente. En cuanto supo la noche anterior que su madre estaba bien y había estado vengándose de él, se fue a dormir acompañado de los Atreides para evadirse. Estaba muy cabreado con ella y muy incómodo pensando en su amiga, si es que podía seguir llamándola así.

Cerró los ojos un instante al recordarla, para volver a abrirlos concentrándose en el libro. Era una edición muy vieja, de solapas blancas. Había pertenecido a su padre, que era un gran lector de ciencia ficción. Martín llevaba apenas un par de años adentrándose en profundidad en su biblioteca. Lo había intentado en primer lugar y sin éxito con Asimov. Se le hizo muy pesado, lo encontró demasiado centrado en políticas futuras y lo dejó sin terminar. Tal vez con quince años era aún demasiado pequeño y debería intentarlo más adelante de nuevo. En cambio el segundo que cogió fue *El juego de Ender*, que le fascinó. Había intentado que su madre lo asesorara, pero ella no era de las que dedicaban el poco tiempo que tenían a leer y no le fue de mucha ayuda. Martín la consideraba una mujer inteligente y razonablemente culta, pero no tenía paciencia suficiente como para invertir sus horas en un libro. Daba igual, no había dejado de adentrarse en los mundos por los que su padre se había perdido antes que él. Pasar las mismas páginas que él había recorrido era una manera de sentirle próximo, de no permitir que se le hiciera aún más borroso. Cuando veía una mancha de café, le imaginaba leyéndolo en el desayuno como hacía ahora él; si percibía una marca en una página, la recorría más despacio buscando qué le podía haber llamado la atención; se preguntaba si tal vez tenía la misma edad que él cuando lo había leído por

primera vez. E, independientemente de hacer más nítido a su padre, también estaba el puro disfrute de la lectura. Muchos de los libros eran condenadamente buenos.

En el espejo del baño tenía una nota de su madre diciendo que ya había bajado ella a [Logan](#). No hubiera hecho falta, ya sabía que lo había hecho. Las mañanas que ella no lo había paseado, Martín lo notaba solo con ver aquel rostro a cuatro patas mirarle lleno de expectación. Aquel lunes el viejo pitbull le iba acompañando por la casa con toda la calma del mundo. Además la correa no estaba dónde él la había dejado la noche anterior.

Se tomó su tiempo para ducharse y vestirse. Aunque se negaba a admitirlo, no tenía prisa por salir puntual y encontrarse a Manu de [camino](#) al instituto. Y sabía bien que era absurdo demorar lo inevitable. La iba a ver más pronto que tarde.

Cuando entró en el aula ocupó su sitio de siempre junto a Andrés, justo un instante antes de que arrancara la clase. Un minuto más y Luis no le habría dejado pasar. Manu estaba sentada ante él con su coleta oscura y oscilante y garabateando en su carpeta. Martín tenía en su mesa, esperándole, un fragmento de papel doblado que procedía claramente del cuaderno en cuadrícula de Andrés, que no era amigo de los folios sueltos. Con los móviles prohibidos en clase, el clásico sistema de los papelitos seguía imperando. Lo abrió imaginando por dónde iban a ir los tiros.

“Te dije que la tenías en bandeja”.

Martín hizo una bolita y la lanzó a la cabeza sonriente de su amigo.

Manu no se había vuelto hacia él en ningún momento mientras tomaban apuntes y se comportó con toda naturalidad entre clase y clase, como si nada hubiese pasado. El chico se sentía aún peor por ello. No la había llamado, no había contestado a sus mensajes, había evitado encontrarse con ella a primera hora de la mañana... estaba comportándose como un crío. Parecía que tenía doce años. Según avanzaba la mañana, más se enfadaba consigo mismo. ¿Desde cuándo era un cobarde? Daba igual lo que hubiera pasado, si con alguien podía hablarlo era con Manu. Ya estaba bien de esconder la cabeza.

En cuanto arrancó el descanso de veinte minutos que tenían, se dirigió directamente a ella.

– ¿Te apetece que vayamos a las gradas?

Justo al lado del instituto había un polideportivo municipal con una pista de atletismo al aire libre. Con la edad que ellos tenían podían perfectamente salir del centro y no era raro que fueran allí a charlar, repasar algún examen o simplemente pasar el rato el grupo. A esa hora de la mañana aquello solía estar tranquilo, solo se veía a algunas mujeres de unos sesenta años que iban a pilates o gimnasia de mantenimiento y a unos pocos corredores populares con las mañanas libres.

Recorrieron rápidamente los pocos metros que separaban el instituto del polideportivo. No tenían tanto tiempo. Manu fue de nuevo un ejemplo de naturalidad, actuaba como si nada hubiese pasado entre ellos. Martín decidió intentar hacer lo mismo.

Sentados en uno de los bancos, bajo un sol de invierno que parecía querer caldear pero que no invitaba a desprenderse del abrigo, Manu lo miró y esperó. Había llegado el momento de aclarar las cosas.

– Tú dirás – dijo ella finalmente tras comprobar que Martín no se decidía a abrir la boca.

– Creo que tenemos que hablar –

– Está bien. Tú empiezas – insistió muy tranquila.

Martín tenía la vista clavada en las manos. Cruzó y descruzó los dedos. Había ensayado lo que quería decir mientras estaban en clase, pero ahora no lograba recordar la mejor manera de iniciar el típico discurso de “no quiero perderte como amiga”. Se dispuso a arrancar y alzó la vista hasta aquellos ojos negros, que lo observaban expectantes, para volver a mirarse las manos y buscar de nuevo las palabras que no la hirieran. Un breve suspiro exasperado de su amiga le hizo mirarla de nuevo.

– Déjalo. Ya empiezo yo, que no tenemos todo el día. Tú habías bebido y yo quería que pasara. Nada de esto fue un error, como dice la canción. Tú siempre has dicho que yo tengo muy claro lo que quiero y que tú eres justo lo contrario. Que yo no tendría dudas sobre qué libro y qué película llevarme a una isla desierta y tú estarías perdido. Esto no es más que otro ejemplo. Como qué estudiar en la universidad, que sigues sin saberlo. Sé que me gustas y también que tú lo sabes desde hace tiempo, aunque no hayas querido darte por enterado. Yo querría intentarlo, claro que sí. ¿Quién sabe? No sería la primera relación que dura años tras nacer del alcohol. Y también estoy dispuesta a correr el riesgo de que salga mal. Pero ya veo que no estás precisamente entusiasmado. Si tú no quieres, no pasa nada. Lo entiendo. Intentaré que sigamos siendo amigos como antes, aunque no te prometo nada. Probablemente pueda... –

De nuevo Martín no supo porqué lo había hecho, solo que lo hizo. La besó, y sus labios eran tan suaves como los recordaba. Enterró la mano en su pelo y luego la acercó para enterrarla a ella en él.

No era eso lo que había pretendido. Llevaba día y medio convencido de que lo mejor era pedir disculpas por el sábado, dejar claro con delicadeza que no se repetiría y que lo que le había dicho borracho tras enrollarse haciéndola llorar era cierto: la quería por muchos buenos motivos, pero ninguno que le impulsara a comenzar una relación con ella, que la quería como a una hermana, que no podía pensar en ella de otra manera. Pero no la sentía como una hermana en aquel momento, besándola en aquellas gradas que ya no le parecían tan frías, explorando su cuello fresco y redescubriendo con sus manos un cuerpo que había creído conocer bien. Iluso.

– Nos hemos perdido la clase de Aurora – susurró ella junto al lóbulo de su oreja al cabo de un rato.

– Sobreviviremos –

Con su madre tampoco hubo mucho que decir. El lunes tras las clases se sentaron juntos en la mesa del salón y ella se limitó a concluir que con diecisiete años le parecía

absurdo andar buscando castigos o imponiendo toques de queda, pero que quería que dedicara las mañanas de los fines de semana a algo productivo. Podía ser alguno de los deportes que había abandonado, alguno nuevo que no supusiera un gran desembolso o cualquier otra actividad que mereciera la pena. “Me da igual que sea un club de Monopoly, hacer magdalenas cuquis, pintar maquetas o podar bosáis, como si quieres ir probándolo todo, pero busca algo que te guste, mejor aún, que te apasione y te aporte”, habían sido sus palabras exactas.

Y tras las de Manu y su madre, el martes llegó su vecina dispuesta a darle la tercera charla en dos días, aquella en la que había quedado en explicarle cómo era aquello de acoger un perro. Fueron juntos a un parque que más parecía un descampado, ella quitó la correa a Trancos para que olfateara en libertad y se sentaron en uno de los bancos despintados.

– No me atrevo a soltar a Logan, últimamente andan muy pesaditos poniendo multas si ven perros como él sueltos –

– Pagan justos por pecadores, pero es que hay mucho descerebrado con pitbull últimamente. Tenemos la protectora llena de ellos. La tenemos llena, en general, que es época de descartes de caza por el fin de la temporada. Y dentro de poco comenzará la etapa de cachorros –

– Tal y como hablas es como un calendario de cosechas. ¿Ahora no hay cachorros? –

– Con el frío hay pocos, pero alguno tenemos. Justo hace dos días nos arrojaron un cachorro por encima de la valla. Por suerte no se ha hecho nada. Está muy delgado, pero por lo demás no va a necesitar ninguna atención veterinaria extra, aunque le vendría bien una casa de acogida porque es demasiado pequeño... –

– ¡Os lanzaron un cachorro por encima de la valla! – la interrumpió Martín. Recordaba muy bien la alta tapia y la reja que tenía por encima. Eran fácil tres metros de caída. – ¡Cómo puede haber alguien tan cabrón como para hacer eso con un cachorro! Lo podía haber matado –

– Se hace con más frecuencia de lo que crees. La mayoría los dejan en cajas en la puerta y nos los encontramos cuando entramos por la mañana. Una vez estaban todos congelados. Pero no es raro lo del lanzamiento de cachorros por desgracia. A veces mueren, o tienen fracturas o lesiones internas que luego nos suponen un coste en veterinario que no nos podemos permitir. Hay muchos monstruos caminando entre nosotros. Gente junto a la que estamos en la cola del supermercado, en el trabajo, en el metro... gente con la que hablamos y tenemos incluso relaciones cordiales que han abandonado o maltratado animales. Y muchos de ellos serían capaces de hacer daño a otros seres humanos en determinadas circunstancias –

Martín miró a Logan, tumbado junto al banco completamente dormido, su ocupación favorita ahora que era un perro anciano. Las patas tremolaban y el belfo se alzaba ligeramente. Estaba soñando en paz. Al otro lado del banco Trancos también estaba tumbado, sumido en una espera paciente y atenta, con su larga cabeza canela sobre las aún más largas patas. Se podía imaginar el cachorro que fue Logan, el que fue el galgo. Lo que no podía concebir era hacerles daño, ni entonces ni ahora.

– Mira, es este. Es precioso, pero es grande como una montaña y solo tiene unos cuatro meses – dijo ella sacando su móvil y mostrándole a un cachorrón de aspecto bondadoso y apacible y probablemente casi tan grande como su viejo pitbull.

Martín escuchó la explicación que se notaba que su vecina tenía bien memorizada sobre lo que suponía acoger un animal, que los gastos de alimentación y veterinario los asumía la asociación que gestionaba la perrera municipal, que la idea era que el perro o el gato creciera en un entorno familiar, aprendiendo a vivir en un piso, a andar con correa, a hacer sus necesidades y estar bien socializado para luego integrarse con garantías en su hogar definitivo. Que además con cachorros, convalecientes y ancianos evitaba que enfermasen, prolongaba su vida. Si el animal no lograba adoptantes y la familia de acogida no podía seguir haciéndose cargo, siempre había tiempo de encontrar otra casa de acogida o de volver al chenil.

Mientras ella hablaba se sorprendió haciendo un esfuerzo por escuchar atento. No es que no le interesase, pero en cuanto bajaba la guardia se descubría distraído con la

forma en que ella enrollaba la correa en torno a sus dedos, la manera en la que sus labios se transformaban cuando sonreía, el perfil que dibujaba su cuello o la delicadeza de su clavícula.

– ¿Cuántos años me dijiste que tenías? – preguntó ella de repente interrumpiendo su explicación.

– Diecisiete. ¿Y tú? – respondió él, algo contrariado porque ella no lo recordase.

– Casi diez más. Veintiséis –

– ¡Vaya! Creía que tenías como mucho tres o cuatro años más que yo-

– Eso es lo que tú querías, no lo que creías- ríó ella con una de esas miradas inteligentes y cargadas de intención que Martín ya estaba empezando a reconocer. Con aquella pregunta estaba diciéndole claramente a qué debía atenerse con ella.

– ¿Crees que nosotros podríamos ser una buena casa de acogida? – dijo el chico saliendo de terreno pantanoso.

– Seguramente, siempre que tanto tú como tu madre estéis bien informados y convencidos. Pero si no fuera así, hay más maneras de ayudar – contestó ella poniéndose en pie y dirigiéndose a casa.

CAPÍTULO 10: Algo que hacer las mañanas de los fines de semana

Manu estaba sentada sobre su mesa, con las botas en la silla y jugando con la funda de su móvil. Él estaba al lado, en otra de las sillas. Se mantenían prudentemente alejados uno del otro

– Podríamos ir al cine el viernes o el sábado – dijo ella.

Estaban a final de mes y, aunque febrero fuera corto, Martín ya no disponía apenas de dinero. El cine era una pasta, aún sin coger bebida o palomitas. Nunca se le había dado demasiado bien administrarse, ni siquiera cuando su padre vivía, entraba más dinero en casa y parte rebotaba en él.

– No hay nada que me llame la atención. La cartelera está copada por la mierda esa de las sombras de Grey- objetó obviando el hecho de que estaba canino.

– Eso es verdad, probablemente en marzo ya traigan más películas. ¿Qué te apetece hacer entonces? ¿Ir al centro comercial a dar una vuelta? ¿Salir con éstos como siempre? Va a ser nuestro primer fin de semana juntos-

El primer fin de semana juntos. Aún no había digerido aquello del ‘juntos’. Cuando estaban en clase comportándose como siempre, manteniendo las distancias, parecía que todo había sido un sueño. La cosa era muy distinta cuando se escondían en el hueco cochambroso de un garaje que había cerca de casa de Manu y se recorrían famélicos, apretándose el uno contra el otro y ambos contra la esquina sucia y mal encalada.

– El viernes iremos a ver a mi abuela. Si lo que te apetecía era ver una película, podemos verla el sábado en mi casa. Me descargo unas cuantas y elegimos, o tenemos los DVDs de mis padres en casa. Hace un tiempo de perros como para estar de botellón –

– ¿Estará tu madre? –

– No tengo la menor idea, pero últimamente suele salir siempre los sábados. Y después de la cagada del último fin de semana le gustará que pase la noche en casa. Más me vale congraciarme un poco con ella. La tengo de uñas –

No era extraño que Manu fuera a su casa o Martín a la de ella. Llevaban siendo amigos desde Primaria, primero jugando juntos y luego estudiando, escuchando música o simplemente charlando. La ausencia de su madre facilitaría que se enrollaran sin preocuparse por el frío, lo dura o sucia que estuviera la puerta del garaje o por si alguien pasaba cerca. Si estaba corrían el riesgo de que su madre cazara que estaban saliendo juntos, tenía un radar prodigioso para esos asuntos. Martín no tenía ninguna prisa porque lo supiera.

– Si mi madre sale, te aviso y vemos una película en mi casa. Si no sale podemos irnos con éstos. ¿Qué te parece? –

Iban a ver a la abuela el último viernes de cada mes y no hablaban nunca de él. Se sentaban en aquel sofá gastado de la salita de estar, tomaba un par de las magdalenas aún calientes que su abuela siempre horneaba en previsión de su visita y buscaban desesperados temas de conversación. Casi siempre era igual, preguntas sobre cómo iban sus estudios y el trabajo de su madre, algo del tiempo, comentaban las pequeñas novedades familiares y vecinales que su abuela había coleccionado durante un mes y, si aún sobraba tiempo y necesitaban tema de conversación, dejaban que la abuela pusiera de vuelta y media a Socorro, tía abuela de Martín, manirrota, pizpireta, impulsiva e inocente como una niña de diez años en demasiados aspectos. La abuela tenía por su hermana pequeña un amor protector que no la impedía ponerla verde y cuestionar cada paso que diera, pero la defendía como una leona cuando cualquier otro intentaba hacer lo mismo.

Las visitas antes no eran así, cuando su padre vivía iban un par de domingos al mes y se quedaban a comer. Algunas veces, tras el postre, su padre solía pedir a la abuela las latas con las viejas fotos de la familia y las veían todos juntos, intentando identificar a los bebés, recordando anécdotas y riendo con algunas poses y atuendos de los setenta

y los ochenta, de cuando los abuelos eran jóvenes y su padre un niño. No reían nunca con las fotos más antiguas, en las que aparecían sus bisabuelos e incluso sus tatarabuelos. Las décadas anteriores puede que carecieran de estilo, pero rebotaban dignidad.

A su padre siempre le habían gustado las fotos. Verlas y hacerlas. Martín tenía documentada gráficamente toda su infancia y los verdaderos recuerdos se mezclaban en su memoria con las imágenes y las historias con las que había crecido.

Habían pasado ya dos años desde que muriera y a Martín le hubiera gustado ver aquellas latas llenas de imágenes de nuevo, pero no se atrevía a pedirlo. La abuela estaba rota desde entonces y esas latas estaban llenas de instantáneas de su hijo fallecido.

Las horas que había pasado en el tanatorio eran como en una nebulosa, nada estaba del todo claro, pero sí que recordaba a su abuela repitiendo constantemente: “nadie debería enterrar a un hijo”. Y lo decía ella que había enterrado a una madre y un marido poco antes, así que debía tener razón, pero Martín sentía ganas de gritar que tampoco un hijo debería enterrar a un padre tan pronto, que, en realidad, nadie debería morir tan joven y dejando tanta gente atrás. En cambio calló. Le parecía una terrible injusticia y estaba muy cabreado, sin saber con quién o con qué. Pero calló, rumió la rabia, vomitó en los baños del tanatorio, se puso muy enfermo justo tras el entierro, lloró una única noche sin consuelo y al cabo de un tiempo la vida continuó. Siempre continúa.

Para su abuela la vida también había seguido, pero renqueante e incompleta, con un dolor sordo y constante que se le adivinaba en la mirada. Tal vez por eso las visitas duraban el tiempo justo. Tal vez por eso ella ya nunca iba a su casa a verlos y eran ellos los que tenían que adentrarse en aquel rincón de triste seguridad doméstica en el otro extremo de Madrid.

Iba digiriendo todo aquello en el coche, de regreso a casa, cuando su madre soltó a bocajarro.

– No me has dicho a qué te vas a dedicar las mañanas de los fines de semana –

Martín resopló con fastidio, no había sacado el tema confiando en que su madre olvidase aquella exigencia de buscarse alguna ocupación productiva y que le obligase a madrugar. Con todo el tema de Manu, no había buscado nada, ni siquiera lo había pensado.

– Es que no lo tengo aún claro –

– Pues mañana te quiero haciendo algo, lo que sea mientras te aporte a ti o a los demás. Como no espabiles te apunto de voluntario al Banco de Alimentos, que para mover kilos de arroz vales seguro-

No se iba a lograr escapar. Si algo tenía claro respecto a su madre desde que era pequeño es que siempre cumplía lo que amenazaba, ya fuera para bien o para mal. No quería verse ante las cajas de un súper recogiendo bricks de leche y paquetes de pasta. Tampoco le apetecía volver a hacer deporte, aunque siempre le quedaba la opción de salir a correr si no se le ocurría nada mejor. Miró la hora en su móvil, en el que tenía una foto de Logan como fondo de pantalla, y sintió que una bombillita se encendía como en los dibujos animados clásicos. Tal vez acababa de ocurrírsele algo interesante, claro que tendría que hablarlo primero y asegurarse de que fuera posible.

– Cuando lleguemos a casa bajo yo a Logan. Tras subir te cuento lo que haré. ¿Te parece? –

– Me parece –

Rodaron en silencio unos minutos más escuchando a la Alanis Morissette de los noventa, uno de los discos preferidos de su madre, que comenzó a tararear aquello de *I'm a bitch, I'm a lover. I'm a child, I'm a mother...* “Muy poco apropiado delante de tu hijo, pero probablemente cierto”, pensó Martín divertido.

– ¿Mamá, vas a salir mañana? –

Su madre desvió por un instante la atención de la carretera y la canción para lanzarle una mirada astuta.

– ¿Y por qué te interesa saberlo? –

– Nada, simplemente me preguntaba si lo harías. Llevas varias semanas saliendo todos los sábados –

– Ya, nada, simplemente te lo preguntabas. Pues sí, saldré, pero ya sabes que no volveré tarde y que si organizas alguna fiesta en mi ausencia Ernesto vendrá a quejarse por el ruido y me enteraré- rio ella antes de seguir cantando *so take me as I am. This may mean you'll have to be a stronger maaan.*

Logan las esperaba tras la puerta, golpeando rítmicamente la pared a rabazos con una sonrisa perruna estupenda. Tenía la parte izquierda de los cuartos traseros completamente empapada.

– Cada vez se le escapa más el pis. No te quites el abrigo, bájale ya, que lo necesita. Yo fregaré lo que haya mojado –

Martín cogió correa y bozal. Recorrieron sin prisas las dos manzanas escasas que necesitaba el viejo pitbull para aliviarse, olisquear y marcar su territorio. ¿Eran imaginaciones suyas o en el fondo de sus ojos oscuros comenzaba a dibujarse una neblina? Respiraba fatigado, caminaba más despacio, se le escapaba el pis y ahora probablemente estaba perdiendo vista. Se preguntó si los perros también verían mermadas sus capacidades mentales al envejecer igual que pasaba con las físicas. ¿Podían desarrollar demencia o Alzheimer? Tendría que planteárselo a Inés, la veterinaria del barrio que llevaba tratando a Logan desde siempre, cuando le llevaran para investigar esa nube azul que se adivinaba al mirarle.

Tras entrar en el portal se dio cuenta de que no sabía el nombre de la chica del galgo. Se acercó a los buzones y buscó la puerta del segundo piso en la que había vivido el señor Marcial. Solo se veía el cartón de siempre, con una pulcra caligrafía y el nombre

de Marcial Solar Fernández. Ni rastro de la actual ocupante del piso. Subió en el ascensor para no cansar más a Logan y llamó al timbre. No tardó en aparecer ella, con una sudadera vieja, un pantalón de pijama y una trenza medio deshecha. Incluso así, estaba realmente guapa. Era la primera vez que la veía sin abrigo y bufanda y resultaba aún más pequeñita, pero por alguna extraña magia irradiaba tanta fuerza que no lo parecía. A su lado estaba el galgo canela, tranquilo y sobrio, y tres pasos por detrás un perrazo que parecía cruce de nórdico y pastor alemán y que no quitaba ojo a Logan.

– Ya no tienes al podenco – afirmó Martín mirando al perro nuevo, que seguía inmóvil con la vista fija en el pitbull.

– No, está camino de Alemania. Él no es una acogida, es Yeik, el perro de un amigo que está fuera hasta el domingo. Cuando yo viajo suele quedarse él con Trancos –

– Quería preguntarte una cosa, pero si molesto vuelvo en otro momento –

– No molestas, pero espera – dijo mirando de reojo al cruce de pastor y cerrando la puerta. Cuando la abrió al cabo de unos segundos solo se veía a Trancos.

– Yeik suele llevarse bien con los demás perros en la calle, y con Trancos no tiene problema, pero me daba la impresión de que bajo techo tenía intención de tener unas palabritas con tu pitbull a ver quién mandaba. Le he dejado un momento en la terraza. Dime –

– ¿En la protectora en la que colaboras admiten voluntarios? –

– Es una perrera, aunque la manejen personas que no quieren sacrificar, busquen adopciones y se dejen el culo por los animales. Pero ya te explicaré la diferencia en otro momento. Realmente el nombre oficial es centro de protección animal. Un eufemismo similar al de llamar escuela infantil a las guarderías. Y sí, claro que admitimos voluntarios –

– Ya sé que el otro día me explicaste lo que era ser casa de acogida, querría ampliar la clase y que me contaras lo que hace falta para ser voluntario. Me gustaría ayudarte en la perrera los fines de semana por la mañana –

La chica del galgo le miró de manera peculiar antes de decidirse a responder.

– Siempre vienen bien más manos, eso está claro, pero antes de seguir hablando tengo que hacerte una pregunta: ¿No será un intento de ligar conmigo? Me pareces un buen chaval, pero el plan no te va a salir bien –

– ¡No, claro que no! – contestó Martín atropellado. Tal vez debería haber pensado “¿quién es esta tía? ¡Menuda creída de mierda!”, pero no era eso lo que percibía, sino más bien a una persona con pocos filtros y a la que le iba el dejar las cosas claras. Y era obvio que a él le gustaba, no podía engañarse a sí mismo, y pese a que creía que no se le notaba, tal vez era algo que ella había notado, las chicas son unas hachas para eso. Además sabía de sobra que con diecisiete años no tenía nada que hacer con una de veintiséis. Intentar obviar esos nueve años era como intentar saltar el abismo de Helm a lomos de un galápago. Y, por otra parte, tenía a Manu, a la que aún no se atrevía a llamar novia, pero como poco iba camino de serlo.

– Mi madre quiere que haga algo de provecho durante las mañanas de los fines de semana. Había pensado que ser voluntario en la perrera sería buena idea. Siempre puedo salir a correr si a ti no te lo parece – explicó demasiado deprisa.

La chica del galgo se separó de la puerta para abrirla por completo y señaló un largo pasillo tras el cual se intuía un salón.

– No sé si correr es de cobardes como dicen muchos, me da que no. Lo que sí te aseguro es que estar en primera línea de protección animal es para valientes. Si quieres probar si estás hecho de la pasta que hace falta, a mí me parece perfecto. Entra y te explico –

Martín iba a cruzar el umbral, pero se detuvo justo antes.

– ¿Cómo te llamas? –

Ella soltó una breve carcajada, limpia y vibrante como un arroyo de montaña.

– Anda, pasa –

CAPÍTULO 11: Mastín

Se sentó en una esquina del chenil de aislamiento. En la esquina contraria se encontraba el cachorro que había visto en fotos. Costaba pensar en él como cachorro. Por mucho que el animal quisiera parecer más pequeño, hacerse insignificante encogiéndose y mirando de soslayo, era un perrazo inmenso.

– Hola mastín-

El perro no dejaba de mirarle, se mantenía alerta y asustado. Martín se acomodó lo mejor que pudo contra la rugosa pared de cemento. El suelo aún estaba algo húmedo tras limpiarlo con la manguera a presión, pero no le importó. Tampoco el olor acre y punzante a perrera, que se mezclaba con el olor cálido y particular de los perros. Tras pasar allí toda la mañana, apenas lo percibía ya.

– No te fíes de mí y te entiendo. Te las han hecho pasar muy putas en los pocos meses que llevas en este mundo. Atado y recibiendo palos. Pero aquí hay historias mucho peores que la tuya. Y aún eres muy joven, como un chaval de diez o doce años, pero en perro. Y ser joven tiene que servir para algo, nos tiene que servir para algo – la voz del chico era grave y suave, con una cadencia constante; era el murmullo interminable de una marea formada por palabras.

– Aquí no estás del todo bien, ya me lo imagino. Sí, estás mejor que antes, pero no bien. Tienes comida, agua fresca, un ratito al día para correr en el patio, un techo y atención veterinaria, pero no es suficiente. Ni siquiera lo será cuando salgas de aislamiento y tengas la compañía de otros perros. Entiendo lo que es eso. Necesitas algo mejor, una casa, gente de la que te puedas fiar para siempre. Una persona especial a la que entregarte. Y luego ya vendría la colchoneta para dormir, algunos juguetes y un collar nuevo. Esas cosas no son lo importante. Son solo cosas. Los perros no necesitáis realmente la mayoría de las cosas que os compramos. Logan tiene un peluche viejo, un Dumbo con el que yo dormía de niño hasta que un día se cayó de la cama y lo destrozó. Recuerdo que primero le arrancó los ojos de plástico duro, luego

corrió con él entre los dientes, sacudiéndolo cada poco como si quisiera partírle el espinazo que no tenía. Lloré mucho por el muñeco, al menos eso cuenta mi madre. Yo ya no lo recuerdo. Pero era muy pequeño, así que era normal que hiciese un drama de aquello. Luego mi madre me explicó que yo tenía muchos peluches y que compartir uno con Logan no debería suponer ningún problema. Realmente lo que me convenció es que me dijo que Logan compartía todos sus juguetes conmigo sin protestar. Y me di cuenta de que era cierto, desde que era un bebé le quitaba sus pelotas, su kong y sus muñecos de goma de la boca sin ningún miedo. No recuerdo haber llorado por el peluche, pero sí haberme dado cuenta de que él compartía todo conmigo sin protestar y que no era justo que yo no lo hiciera –

El perro le observaba algo más tranquilo. Se había tumbado, pero mantenía alzada la enorme cabeza sin quitarle ojo.

– Te he dicho que Logan tiene un Kong, pero tú no sabrás lo que es eso. Es un juguete de goma prácticamente indestructible. Y sé que lo es porque el primero resistió más de diez años a Logan, que era entonces un pitbull joven de dientes perfectos, royéndolo a conciencia. Está hueco y dentro le metemos chuches caninas. Probablemente por eso es su favorito. Logan siempre tiene hambre. Creo que todos los perros siempre tenéis hambre. Forma parte de vuestra naturaleza. ¿Cómo tener la seguridad de que tendréis un cuenco lleno al día siguiente? Por si acaso se tuercen las cosas, hay que aprovechar cuando hay comida disponible. Aunque no creo que sea realmente así, no creo que penséis en un futuro, lejano o inmediato. Me da que vivís en el presente, aprovechando lo que tenéis delante. Y me da que es una manera muy inteligente de vivir, al menos si lo que uno está buscando es simplemente ser feliz. Hoy, ahora. No es mala idea –

Martín notó que su móvil vibraba dentro del bolsillo del vaquero. Lo había puesto en silencio, pero esa remota reverberación hizo que el cachorro reorientara sus orejotas buscando su procedencia. El chico no se atrevió a sacarlo para ver quién llamaba. Cualquier movimiento haría que el mastín volviera a ovillarse contra la esquina contraria. Tragó saliva y continuó hablando.

– Dentro de poco tendré que irme a casa. Cuando ella lo diga. Está atendiendo a unos posibles adoptantes. ¿Te puedes creer que aún no le ha dado la gana de decirme su nombre? Está un poco chalada. Bueno, no diría eso. Lo que es, es rara. Realmente parece una tía con mucho sentido común y que tiene muy claro por dónde pisa. Manu también tiene claro lo que quiere, pero no quién es o lo que es respecto a los que la rodean. Ella sí. Yo, ni lo uno ni lo otro. Bueno, tengo claro que quiero volver aquí. Tal vez pueda también mañana por la mañana. Al principio había pensado en venir solo los sábados, pero les vendría bien que les echara una mano también los domingos. Están desbordados. Hay que limpiar, sacarlos a correr un poco, dar medicaciones, alimentar, cambiar el agua, quitar cacas de la arena de los gatos, atender a los quieren adoptar, a los que se encuentran perros y los traen, a los avisos de la Policía, hacer fotos, difundir en redes sociales... Eso sin contar con arreglar las cosas que se estropean en este sitio. De momento urge meter mano a un par de puertas, un grifo y sellar algún agujero. Me gustaría ser más manitas. Mi madre no lo es y mi padre tampoco lo era, así que lo extraño supongo que sería no ser el desastre que soy –

El mastín apoyó la cabeza sobre las patas delanteras y entrecerró los ojos. Se le veía mucho más relajado.

– Es una tía muy dura, ¿sabes? No digo que sea irrompible, nadie lo es, pero está hecha para aguantar mucho. Se la nota. Y eso que no va de dura como muchos en el instituto, supongo que no hace falta ningún postureo cuando hablamos de algo que eres en esencia. Me molaría mucho si tuviera mi edad, o como mucho dos o tres años más. Pero tiene casi diez más que yo, así que no hay nada que hacer. Además, está Manu. Ya te hablaré de Manu otro día. La cosa es que ella se dio cuenta enseguida de que me gustaba y me cortó las pocas alas que tuviera de inmediato. Y ha sido lo mejor –

El mastín había cerrado los ojos, aunque seguía atento y despierto. Martín contuvo el impulso de acercarse para acariciarle. No había ninguna prisa.

– Esta mañana ha sido distinta a cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Estaba acostumbrado a tratar con perros, pero no con tantos a la vez, todos

desconocidos, en un entorno como éste. Por suerte la tenía a mi lado indicándome qué animales eran dóciles, sociables, y con qué otros había que ser más prudente. Y pronto he comprendido que, pese a los ladridos, los ímpetus buscando caricias o los miedos huyendo de ellas, la gran mayoría sois unos benditos. En realidad creo que siempre se me ha dado bien entender lo que me queréis decir. Tenéis vuestro propio idioma, solo hay que saber leerlo. Supongo que crecer con Logan me ha ayudado a verlo. Ahora, por ejemplo, puedo ver que estás más tranquilo, vas comprendiendo que no quiero hacerte daño, pero aún no te fías del todo de mí. Todo llegará, ya lo verás. Sé que los perros sois muy capaces de sonreír y yo lograré que lo hagas –

Martín apoyó la nuca contra la pared y cerró los ojos. Sentía la presencia del perro apenas a un par de metros, la humedad, el frío del recinto; oía algunos ladridos esporádicos y el zumbido amortiguado de la autovía. Se concentró en respirar pausada y rítmicamente. Olía a animal, a tierra mojada, a su propio sudor tras varias horas limpiando las jaulas y moviendo sacos de pienso. Notaba un dedo algo magullado y el pulso de un pequeño rasguño en el antebrazo. También la paz que experimentaba tras correr o jugar un partido. Había sido una mañana larga e intensa, una mañana que había merecido la pena.

Abrió los ojos. El mastín se había acercado en silencio y estaba oliendo sus botas. Martín abrió la mano que tenía sobre el regazo y la elevó un poco, con los dedos extendidos hacia el perro. El perrazo pareció dubitativo unos instantes, luego avanzó un único paso y bajó la cabeza para olerlos. Martín no se movió, notó la trufa fría y húmeda y esperó. El cachorro se dio pronto por satisfecho y volvió a su rincón, pero sin encogerse, sin rehuirle. Simplemente dio un par de vueltas, se tumbó sobre la alfombra vieja que lo aislaba del suelo de cemento y, al poco, se durmió. Esta vez sí que estaba completamente dormido. Martín sonrió, recompensado, y volvió a cerrar los ojos y a intentar asimilar todo lo experimentado, todo lo sentido esa mañana, a la espera de que ella le fuera a buscar para ir a casa.

La chica del galgo detuvo el coche frente al portal y lo miró, esperando a que se despidiera y bajara. Ella tenía que volver al centro. Le jodía mucho tenerla de taxista, estaba deseando tener edad de sacarse el carné de conducir. Edad y dinero, porque costaba una pasta. Los diecisiete eran absurdos, una edad de tránsito a la que cada vez tenía más ganas de perder de vista.

– ¿Volverás la semana que viene? – preguntó al fin ella.

– Volveré mañana, si te parece bien y estás dispuesta a traerme –

Alzó las cejas, sorprendida o fingiendo muy bien estarlo. Una sonrisa de medio lado le brilló en los ojos.

– ¡Vaya! Muchos no sobreviven al primer día. Buscan alguna excusa barata y no vuelven. Me alegra que contigo no haya sido así. Al menos de momento. Entonces te veo en el portal a la misma hora que hoy. Hasta mañana Mastín –

Martín se bajó dando vueltas a lo último que acababa de escuchar. ¿Qué es lo que había dicho? ¿Había oído bien?

– Espera. ¿Cómo me has llamado? – preguntó agachándose frente a la puerta abierta.

– Mastín. Eres como ese mastín que está a punto de dejar de ser cachorro con el que has estado encerrado. Grande ya, pero todo patas y corriendo sin rumbo. Incapaz de dar miedo aunque lo intente y muy mono aún mal que le pese. No me extraña que os entendáis tan bien –

Y ella se llevó su risa, pero quedó el eco vibrando en el aire.

CAPÍTULO 12: Un sábado por la noche

Hacía una hora que su madre se había ido, dejándolo en casa con la única compañía de Logan. Martín había cambiado de canal un par de veces para acabar poniendo el blue-ray con la película de *Serenity*; sus padres la habían visto en el cine cuando Martín era muy niño y como a su padre le había encantado, su madre y él se la habían regalado varias navidades atrás. A Martín también le gustaba aquella aventura espacial de ecos fronterizos, pero no estaba prestando ninguna atención. Se dedicaba a revisar distraído Instagram, Facebook y Twitter en el móvil, otorgando retuits, 'megustas' y favoritos sin demasiado criterio. Estaría bien agregar a la chica del galgo, pero estaba viendo que antes tendría que torturarla para saber su nombre. Ese iba a ser uno de sus objetivos el domingo por la mañana. Cuando agotó las posibilidades de las redes sociales entró con poco interés en un par de juegos que tenía instalados, teniendo siempre presente la hora que era.

El tiempo transcurría demasiado despacio. Conocía bien esa sensación, lo que era novedosa era la manera en la que se sentía nervioso, impaciente. Le resultaba imposible relajarse ante la inminente llegada de Manu.

Y no tenía sentido que fuera así.

Mil veces había venido a casa desde que eran niños, pero la Manu que había estado con él era su amiga, con la que hacía deberes, jugaba, veía películas, con la que hablaba sin medir las palabras y a la que tomaba el pelo por bajita, por cabezota, por darle demasiadas vueltas a las cosas.

Aquella era la primera vez que venía a casa esa otra Manu que estaba descubriendo desde el sábado anterior. La Manu de los labios suaves y las expectativas desconocidas.

A veces una semana encierra un mundo. A veces una semana acaba durando meses y cambiándote la vida. Pasó con la semana en la que murió su padre y notaba que estaba sucediendo de nuevo. Y no era sólo por aquella nueva Manu que en pocos

minutos llamaría a la puerta. Pensó otra vez en todo lo vivido aquella mañana en la perrera, en el mastín que ahora estaría solo en su chenil anticipando el frío de la noche, en los ojos dorados de aquel perrillo que nunca encontró, en su madre ausente, en la chica del galgo.

Procuró apartar de su pensar errante a perros y vecina. No eran los causantes de que se notase excitado e intranquilo, la culpable era Manu.

Bebió agua del grifo, orinó, puso a cargar el móvil que apenas tenía ya batería y le dio a Logan una de esas golosinas que se supone limpian el sarro de los dientes de los perros. Todo mirando cada poco el reloj de la cocina.

El viejo pitbull ladró en el mismo instante en que sonó el timbre. En condiciones normales no lo habría hecho, pero su inquietud debía haberse transmitido al perro.

Aguardó junto a la puerta abierta a que el ascensor subiera, con el estómago convertido en una piedra y repitiéndose a sí mismo que no había ningún motivo lógico para estar así. Solo se tranquilizó cuando Manu salió del ascensor y supo que ella estaba igual de nerviosa. Martín la tomó de la mano, luego de la cintura y la besó bajo el marco sin esperar a entrar en casa. Todo el nerviosismo desapareció tras convertir a dos seres humanos racionales en dos bocas, cuatro manos y piel que se buscaba. Ella cerró la puerta con su cuerpo y él la apretó contra la madera blindada. Manu dejó caer su abrigo y las manos de él reptaron bajo la sudadera morada. Allí no había nadie que pudiera pasar y verlos, por primera vez no estaban escondidos en el hueco de un portal o un garaje. Lo sorprendió un susurro en su oído, mientras recorría su cuello. - Me gusta que me toques. No hay ninguna parte de mi cuerpo que no puedas tocar. Eres el único en el mundo que puede recorrerme entera con sus manos – Los dedos de la chica, muy fríos, se adentraron con decisión y torpeza en su pantalón vaquero provocándole un escalofrío que nada tenía que ver con la temperatura.

No fueron a su habitación, en la que aún se veía al niño que apenas había dejado de ser. No quiso llevarla a su cuarto, con la ajada lámpara de Toy Story, unos pocos trofeos recuerdo de pequeños logros infantiles y una balda de la estantería llena de cuentos. Probablemente porque no quería una cama. Aún no. La condujo en cambio al

salón, al gastado sofá marrón en el que había disfrutado de miles de horas de televisión y consola, que le había acogido cuando estaba enfermo y que tantas veces había compartido con sus padres y con Logan. El sofá en el que la había estado esperando minutos antes.

Media hora más tarde estaban viendo el arranque de *Serenity* y comiendo un sándwich y palomitas de microondas; Manu acurrucada contra el costado de Martín, que nunca había sentido a su amiga tan pequeña y tan grande a la vez. Dos horas más y se abrigaron para bajar a Logan. Se encontraron a su madre en el portal, intercambiaron un par de saludos rápidos y el chico acompañó a Manu hasta su casa, volviendo sin prisa al ritmo de los olfateos y marcajes que dictó el viejo perro.

El olor a café recién hecho y a pan tostado con aceite de oliva llegó hasta Martín. Era uno de los aromas que asociaba con su madre, con los desayunos que cada vez compartían con menos frecuencia los fines de semana. Le resultaba francamente agradable.

– ¿Qué pasa con Manu? –

Martín interrumpió el proceso de saturar el café con galletas para mirar con atención a su madre.

– ¿Cómo que qué pasa con Manu? Nada – Y volvió a su tarea tal vez con un interés excesivo.

– No nos hagamos los tontos anda, que no nos pega a ninguno de los dos – insistió su madre sonriendo y sentándose a su lado con su tostada y su taza.

– ¿Cómo puedes saberlo?- se rindió Martín – Es imposible, apenas nos vimos contigo medio minuto en un portal en penumbras –

– Pues por lo mismo que sabía cuando tenías ganas de hacer pis a los dos años y te llevaba al baño antes de que te mearas encima. Superpoderes que tenemos las

madres. ¡Eh! No te rías como Bruce Willis que ya sabes que con eso me desarmas. También me pasaba cuando tenías dos años. Esa sonrisa es mi kriptonita- bromeó su madre lanzándole la servilleta, probablemente para quitar hierro al interrogatorio que se avecinaba.

– Vale, pasa algo. Empezamos a salir hace muy pocos días. Y no te pienso decir nada más. Dudo que otros tíos de mi edad tengan que ir dando explicaciones a sus madres de este tipo de cosas – respondió empezando a sentirse algo molesto.

– Me importa poco lo que hagan otros “tíos de tu edad” – adujo ella imitándole – ¿Vamos a tener que recordar la charla del sexo seguro, la responsabilidad que tenemos hacia los demás y todo aquello de que me parece muy bien lo que hagas siempre y cuando no dañes al otro? –

– No hace falta mamá, no me he olvidado. Vamos despacio y con cuidado. Aún soy virgen sí eso es lo que te preocupa – respondió Martín cortante -Y Manu no es la primera chica con la que salgo tras aquella conversación. ¿Por qué con Manu lo sacas a colación y antes no parecía preocuparte? –

– Vamos por partes. Que seas virgen no es lo que me preocupa. Con diecisiete años, si aún lo eres, no creo que lo sigas siendo mucho tiempo. Y tal vez me preocupo porque a Manu la conozco desde que tenía cuatro años y la enseñé a sonarse los mocos –

Se observaron un momento por encima de cafés, cereales y tostada. Él tenso y con un punto de desafío. Ella tan tranquila, masticando. Su madre era exasperante a veces. Marisabidilla, así la llamaba en algunas ocasiones su padre. Una vez le dijo: “nunca discutas con tu madre, tienes todas las de perder”. Recordar a su padre y a la relación que tenían ambos le calmó.

– La última pregunta: ¿Por qué ahora sí os gustáis y todos los años previos erais sólo amigos? –

Martín suspiró. Le estaba poniendo a prueba. Y, siendo del todo sincero, él tampoco lo sabía.

– Por favor, mamá, para ya. Esto acaba de empezar, no tengo respuestas. No sé cómo acabará la cosa, pero no me voy a portar mal con ella. Tendrás que fiarte de mí, de nosotros –

Su madre se limitó a sonreír y morder de nuevo su tostada.

– Trato hecho. ¿Quieres que te acerque a la perrera en coche? Hoy puedo, y no me importa –

Martín negó con la cabeza. No tuvo que pensarlo ni un segundo; si había que elegir entre su madre en actitud de oficial de la Gestapo y la chica del galgo, lo tenía clarísimo. A ver si averiguaba cómo demonios se llamaba.

Poco después, mientras se enfundaba en unos viejos vaqueros y una sudadera desteñida para ir de nuevo a echar una mano en la perrera, recordó un regalo envuelto en un susurro: “Eres el único en el mundo que puede recorrerme entera con sus manos”.

Su dulce amiga Manu estaba resultando ser toda una sorpresa.

CAPÍTULO 13: El mundo está lleno de gilipollas

– Es un gilipollas –

– Puede que un poco, sí, pero solo a veces. No es mal tío la mayor parte del tiempo – replicó Andrés quitándose la sudadera. El sol de abril parecía de junio aquella mañana.

– Eso díselo a Juan – respondió Martín señalando la puerta por la que había desaparecido su compañero en cuanto había visto aparecer a Alberto charlando con Carlos. Por algún motivo que se le escapaba, cada vez le sentaba peor ver al pobre chico pasarlo mal por culpa de ese par de imbéciles. Y Alberto era el peor.

– Ya, con Juan sí es un capullo. Pero es que Juan es muy raro también, tío. En todas las clases hay uno o dos como Juan supongo, uno o dos que reciben siempre. Alberto puede ser buen tío, en serio –

Martín se miró las manos pensando que si era verdad aquello de que podía ser un buen tío, entonces estaba eligiendo no serlo en demasiadas ocasiones, y eso le parecía aún peor que ser un mal tío por naturaleza y no por elección.

El tono ligero de Manu intentando cambiar de tema le sacó de sus barruntos filosóficos.

– Este fin de semana va a hacer buen tiempo. Carolina está hablando de ir a pasar el domingo a la parcela que tienen sus padres, comer allí y todo lo demás. Estaríamos solos. Me lo ha contado Claudia, que la está ayudando a organizarlo. Entre hoy o mañana crearán un grupo de Whatsapp para contarlos. Me animó a que fuésemos. Creo que van a ir bastantes de la clase, Alberto dijo que iría por ejemplo. Y que conste, aunque ya me aburre el tema, que yo también creo que es un gilipollas –

– Si lo organiza Claudia y ella va a estar allí, puede contar conmigo. Y ya tenía clarísimo que tú ibas a decir de Alberto lo mismo que tu tortolito – dijo Andrés.

– Vete a la mierda – respondió Manu en broma. Luego miró a Martín directamente a los ojos, esperando que se sumara al plan.

– Sabes que el domingo por la mañana no puedo, tengo que ir con los perros. Y esa parcela está en el fin del mundo. Puedo llegar después de comer si mi madre me acerca en coche, pero no antes –

– Un pueblo de Toledo no es el fin del mundo – replicó ella.

– No, pero se le parece bastante si toca ir en transporte público–

La chica quiso evitar que se notara su decepción y se giró hacia Andrés para concretar cuanto habría que madrugar para coger el autobús.

El sol de mediodía ya anunciaba el verano. Era agradable sentir la piel caldeada sin necesidad de abrigo. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás dejando que la conversación entre Andrés y Manu, que ahora se estaban lamentando de que no hiciera suficiente calor para aprovechar la piscina, se convirtiera en un rumor indistinguible.

El final de febrero había traído dos grandes cambios: el voluntariado en la protectora y a Manu. Marzo había transcurrido enseñándole a sentirse cómodo en esos dos nuevos mundos; ese mes a caballo entre el invierno y la primavera le había servido para crearse una nueva rutina en la que las mañanas de los fines de semana estaban dedicadas a la protectora, las tardes y noches a Manu y tras volver del instituto tocaba estudiar sin saber aún qué quería hacer con su vida.

No tenía mucho más tiempo para decidirse. El instituto acabaría en pocas semanas y tendría que elegir el camino a seguir. Quedaban pocos en clase que no lo hubieran decidido, y la mayoría de los indecisos escondían en realidad la seguridad de no poder seguir estudiando por un motivo o por otro o de tener unas notas pobres que les impedían elegir lo que querían. Martín arrastraba una nota media bastante digna que podía abrir suficientes puertas.

– ¡Eh! – se encogió ante el delicado roce de unos dedos congelados en su cintura y abrió los ojos para clavarlos en Manu, que se reía en silencio a su lado como una ardilla que hubiera encontrado dos bellotas. Andrés había desaparecido.

– Tienes las manos heladas. ¡Tienes que estar muerta! Hoy hace un día estupendo – Manu no solo no retiró la mano, sino que se dedicó a hacer arabescos por la espalda y el vientre de Martín, bajo la camiseta de manga corta del chico. Pese a lo frío del tacto, no resultaba en absoluto desagradable.

– Me ha contado mi padre que ya sabe porqué las mujeres tenemos casi siempre las manos y los pies fríos. Estuvo leyendo que, por lo visto, es una ventaja evolutiva. Cuando hace frío, las mujeres concentramos más el calor en los órganos vitales para poder aguantar más tiempo vivas. Que nosotras sobrevivamos asegura que la especie se perpetúe. En cambio en los hombres era muy importante que siguierais pudiendo usar brazos y piernas, para trabajar, hacer fuego, cazar... yo que sé. La cosa es que nosotras aguantaríamos más tiempo vivas, pero perderíamos los dedos por congelación en el proceso. Vosotros moriríais antes, pero activos hasta casi el final. No tengo ni idea de dónde ha sacado la teoría o si es cierta, pero he decidido creérmela. La verdad es que me encaja. Hay un montón de respuestas a cómo somos y porqué nos comportamos como lo hacemos que responden a cuando vivíamos en el Neolítico. Nos olvidamos que el periodo de historia escrita del hombre moderno es muy reciente, un pico insignificante en toda la historia de la humanidad sobre el planeta. La gran mayoría de siglos que ha vivido nuestra especie nos limitábamos a sobrevivir en un entorno hostil. Todo eso nos marca más de lo que parece. Tal vez incluso haya una explicación basada en todo aquello para el hecho de que Alberto se comporte como lo hace y Juan sea el paria de la clase. Es algo que habría que investigar. Somos animales sociales y todos los animales sociales tienen jerarquías. Los lobos tienen alfas y omegas, tal vez nosotros estemos hechos para que también los haya –

– ¿Te he dicho que me pone mucho oírte en plan sabionda, pequeña futura bióloga? – bromeó Martín interrumpiendo a Manu con un beso rápido que iba cargado de sonrisas. – Aunque lo único que me importa de que tengas las manos frías es que eso

me permite calentártelas – añadió mientras atrapaba con los dientes el lóbulo de su oreja. No se permitió hacer mucho más, dentro del instituto no era plan.

Tampoco dijo que el ser humano debería ser mejor que cualquier animal jerárquico de esos que necesitan un paria en su estructura. No dijo que dudaba mucho de que el alfa animal ejerciera su autoridad movido por la crueldad o la diversión. No dijo que esa predestinación a ser alfa u omega le parecía sencillamente una mala excusa para justificar lo injustificable. No lo dijo, pero estuvo a punto de hacerlo. Y calló no porque no creyera tener razón, sino porque a sus diecisiete años el mundo insistía en demostrarle que estaba equivocado. Calló también porque, a sus diecisiete años, todo a su alrededor se desvanecía mientras se entregaba a un beso de esos que te hacían olvidar dónde estaban.

Algo más de un mes acudiendo sin falta dos días por semana. Parecía media vida cuando estabas de voluntario en las instalaciones de la asociación. Ya conocía a todos los ocupantes de los cheniles, sus historias y sus peculiaridades. Se movía con libertad por cualquier rincón, sabiendo lo que había que hacer y lo que no. Y siempre reservaba un rato al final para dedicárselo a los perros más asustados, los que necesitaban volver a confiar en el ser humano.

Lucas, el cachorrón de mastín, estaba mucho mejor. Hacía tiempo que había pasado a compartir chenil con otros perros y había superado bastante su miedo. Con Martín llegaba a ser hasta juguetón. El perro había decidido entregar su devoción al chico que había pasado tres semanas sentado con él, ganándose su confianza mientras duró su periodo de aislamiento. Era un animal dulce y tranquilo a pesar de ser tan joven. De nada valía de cara a encontrar una familia. Su enorme tamaño y su timidez hacían muy difícil que lograra una adopción. Ella se lo había dejado bien claro desde el primer día. La gente busca perros de tamaño pequeño, cachorros, adultos de razas de moda... esos son los primeros en salir hacia un hogar. Los adultos grandes y sin raza definida lo tienen negro. Y era una lástima porque Lucas florecería en buenas manos, se convertiría en un impresionante perrazo feliz.

“Si te soy sincera, no es así siempre. Hay perros que encajan perfectamente en este lugar. Si los adoptaran probablemente no les harían ningún favor”, le había dicho ella uno de sus primeros días como voluntario. Un buen ejemplo era Bruce Willis, el culpable de que estuviera allí quitando mierda y uno de sus favoritos. La displasia apenas había mejorado con el tratamiento, pero se le veía feliz en aquel lugar, guardando el sitio sin moverse demasiado.

En el otro extremo estaban los perros tan deprimidos que no querían ni comer, que se dejaban morir sin comprender el abandono y la soledad, la locura de una vida en una perrera. Ahora tenían uno de esos, el primero al que Martín se enfrentaba: un cruce de pequinés bastante anciano al que tenían aislado en una habitación que también usaban para los cachorros más pequeños y los convalecientes. Había que alimentarle a mano con comida húmeda, se veía claramente que el pobre animal no entendía qué hacía allí y se le veía nervioso esperando a que volviera su dueño. No iba a suceder, el hombre había muerto y el perrillo se había convertido en una herencia que los hijos no quisieron.

– Unos gilipollas. El mundo está lleno de ellos – gruñó en voz baja Martín sin dirigirse a nadie en particular.

Martín decidió que parte de ese domingo se lo dedicaría al pequinés. En la perrera le dejaban bastante libertad para decidir qué hacer durante el tiempo que pasaba allí. Guardó el cepillo, enrolló la manguera y se dirigió a la humilde construcción de ladrillo visto en la que estaba el perrillo.

– Hola colega, ¿hoy no me dices nada? – el pequinés lo miró con sus ojos redondos y sus dientecillos torcidos sacudiendo el rabo con poco entusiasmo. Martín se sentó a su lado con una lata abierta en la mano. – Toma un poquito. Tienes que comer. Y nosotros tenemos que encontrarte una casa, aquí lo estás pasando fatal – Aquel perro le enternecía, le recordaba a Logan por sus ojos lechosos, las canas en la cara, el andar lento y el sueño constante.

– Habría que arreglar esto, está a medio hacer – comentó en voz alta Martín mirando alrededor. Tenía comprobado que una voz suave y tranquila ayudaba a los perros,

daba igual lo que dijera – Esa puerta va a romperse en cualquier momento, en aquella zona no hay bombillas y no se ve nada y falta poner un suelo en condiciones. Mi abuelo dicen que era bastante manitas, pero me temo que no lo he heredado para poder echar una mano –

– Sí, tienes toda la razón Mastín. Habría que intentar convencer a algún albañil para que se viniera de voluntario. Con su cuadrilla entera a ser posible. ¿Conoces alguno? –

Martín se volvió hacia la voz, sabiendo de sobra que procedía de su vecina. Nadie más le llamaba Mastín.

– Nos han dado el aviso de una perra preñada vagando junto a la nacional. ¿Quieres venir conmigo a buscarla? Si tenemos suerte y damos con ella sería tu primer rescate. De hecho si he venido a buscarte es para ver si traes la suerte del novato contigo. Algo me dice que no va a ser fácil. Los que la vieron ya intentaron cogerla sin éxito. Con suerte la excursión solo sirva para saber dónde poner la jaula trampa –

Martín vació la lata en el comedero del pequinés, se puso en pie y se sacudió un poco los viejos vaqueros.

– ¿A qué estamos esperando? –

CAPÍTULO 14: El rescate

Estaba cómodo en silencio a su lado, sin sentir la necesidad de forzar temas de conversación. Y ya tenía edad suficiente como para saber que no era algo que pasara a menudo. La mayoría de las personas se creían obligadas a hablar para llenar el vacío. A él también le sucedía, pero no con ella.

Por la ventanilla veía pasar campos anodinos enmarcados por polígonos industriales y los extremos de ciudades sin belleza. El paisaje que siempre le había acompañado. Miró algunas de las altas torres de viviendas arracimadas y recordó cuando era un niño de once o doce años y se percató por vez primera de que en cada uno de esos pisos vivían seres humanos como él, gente con sus sueños, sus responsabilidades, sus quebrantos, alegrías y miserias. Algunas personas buenas y algunos monstruos y una gran mayoría que en ocasiones era bondadosa, en otras malvada y casi siempre ni lo uno ni lo otro. Miles de ellos, cientos de miles, millones en aquella provincia de geografía escasa y absurdamente poblada. Le abrumó entonces darse cuenta de todas aquellas individualidades que le rodeaban y le seguía resultando inabarcable ahora.

Recordó también que aquella primera vez que lo pensó con once o doce años era su padre el que conducía de regreso a casa y caía una noche escarlata. Nada que ver con aquella mañana luminosa de abril, se forzó a considerar para alejar la melancolía que sintió reptar por él.

Entonces comenzó a sonar en el coche una canción desgarrada, con una pena distinta que le hizo esquivar la suya. Un tema lleno de fuerza que jamás había oído. Lo cantaba una voz joven de mujer a la que comenzó a acompañar ella sosteniendo el volante con las dos manos y mirando al frente. Tenía una voz agradable, grave para ser de mujer. Cantaba en voz baja, apenas audible, Martín tenía claro que no por vergüenza, simplemente se cantaba a sí misma. Y se dio cuenta de que aquello que decía tenía para ella algún significado.

A su madre también le gustaba cantar en el coche. Y también a veces cantaba canciones que para ella eran especiales y él lo notaba. Se fijó en la letra, palabras que entendía mejor gracias a que ella las pronunciaba.

I've been a bad, bad girl
I've been careless with a delicate man
And it's a sad, sad world
When a girl will break a boy just because she can

– ¿Qué canción es? ¿Quién la canta? – se atrevió a preguntar pese a que no deseaba interrumpirla.

– Es la canción de mis pecados – se limitó a responder ella esbozando la sombra de una sonrisa.

What I need is a good defense
'Cause I'm feeling like a criminal
And I need to be redeemed
To the one I've sinned against
Because he's all I ever knew of love

Martín regresó a su ventanilla, a unos campos poco memorables que se iban imponiendo a polígonos y bloques de pisos, pero ya no meditaba sobre silencios cómodamente compartidos o miles de sueños y pesadillas encerrados en hormigón, cristal y ladrillo visto. Pensaba en canciones a dos voces de mujer, en pecados desconocidos, en unos ojos dorados a los que no supo ayudar y en lo que les esperaba al final de aquel corto viaje en coche.

Habían aparcado en un punto en el que el arcén se ensanchaba para facilitar el paso a una finca llena de olivos. Era una vieja nacional por la que ya circulaban pocos vehículos, existían demasiadas alternativas más veloces como para perder el tiempo metiéndose por allí con el coche. Lo que sí había era bastante ciclista que aprovechaba

el domingo para rodar. También sonaban disparos no demasiado lejos de dónde estaban parados.

– ¿En abril se puede estar pegando tiros? – preguntó Martín sabiendo de sobra que no se podía, menos aún tan cerca de una carretera.

– Pues no, pero ya ves lo que les preocupa a los escopeteros –

Martín oteó en todas direcciones, no se veía ningún perro que necesitara ser auxiliado.

– Toma – dijo ella poniéndole en la mano un paquete de salchichas cocidas, un collar y una correa – Tenemos una jaula trampa desmontada en el coche, pero hoy no será necesario sacarla. Los que dieron el aviso al 112 vieron a la perra cruzando esta nacional e intentaron cogerla. No cayeron en hacer fotos, aunque todos estamos siempre con los móviles en la mano. Por lo visto buscaba los coches, se acercaba a ellos probablemente intentando localizar al que le dio la patada. Parece que es una mestiza de pastor alemán. Nos han asegurado que no se mueve de la zona, que ronda siempre los márgenes de la carretera. Yo voy a ir por allá, tú recorre este lado con cuidado. Si la ves, me llamas. No hagas que se aleje. Vamos a dedicarle un par de horitas, si en ese tiempo no la encontramos tendremos que regresar. ¿Alguna duda? –

Martín se metió las salchichas y la correa de nailon bien enrollada en un bolsillo trasero. Ella se ató la correa en torno a la cadera, gran parte quedó colgando contra el muslo izquierdo, forrado de vieja tela vaquera.

– Ninguna –

El chico salvó con facilidad el quitamiedos y dio sus primeros pasos entre los olivos. El terreno estaba algo blando, abril había hecho honor a su fama y la última noche había caído un buen chaparrón. Como compensación al barro, olía a aire limpio y tierra mojada. Reflexionó un poco antes de echar a andar. Lo mejor sería batir el terreno por sectores, alejándose y volviendo mientras se desplazaba primero a la derecha y luego a la izquierda. Le daba la impresión de que ser metódico reconociendo el terreno era mejor idea que limitarse a vagar de un lado para otro.

– ¡Eh, Mastín! – Martín se volvió hacia la voz, la única que lo llamaba así. Ella ya estaba en el sembrado que había al otro lado de la carretera – ¡Gracias! –

Martín se limitó a alzar la mano con una sonrisa. No sentía que hubiera nada que agradecer. No querría estar en ningún otro sitio.

Avanzó buscando un perro grande y en tonos marrones. Si era un cruce de pastor alemán, debía ser algo así. Estaba llevando a la práctica su idea de convertir la zona próxima a la carretera en varios cuadrantes a explorar, pequeños territorios con sus lindes, sus desniveles y algún vallado. Había visto varios conejos que se habían aplastado contra el suelo para luego salir huyendo cuando ya casi estaba encima de ellos. Tal vez eran liebres, no lo tenía claro. Daba igual, le gustaba ver a aquellos pequeños animales moverse a toda velocidad, pero le hubiera gustado mucho más ver al perro. Miró el reloj del móvil ignorando los mensajes que se acumulaban. Ya habían transcurrido unos cuarenta minutos y comenzaba a pensar que no deseaba ser encontrado y se iba a salir con la suya. Lo único que había logrado ver eran los conejos sospechosos de ser liebres y unos cuantos pájaros que también se sentía incapaz de identificar. Estaba claro que era un chico de ciudad.

Paró para frotar las suelas contra una piedra. Llevaba pegados unos cinco centímetros de barro que hacía que cada una de sus botas pesara medio kilo más. Lo cierto es que no eran suyas, habían sido las botas con las que su padre hacía senderismo. Heredadas igual que la bata que se ponía en casa, un puñado de camisas de vestir, un traje, dos jerséis, dos cinturones, unas pocas camisetas, y un abrigo de paño que no se imaginaba llevando hasta que cumpliera al menos treinta años... Su madre había guardado muchas cosas de su padre para que Martín las utilizara cuando llegara el momento. Y el momento ya estaba allí, al menos en cuestión de talla. La abuela había puesto el grito en el cielo, empeñada en que todo fuera para Cáritas y en “ahorrar recuerdos dolorosos al niño”, pero a Martín no le dolía llevar lo que había sido de él.

Su móvil vibrando con una llamada lo trajo de vuelta al mundo.

– La he encontrado. Necesito tu ayuda. Avanza unos quinientos metros a partir del coche y luego cruza y sigue en línea recta –

– ¿Cómo voy a saber cuánto son quinientos metros? –

– No me jodas Mastín, calcula a ojo, mira los puntos kilométricos de la carretera o activa alguna app de esas de correr en el móvil, pero te necesito aquí. Si te pierdes, me llamas –

Martín regresó trotando al arcén y recorrió la carretera hasta que calculó que debía estar a medio kilómetro del coche. Se fijó en los puntos kilométricos, pero aún con esas tuvo que llamar un par de veces antes de verla esperándole al borde de un terraplén. Llegó a su lado en unas pocas zancadas.

– Mira, ahí está, en el fondo del terraplén. Hay que bajar por ella. Y no está la cosa fácil con el barro –

Efectivamente, a unos diez metros de barro y maleza casi verticales se encontraba el objeto de su búsqueda. Lo miraba asustada, estaba sucia, tumbada en una postura extraña y tan flaca que se veían en la distancia las costillas y los huesos de la cadera.

– En aquella dirección el desnivel parece ir disminuyendo, si avanzamos probablemente podamos llegar hasta ella con más facilidad, pero te voy a necesitar para trasladarla hasta el coche, me da que no va a poder andar y yo no tengo suficiente fuerza como para... ¡Qué haces! ¿Estás loco? –

No recordaba haber tomado la decisión de lanzarse por el terraplén en dirección al animal, simplemente había sentido unos ojos oscuros clavados en él y había recordado la mirada amarilla de aquel perrillo al que no supo ayudar.

Aterrizó antes de lo que esperaba y de una pieza, aunque rebozado en barro y ramitas, con un costado dolorido por un buen golpe con una piedra semienterrada y un rasguño en la palma de la mano izquierda. La perra le observaba en actitud sumisa. Se sacudió un poco toda la porquería que llevaba encima y se acercó al animal.

– ¡Estás como una cabra!. Podías haberte roto algo y a ver cómo demonios os sacaba de ahí yo a los dos. Sé prudente, puede estar muy asustada y reaccionar mal- gritó ella desde arriba.

Martín supo al agacharse junto a la perra que no había ningún peligro de llevarse un mordisco. Estaba exhausta, desconfiada, famélica y dolorida. Una de sus patas traseras estaba atrapada en un cepo. Abrió el paquete de salchichas con los dedos y le ofreció una. Luego dejó que le oliese y la acarició, la perra se humilló y se giró levemente para ofrecer un vientre voluminoso pese a su delgadez.

– Sí que es una perra. Y sí que parece que está preñada. La pata trasera está pillada por un cepo, tiene mala pinta. El cepo está suelto –

– ¡Hijos de puta! Esos chismes están prohibidos. ¿Puedes levantarla con el cepo? –

El chico calculó que podría pesar unos veinticinco kilos. Era algo más pequeña que un pastor alemán y estaba en los huesos.

– Puedo intentarlo –

Se quitó la chaqueta embarrada y envolvió pata y cepo para procurar hacerle el menor daño posible. Luego la cogió en brazos con cuidado. La perra no hizo el menor intento por zafarse. La sujetó lo mejor que pudo y estudió la ladera para ver por dónde sería más fácil subir

– Vas a tener que seguir hasta encontrar menos desnivel, por aquí te vas a matar y la puedes hacer más daño. Ve hacia allá – gritó ella desde arriba.

Echaron a andar, uno por abajo y otra por arriba, en dirección a la nacional.

– Te estás portando muy bien – susurró Martín a la perra, que se dejaba llevar sin revolverse, paciente pese al miedo y al dolor. – ¡Se está portando muy bien! - dijo en voz más alta dirigiéndose a la mujer.

– Sí, menos mal. Ha tenido mucha suerte, enseguida estaremos en la clínica, ya he avisado para decir que estaremos allí en una hora. Espero que estemos a tiempo de evitar que esos cachorros nazcan –

A Martín le recorrió un escalofrío por la espalda cuando entendió a qué se refería.

– ¿Quieres decir que le harán un aborto? –

– Quiero decir que, si estamos a tiempo y es seguro, la esterilizarán y en el mismo proceso se interrumpirá la gestación de unos cachorros que vienen a un mundo en el que sobran perros mestizos a los que nadie quiere. Lo que más me preocupa es esa pata, a ver si podemos salvársela y a ver si la factura del veterinario no nos rompe el mes –

Veinticinco kilos acaban pesando el doble cuando tienes que llevarlos en brazos como un peso muerto, el terreno es irregular y los debes coger con delicadeza para evitar dañar más una pata herida. Cuando llegaron al arcén y la tumbó con cuidado en el suelo, Martín ya no sentía el brazo derecho. Lo flexionó varias veces mientras ella daba agua a la perra. El brazo dolía, pero no le importaba lo más mínimo. Pese a estar cansado se sentía lleno de energía, exultante.

– Sangre, pelo y barro hasta en los dientes. Estás hecho un asco – le dijo ella mirándole de arriba a abajo con una sonrisa luminosa.

Sangre, pelo y barro. Y una vida a sus pies que solo podía mejorar. Estaba feliz como no recordaba desde que era un niño. También estaba muy cabreado con los responsables de que aquella pobre perra estuviera en esas condiciones.

– Te has portado muy bien Mastín. Ahora espérame aquí con ella y aprovecha para descansar un poco, que yo voy a por el coche. Bastante has andado con esta pobre a cuestas –

Martín agradeció la oferta. Se sentó al lado de la perra sin importarle añadir más barro a la mezcla en la que parecía haberse revolcado. Acarició la frente triangular entre las

orejas erguidas procurando no pensar en los hierros que apresaban músculos, huesos y tendones bajo la chaqueta.

Se descubrió tarareando una melodía de rabia y tristeza que lograba al tiempo ser dulce. Tardó solo unos segundos en darse cuenta de que era la canción de unos pecados ajenos.

CAPÍTULO 21: Mal

Acomodaron a la perra en el maletero, sobre una manta. Martín no sabía si era por el agotamiento, el miedo, el estrés, el dolor o por saberse ya a salvo en manos de dos seres humanos, pero se dejó hacer y permaneció quieta durante todo el proceso, observándoles con ojos tristes y pacientes. El chico acarició con delicadeza su frente y la parte inferior de su hocico, la perra no tardó en cerrar los ojos abandonándose a la seguridad de esas caricias. Procuró no pensar demasiado en los dientes herrumbrosos clavados en la carne y los huesos del animal que ocultaba su chaqueta. No es que tuviera un estómago especialmente sensible, pero le revolvía por dentro imaginar el miedo y el dolor que tenía que haber experimentado esa pobre perra preñada atrapada sin agua ni comida en aquel lodazal del que la habían rescatado.

Al sentarse en el [coche](#) y echar a rodar se asomó a esa otra ventanilla al mundo que era su móvil, al que había estado ignorando durante un número de horas inconcebible, sabiendo que iba a encontrarse un buen montón de mensajes. Así fue. Había alguno de su madre; también había varios de Manu, diciendo que lo echaba de menos; pero sobre todo tenía el grupo de WhatsApp de los colegas de clase retransmitiendo la jornada en la parcela de los padres de Carolina, con fotos e incluso vídeos, e intercalando memes y coñas. En aquel momento todo aquello no le interesaba lo más mínimo y pasó por encima de todas las actualizaciones sin que le calaran. Aún batía en él la rabia.

– Voy a llamar a mi madre para que no se preocupe –

Ella asintió sin apartar la vista de la carretera, dejando muy claro que no tenía porqué dar ese tipo de explicaciones. Apenas Martín había marcado el número, ya la tenía a respondiendo al otro lado de la línea.

- Hola mamá, te llamo para que estés tranquila. Estoy bien. Y no me esperes para comer -

- Bueno es saberlo a las cuatro de la tarde - bromeó ella. Martín se alegró de encontrarla de buen humor.

- Hemos salido de la protectora para recoger a una perra abandonada. Nos ha costado un buen rato encontrarla. Había caído en un cepo. Ahora vamos camino del veterinario. Luego ya iré a casa -

-¿Con quién vas en el coche? -

- Con nuestra vecina, la chica del galgo -, contestó él algo incómodo, sabiendo que ella estaba prestando atención.

- ¡Ah! ¿Cómo dijiste que se llamaba? -

- Mal -, casi susurró Martín. Era el nombre que utilizaban con ella el resto de trabajadores y voluntarios de la protectora.

- Sí, recordaba que era algo raro. Vale, no te preocupes. Me parece bien, pero no olvides avisar cuando te retrases, que ya sabes que para una madre el mar está lleno de tiburones -

- ¿Mamá, podrás llevarme luego a Toledo? -

- ¿A la historia esa de la parcela? Pues me temo que no. He quedado esta tarde en el centro y me tengo que arreglar e irme en un par de horas. Lo siento -

Martín maldijo interiormente. Manu se iba a cabrear. Le había costado sangre, sudor y lágrimas que sus padres la dejaran quedarse a dormir allí dado que el lunes era festivo, no había instituto y existía la posibilidad de alargar la fiesta.

- Estoy deseando tener mi propio coche -

- Y yo deseando que tengas tu propio sueldo. Adiós, bicho -

- Adiós -

– Manu se va a cabrear – soltó en voz alta según colgó el teléfono, pensando en cómo decirle que no contara hoy con él.

– ¿Quién es Manu? – preguntó ella mostrando el interés justo.

– Una amiga del instituto – contestó Martín. No le salía aún natural aquello de llamarla, “mi novia” o “mi chica”. No podía evitarlo.

– Ya – dijo ella sonriendo al asfalto.

– Tengo a mis amigos pasando el día en una parcela, en uno de esos pueblos que hay en el límite entre Toledo y Madrid y contaban conmigo esta tarde, pero mi madre no puede llevarme y el transporte público hasta allí es un infierno. Bueno, tampoco es el fin del mundo no poder ir –

– No te preocupes, que yo te llevo al salir de la clínica. Te lo has ganado – Sé que quedarte en casa mientras el resto están de fiesta es un drama a los diecisiete años. Pero no creo que quieras ir así, lleno de barro y pelos, oliendo a perro – añadió echándole un vistazo rápido – Si te parece, dejamos ingresada a nuestra nueva amiga, te acerco un momento a casa, te adecentas, y nos vamos pitando a buscar a tus amigos –

– No es el fin del mundo, lo decía en serio, no tienes que molestarte – objetó Martín.

Ella movió una mano quitando importancia al hecho de irse a buscar una parcela perdida en un pueblo perdido. Él se miró las suyas, estaban sucias muy y tenía porquería bajo las uñas. No le dolía el raspón que se había hecho en la palma al bajar por la perra, cerrado con sangre seca, pero tendría que limpiárselo a conciencia en cuanto pudiera.

– ¿Puedo hacerte otra pregunta? –

– Claro. Siempre se pueden hacer preguntas. También pueden no responderse –

– ¿Por qué te llaman Mal? – era algo que había querido saber desde hacía que oyó a la primera persona llamarla así, hacía más de un mes. Como apodo cariñoso le resultaba francamente extraño, y si procedía de un nombre no tenía ni idea de cuál sería.

A ella se le escapó una breve carcajada antes de contestar.

– De Magdalena, como la patrona del pueblo. Que haciendo caso de la Biblia había sido puta, así que tiene su guasa que haya mutado en virgen. Durante muchos años odié mi nombre, me parecía rancio, largo e incómodo de pronunciar. Pero un día, siendo solo un par de años más joven que tú, descubrí el libro de Almudena Grandes *Malena es un nombre de tango*. ¿Te suena? –

Martín negó con la cabeza

– Normal, es un libro de mujeres más que de hombres. Y se publicó hace más de veinte años, te quedaba bastante para nacer. Llegaron a hacer una peli, pero tampoco habías nacido. Pues la protagonista de esa novela, que me gustó mucho, se llamaba Magdalena y la llamaban Malena. Yo no quería el mismo nombre del libro, así que me quedé con Mal. Me rebauticé a mí misma. La verdad, en ese momento creí que me pegaba. A mi madre no le hizo ni pizca de gracia. Oye, si quieres te presto el libro. Tiene un montón escenas de sexo, así que tal vez te guste – bromeó – ¿Y tú por qué te llamas Martín? –

– No hay ninguna historia memorable. Mi abuelo se llamaba así. Murió mucho antes de que yo naciera. Mi padre quiso ponerme ese nombre y mi madre estuvo de acuerdo –

– Prefiero Mastín. Y pronto tú también, ya lo verás. Se me da bien rebautizar a la gente. Y también a los animales. De hecho nuestra compañera de viaje se va a llamar Manu, tal vez ese pequeño detalle te ayude a congraciarte con tu amiga – añadió riendo de nuevo.

Era una clínica veterinaria pequeña. El equivalente a la consulta del médico de cabecera en el centro de salud, pero para los perros y gatos del barrio.

Recordó lo que Mal había estado contando cuando ya entraban en la ciudad: “Mónica me conoce desde que éramos unas niñas, es la única amiga que conservo del colegio. Y ella es la que me metió en el mundo de la protección animal. Desde el primer año de carrera comenzó a acoger gatos. Montó una clínica en un local vacío que tenían sus abuelos y colabora con la perrera. Hace buenos precios, no cobra las consultas y tampoco emergencias como ésta en la que la saco de su casa. Cobra apenas más que el material que utiliza. No te creas que todos los veterinarios son como ella”.

Estaba siendo un día de recortar distancias, de descubrir un poco más lo que cada uno llevaba dentro. No sabía si tanta confianza derivaba del rescate conjunto, de ir sentados juntos en el coche acunados por el runrún del motor o si, sencillamente, ya tocaba, pero le agradaba la nueva sensación de cercanía, de amistad incipiente.

Aparcaron justo en la puerta y Mal fue a buscar a la veterinaria mientras él volvía a coger en brazos a la Manu cuadrúpeda. Justo estaba ante la puerta cuando se la sostuvo abierta una mujer que Martín sabía que era de la edad de su vecina, pero igual que Mal parecía tener veinte años justos, la veterinaria aparentaba más de treinta. Era todo ojos y desparpajo. Le gustó según la vio sonreírle.

– Veo que estás fuerte. Mejor, eso siempre viene bien. Soy Mónica. Sígueme. Mira, puedes dejarla sobre esa mesa. Eres una buena chica, sí. Muy buena. Tú, coge la cabeza anda y ponte ahí delante. Vamos a ver... ¡Hay que ver cómo ha quedado esta chaqueta! Yo te la doy, pero está para tirar. Acércame eso. Mira esto. Me da que nuestra chica va a tener suerte y va a conservar esa pata. Voy a sedarla para poder quitarle este trasto y arreglarla un poco. Habrá que dejarla aquí ingresada, seguro. Así, eso es, tranquilita. Voy a aprovechar para ver si tienes chip, que me apuesto un meñique a que no. Ya te duermes, ya te hace efecto... Tú puedes esperar fuera si quieres, Mal y yo nos apañamos –

Había ido al baño y se había lavado las manos a conciencia. El raspón escocía más ahora que le había quitado la mierda de encima. Incomprensible. Luego había pasado un buen rato mirando el móvil, revisando redes sociales, jugando con poco interés al *Clash of clans* y cotilleando las fotos que le habían mandado. Se detuvo en una en la que se veía a Alberto jugando al póker junto a Manu. Cada vez aguantaba menos a ese tío. Revisó todas las imágenes y en ninguna estaba Juan. No le sorprendió, lo de no ser invitado a ningún plan formaba parte del lote estándar del paria de la clase. Tampoco él en su lugar hubiera querido estar junto a los que le traían mártir o los que le ignoraban más o menos cordialmente. Cuando se hartó de esperar se acercó a la puerta tras la que estaban las dos mujeres. Hablaban en voz baja, pero era capaz de distinguir lo que decían. Lo que escuchó le hizo clavarse en el sitio.

– ¿Qué tal el chaval? –

– Muy bien, tiene buena pasta – oyó decir a Mal. Una sonrisa de felicidad que debía hacerle parecer un imbécil brotó antes de que pudiera impedirlo.

– ¿Será de los que duren en la protectora limpiando mierda y luchando por no perder la fe en el género humano o será flor de uno o dos meses? –

– Es imposible saberlo. Tiene diecisiete años, está en una edad en la que te cambian mucho las rutinas y las prioridades, pero apostaría a que sí. O al menos a que si se va, acabará volviendo. Ya te dije que está hecho de buena pasta –

– Y es muy mono –

Oyó risitas. Parecía que las de casi treinta años no se diferenciaban de las adolescentes con las que compartía clase.

– ¡Es un crío, por favor! –

– No sé qué decirte, a mí me parece que tiene ya un tamaño decente –

– Ojito que te conozco... –

Hubo más risas quedas y la conversación cambió de rumbo. La veterinaria pasó a explicar que esa noche quedaría ingresada, que el martes tendrían los resultados de las analíticas y que el lunes harían una ecografía. Martín se volvió a sentar y sacó el móvil. No quería que lo encontraran escuchando tras la puerta. Su vecina no tardó en salir.

– Ya se queda Mónica con nuestra Manu, tú y yo podemos irnos a casa a que te duches para que te pueda llevar junto a tu Manu. ¡Eh! ¿Te duele? – añadió ella al verle tocarse la mano arañada.

– No, es poca cosa. Me he lavado las manos y el jabón ha hecho que escueza un poco, pero no tiene importancia. Me he hecho heridas peores jugando al baloncesto o montando en bicicleta –

– Anda machote ven, que estoy de acuerdo en que es poca cosa, pero más vale que lo desinfecte y pongamos betadine. No es plan pillar una infección tonta por algo así pudiendo evitarlo – ordenó la veterinaria.

- No te preocupes, sigue con la perra. Ya me encargo yo – dijo Mal.

Tenía unas manos rápidas, eficaces. Apenas se posaban en la suya y ya estaban de nuevo volando. La observó mientras ella estaba concentrada en limpiar, desinfectar y vendar el raspón.

¿Así que estaba hecho de buena pasta? No pudo evitar preguntarse de qué pasta estaba hecha ella, qué tipo de niña decidía adoptar como nombre Mal pensando que le pegaba.

CAPÍTULO 16: No es para tanto, es solo un perro

Mal dijo que en media hora lo vería en el portal, que quería aprovechar para dar un paseo a Trancos y cambiarse de ropa. Al lado de Martín parecía casi limpia, pero al lado de cualquier otro quedaba claro que también necesitaba una ducha. El chico se alegró de que no subiera a su casa por varios buenos motivos. El principal era que su madre estaba aún allí, terminando de arreglarse. No tenía muy claro porqué, pero se le habría hecho bastante raro tener a las dos juntas en su salón. Tampoco le habría gustado verla asomarse a su cuarto: si no le había apetecido ver a Manu bajo la lámpara de Woody y Buzz Lightyear y ante sus cuentos de Rayo McQueen, menos aún quería que Mal viera todo aquello. Si ya le veía como un crío, aquello se lo confirmaría. Por último, se habría sentido bastante incómodo sabiéndose desnudo en la ducha con ella esperando al otro lado del tabique.

Solo media hora. Rascó distraídamente a Logan, que había abandonado su estado de siesta constante para saludarle, cogió la ropa limpia que se iba a poner y se apoyó en el marco de la puerta del baño contándole a su madre los pormenores del rescate mientras ella usaba pincelitos, brochas y lápices de diferentes formas y colores. Todo un misterio en el que Martín no tenía el menor interés en ahondar. Se había acodado allí para que se diera prisa. Hasta que su madre no acabara no podría entrar en la ducha. No es que tuvieran ninguno de los dos el menor problema con la desnudez del otro o con compartir el único baño que tenía el piso, es que el vapor de agua caliente la estropearía el pelo recién alisado. Todo un drama.

– Ya estás guapísima mamá. Venga, que tengo que ducharme y casi no tengo tiempo –

– Pero si tú no tardas nada. En cinco minutos estás duchado y vestido – objetó ella.

– ¿Dónde vas a ir hoy, que te has puesto en plan milf? –

Su madre blandió amenazadoramente el frasco del perfume que se acababa de poner en la cara interior de la muñeca ante sus narices.

– Ni se te ocurra llamarme eso. Te dejo que me digas que estoy cañón o maciza, pero de milf nada. Voy a cenar y a tomar luego algo con algunos compañeros del trabajo –

– Oye mamá. Los hay que están comentando por WhatsApp que se van a quedar a dormir en la parcela, para volver el lunes después de desayunar y recoger aquello. ¿Te importa si me quedo? Como no he estado en todo el día... –

– ¿Manu es una de las que se queda? – preguntó ella mirándole directamente a los ojos, divertida.

– Sí, ella se queda. Si no quieres dejarme no pasa nada. No voy a discutir. Ya volveré como pueda, a algunos les irán a recoger sus padres y podrán acercarme –

Su madre guardó sin prisa todos sus bártulos pictóricos antes de contestar.

– No me importa, puedes quedarte. Lo que podáis hacer de noche, lo podéis hacer igual de día. No soy imbécil. Tuve tu edad y sé bien que las oportunidades se encuentran si se buscan. Pero te exijo que tengas cabeza. Y corazón también. ¿Queda claro? –

Martín se notó tremendamente incómodo, un puntito enfadado y notablemente cohibido. Se limitó a asentir mientras abría la mampara de la ducha. Luego soltó lo primero que se le cruzó por la mente.

–¿Mamá, te he dicho ya que me gustaría cambiar la lámpara de mi dormitorio? –

– ¿Te he dicho yo que me gustaría que tuvieses pronto tu primera nómina? – contestó ella subiéndose en sus tacones – ¡Ah! Y dado que no vas a volver hasta mañana, no olvides bajar a Logan a hacer un pis antes de irte – ordenó justo antes de salir por la puerta.

Martín maldijo mirando la hora en el reloj de la cocina. Ahora sí que iba a tener que correr.

Mal ya estaba en el portal cuando él bajó con su mochila al hombro. También maquillada y con una falda corta de flores pequeñas, unas botas de esas de ir a conquistar Polonia y una camiseta gris de algodón ajustada. Nada que ver con la ropa cómoda y vieja que se ponían en la protectora y con la que se había acostumbrado a verla. Se detuvo a su lado sonriendo.

– Estás muy guapa – soltó sin pensar.

– Gracias Mastín. No solo los adolescentes tienen planes. Los vejestorios que vamos camino de los treinta también quedamos –

Justo en ese instante entró Ernesto, que miró de arriba abajo primero a uno y luego al otro, resopló reprobatorio y desapareció en el ascensor sin decir una sola palabra.

– Bueno, creo que ha añadido la corrupción de menores a mis pecados – comentó ella al aire. Luego sacudió la cabeza quitándole toda importancia.

– No vas camino de los treinta años, solo tienes veintiséis. Y sé bien que los vejestorios pueden tener planes, mi madre ha salido hoy de marcha sin ir más lejos – continuó él en tono de broma mientras se dirigían al coche.

– Haber cumplido veintiséis es estar viviendo mi año veintisiete. ¿Lo ves? Casi treinta. Y eso ha sido descortés con tu madre, que la he visto y es una señora estupenda que además no está aquí presente para arrearte con la zapatilla, que aún tendría derecho a hacerlo – rio ella.

– Mi madre nunca ha hecho tal cosa – replicó Martín.

– Si te hubiera oído ahora mismo se arrepentiría de haber sido tan blanda. ¿Cuántos años tiene? –

– ¿Mi madre? Cuarenta y seis, creo. Me tuvo con veintinueve –

– ¿Creo? Ten hijos para eso. Por eso yo ni me lo planteo –

Tardaron poco más de cuarenta minutos en encontrar la parcela de los padres de Carolina con el GPS del móvil. En transporte público le habría llevado unas dos horas llegar hasta aquel rincón de las afueras de un pueblo toledano minúsculo.

Era una casa encalada de una única planta, bastante dejada. Cuando Carolina y su hermano eran pequeños y sus padres más jóvenes iban todos los fines de semana. Ahora paraban poco, sobre todo en invierno. En verano la frecuentaban algo más porque tenían una piscina y una barbacoa de obra. La casa tenía un único ocupante durante todo el año: una perra ya mayor, cruce de mastín, que era un pedazo de pan y a la que echaban un ojo, pienso barato y agua los vecinos. Tenía el nombre ridículo de Britney, por Britney Spears. Martín la recordaba del año anterior. Se acordaba también de que un año había estado a punto de morir. Por lo visto cayó a la piscina a medio llenar y había pasado dos días aferrada a la escalerilla hasta que los vecinos pasaron por allí y la lograron sacar.

Mal detuvo el coche frente a la verja de la entrada y Britney se acercó ladrando como una loca, con nudos en el pelo y el rostro más blanco de lo que recordaba.

– No hace nada – dijo Martín antes de darse cuenta de que era una información innecesaria. Mal estaba acariciándola a través de las rejas. En un minuto tenía allí a Carol y a Manu abriendo la puerta.

– Britney es un buen timbre, ¿verdad? – señaló Carolina con una sonrisa de oreja a oreja e ignorante de la dura mirada que le había dedicado Mal.

– Bueno Mastín, aquí te quedas. Pásalo bonito – le dijo poniendo una mano en su hombro de camino al coche e ignorando al resto.

Manu estaba de morros, Martín se percató en cuanto le puso la vista encima. No tenía ganas de bronca, pero tampoco de encontrarse con Manu cabreada tras un día tan intenso.

– Quién es esa borde que te ha traído. No se ha dignado a saludar a nadie. Carol iba a invitarla a entrar pero no le ha dado la oportunidad –

– Lo sabes de sobra. Es mi vecina, la chica del galgo. Con la que voy a la protectora. Bastante que se ha prestado a traerme hasta aquí – respondió aséptico, soltando la mochila en la vetusta cama de 90 que tendrían que compartir aquella noche. Al otro lado de una mesilla había otra cama de 90 que también tendría ocupantes. Intimidad, la justa.

– Ya, y se cree muy importante. Y tú podías haber mirado más el WhatsApp. No me has hecho ni caso en todo el día. He estado aquí sola, sin saber que era de ti hasta casi el final que has dado señales de vida. Las señales justas –

– No has estado sola, has estado con otros trece tíos de la clase –

– Con trece que han debido estar pensando que te importo una mierda – dijo Manu elevando el tono.

– ¡Vaya! Ahora tienes poderes y sabes lo que piensa la gente, como la jodida Bruja Escarlata – respiró para intentar calmarse – Mira, hemos estado haciendo algo importante. Hemos estado rescatando a una perra que había caído en un cepo – explicó, conciliador.

– No es para tanto, es solo un perro. Puede que yo no sea la bruja esa, pero no te creas tú Superman, tío. Es solo un puto perro –

Un puto perro. Solo un puto perro que no entró dentro de los planes de alguien. Unos ojos asustados e implorantes. Un peso rendido en brazos hasta el arcén. Un cuerpo caliente sin un ápice de maldad entre sus manos.

Ahí fue cuando Martín perdió los papeles. Cerró de un golpe que retumbó en toda la habitación el viejo armario y se lanzó a la puerta hecho una furia.

– Vale, lo siento, me he pasado. Lo siento – murmuró Manu poniéndose en medio y abrazándole por detrás, por la ancha cintura – de verdad, lo siento. No quiero que nos cabreemos. Venga. ¿Me perdonas? –

Martín nunca habría imaginado el poder que encerraban los besos con rabia.

CAPÍTULO 17: Ningún drama

Observaba la noche por la ventanilla. No se podía llamar paisaje a la sucesión de naves industriales, campos poco más que baldíos y edificios que se arracimaban según se acercaban a su hogar. Era de nuevo espectador de un mundo de bloques de hormigón y ladrillo en el que la mayoría de sus habitantes ya estarían durmiendo.

Martín estaba deseando llegar a casa, meterse en su cama y olvidarse del mundo por unas horas. Estaba de un humor de perros, que era una mejoría considerable respecto al cabreo incandescente que había experimentado poco antes. Se preguntó cómo habría surgido esa expresión, humor de perros. Por lo que él sabía los perros tenían, en líneas generales, un humor estupendo, mucho mejor que el de los humanos.

Suspiró y volvió a perderse en aquello que transcurría a toda velocidad al otro lado del cristal: unas indicaciones para llegar a un centro comercial, una gasolinera con servicio las 24 horas, un concesionario completamente a oscuras, un sospechoso establecimiento de una planta deslumbrante de neones que a la luz del día pasaba desapercibido...

– Estamos a punto de llegar. ¿Qué salida viene mejor coger para dejarte en casa? –

Martín se incorporó y fijó la vista en el espejo retrovisor que reflejaba una parte ínfima del rostro del padre de Laura.

– Puede dejarme dónde quiera. Vaya a su casa y ya iré yo andando a la mía desde allí, no son más de quince minutos – la familia de Laura vivía en un chalé al otro lado de la autovía, pero no estaban lejos del paso elevado, y a Martín le apetecía caminar. Andando un rato se despejaría lo suficiente para conciliar el sueño tranquilo.

– De eso nada. ¿Y si te pasa algo? Son más de las doce de la noche, a esta hora hay un montón de indeseables buscando bronca – objetó el hombre.

Martín intercambió una rápida mirada con su compañera, que solo con elevar las cejas logró transmitir que no había nada que hacer.

– Está bien, yo le indico. Puede entrar por la primera salida, la del polígono industrial –

Y volvió a reinar el silencio en aquel coche immaculado, de asientos de cuero e interiores de madera. Nada que ver con el coche que le había llevado hasta allí unas horas antes, pequeño, sucio de barro y pelos de perro y extrañamente acogedor comparado con la berlina plateada en la que se encontraba ahora. Al comienzo del trayecto el padre de Laura se mostró amigable a la par que escrutador, queriendo saber qué tal lo habían pasado y qué quería estudiar Martín en la universidad. Tal vez temía que aquel adolescente grande y hosco tuviera algo íntimo que ver con su hija. Las cuestiones sobre su futuro inmediato no mejoraron su humor. ¿Por qué a nadie se le ocurría otra pregunta cuando estaba ante un estudiante de último año de instituto? ¿Por qué todo el mundo daba por hecho que tenía que ir a la universidad?

Laura, que sabía lo que había pasado, demostró ser un encanto asumiendo la conversación con su padre hasta ahogarla. Nunca se habían hecho mucho caso el uno al otro, pero Martín tomó nota mental pese a su ofuscamiento de que era una buena tía a la que tal vez mereciera la pena tratar más.

– Ahora coja la tercera salida en la rotonda, tenemos que dejar la iglesia a la izquierda. Me puede dejar en el cruce del mercado, mi portal está ahí mismo –

En realidad su casa estaba a unas cinco manzanas, pero ese pequeño paseo sería suficiente para empaparse de fresca oscuridad y seguir digiriendo lo pasado.

Nada más salir del ascensor ya oyó a Logan al otro lado de la puerta, golpeando rítmicamente el zapatero de la entrada con su rabo. Había luz en el salón. Su madre también había vuelto pronto y debía estar viendo la televisión. Dedicó una caricia rápida al viejo pitbull, soltó la mochila, se quitó las deportivas y se dirigió hacia ella con la intención de decir “buenas noches” y meterse en la cama.

La escena le dejó clavado en el pasillo. Su madre estaba de pie, mirándole como si fuera una aparición, con la manta a cuadros del sofá envuelta a modo de vestido. Un

par de pasos por detrás un tipo con barba, no demasiado alto, se abrochaba una camisa azul de manga larga procurando mirar a cualquier sitio que no fuera aquel chico paralizado.

Martín dio media vuelta y alcanzó la puerta de la calle en dos zancadas, oyó de fondo a su madre llamándolo con tono conciliador mientras cerraba la puerta y se apoyaba en el descansillo.

Era lo último que necesitaba aquel día. ¿Qué más podía pasar? Comenzó a bajar por la escalera sin saber bien qué iba a hacer. No llevaba nada encima, ni siquiera las llaves. De hecho iba descalzo. No podía salir así a la calle, pero tampoco quería subir de nuevo a casa. Se detuvo entre el primer y el segundo piso. Justo antes de que la luz de la escalera se apagara se plantó ante la puerta de la chica del galgo y llamó. No sabía muy bien qué le había impulsado a hacerlo y al instante se arrepintió, deseando que no hubiera en casa más que el galgo.

– ¿Qué demonios haces aquí a estas horas? ¿No deberías estar en la casa esa a la que te llevé? – dijo ella abriendo la puerta escoltada por Trancos – Menudas pintas llevas. ¿Te has metido en algún lío? – añadió mirando sus pies descalzos.

Martín sacudió la cabeza.

– ¿Puedo pasar? – preguntó con un hilo de voz.

– Claro, pasa. Y dime algo más que me estás empezando a preocupar. ¿Qué ha pasado? – lo acompañó hasta un desvencijado sofá cubierto por una colcha multicolor. Martín la siguió dándose cuenta de que el piso tenía aún la vieja estructura original, con un comedor y una pequeña sala de estar que su vecina parecía tener dedicada ahora a almacén de pienso y guarda trastos. Seguía siendo, bajo un ligero maquillaje, la casa en la que había vivido un anciano.

Martín se sentó y enterró las manos en su pelo mirando al vacío. Mal se sentó a su lado y Trancos se extendió en el suelo con esa elegancia inherente a todos los galgos.

– Venga, cuéntame ahora que ha pasado – dijo ella con un tono de voz quedo y dulce que él jamás había escuchado antes.

– Demasiadas cosas durante todo el día. Y ahora llego a casa y me encuentro con eso. Es demasiado – respondió él sin dejar de mirar y sin ver las tablillas del parqué de roble.

– ¿Con qué te has encontrado? – insistió Mal. Martín notó cómo la chica posaba su mano en su espalda.

– A mi madre con un tipo. Él estaba vistiéndose cuando he entrado en el salón. Ella estaba tapándose con la manta que usamos para echarnos la siesta y ver películas. Seguro que estaba completamente en pelotas...-

– ¿Esa era la cosa tan grave que te ha hecho abandonar tu casa descalzo y a la carrera?
– lo interrumpió ella.

– No te rías, he pillado a mi madre con un tío – objetó él sin poder impedir que su sonrisa de medio lado hiciera acto de presencia al verla deshacerse en risas.

– Menos impactante que si la hubieras pillado con dos. ¿No te parece? – contestó ella estallando ya en carcajadas.

– Si no hubiera sido por Logan, sí que habría sido impactante. Gracias al tiempo que les ganó el perro me evité probablemente ver a mi madre completamente desnuda haciendo a saber qué con ese tío –

– No es ningún drama Mastín. Tu madre es una mujer aún joven y en todo su derecho de tener una relación del tipo que sea cuando le dé la real gana. Aunque todo eso ya te lo explicará ella –

– No hace falta que me lo expliques, tampoco que lo haga ella. Ya lo sé yo. No soy imbécil. Mi padre murió hace ya varios años y ella tiene que poder rehacer su vida. Y no contaba con verme llegar hasta mañana. Pero entiende que encontrarme a mi madre así me haya podido impactar –

– Sí, claro. Como todo el mundo sabe, los padres son seres asexuados y a ti te encontraron colgando de un peral – rio ella de nuevo.

Tal vez debería haberle molestado que ella se tomara a broma todo aquello, en cambio logró hacerle sentir que probablemente había reaccionado de manera exagerada.

¿Realmente era para tanto?

– No es solo eso, esa ha sido la guinda. Ya el rescate me dejó tocado y al llegar a la casa tuve una bronca con Manu. Aparentemente lo arreglamos, pero luego ella se ha comportado como una auténtica imbécil. Me cabreé tanto que me subí al coche del padre de una amiga y me acercó a casa, no sin interrogarme antes sobre qué quiero hacer con mi futuro. ¡Y nada me gustaría más que saberlo!. Llego y me encuentro a mi madre en ese plan. Entiende que me haya saturado – se justificó él recordando todo lo que había pasado aquella tarde.

Una vez superado el momento de combustión espontánea que Martín había tomado por una reconciliación y vuelta la normalidad, resultó que Manu había estado toda la tarde ausente, caprichosa, realmente rara. No le apetecía hacer nada y no participaba en ninguna conversación. Martín se hartó de preguntar qué le pasaba, ella respondía siempre con un lacónico “nada”. Luego, durante la cena, había estado ignorándole y coqueteando continuamente con Alberto, que se había prestado al juego. Martín trató de no hacer caso de todo aquello, de que su novia estuviera tonteando ante sus narices con el mayor idiota de la clase, de que se sentara en su regazo y cuchicheara con él al oído, pero al final no pudo evitar llevarse de nuevo a Manu al cuarto para hablar con ella.

– ¿Qué demonios te pasa? Y no me digas que nada –

– Que pasas de mí, que te importa más otra gente que yo. Como esa vecina tuya que te ha traído esta tarde. Pierdes el culo por ella, hasta te has ido a limpiar mierda de perro por ella. Y seguro que a ella le encanta tenerte detrás babeando –

– No pierdo el culo por ella. Me saca diez años, no le intereso lo más mínimo. Y no voy a limpiar mierda de perro por ella, lo hago por mí y por los perros. No tienes que preocuparte –

– Si llevamos tan poco saliendo y ya te importa tan poco pasar tiempo conmigo, claro que me preocupo. Yo lo único que quiero es estar contigo a todas horas, pero no veo que sea igual para ti –

– No quiero gente celosa a mi lado Manu –

– No soy celosa. Digo lo que veo –

– Pues te diré lo que veo yo. Te veo haciendo el ridículo con Alberto: ¿Qué cojones estás haciendo arrimándote así a él? –

– ¿Celoso? ¿No decías que no querías gente celosa? A ver si ahora resulta que el más celoso eres tú –

– No me jodas Manu. Te has ido con un imbécil al que no soportas sólo para cabrearme. Y lo has logrado. Pero por verte comportarte como una niña boba cuando tú no eres así, no porque esté celoso –

Luego habían llegado los gritos y se había alejado con ellos la cordura, así que Martín decidió irse también.

Obviamente no podía contarle todo aquello a Mal, que le miraba en ese instante con todo el aire de una hermana mayor dispuesta a soltar un sermón.

– Vale, has discutido con tu novia, no es nada extraordinario. Sube a tu casa anda, que seguro que tu madre te estará esperando preocupada y el maromo que se había agenciado habrá puesto ya pies en polvorosa. Vete a dormir y mañana lo aclararás todo con ella. Y cuando te sientas con ganas hablarás con tu novia. Puede que lo aclaréis y puede que no. Y si no lo lográis tampoco será ningún drama. Te lo garantizo. No tenéis una hipoteca y tres hijos –

Martín supo que tenía razón. Suspiró y se puso en pie observado por el galgo, que en aquel momento parecía mucho más maduro e inteligente que él.

No, nada era ningún drama.

CAPÍTULO 18: Es un refugio para los animales, no para huir de nuestros problemas

Al regresar a casa la noche anterior, tal y como Mal había predicho, su madre estaba esperándole y aquel tipo de la camisa azul había desaparecido, pero Martín no había querido sentarse a tener una charla. No era el momento, necesitaba dormir, reiniciarse como un ordenador que se hubiera bloqueado. Ya habría tiempo de hablar. Cuando aquel se despertó a la hora habitual para acudir a la protectora, seguía sin tener ganas de charlar, así que se levantó procurando hacer el menor ruido posible para salir sin ser interceptado y poder así aplazar la conversación pendiente. Tendría que haber imaginado que era misión imposible. Ella había madrugado aún más que él y estaba en el salón matando el tiempo en su móvil, esperándole. Tal vez también intercambiándose mensajitos con su novio barbudo, pensó contrariado.

– Buenos días. Tienes café recién hecho para que esa pasta de galletas que te fabricas esté algo mejor – se limitó a decir ella antes de volver al móvil. Logan, convertido en un inmenso cojín con forma de donut negro y blanco, despertó y sacudió la cola para saludar al chico.

– Vaya, veo que la culpabilidad no te ha alcanzado para hacer tortitas – quiso bromear Martín para quitar hierro a la situación. Su madre dejó el móvil a un lado y dio unas palmadas en el sofá, a su lado.

– Ven aquí Bruce Willis, que sabes que tenemos que hablar. ¿O prefieres hacerlo después de desayunar? –

– Mamá, no hace falta que hablemos. Sé bien que eres mayorcita y estás en tu derecho de hacer lo que te dé la gana. No soy un crío, lo entiendo – apuntó él, aún de pie.

– Claro. Y como lo entiendes, desapareciste en plena noche descalzo y sin móvil ni cartera durante más de media hora –

– No desaparecí, yo sabía muy bien dónde estaba – intentó bromear de nuevo sin dar ni un paso. Como no parecía funcionar decidió contar llanamente lo que había sucedido – Había tenido un día complicado y fue la gota que colmó el vaso. Estaba en casa de la vecina, serenándome un poco. Y creo que acerté, si me hubiera quedado habría sido aún más violento para todos. Pero en serio, lo entiendo. No es preciso que tengamos ninguna charla –

Su madre suspiró y acarició al viejo pitbull, que había vuelto a su despreocupada siesta intermitente.

– Vale, sé que racionalmente lo entiendes, sé que sabes que tengo derecho a “hacer lo que me dé la gana” como bien has dicho. Pero tenemos que hablar porque quiero saber qué sientes en un plano irracional. También porque me siento en la obligación de explicarte...-

– No tienes la obligación de explicarme nada mamá – la interrumpió Martín.

– ¡Claro que la tengo! Yo quiero hacerlo y tú tienes derecho a saber. Daniel es un compañero del trabajo. Se incorporó hace un par de años y siempre nos hemos llevado bien. Desde el principio nos caímos en gracia, aunque nunca creí que pasaría nada. No me pareció nunca especialmente atractivo, ¿sabes? Demasiado bajito para mi gusto. Y nunca me han gustado las barbas, me recuerdan a mi suegro. Tiene mi edad, un sentido del humor similar al mío y tenemos puntos de vista semejantes en muchos asuntos. Está divorciado y no tiene hijos. Y es un buen tipo, créeme. No sé exactamente cuándo, imagino que ha sido algo gradual, comenzamos a tirarnos los trastos. Lo justo. Públicamente y de manera muy inocente. Sin buscar nada. Simplemente era agradable sentir el interés de un hombre inteligente. Sin más. Pero al poco empecé a verle con otros ojos. Él me confesó luego que ya me había visto así casi desde el primer día, pero tiró de prudencia. Tal vez me lo dijo por halagarme, no lo sé. La cosa es que hemos ido a comer juntos algunas veces cerca del trabajo, hemos tomado bastantes cafés y salido unas cuantas veces de noche con otros compañeros. La última de esas noches me acompañó a casa y... Bueno, la cosa es que ayer fue la primera vez que quedamos a solas y los dos éramos muy conscientes de lo que podía

pasar. Los dos queríamos que pasara, mejor dicho. Se suponía que no ibas a aparecer... – su madre se detuvo un momento para mirarle a directamente a los ojos y suspiró – creo que es suficiente por el momento. Y ahora quiero que me preguntes lo que quieras. Seguro que tienes preguntas que hacerme –

Martín observó a su madre intentando no ver a su madre. Tenía una piel preciosa, de un suave dorado. Los ojos, que le observaban expectantes, eran del mismo color que las castañas frescas y en ellos se dibujaban esas pequeñas arrugas que tienen los que ríen con frecuencia. La boca era preciosa, nunca se había fijado en que tenía unos labios tan bien dibujados. Se notaba su edad en la piel del cuello, en que las mejillas caían tal vez un poco más de la cuenta, en el grosor de los párpados, en las canas que se empeñaban en asomar por el flequillo pese a los tintes. Recordó cuando era niño y le parecía perfecta en todos los sentidos. Recordó también el momento indeterminado en el que dejó de verla así. Claro que no era perfecta. Era su madre, una mujer. Tampoco lo era él.

– ¿Es buena idea liarse con un compañero del trabajo? – planteó al fin.

– Pues no lo sé, tal vez no. Está claro que tiene sus inconvenientes. Pero dime tú a mí dónde puedo conocer gente si no, quitando las redes esas de contactos por Internet. Que lo he pensado, no te creas que no – rio

– ¡Mamá! – fingió escandalizarse Martín.

– Vamos, que tampoco pasa nada. Conozco ya unos cuantos que han pasado por ahí con éxito. Y volviendo a lo del curro. Tu novia ha salido de tu clase, que viene a ser lo mismo –

La discusión de la tarde anterior con Manu surgió en la mente de Martín, que se apresuró a enterrarla de nuevo. No tenía muy claro si era cierto aquello de que tenía una novia. Su madre volvió a palmear el sofá y esta vez él se sentó sin pensarlo.

– ¿Qué va a pasar ahora con él? ¿Estáis saliendo o algo así? –

– Imagino que algo así, pero no tengo ni idea de lo que va a pasar. El tiempo lo dirá. O nosotros lo diremos cuando pase el tiempo, mejor dicho –

Martín se quedó callado, reflexionando.

– Venga, suéltalo – lo animó su madre.

– Está bien – suspiró él – Ya sabes que estoy pensando en papá. ¿Qué pasa con él? –

– Nada, mi amor. No pasa nada. Sigue siendo el amor de mi vida. Y lo será siempre. Sigo echándole de menos tanto que muchos días me duele físicamente. Y siempre será así. No sé qué pasará con Daniel, pero aunque todo fuera de fábula y acabara instalándose aquí conmigo, cosa que de momento no tiene que preocuparte lo más mínimo porque pienso avanzar con pies de plomo, él tendría que aprender a bregar con ello. Las fotos de familia no se va a mover de dónde están –

Se observaron un momento en silencio.

– ¿Te apetece decirme ahora lo que sientes? No lo que piensas, lo que sientes – recalcó ella.

– Estoy... no sé. Un poco extrañado, un poco confuso. Tampoco sé hasta qué punto por esto o por todo lo demás que me está pasando. Pero... –

– Sí, dime – le animó ella al ver que se detenía, que dudaba.

– Mamá, de momento no quiero conocerle. Seguro que es verdad que es buen tío, me alegra que te ilusione estar con alguien y sé que tendrás cuidado, pero de momento no quiero verle. No organices alguna comida o algo así para que nos conozcamos. No por ahora –

Su madre le acarició la nuca a contrapelo con delicadeza, igual que cuando era pequeño y se despedía de él por las noches tras leerle un cuento.

– Prometido –

Martín se levantó para ir a engullir el desayuno y poder llegar a tiempo al portal. Si Mal no le veía ahí, se iría sin él.

– ¡Oye! –

Martín se giró.

– Ya me contarás por qué regresaste a casa en plan Cenicienta en lugar de quedarte toda la noche de fiesta-

Martín no respondió. No quería volver a aquello.

– ¡Eh! –

El chico miró de nuevo a su madre.

– Estoy muy orgullosa de ti. Te lo digo muy en serio –

La perrera tenía dos guardeses, un matrimonio de unos cincuenta años procedente de Europa del este que vivía en un pequeño cuadrado de ladrillo visto que apenas tenía un aseo, una pequeña cocina, un dormitorio en el que cabía poco más que la cama de matrimonio y un saloncito. Todo muy modesto y muy limpio. Martín no había visto más que el saloncito, que era lugar de descanso para todos los voluntarios. El resto era privado. Se llamaban Miguel y Violeta. Él pasaba la vida en la perrera, era un tipo hablador, de manos grandes y sonrisa fácil, que conocía a todos los animales y lo mismo servía para hacer una pequeña chapuza de albañilería que para poner la inyección subcutánea de algún tratamiento. Ella era seria, o tal vez tímida, Martín no lo tenía aún claro. Era más alta que su marido y menos dada a intimar con los voluntarios que pasaban por allí. Trabajaba como interna cuidando a una anciana de lunes a viernes y los fines de semana cedía su labor a otra compatriota e iba a la protectora. Por lo visto era imprescindible contar con una persona durmiendo en aquellas instalaciones para evitar robos y gamberradas. Pocos años antes no tenían a nadie y eran frecuentes las noches en las había alguna novedad desagradable.

Los fines de semana y festivos como aquel era cuando más gente había. Por ejemplo, no solían faltar Alicia y Laura, que se dedicaban en exclusiva a los gatos. La perrera tenía dos habitaciones dedicadas a los gatos. Todos sociables. Aquello era un drama, apenas se adoptaban gatos adultos y había más animales de lo recomendable para el espacio que tenían. Estaban trabajando con la intención de conseguir fondos para ampliar las gateras y añadir una zona enrejada que les permitiera salir al aire libre. Eran animales territoriales y necesitaban más espacio. Martín no era capaz de comprender que eso no lo financiara el ayuntamiento, siendo su obligación recoger a todos los gatos abandonados que encontraban en el municipio. Lo lógico es que la capacidad de las instalaciones fuese acorde con las necesidades de la ciudad en materia de protección animal, ya que la ley obligaba a prestar ese servicio. Pero Martín ya sabía que una cosa era la realidad y otra los mundos de piruleta en los que él vivía hasta hacía no mucho, como la mayoría de los niños. Alicia y Laura hacían lo que podían, tenían también una colonia bastante controlada en las afueras de la ciudad en la que reinsertaban los gatos adultos de la perrera más asilvestrados y unas cuantas casas de acogida que se prestaban a tener a los cachorros. Patricia y Pilar eran su equivalente con los perros.

No eran las únicas personas que acudían con regularidad a la perrera. Mónica, la veterinaria amiga de Mal se acercaba con frecuencia. Luego estaba Carmen, que iba un par de veces al mes para trabajar con los perros que más miedos tenían y con los que más miedos causaban. Era etóloga y adiestradora. A Martín le encantaba verla trabajar. Cuando ella supo de su interés le dejó un libro estupendo titulado *Las señales de calma*, de Turid Rugaas, y ahora le había prestado *Tu perro piensa y te quiere*, de Carlos Alfonso López García. El siguiente ya le había advertido que sería un tocho bastante serio de etología al que tenía muchas ganas.

Había más ayudas esporádicas, casi todos de mujeres. Una o dos veces al mes aproximadamente iba Gabriel a echar una mano, era un fotógrafo jubilado bastante conocido en el centro de la ciudad. Había tenido una tienda de revelado y hecho muchas bodas, bautizos y comuniones. Ahora retrataba a los perros y gatos para que Mal los difundiera por Internet. Pero los únicos hombres fijos allí eran Miguel y él.

No le extrañaba que muchos perros abandonados y maltratados que llegaban a la perrera identificaran a las mujeres con el buen trato y temieran de entrada a cualquier hombre.

Mal hacía un poco de todo: solía atender a los potenciales adoptantes, también se encargaba de los que traían un animal que habían encontrado, trataba con la Policía y el ayuntamiento y gestionaba el papeleo. Pero siempre tenía tiempo de ensuciarse las botas.

Aquel día Martín se había pegado a Miguel. Los perros estaban en cheniles en los que convivían entre tres y cinco animales. El chico los sacaba diez escasos minutos a una zona vallada para que corrieran un poco al aire libre. El tiempo justo para que Miguel limpiara el chenil. El sol de primavera aspiraba a verano y Martín sudaba dentro de sus viejos pantalones de chándal, pero había aprendido pronto que no era buena idea llevar pantalones cortos. Los arañazos entusiastas estaban al orden del día. Llevaba manga corta y las señales de sus brazos eran una buena muestra de lo que podía causar el afecto canino desbordado.

Bruce Willis, el viejo mastín al que él dio nombre, no quiso salir del chenil cuando abrió la puerta. Tuvo que animarle para que pasara cojeando de estar tumbado en el suelo de hormigón a tumbarse con toda la dignidad de un peludo senador romano al sol del patio.

– Está muy viejo. Está bien aquí, pero es demasiado viejo – dijo Miguel con su acento balcánico.

En el siguiente chenil estaba Arya, una cruce de pitbull color tostado de ocho meses que empezó a saltar y gimotear en cuanto le vio. A Martín le partía el alma no poder llevársela a casa. Aquella perra llevaba toda su vida en la perrera. Había llegado con sus cuatro hermanos con el cordón umbilical aún colgando, todos habían recibido nombres inspirados en *Juego de tronos* y todos habían sido adoptados salvo Cersei, que estaba muy débil y había muerto, y ella que no logró enamorar a nadie. Cuando se vio en libertad se lanzó en una carrera de pura alegría y luego se pegó a su pierna, dándole rabazos e invitándole al juego. Era una perra sumisa y sociable, que

desesperaba por el contacto humano y que le había elegido, por el motivo que fuese. Y él sentía y aceptaba ese vínculo, por lo que Arya se había convertido un poquito en su perra. Era doloroso verla dejar de ser un cachorro sin encontrar una familia. Siendo adulta costaría mucho más que lograrse un adoptante. Martín se había hecho fotos con ella y las había subido a Facebook con la esperanza de forzar su buena suerte, hasta la fecha sin éxito pese a que había supuesto su récord personal de 'me gustas'. Nadie parecía querer un cruce de presa, aunque fuera un trozo de pan como ella.

Las redes sociales. Había entrado en el muro de Manu cuando iba en el coche de camino a la perrera y no había encontrado actualizaciones; sí que las había en los de otros amigos, las típicas fotos de fiesta que no importaba que viesen los padres. El WhatsApp tenía tres escuetos mensajes suyos pidiendo hablar, así que había apagado el móvil para evitar una llamada. No quería aún enfrentarse a aquello. Otra vez estaba en las mismas.

– ¡Eh, Mastín! ¿Te vienes o qué? Yo me vuelvo ya a casa-

El chico se giró hacia la voz de su vecina, que le observaba desde la zona de las gateras.

– ¡Sí, voy! –

Se despidió de Arya y dejó a Miguel enfrentarse solo a los pocos cheniles que quedaban. Nada a lo que no estuviera acostumbrado.

– Hoy nos vamos antes – señaló cuando vio la hora en el salpicadero del coche.

– He quedado con Mónica para comer – explicó ella. Martín visualizó a la veterinaria que rebosaba desparpajo, preguntándose qué tal estaría la perra que habían rescatado el día anterior.

– Tu Manu, la cuadrúpeda, está estupendamente – añadió Mal, que parecía ser capaz de leerle la mente – La cirugía salió bien y está descansando en la clínica. Voy a intentar encontrarle un hogar en el que termine de recuperarse. Si no lo consigo, tendré que traérmela a casa con Trancos, al menos el tiempo que esté convaleciente. ¿Qué tal está tu primera herida de guerra, por cierto? –

Martín había olvidado por completo el raspón que se había hecho el día anterior.

– Bien. Ya te dije que era solo un rasguño – dijo al tiempo que se examinaba la mano –

Tiene que ser poco a la fuerza si mi madre no se ha dado cuenta de ello –

– Tu madre bastante tiene encima. ¿Habéis hablado? –

– Sí, hemos hablado. Y volveremos a hacerlo, pero de momento está todo controlado –

– Me alegro, tenéis una buena relación, se nota. Ya me hubiera gustado a mí poder decir lo mismo de mis padres –

Martín estaba dudando sobre si debía indagar sobre la relación de su vecina con sus padres justo cuando ella volvió a preguntar.

– ¿Y con tu chica? –

Martín sacudió la cabeza. – La charla con Manu puede esperar a mañana después de clase –

Mal quitó los ojos de la carretera para lanzarle una fugaz mirada cargada de intención y también de algo que el chico solo pudo interpretar como cariño. Le sorprendió la manera en la que aquella percepción le caldeó por dentro.

– Escúchame bien Mastín, porque lo que te voy a decir es importante y cierto. Esto es un refugio, sí, pero para los animales, no para que nosotros huyamos de los problemas que tenemos ahí fuera. No tiene que ser hoy, pero hablad. Para arreglarlo o para que os mandéis mutuamente a la mierda, ahí no me meto, pero afróntalo –

A Martín se le escapó una carcajada, no lo pudo evitar.

– ¿Qué es lo que pasa? – quiso saber ella.

– Nada, que me ha sonado a consejo de hermana mayor –

Sonreían ambos, pero algo le decía que sí, que lo que ella acababa de decir encerraba un aprendizaje “importante y cierto”.

Cuando circulaban cerca de casa encendió el móvil, tenía un par de llamadas perdidas y más mensajes, no solo de Manu, también de Andrés. Sí, tenían que hablar, pero hoy no. Lo que tenía que hacer esa tarde era estudiar, si es que lograba reunir la concentración suficiente. Pero Manu merecía al menos que diera señales de vida.

“Mañana hablamos después de clase”, tecleó. Luego guardó el teléfono y se sumergió de nuevo en aquel pequeño y confortable mundo rodante en el que solo cabían Mal y él.

CAPÍTULO 19: “Ella te gusta”

Dejar que el tiempo transcurra suele funcionar. Martín lo sabía, estaba harto de oírlo, pero no lo había interiorizado hasta que murió su padre. Si el paso del tiempo había resultado efectivo con algo así, era imposible que no lo fuera tras una simple discusión con Manu. Simplemente el hecho de tener un día para serenarse le había servido para ir a clase apenas turbio, incluso con ganas de verla y arreglarlo. Aún así, procuró salir con el tiempo justo y escogió una ruta distinta, no quería encontrársela a solas camino al instituto. Lo que tenían que hablar llevaría tiempo. Por ese mismo motivo se había negado a ir durante el descanso entre clases a las gradas en las que él la había besado tras aquella noche en la que se dejó arrastrar. Había preferido esperar y hablar al salir del instituto en algún rincón tranquilo.

La mañana se les hizo eterna a ambos, ambos conscientes el uno del otro, cordiales pero procurándose la compañía de otros que a su vez se estarían preguntando qué pasaba con ellos. ¿Habrían roto? ¿Seguirían juntos? Tras la última clase se buscaron al fin y bajaron hasta la calle hablando de trivialidades. No fueron a las gradas, con el buen tiempo habría demasiada gente haciendo deporte o simplemente disfrutando del sol. Recorrieron el lateral de un centro de salud cercano al instituto hasta llegar a un banco parcialmente oculto entre los árboles de un parque descuidado, por el que apenas cruzaban unos pocos vecinos de paso.

A Manu también parecía haberle servido el transcurrir del tiempo. Se respiraba sosiego y ganas de entendimiento. Se pidieron disculpas por lo que se dijeron el uno al otro en aquella casa toledana, por cómo obraron. Hablaron de lo que sentían, de sus motivos. Ella insistió en su sensación de querer más, de notarse con frecuencia un segundo plato y no poder soportarlo. Él recalcó de nuevo su necesidad de no sentirse ahogado, de poder disponer de su tiempo y dedicarlo a la protectora, a sentirse útil, valioso. Ella le hizo saber que él era valioso para ella. Él prometió que ella no era nunca un segundo plato pero que no podía anteponerla a todo. Y llegado ese punto Manu afirmó mirando al suelo:

– Ella te gusta –

– ¿Qué demonios quieres decir con eso? – replicó exasperado Martín, sabiendo sin necesidad de preguntar que hablaba de Mal – Claro que me gusta, y también me gustan Andrés, Loles, la panadera que me daba cuscursos de pan a los tres años, y la profesora de Historia. Habla claro –

– Sabes perfectamente lo que quiero decir. Que ella te gusta en el mismo sentido en que te gusto yo, o al menos en el que creo que te gusto yo – Manu lo miraba esperando que lo negase. Tal vez hubiera sido lo más fácil, pero se sentía incapaz de hacerlo. Las palabras lo desbordaron.

– ¡Por el amor de dios! Claro que me gusta. Es guapa, es lista, es una persona interesante con la que me siento a gusto y que me hace recapacitar y me está abriendo los ojos. Pero puedes estar tranquila, tiene diez años más que yo y nunca va a pasar nada. Ya te lo he dicho en otra ocasión. Para ella soy un crío y para mí ella se está convirtiendo en una especie de hermana mayor. Probablemente yo para ella vaya también camino de ser un hermano pequeño. Si tuviéramos la misma edad tal vez te estaría diciendo otra cosa, no lo sé. Pero las cosas son como son y no tienes que preocuparte. Y es normal que nos gusten en ese sentido que dices otras personas. Es lógico fijarse e incluso fantasear con otras personas. Aunque sea con idiotas como Alberto. Y no pasa nada. Probablemente es algo que nos sucederá también cuando seamos viejos y estando aún enamorados hasta las trancas. Tenemos ojos y hormonas, es normal. Lo raro sería lo contrario. No te tienes que preocupar porque tú también me gustas, también eres guapa, eres lista y eres una persona interesante con la que me siento cómodo. Al menos es así la mayor parte del tiempo; cuando te pones celosa sin motivo, desprecias lo que para mí es importante o entras en ese estado de ánimo incomprensible en el que algo te pasa y no me lo dices por mucho que te lo pregunto, te juro que me pregunto si seguir con esto merece la pena. Pero creo que sí y sigo queriendo intentarlo –

Había elevado la voz mientras hablaba, había sido un discurso sincero, apasionado y revelador. Manu tenía los ojos vidriosos, pero esbozaba una sonrisa valiente intentando contener las lágrimas. Se miraron en silencio durante unos momentos.

Martín se dio cuenta de que acababa de sincerarse consigo mismo tanto o más que con su novia. Mal le gustaba, había ignorado ese vuelco que le daba el estómago cuando la veía aparecer y había procurado superar el hecho de que cuando se dirigía a él lo ponía muy nervioso, pero nervioso de verdad. Ya era hora de reconocer lo que tenía delante de las narices. Con Mal nada había que pudiera hacer salvo aprender de ella y cuidar su amistad. Manu en cambio estaba allí mismo, al alcance de sus caricias. Su amiga desde que entraron en el colegio a los cuatro años, preciosa y llena de inseguridades, inteligente y aprendiendo a manejar esa relación que había surgido tras años de cumpleaños en parques de bolas, carreras por el patio, cuentos y libros intercambiados y juegos y preocupaciones infantiles compartidas. Martín extendió la mano para rozar la de ella, un toque liviano que pareció poner todo en su sitio. La sonrisa se afianzó y el brillo de sus ojos detuvo su temblor. Manu no solo le gustaba, a Manu la quería aunque a él también le quedara mucho por delante para aprender a manejar todo aquello. La quería pero no se lo diría. No ese día. No tan pronto.

– ¿Qué están haciendo? – exclamó ella de repente, desviando la mirada a alguna parte del parque a espaldas de Martín.

El chico se giró para ver lo que había captado la atención de Manu. En la esquina opuesta del parque estaban Alberto y Carlos. Habían interceptado a Juan en el camino a su casa; el pobre chico protestaba y los otros reían.

Hubo un rápido forcejeo y Alberto se subió al pequeño tobogán infantil con forma de jirafa y alzó el brazo. Tenía algo oscuro y rectangular en la mano. Juan se quejaba bajo las carcajadas y las chanzas de los otros.

– Creo que le han quitado el móvil – dijo Martín poniéndose de pie.

– ¿Dónde vas? No te metas. Por grande que seas, ellos son dos y están más acostumbrados a las broncas que tú –

– Son unos hijos de puta. Mira al pobre Juan – respondió el chico con rabia.

– No es como si estuvieran dándole una paliza, simplemente están haciéndole de rabiar un poco. Acabarán devolviéndole el móvil, ya verás. No son tan tontos como para tocarle un pelo. En serio, no te compliques la vida – replicó ella tirándole del bolsillo del vaquero para que se volviera a sentar.

Martín se mantuvo en pie, indeciso. Incapaz de sentarse y dejarlo pasar pero dudando sobre si intervenir, por mucho que le ardiera la sangre al ver a esos payasos amargar al pobre chico. Seguía así, en la duda, cuando de repente Alberto lanzó el móvil a las manos de Juan, que arrancó una carrera tambaleante, como una cigüeña incapaz de volar que no supiera qué hacer con sus alas. El idiota de Alberto bajó del tobogán y se alejó sin prisas en compañía de su colega.

– Tú sí que no tienes que preocuparte más por ese matón. A ti te gustará tu vecina, pero a mí Alberto no, no me gusta nada – dijo Manu entre dientes.

Había estado estudiando toda la tarde. Hacía resúmenes de los apuntes y luego esquemas de los resúmenes que acababa esquematizando aún más. Había descubierto el año anterior que quedarse con lo esencial era la mejor forma de retener y comprender las asignaturas y de evitar perder el tiempo ausente, abstraído con cualquier cosa. Aguantó preparando el examen hasta las diez de la noche, emergió de su cuarto con un hambre feroz y se lanzó a por su móvil como paso previo a preguntar que había de cena. Cuando se metía a estudiar siempre dejaba el teléfono en el salón para evitar distracciones. Tenía mensajes de Manu, de los de clase y de Mal, que no encontraba ninguna casa de acogida para la perra que habían rescatado.

Se dejó caer en el sofá, completamente saturado. Su madre estaba al lado, tapada con la manta y viendo un episodio de *Mad Men*. Martín había intentado ver esa serie que

la fascinaba, pero él solo se había sentido fascinado por la preciosa pelirroja llena de curvas que hacía de secretaria. Era muy lenta para él. Su madre había dicho que le faltaban al menos quince años para entenderla del todo y disfrutarla.

– ¿Cómo puedes taparte con la manta? Estamos en mayo –

– Por las noches no hace calor, se sigue agradeciendo la mantita –

Martín suspiró. Lo del termostato interno averiado parecía ser común a todas las mujeres.

– Mamá, quería proponerte algo. Mira, en la protectora... –

– Espera – dijo su madre buscando el mando para detener la serie y prestarle atención.

– Como te decía, en la protectora no están siendo capaces de encontrar un hogar de acogida para Manu, la perra que rescatamos cuando... –

– ¿Esa perra se llama Manu? ¿Ha sido por tu Manu? ¿No es un poco raro? –

– Aún está convaleciente y no es plan de llevarla a un chenil – continuó el chico ignorando el comentario de su madre – Lo que necesitaría es una casa en la que estar tranquila hasta que se restablezca. Con las casas de acogida, ellos se encargan de costear el veterinario, el pienso... –

– No, no vamos a meter otro perro en casa teniendo aquí a Logan. Lo siento, pero no – volvió a interrumpir ella.

– Sería muy poco tiempo. Una acogida breve para que se recupere de la intervención. Es una perra muy dulce. Se llevaría bien con Logan. En la protectora se hacen cargo de todos los gastos...-

– Que no me lo vuelvas a contar, que ya me lo sé. Mi respuesta es la misma. ¡No!. Logan es muy mayor, con la llegada del calor lo está pasando peor. ¿Notas que se cansa antes y que le cuesta más respirar? Cuando el verano apriete será aún más duro para él, y julio está a la vuelta de la esquina. Está muy viejito y delicado. No voy a

meter aquí a un perro desconocido que le altere. Déjale en paz el tiempo que le quede en esta casa, que ojalá sea mucho, pero no lo tengo tan claro –

Martín observó al pitbull, era cierto que se pasaba la vida en el suelo de la cocina, que estaba más frío que el resto de la casa, y que su respiración era rápida y entrecortada con demasiada frecuencia. Los paseos nocturnos se limitaban ya a depositar la basura en el contenedor y volver utilizando el ascensor. No quería pensar que estaba agotando sus días, descartó aquel pensamiento con rapidez y acató la decisión de su madre. Quizás tuviera razón, mejor dejarle en paz aunque le partiera el corazón ver a tantos perros en la protectora que se beneficiarían de una acogida temporal.

Su madre le miró a los ojos para asegurarse de que no iba a insistir y volvió a su serie. En la televisión apareció la pelirroja explosiva. Aquello lo distrajo. Tenía una piel preciosa, la boca enorme y unas curvas de vértigo.

– ¿Qué hay de cenar mamá? – dijo cuando aquella actriz desapareció dando paso al peinado de Don Draper y el embrujo se deshizo.

– Yo ya he cenado. En la nevera tienes salmón ahumado, pepinillos, salsa de eneldo y el pan que te gusta. Puedes hacerte un sándwich. También tienes croquetas congeladas y un trozo de tortilla que quedó de anoche. Y lechuga, tomates y atún si prefieres una ensalada. Tú mismo –

Martín arrastró los pies a la cocina. Igual que en ocasiones clamaba por ser adulto de una puñetera vez, en momentos como esos casi echaba de menos tener diez años. Sacó la bolsa de las croquetas y mientras el aceite se calentaba en la sartén miró de nuevo el móvil.

– ¡Cabrones! –

CAPÍTULO 20: “La adolescencia no es lo mío”

Las fotos no eran nada del otro mundo, ni en calidad ni en contenido. Juan aparecía ante el espejo ensayando posturitas, en un par sin camiseta. Estaba flaco y no tenía ni un solo pelo en el pecho. Era lo que más le había llamado la atención a Martín, que hubiera jurado que habría tenido bastante vello en el cuerpo viendo su barba cerrada, una de esas que obliga a pasar por el coñazo de afeitarse a diario igual que le pasaba a él. Tal vez se depilaba. Había algunos *selfies* en los que se le veía en primer plano, poniendo boca de pato y con peinados raros. En todas parecía feliz, exhibiendo una sonrisa confiada que rara vez se le escapaba en el instituto. Feliz y extrañamente vulnerable. Entre sus fotos también estaba una imagen de Justin Bieber en una pose que quería ser desafiante y se quedaba en ridícula, luciendo tableta de chocolate. Tal vez si hubiera sido una chica no hubiera pasado gran cosa, pero casi todo el instituto consideraba hilarante que un chico llevara a Bieber semidesnudo escondido en su móvil y se fotografiara en aquellas actitudes, porque todo el instituto había visto ya esas nueve imágenes gracias al cabrón de Alberto, que las había distribuido por WhatsApp.

Juan no se había presentado ese día a clase y todos sabían que no estaba enfermo. Humillado sí, en el punto de mira para recibir coñas, miraditas y vacíos, también, pasándolo fatal, seguro; pero no enfermo. Martín estaba convencido de que no acudir para afrontarlo empeoraba las cosas. Claro que también se preguntaba qué habría hecho él en su lugar y no acababa de decidirse. Toda su vida había procurado pasar desapercibido, estaba convencido de que era la mejor estrategia para terminar aquella etapa sin lesiones emocionales o en la autoestima. Pero una vez puesto en la picota, aquello de procurar no llamar la atención era imposible. Juan tampoco quería atraer los focos, pero el pobre chico no había podido evitar que su modo de moverse, sus intereses, atrajeran a los cuervos.

– Tal vez deberíamos decírselo a alguien, a algún profesor – dijo Martín.

– ¿Te crees que no lo saben? ¿Es que no tienen ojos en la cara para ver lo que está sucediendo? Pasan de complicarse la vida a menos que les estalle en la cara. Deben

estar pensando que apenas nos quedan diez días aquí y no tiene sentido remover la mierda, que eso siempre huele mal –

– Aún así son diez días que a Juan se le pueden hacer muy largos. No puede decir que está enfermo todo ese tiempo – insistió Martín. Cada vez le ponía de peor hostia todo aquello, una mala hostia fría y soterrada, nada explosiva, que nunca antes había experimentado.

– ¿Y quieres acusar a Alberto y que él se entere de que has sido tú? – Manu se apretó a su costado mientras caminaban, como una gata a punto de ronronear. De hecho la voz que usó para seguir hablando recordaba a los maullidos que rodeaban a Laura cuando entraba con el pienso- Siempre hay parias, en todas las clases, uno, dos o tres chicos a los que otros machacan. A algunos más que a otros, pero luego probablemente se convertirán en genios cuando estén en la universidad y nos den por culo a todos cuando tengan cuarenta años y molen más que nadie. Juan es listo. Sobrevivirá. Y nos queda una moraleja: no tengas fotos comprometidas en tu móvil, que nunca sabes dónde acabarán –

Martín pensó en las imágenes que había en su móvil y descartó rápidamente que hubiera algún peligro. Si quería porno se iba a Youporn y luego borraba el historial para evitar que su madre indagara. No creía que fuera del tipo que hacía esas cosas, sentía su privacidad bastante a salvo, pero con las madres nunca se sabe. Andrés se había metido en un buen lío por unos cuantos archivos que tenía en el disco duro, y eso que sus padres tampoco lo parecían. No se le ocurría pedirle fotos a Manu ni, por supuesto, hacérselas él mismo o a sí mismo. Carlos llevaba el móvil lleno de fotos de su polla en diferentes estados de expansión y perspectivas, estaba obsesionado con ella, pero aunque se filtraran tampoco le iban a suponer ningún problema. Ya se había encargado él de enseñárselas a todo el mundo, casi siempre con ánimo de escandalizar y presumir, bromeando con un posible futuro como actor porno si no encontraba otro trabajo. Recordó entonces lo que le había dicho la siempre precavida Manu cuando habían hablado de ello: “sí, ahora no le preocupa, pero como se filtren cuando tenga treinta años y un curro respetable, ya verás...”

Manu seguía pegada a su costado, notaba su calor y su pelo rozándole el brazo mientras hablaba de la fiesta que habría al finalizar el curso, un remedo de graduación que estaba a años luz de lo que se veía a en las películas yanquis y luego se irían todos por ahí a celebrarlo sin hora de vuelta a casa. Sentirla a su lado le calmó, aunque la ira sorda permanecía enterrada, al alcance de su mano si necesitaba ser usada.

Soltó la mano de Manu para rascarse la barbilla. Llevaba un par de días sin afeitarse y aquello picaba con el calor. Definitivamente lo de la barba sí que era un coñazo. Y tendría que acostumbrarse porque le iba a tocar pasarse la cuchilla a diario de por vida. Los tíos no tenían ‘barbapausia’.

Antes de irse cada uno a su casa a estudiar para la inminente prueba de acceso a la universidad, la gran amenaza fantasma de ese curso, se refugiaron en su garaje habitual para devorarse tanto como el hecho de estar en la vía pública les permitía.

– Lo siento, tenía que haberme afeitado. Te voy a dejar en carne viva – dijo Martín con voz ronca sobre el lóbulo de su oreja, pensando en el delicado melocotón cobrizo que era el rostro de Manu.

– Nada que disculpar. Me gusta notar tu barba arañándome – respondió ella en un susurro ofreciéndole la tierna piel del cuello. El chico lo recorrió con su barbilla tan lentamente como fue capaz hasta alcanzar de nuevo su boca y liberar un poco de la rabia que escondía dentro.

Observó a Mal aquel sábado como si la viera por primera vez. En cierto modo era así. La veía por vez primera tras haber reconocido que le gustaba. Plenamente consciente de ello, de sus casi diez años de diferencia y también de que no quería herir a Manu, procuró no mirarla demasiado durante todo el trayecto a la protectora. Era difícil, el calor de finales de mayo la había llevado a ponerse unos viejos shorts vaqueros, tan cortos como magnéticos. Tenía un tatuaje de un dragón hecho a brochazos sueltos en el muslo que medio asomaba bajo la tela gastada. Se dio cuenta de que él aún no tenía edad para hacerse un tatuaje. ¡Putos diecisiete! Le cabreó, aunque no tenía la más

mínima intención de tatuarse. Para olvidar los muslos por los que se deslizaban animales mitológicos, se esforzó en mirar por la ventana y recordó que la había conocido en pleno invierno, embutida en un abrigo y envuelta en una bufanda, con la nariz roja de frío. Unos pocos meses que parecían una vida. Mal le explicaba mientras conducía todo lo que era necesario hacer para llevar a buen puerto un evento anual que organizaban en la perrera con el objetivo de recaudar fondos, Martín atendía y respondía cuando tocaba hacerlo, luchando para no apartar la vista del paisaje de espigas doradas y hormigón.

Por lo visto llevaban cuatro años con aquello, desde que había cambiado la gestión de la perrera municipal y había pasado a manos de una asociación más interesada en los animales y menos en la partida que le destinaban del presupuesto y en sacrificar perros y gatos con pocos miramientos para aprovecharla. No es que fuera el no va más, aunque tenía lugar en un parque relativamente céntrico, Martín había vivido siempre en aquella ciudad y jamás había sabido de la existencia de aquel sarao. Era una mezcla de mercadillo y exposición canina y felina en la que no importaban las razas. Laura y Alicia le habían contado que había una rifa, actividades para los niños, paseaban con los perros, llevaban a los gatos más sociables, vendían artesanía y todo aquello que hubieran logrado que les donasen, incluyendo trozos de bizcocho y bocadillos de tortilla de patata. La idea era tanto conseguir dinero como concienciar a todo el que pasara por ahí de la importancia de adoptar. “Hacemos visibles a los invisibles”, le había explicado Laura justo antes de quejarse por tener que llevar a los gatos, argumentando que para los perros salir del refugio y pasar el día en el parque era una fiesta, pero para los gatos era demasiado estresante.

Esperaban al buen tiempo para celebrarlo, así que siempre era a mediados de junio. Mal iba relatándole todos los preparativos y en qué podía echar una mano. Lo cierto es que Martín lo tenía complicado para ayudar a levantar todo aquello. Tenía la preu encima. El penúltimo año de Selectividad en España, que ya era puntería. Bien podía haber nacido un par de años más tarde, aunque a saber si lo que venía detrás era mejor de lo que le esperaba a él. Necesitaba tiempo para estudiar, su madre estaba encima de él como un halcón. Y también necesitaba dedicarle tiempo a Manu, ella

tenía derecho y él quería. Claro que también quería vivir con Mal, con Miguel, Carmen y los demás todo aquello. Ojalá pudiera desdoblarse, sacar más horas a los días, pero las siguientes semanas no iba a tener más remedio que ir solo las mañanas de los sábados.

– Mal, me temo que voy a ayudar muy poco este mes, solo voy a poder venir un rato una mañana a la semana – dijo él justo cuando aparcaban frente a la puerta de acceso.

Mal quitó las llaves del contacto, se desabrochó el cinturón y se giró para mirarle de arriba abajo y también por dentro, de esa manera penetrante que Martín conocía tan bien.

– ¿Ya te estás desinflando Mastín? Hubiera jurado que aún te quedaba carrete antes de dejarnos –

– ¡No me jodas Mal! No estoy dejando esto. Es que no doy abasto, es simplemente eso. Quiero venir y voy a seguir viniendo. En cuanto pase la Selectividad y acaben las clases podré dedicar aún más tiempo –

– Sí, ya... Al poco de acabar la Selectividad vendrá el verano, imagino que te irás a algún sitio de playa. Y luego vendrá la universidad, conocerás gente nueva, llegarán los trabajos en prácticas en los que te explotarán, eso si tienes suerte, claro. También un nuevo tipo de juergas, te convertirás en un joven adulto y tendrás aún menos tiempo para venir aquí. Tal vez cuando acabes con todo eso regreses. Yo ya estaré cerca de los cuarenta probablemente – explicó riendo.

– ¡Estoy rodeado de adivinas! Ahora resulta que conoces mi futuro mejor que yo, que no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida – replicó Martín exasperado y al mismo tiempo halagado porque Mal tuviera tanto interés en que siguiera acudiendo – ya te he dicho que esto me gusta y no voy a dejarlo, pero tengo que estudiar o mi madre me acabará encerrando en casa. Y lo peor es que tengo que estudiar y avanzar sin saber hacia dónde. No tengo ni la más remota idea de qué hacer en la universidad–

– Tienes razón Mastín, la vida es larga y no sabemos dónde nos lleva, pero podemos tener más control sobre ella de lo que pudiera parecer – reconoció. Entonces decidió cambiar de tema, lo que fue un error – ¿Qué carrera te gustaría estudiar? Seguro que hay algo que te llama la atención, tiene que haber algo que despierte tu curiosidad –

– ¡¿Tú también?! Odio esa pregunta porque no tengo ni puta idea de qué responder – no sabía por qué se estaba cabreando con Mal. Era irracional, las palabras salían de su boca sin filtros, se había desbocado – No me gusta que me interroguen, menos por mi jodido futuro. No tengo planes, debería tenerlos, pero nos los tengo. Manu tiene clarísimo el camino, la mayoría ya han tomado una decisión aunque no lo tengan tan claro como ella y se estén dejando llevar. Yo no. Solo quiero hacer esos exámenes y que me dejen en paz. Tú la primera. Hasta ahora nunca me habías hecho preguntas personales, jamás me habías interrogado por Manu, mis amigos, mi familia, las clases o mis proyectos de futuro –

Martín se giró sin aliento hacia la puerta del coche, para salir y respirar, para alejarse de Mal y sentarse con Bruce Willis, que siempre le calmaba, pero cuando intentó abrirla se encontró con que estaba encerrado. Mal había bloqueado el cierre centralizado.

– No te cabrees. Si no te he preguntado antes no es por falta de interés Mastín, es que todo eso no es asunto mío. Tú sí te has convertido en asunto mío y me has parecido preocupado, por eso ahora te he hecho esas preguntas, pero no tienes que contestarlas si no quieres. Con lo que veo de ti me conformo, ya es más que de sobra. Mira todos los animales que están ahí dentro. Ninguno de ellos puede decirnos por lo que ha pasado o lo que espera de su futuro. ¡Qué más da! Lo que importa es lo que uno es, lo que uno puede llegar a ser –

“Tú sí te has convertido en asunto mío”. Mastín procuró no aferrarse demasiado al calor que había sentido al escuchar aquello y, para lograrlo, respiró hondo, se serenó y comenzó a hablar sin pensar en lo que estaba diciendo, ya más calmado.

– Este curso será el último y estoy deseando con todas mis fuerzas entrar en la universidad. No porque tenga ninguna vocación clara, no soy de esos que tiene

decidido estudiar medicina, arquitectura o administración de empresas, si es que hay alguien en el mundo con la vocación de ser administrador de empresas, cosa que dudo mucho. No, no tengo ni idea de qué haré. Probablemente algo técnico, que es la opción más lógica teniendo en cuenta las asignaturas que mejor se me dan y las salidas que tienen esas carreras. Me gusta la Historia, pero todo el mundo coincide en que ahí no hay ningún futuro. Si quiero llegar a la universidad es por una cuestión de fe. Creo que supondrá dar un paso adelante, salir de aguas estancadas a mar abierto. Cambiar de aires y cumplir años tiene que cambiar las cosas a mejor a la fuerza. La adolescencia no es lo mío –

– No es lo de casi nadie, créeme. Y no es buena idea conducir tu vida según lo que dice todo el mundo –

– Este año estaba siendo una basura, un año estúpido de transición en el que no eres ni niño, ni adulto. Estoy en el final de lo que ha sido toda mi vida: tirar lo más feliz posible en el colegio primero y el instituto después. Es una fase de la que ya estoy cansado, que se prolonga demasiado. Hace nada fueron las elecciones y no pude votar. Tampoco puedo conducir un coche. Todos los que tienen aunque sea un año más que yo me miran como un niño. Tú me miras como un niño. Pero no me siento ningún niño. En otra época a mi edad estaría harto ya de trabajar, puede que fuera padre, tal vez estaría matando gente en alguna guerra e intentando evitar que me mataran a mí. En esta mi vida es muy similar a cuando tenía diez años, salvo por las materias que estudio, un poco más de autonomía y que las chicas no me dan precisamente asco. Y tengo la impresión de que el mañana comenzará abruptamente este otoño, que debería estar preparado para ello si tantas ganas tengo de salir de este fango. Pero sigo sin saber qué quiero hacer. Lo único que ha merecido la pena últimamente es conocerte a ti y empezar a ayudar aquí. Y Manu, claro. Así que no voy a dejar de venir por mucho que no sepa qué va a ser de mí en unos meses. Tal vez tengas razón y pase todo lo que dices. No lo sé, no lo sé – terminó Martín sacudiendo la cabeza.

Mal se quedó un momento en silencio. Luego le agarró el brazo para que la mirase.

– Vamos, vamos, que tampoco es para tanto. A ver si te crees el único perdido a los diecisiete años. O a los veintiséis o a los cuarenta. Paso a paso. Lo bueno que tiene la vida es que si tú no tomas las riendas, ella te acaba llevando. Y pese a como pueda sonar, no tiene porqué ser algo malo. A veces te conduce a sitios y personas que merecen la pena. Vente cuando puedas, prepara esos exámenes y ya veremos qué va pasando luego. Y ahora vamos ahí dentro, que Miguel ya se ha asomado un par de veces y va a empezar a pensar mal. Ya sabes que Miguel, aunque sea un trozo de pan, siempre piensa mal- bromeó mientras abría su puerta desbloqueando de paso las otras y salía al exterior – El imbécil del bajo ya me toma por una corruptora de menores, no quiero que aquí también lo piensen. La protectora es como un patio de vecinas –

De pie, junto a la puerta de acceso, Mal se detuvo de nuevo, le dedicó otra de esas miradas suyas que desnudaban por dentro y se estiró para revolverle el pelo como a un crío pequeño, aunque casi no llegaba a hacerlo ni poniéndose de puntillas.

– ¡Ay de ti si tuviera diez años menos! – volvió a bromear ella justo antes de desaparecer escoltada por un coro de ladridos.

“Ay de ti si tuviera diez años más”, suspiró internamente Martín viendo desaparecer los shorts dentro de la protectora. E inmediatamente se sintió tan culpable que a punto estuvo de salir corriendo.

CAPÍTULO 21: Llueven gatos

Tras la charla que tuvieron en el coche, la relación de Martín y de Mal había cambiado. Habían sumado un par de niveles de confianza, estaban más relajados y bromeaban constantemente, con frecuencia con temas que a priori no parecían ser cosa de risa, como las carencias de la perrera, los imbéciles que iban allí con la intención de llevarse gratis cachorros de chihuahua (y que lo único que conseguían era hacerles perder el tiempo y la paciencia), o el “ay de ti si tuviera diez años más” en múltiples variantes, como una forma de exorcizar cualquier posible interés real.

En aquel momento Martín andaba haciendo inventario de camisetas y guardándolas en diferentes cajas según colores y tamaños de cara al evento de junio. Si eras voluntario en una protectora acababas haciendo una variedad asombrosa de tareas: Martín había reparado y formateado un ordenador, servido como auxiliar veterinario, recibido a gente que venía a adoptar o a entregar un animal encontrado (más lo segundo, por desgracia), reparado un vallado, limpiado todo tipo de cosas y superficies, fotografiado perros y gatos y actualizado el Facebook y el Instagram de la protectora, trasladado sacos de pienso y de arena para gatos durante toda una mañana a pura fuerza bruta, eso sin contar con ejercer de rastreador y rescatador de la pobre Manu cuadrúpeda. Su parte preferida seguía siendo ganarse la confianza de los perros más tímidos y temerosos para que tuvieran más oportunidades de conseguir un hogar, llevárselos de paseo, sentarse con ellos y descubrir de paso gracias a esos animales que tenía mucha más paciencia de lo que habría jurado.

Estaba doblando unas cuantas camisetas infantiles de diferentes colores que clamaban que un animal era un amigo y no un juguete y pensando en que su madre jamás creería que estaba haciendo algo así con gusto, cuando Mal abrió la puerta y asomó la cabeza.

– ¿Me echas una mano? –

– Mataría dragones por ti si me lo pidieras – contestó Martín con la voz más grave que fue capaz de poner. Mal le lanzó como respuesta una breve risa.

– Déjate de matar animales mitológicos y ven a quitar mierda de perro conmigo, que Miguel está con lumbago desde hace tres días y el pobre no puede casi moverse. Luego, que ya hará demasiado calor, puedes seguir aquí dentro a la sombra con lo tuyo –

Era cierto, aquel sábado de finales de mayo amenazaba con imitar a julio a mediodía, en cambio a las diez de la mañana el aire era fresco e invitaba al zafarrancho. Soltó la camiseta que tenía en la mano y siguió a la chica hasta los primeros cheniles, en los que tenían a los perros de tamaño más pequeño, los que más posibilidades tenían de ser adoptados. Martín había comprendido pronto que había una serie de factores que complicaban bastante que un perro tuviera su segunda oportunidad. Por maravilloso que fuera su carácter, si era de tamaño grande, de color negro o atigrado, tenía más de cinco o seis años y era de alguna raza potencialmente peligrosa o cruce de ella, tenía muy pocas papeletas en la rifa de las adopciones. Aquello último le jodía especialmente. Logan, su viejo Logan que le esperaba en casa tumbado de costado en los frescos azulejos del baño, era un perro fantástico y era un pitbull casi del todo negro y bastante grande. Además, cada vez entraban más pitbulls y cruces de pitbulls, aproximadamente el treinta por ciento de los ocupantes de la perrera lo eran. Para adoptarlos se necesitaba tener una licencia especial y pocos adoptantes les daban una oportunidad, por mucho que los voluntarios insistieran en que eran un trozo de pan, y no insistirían en ello si no lo tuvieran del todo claro. La gente los veía demasiado imponentes, les daban miedo, intuían más problemas viajando o paseando con ellos, no se fiaban y allí se seguían pudriendo los pobres.

– Yo los dejaré salir a que corran un poco en el vallado, tú vete quitando la mierda y ahora iré a ayudarte con la manguera – dijo poniéndole una pala con el filo recto en una mano y un escobón en la otra.

– ¿Sabes? Bien pensado, no mataría dragones por ti. Quitaría la mierda de su cueva. Quitar mierda de dragón; eso sí que tiene que ser heroico teniendo en cuenta cómo huele y lo que cuesta limpiar la de unos perros –

A ella se le escapó una carcajada, transparente y clara como una ráfaga de viento. Nadie reía como ella. Martín, dejó el escobón y la pala apoyados y comenzó a desenrollar la manguera. Era larga y muy pesada, si cuando Mal regresara de soltar a los perros se la encontraba extendida, se ahorraría un buen esfuerzo. El chico recordó la mañana de los sacos y llegó a la conclusión de que esto de ser voluntario era igual de efectivo y mucho más útil que acudir a un gimnasio a mazarse como algunos de sus colegas.

Un par de horas más tarde estaban ya adecentando el último chenil, el más recóndito. Se estaban tomando su limpieza con calma, tal vez porque era la última, tal vez por el calor, puede que porque quisieran regalar unos minutos más de pretendida libertad a aquellos cinco perros que corrían en el vallado. Los cinco eran poco más que cachorros, dos cruces de bretón de distinta edad y tres hermanos de camada a los que llamaban 'los canicas', no tenía ni idea del motivo. Martín se quedó muy quieto, mirándoles con una ligera sonrisa en el rostro.

– Anda, ven aquí conmigo Mastín. Nos hemos ganado un descanso – dijo Mal palmeando el suelo de cemento a su lado. Se había sentado con las piernas estiradas y la espalda contra la zona cubierta del chenil, viendo jugar a los perros. Llevaba las botas de agua amarillas de Miguel, cuatro o cinco números por encima de su talla, algo que se notaba mucho más en aquella postura.

– Pareces un payaso fugado del circo con esas botas – dijo el chico sentándose a su lado.

– ¡Imbécil! – rio ella propinándole un imperceptible puñetazo en el hombro.

Luego callaron. Ver la alegría liberadora y despreocupada de aquellos animales era contagioso, uno de esos instantes de felicidad pura que ojalá fuera posible embotellar y preservar para cuando fuera necesario salir de algún estado de ánimo oscuro.

– Son como tú Mastín – dijo ella sin mirarle.

– ¿A qué te refieres? –

– Son adolescentes, llenos de energía –

– Y con un futuro incierto – apuntilló él.

Se habían sentado muy juntos, Martín podía escuchar la respiración pausada de Mal, los ladridos esporádicos de los perros, algún coche circulando por la carretera que pasaba al lado de la perrera y unos pasos que se aproximaban. “Tal vez Miguel ha salido de la cama y viene a ver qué tal se nos ha dado”, pensó el chico, al que no le apetecía lo más mínimo interrumpir aquel momento.

Entonces vio algo que aterrizó a medio metro de su mano. Una bola oscura e indeterminada que parecía haber caído del cielo. Estiró el brazo y la cogió. Por un instante no supo lo que era, su cerebro se negaba a creer lo que sus ojos veían. Era un gatito muy pequeño, probablemente recién nacido, aún se notaba algo del cordón umbilical. La cabeza estaba destrozada, seguro que por dentro también habría reventado. Aquel animal que un minuto antes respiraba y pugnaba por crecer, ahora yacía completamente laxo y deforme en su palma.

Martín levantó la vista y se encontró con los ojos de Mal, perplejos y ardiendo de furia. Al fin procesó lo que había pasado. La alegría desbordante no era la única emoción contagiosa. Martín sintió que la rabia se adueñaba de él.

Por un extremo de su campo de visión percibió una nueva parábola. Otro gatito había caído, esta vez justo ante Mal. Ambos se pusieron en pie, ella no podía ver nada, pero Martín era bastante más alto y alcanzó a distinguir al hijo de puta que estaba haciendo aquello. Era un tipo de unos cincuenta años, un poco entrado en kilos y en canas, que también le vio a él. Inmediatamente depositó una bolsa en el suelo y salió corriendo.

Martín miró alrededor, como si estuviera decidiendo qué hacer. Luego entró de dos zancadas en el chenil que ocupaban ‘los canicas’ y los bretones, saltó sobre el tejado de la parte cubierta y volvió a saltar para salir del recinto. Aterrizó apoyándose en las manos y desollándose de nuevo. En aquel momento no se dio ni cuenta, aunque

luego bromearía con que ser pianista o modelo de manos estaba reñido con colaborar en una protectora.

En cuanto se incorporó tras el salto, salió corriendo detrás de aquel cabrón que se divertía lanzando gatos por los aires. Corrió tan deprisa que temió perder el control de las piernas y caer, pero justo antes de llegar a la carretera supo que le tenía a su alcance y se lanzó sin pensar contra el hombre. Aterrizó encima de él y aprovechó para aplastarlo de cara contra el suelo. El tipo se revolvió, pero poco podía hacer contra más de ochenta kilos muy cabreados encima de su espalda. Martín le cogió del pelo para verle la cara, leyó ira, miedo y desconcierto y aquello último casi le desarma, pero entonces recordó el peso muerto del pequeño gatito en su mano, apretó los dientes y levantó el puño. Nunca había pegado un puñetazo a nadie desde que tenía nueve años, pero si alguien se lo merecía era aquel bastardo.

– ¡No! ¡Para! – la voz de Mal lo detuvo, ninguna otra podría haberlo hecho. La chica venía a la carrera. Debía habérselas apañado también para saltar desde el tejadillo. El hombre aprovechó el momento para retorcerse, hacer palanca con la rodilla y escapar corriendo. Martín se puso en pie e iba a salir de nuevo detrás de él, pero Mal le paró de nuevo.

– No le partas la cara a esa gentuza porque te puedes buscar un buen problema. Un puñetazo bien dado a un malnacido que se lo merece puede salir más caro que torturar y matar a un animal. Así están las cosas en este país – dijo poniéndose frente a él y cogiéndole de los antebrazos para serenarle. – Y puede ser peor, puede acabar haciéndote daño él a ti –

La voz le temblaba mientras hablaba. Estaba tan furiosa como él, pero conservaba el control. Martín lo había perdido completamente. Tomó aire y lo expulsó con fuerza por la nariz intentando calmarse. Notaba el temblor propio de un subidón de adrenalina al que había que reprimir en lugar de dar salida.

– Me alegra haber llegado a tiempo de pararte Mastín, me da que le habrías dejado hecho un poema –

Mal sonaba ya menos agitada, frotó los brazos que había tenido aferrados arriba y abajo como habría hecho para tranquilizar a un animal alterado.

– Estoy bien, estoy bien. Se merecía que le hubiera partido la cara –

– Sí, lo merecía, pero hubiera sido peor, créeme. Ven conmigo de vuelta, que soltó una bolsa junto a la tapia y me temo lo peor. Estoy segura de que en la bolsa hay más gatitos, lo importante ahora es comprobarlo y ayudarlos si estoy en lo cierto. Y poner una denuncia-

Y, efectivamente, había cuatro gatitos dentro de la bolsa, que hociquearon aún ciegos cuando Mal los sacó y e intentó acomodarlos en la parte delantera de su camiseta. “Demasiado corta, demasiado estrecha”, pensó Martín quitándose su vieja camiseta talla XL y tendiéndosela a la chica, que los envolvió con cuidado.

– No es la primera vez que nos lanzan animales dentro de la perrera, pero en las anteriores ocasiones esperaron a la noche, este cabrón lo ha hecho a plena luz del día –

Comenzaron a rodear el perímetro de la protectora a buen paso, era imposible entrar por dónde habían salido.

– Que sepas que ha sido tremendo verte salir detrás de él como una bala. Estoy impresionada – dijo ella – una parte de mí se arrepiente mucho de no haberte dejado destrozar a ese psicópata –

– Que sepas que a mí también me ha impresionado que saltaras desde aquel tejadillo con esas botas amarillas– contestó Martín, pendiente del hatillo lleno de gatitos en el que se había convertido su camiseta verde.

– ¿Saltar? Más bien me dejé caer – objetó Mal sonriendo de nuevo.

– Puto asesino. Me pongo malo solo recordándolo... ¿Sabes? Podríamos formar un equipo de superhéroes contra el maltrato animal, en plan *X-Men* o *Los vengadores* –

Mal casi se ahoga con la carcajada repentina – ¿Tú qué te metes chaval? –

– ¡Eh! Tú has conseguido verme sin camiseta, yo quiero verte con el disfraz de licra negra de catwoman –

Seguía estando muy cabreado, pero bromear tras la brutalidad que acababan de presenciar le ayudaba a centrarse.

– Voy a llamar a la Policía en cuanto entremos. Espero que esté Jorge hoy currando, nadie mejor que él para esto – dijo Mal llamando a la puerta de la perrera. Unos minutos después Laura abría la puerta. Miró primero a Martín, semidesnudo y acariciándose las manos magulladas, y luego a Mal, con el pelo escapando de la coleta y la camiseta del chico hecha una bola entre las manos.

– ¿Qué demonios hacéis fuera? ¿No estabais dentro limpiando? –

Mal se limitó a abrir un poco la camiseta para mostrar a los gatitos, boquitas y manos rosas, sin dientes ni uñas, montados unos sobre otros.

Durante el regreso a casa, era Martín llevaba una camiseta de las que estaba previsto vender en el mercadillo y, sobre las rodillas, una pequeña caja forrada con una toalla en la que dormitaban los gatitos. Mal conducía y no dejaba de hablar explicando cómo había que cuidarlos: la preparación de los biberones, lo importante que era que estuvieran calientes, que había que estimularlos con un gasa húmeda para que hicieran pis y caca... el chico escuchaba con atención intentando no pensar demasiado en su madre, deseando que no estuviera en casa cuando llegase.

Mal había dicho que se llevaría los gatitos a su casa, que se encargaría de ellos todas las noches, todo el tiempo que pudiera. Las pocas casas de acogida que tenían ya estaban hasta arriba, sacar adelante gatos recién nacidos era bastante esclavo, y a fin de cuentas en esos momentos ella no tenía ningún perro acogido, tras haberse restablecido Manu solo estaba Trancos. Pero adelantó que iba a necesitar ayuda, empezando por esa misma tarde, que tenía que trabajar.

– Vivimos en el mismo edificio, podría ayudarte cuidándoles, dándoles las tomas...- se había ofrecido Martín, sintiéndose responsable de aquellos pequeños bultos de pelo, recordando el diminuto cadáver roto que había sostenido en la mano.

Había insistido en que no habría problema, que su madre no pondría ningún inconveniente, y Mal había accedido pese a que en condiciones normales nunca habría aceptado una oferta de acogida así, procedente de un menor de edad y sin el consentimiento de los padres.

En cuanto introdujo la llave supo que no había tenido suerte, su madre sí estaba en casa. Siempre que se iba dejando la casa vacía daba todas las vueltas que admitía la cerradura.

– Mamá, ya sé que no quieres tener en acogida un perro. ¿Qué opinas de unos gatos recién nacidos? A eso no me habías dicho que no- gritó a modo de saludo empujando la puerta con un hombro. Tenía las manos ocupadas con un flexo, una caja con gatitos huérfanos y una bolsa con empapadores, dos biberones y leche en polvo especial para gatos.

CAPÍTULO 21: Los gatitos huelen raro

– ¡Joder! –

Se despertó sobresaltado cuando sonó el despertador. Había estado soñando con ella. Con la dichosa PAU. Tenía el examen de filosofía delante y no era capaz de distinguir las preguntas, solo veía garabatos ilegibles.

No era de los que más nerviosos estaba ni mucho menos, pero la inminencia de esos exámenes que suponían el 40% de la nota media que les permitiría acceder a la universidad les traía a todos de cabeza esos días. Quedaban apenas dos días y poco se podía hacer ya que no se hubiera hecho antes, pero casi todos se forzaban a repasar apuntes, intentar permanecer tranquilos y abstenerse de juergas, aunque fuera sólo por las apariencias.

Se arrastró hasta el baño buscando la ducha. Estaban en el arranque de junio, pero hacía un calor espantoso. Martín llevaba fatal las temperaturas elevadas, casi tan mal como Logan, que dormitaba jadeando todo el día sin pedir salir a la calle. El chico dormía con la ventana abierta y en calzoncillos pese al pudor que le daba saber que había una pareja de señores mayores que podían verlo desde el patio si se asomaban a la ventana de su cocina. Aún así daba vueltas y sudaba toda la noche. Su madre se negaba a poner aire acondicionado en los dormitorios, tanto por lo que costaba como porque decía que era insano dormir con ese frío artificial puesto. Si la cosa seguía así se iría a dormir al salón con el aire, por mucho que su madre protestara. ¿No quería que le saliera bien la selectividad? Pues para eso necesitaba descansar.

Extendió la alfombrilla en el suelo del baño y abrió los grifos. Tal vez si el plan hubiese sido estudiar a solas se hubiese conformado con ponerse una camiseta y sentarse ante los cuadernos, pero en un rato iba a llegar Manu y quería sentirse limpio.

El agua estaba tibia y caía con presión sobre su nuca y su espalda. Adoraba aquella sensación. En días así, en los que no había prisa, tenía que reunir toda su fuerza de voluntad para cerrar aquel chorro de deliciosos alfileres que le enviaban a un plano

mental en el que nada importaba salvo el agua recorriendo su cuerpo y limpiando su interior.

Al salir y plantarse chorreando ante el espejo arrancó la nota que le había dejado su madre antes de irse a trabajar.

“He dado de comer a los michis, te toca a ti hacerlo de nuevo a las 10. No me ha dado tiempo de bajar a Logan. Hazte pasta. ¡Estudia!”

Cuando abrió la puerta del baño, el viejo pitbull estaba allí, con su sonrisa de dientes gastados que se extendía hasta el vibrante extremo de su cola. Apenas un año antes el perrazo negro habría ido a darle los buenos días en cuanto hubiera puesto un pie fuera de la cama, pero el chico sospechaba que ya no oía bien. Martín le rascó tras una de las orejas canosas.

– Te voy a bajar ahora que está más fresquito, ya desayunaré luego –

Se puso un pantalón corto de deporte, la primera camiseta que salió del armario y las deportivas. Antes de abrir la puerta de la calle se asomó al pequeño dormitorio que ocupaba el ordenador y una bicicleta estática que dormía el sueño de los justos para echar un ojo a la caja de los gatos, que se revolviéron y le llamaron con esos gritos tan similares al llanto de un recién nacido humano en cuanto sintieron que alguien se aproximaba.

– Os toca esperar, que habéis comido hace una hora – dijo Mastín observando las barrigas redondas e ignorando los maullidos que emitían las boquitas implorantes.

Apenas habían pasado diez días desde que los había llevado a casa y parecía increíble lo mucho que habían espabilado. “Los gatitos, bien cuidados, son más duros de lo que parece y crecen muy deprisa”, le había dicho Mal. Tenía razón. Ya se desplazaban por toda la caja y pronto podrían prescindir del flexo que les daba calor día y noche. Estaba deseando que abrieran los ojos.

Su madre se hacía la dura, pero también estaba encariñándose con aquellos montoncitos de pelo indefensos. “Es la última vez que te funciona esta política de hechos consumados. Ya me olía yo que ese voluntariado iba a acabar metiéndonos algún animal en casa. Pero no puede ser, esto no se puede repetir. Con lo que vas a ayudar allí tendrá que ser bastante”, había dicho en su tono más serio de madre-echando-charla, pero en ningún momento se había negado a tenerlos temporalmente en casa.

Mal se había ofrecido a tenerlos en su casa todas las noches, que de día tenía que ir a trabajar, pero finalmente su madre había decidido que no era necesario. “Por levantarte un par de veces por la noche y alimentarlos no te va a pasar nada. Responsabilízate de lo que has metido en casa”, había dicho.

“Esto es como tener un bebé”, se le había ocurrido decir a Martín. Su madre se había reído en su cara: “no tienes ni idea, esto es infinitamente más fácil que tener un niño. A los michis los puedes dejar solos en casa y no se mueven de su caja. No quieras aún saber cómo es que te suelten un recién nacido en brazos y te manden con él a tu casa”.

Recorrió un par de manzanas y se detuvo en un parque para que Logan marcara su reducido territorio de perro anciano y se dedicó a mirar el móvil. En el grupo de WhatsApp de los de clase el tema estrella era también la prueba de acceso a la universidad: qué filósofo entraría, qué habían preguntado en años anteriores, algunos memes, propuestas sobre qué hacer para cuando pasaron los exámenes...

Al subir se preparó su café con galletas y se lo llevó a la mesa del comedor, junto a sus apuntes. En una hora aproximadamente Manu estaría llamando al timbre. Y tendrían que estudiar. Al menos tendrían que estudiar después. Media hora más o menos de estudio no iba a marcar ninguna diferencia.

– Huelen raro – dijo Manu acercándose a la nariz el gatito que tenía en la mano. Estaba recién alimentado, tranquilo y medio dormido con la tripa llena. Martín alimentaba a

otro, blanco y negro, sosteniéndolo con un paño de cocina para procurar que no se bañara en la leche que estaba dándole. Ambos estaban sentados en el suelo, ella con las piernas cruzadas y él apoyado en la pared y con las piernas estiradas, ocupando media habitación. Lo de sentarse a lo indio nunca había sido lo suyo; le faltaba flexibilidad y le sobraba tamaño.

– Huelen a gatito – contestó el chico encogiéndose de hombros.

– Pues los gatitos no huelen especialmente bien – insistió Manu volviendo a acercarse el cachorrito a la nariz – Pero imagino que no importa. Lo compensan siendo tan monos –

Martín entregó a Manu al animal que acababa de alimentar y cogió al último, casi completamente negro. La boquilla del biberón era demasiado grande para sus bocas diminutas y siempre se escapaba leche, pero estaba claro que les entraba la suficiente. Quedaban satisfechos y estaban creciendo.

– ¿Qué pasa? – preguntó a la chica, que lo observaba en silencio con una sonrisa.

– Nada – contestó ella encogiéndose de hombros – que es muy tierno ver a un tío de tu tamaño y mal afeitado dando el biberón a gatitos recién nacidos. Mola –

Martín se limitó a resoplar y a concentrarse en que aquel enano tragara. La leche debía haberse quedado fría, era tan poca cantidad que el calor se le iba enseguida.

– ¿Por qué crees que aquel tipo los lanzó de uno en uno por encima de la valla? –

– Porque era un sádico y un hijo de puta – contestó Martín cabreándose al recordar a aquel cabrón.

– Claro que lo es, pero no entiendo por qué no los lanzó todos de una vez dentro de la bolsa –

– ¿Cómo voy a saber lo que tiene en la cabeza alguien así? Tal vez le divertía más, tal vez quería conservar la bolsa. Vete a saber –

El chico calló con gesto contrariado, recordando los cuerpecitos reventados a su lado, recordando también que le tuvo a un palmo, que la Policía no daba con él (dudaba que lo estuvieran buscando con mucho ahínco) y era muy probable que se fuera de rositas, que cada vez que veía a lo lejos una silueta similar por la calle le daba un vuelco al corazón. Por mucho que dijera Mal, tenía que haberle sacudido cuando estuvo a su alcance. Así habría soltado parte de esa rabia que aún llevaba dentro y aquel tipo también recordaría durante un tiempo los gatitos muertos.

– ¿Tienen nombre? – dijo Manu en un claro intento de cambiar de tema y sacar al chico de aquel oscuro estado de ánimo en el que se había inmerso repentinamente.

– No, mi madre los llama los michis –

Manu se acercó el gatito a la cara y miró atentamente sus ojillos cerrados.

-Parece un pequeño filósofo enfurruñado. ¿Qué te parece Platón? –

– Que no estaría mal que fuera uno de los que cayera en el examen de filosofía –

– Idiota. Digo como nombre –

Martín sonrió. – Este que tengo en la mano podría ser Sócrates –

– Aquel otro podría ser Aristóteles –

– Es muy largo. Aunque no creo que en un gato importe, me gusta –

– Ese tiene cara de Hume o de Kant – dijo la chica señalando al cachorro que faltaba, uno de los más grandes.

– Permíteme que lo dude. Es el único que sabemos a ciencia cierta que es hembra. Es tricolor y solo las hembras son de tres colores. Bueno y unos pocos machos que son estériles – explicó Martín recordando la disertación felina que había recibido pocos días antes.

– Pues no tenemos a ninguna mujer filósofa en los apuntes. Típico. No había caído en la cuenta hasta ahora. ¿Tal vez Teresa, por Santa Teresa de Jesús? –

– No me gusta, prefiero seguir con los nombres griegos. ¿Cómo se llamaba la protagonista de aquella peli de Amenábar, la que hizo la actriz de *La Momia*? –

Manu sacó el móvil y se puso a buscar.

– Hipatia. Hipatia de Alejandría. La primera mujer matemática de la que se tiene conocimiento detallado, escribió sobre geometría, álgebra y astronomía, mejoró el diseño de los astrolabios e inventó un densímetro. Se entregó a la enseñanza y era fiel al paganismo – leyó de la Wikipedia – Acabó descuartizada, eso ya mola menos –

– Pues ya tiene nombre también –

– ¿En serio van a ser esos sus nombres? –

– ¿Por qué no? Necesitan uno. Cuando tengas adoptantes que les pongan los que ellos quieran –

– Que sepas que me hace mucha ilusión haberlos bautizado contigo. Nunca había puesto nombre a nada vivo, quitando un caracol cuando tenía ocho años– dijo Manu descruzando las piernas para acercarse a dónde estaba él sentado y ponerse a su lado. Martín pensó por un momento en decirle que en la protectora había una perra que se llamaba como ella, pero recordó el día del rescate, la bronca que habían tenido y que Manu ya se había negado en otras ocasiones a acercarse al refugio. Estaban muy a gusto y no quería estropear aquel momento, así que calló.

Cuando todos los gatitos hubieron comido, Martín llamó a Logan y le acercó al recién bautizado Sócrates.

– ¿Para qué llamas a Logan? ¿Ahora prefieres alimentarle con gatitos recién cebados para cultivar la fama de su raza de perros asesinos? – bromeó Manu.

– Espera y verás – se limitó a decir Martín.

El viejo pitbull aproximó su hocico enorme al diminuto gato, aspiró un poco de su olor y luego buscó la parte trasera del animalito con la trufa oscura.

– ¿Qué hace? ¿Le está chupando el culo? ¡Le está chupando el culo! –

– Los gatitos tan pequeños no hacen pis ni caca solos. Hay que estimularlos con una gasa húmeda para animarles a hacerlo. Yo tampoco tenía ni idea, pero Mal me lo explicó. El segundo día de tener a los gatos en casa descubrimos que Logan lo hacía igual que lo habría hecho su madre. Eso que nos ahorramos en gasas –

– ¿Quieres decir que está chupando el pis y la caca del gato? ¡Es asqueroso! –

Martín río.

– Pero es muy práctico. No se ensucia nada. No hay necesidad de usar empapadores. –

– ¡Puaj! –

Logan terminó su tarea enseguida, dejaron a los gatos en su caja con el flexo apuntándoles directamente y se dirigieron al salón, hacia los apuntes, con una parada previa en el sofá.

Otra media hora más o menos de estudio no iba a marcar tampoco ninguna diferencia.

CAPÍTULO 23: Lo más normal del mundo

Puto Aristóteles, pero sobre todo, puto examen de matemáticas. En el resto de pruebas creía haberse defendido razonablemente bien, pero en filosofía probablemente la había cagado. En matemáticas la cagada era segura, no tenía la menor duda de haber hecho casi todo mal. Se habían pasado con el examen, incluso Mariano, su profesor del instituto, reconocía que había sido muy difícil. Al menos ya había pasado todo.

Recordaba como si fuera un sueño extraño los tres días pasados en aquel campus universitario tan moderno, con su césped, sus enormes y desconocidos edificios y los centenares de estudiantes repasando por las esquinas, bromeando y cariacontecidos. Había coincidido a ratos con Manu, a ratos con otros, habían comentado las preguntas y las respuestas a la salida, comido en una pizzería cutre que había junto a la parada de autobús, revisado esquemas y apuntes e informado por móvil a sus padres, que en muchos casos estaban más pendientes de aquellas pruebas absurdas que sus hijos.

Absurdas, sí, porque unos exámenes sueltos corregidos a contrarreloj por desconocidos suponían casi la mitad de la nota media para acceder a la universidad. Podías tener un día malo, podías sucumbir a los nervios o simplemente tener mala suerte con la elección de los examinadores y tener una nota de mierda. En su caso, que seguía sin saber qué hacer tras el instituto, tal vez no era tan grave, pero para gente que tenía clara una vocación, que no pudieran entrar en la carrera de su elección por todo aquel sistema era una mierda. Ahí estaba Manu, sin ir más lejos, empeñada en ser bióloga desde que estaban a punto de terminar Primaria. Era injusto que esos tres días le cortaran o dificultaran el paso.

El sistema no funcionaba y la prueba evidente era que la iban a quitar tal cual estaba. Ellos eran el penúltimo año de PAU, lo que hacía que muchos pensarán igual que Martín. Aquello era algo que tocaba hacer, igual que sus padres se enfrentaron a los últimos años de mili u objeción de conciencia. Unos iban mejor preparados que otros, la mayoría con cierto grado de resignación y todos con los dedos cruzados.

Lo curioso es que cuando aquellos tres días rarísimos terminaron, Martín sintió tal liberación que rozaba la euforia. No era consciente del peso que cargaba hasta que se lo quitó de encima. Y ahora que los exámenes estaban hechos casi daba igual ya el resultado.

Alea jacta est. La suerte está echada. Lo que sea será y se actuará en consecuencia. Si a Julio César, que se estaba jugando su cuello y el de muchos otros le tuvo que servir cuando se disponía a cruzar el Rubicón, también tendría que valerle a él.

Tampoco en ese sentido estaba solo, por eso aquella noche casi todos los del último año del instituto saldrían con el mismo espíritu de una Nochevieja. Se habían ganado una noche de fiesta y de despedida, porque la graduación oficial que habían tenido, con la PAU aún pendiente no había sido precisamente memorable.

Martín se detuvo ante las puertas de cristal, justo bajo la cruz verde. No era su farmacia habitual, no se hubiera sentido cómodo pidiéndole su primera caja de condones a Antonio, que le conocía desde que iba en el carrito y sus padres acudían a él para comprar potitos y Apiretal. Aquella era una farmacia mucho más grande, estaba en un barrio moderno cuyos edificios eran de reciente construcción y se encontraban desoladoramente vacíos. Tampoco había apenas locales abiertos: algunos bancos, algunos chinos, una pizzería... Patear esas calles era una buena manera de entender la crisis del ladrillo que había comenzado a afectar laboralmente a su padre justo antes de que muriese.

En la farmacia de Antonio podía pasar con Logan siempre que no hubiese muchos clientes u otro perro ya dentro. Allí había un letrero enorme que prohibía el paso a perros y un ganchito para atarlos con el cartel “yo espero aquí”. No le gustaba tener que dejar a Logan solo fuera, era consciente de que se robaban muchos perros, con frecuencia para peleas o criar, pero al menos ahí le tenía en la misma puerta y, como todo era de cristal, no le iba a perder de vista. Precisamente por ese motivo no había entrado a comprarlos en el supermercado.

Enganchó la correa al soporte y Logan inmediatamente se tumbó. Martín se agachó para acariciarle. El viejo pitbull jadeaba como si hubieran hecho todo el camino corriendo. El calor y la edad le tenían aplastado.

Al cruzar las puertas y ver a la chica joven que había tras el mostrador con la bata blanca de rigor, comenzó a echar de menos a Antonio, luego recordó que su farmacéutico de cabecera aún a día de hoy seguía regalándole un puñado de caramelos sin azúcar cada vez que compraba algo y cambió de idea.

Más que una farmacia parecía un súper. Tenían un montón de estantes con los productos al alcance del comprador: cremas solares, tarritos prometiendo juventud y belleza, tisanas varias, tintes para el pelo, alimentos y juguetes infantiles... y también los condones. Solo los medicamentos debían estar lejos del alcance del cliente. Martín se acercó a la enorme oferta de profilácticos existente, estaba bien que pudiera escoger viéndolos y no contestando preguntas. Imaginó por un instante a la farmacéutica rubia preguntándole: “¿Desea Natural Confort, Mutual Climax o Sensitivo suave?”. ¡Qué sabía él! También vendían anillos vibradores y geles. Tomó nota mental de que había preservativos que generaban efecto calor y efecto frío y eligió de prisa una caja de doce de Durex Contacto Total, que eran los más baratos de una marca que le sonaba fiable y no parecían demasiado exóticos para una primera vez.

No se sentía cohibido ni nervioso, realmente comprar una caja de preservativos era lo más normal del mundo, algo recomendable de hecho. Sabía que podía parecer tres o cuatro años mayor de lo que era, que no había motivo para avergonzarse y que aquella chica estaría harta de venderlos y deseosa de hacer caja. Aún así era algo extraño tener que entregárselos en mano a una desconocida que no debía llegar a los treinta años.

- Buenos días – dijo la farmacéutica cogiendo los Durex para pasarlos por caja - ¿Algo más? -

- Nada más -

- 10,20 por favor -

“A menos de euro el polvo”, pensó automáticamente Martín. Mientras le cobraba y entregaba el ticket, estaba pensando que tal vez se podría hacer un buen guión de una peli porno sobre un tipo cuyo oficio fuera ser probador de condones. ¿Quién sabe? Tal vez su futuro laboral estuviera vinculado a escribir guiones para el cine para adultos, bromeó absurdamente consigo mismo.

Salió de allí con su bolsita en la mano. Todo tan fácil como lo había imaginado. Ya se vería si los siguientes pasos iban igual de rodados. No es que tuviera planes concretos, simplemente Manu y él había hablado de que sería buena idea tenerlos a mano por si acaso. Igual podía pasar un año como una semana. A saber... pero mejor estar preparados.

Le quedaban solo un par de meses para cumplir dieciocho años, Manu los tenía desde febrero, ya habían quemado varias etapas previas, lo habían hablado y estaban más que preparados. De hecho ya habían estado cerca en alguna ocasión.

Martín también tenía en mente que esa noche habían quedado para celebrar el fin de los exámenes y de toda una etapa, que Andrés estaría solo en casa y que, siempre y cuando él hubiera conseguido de aquí a entonces su propia ‘pareja de baile’, podrían acabar la fiesta allí.

Logan bebió toda el agua del cuenco y luego se tumbó sobre el frío suelo de la cocina abriendo las patas tanto como podía.

- ¿Dónde habéis ido? Has tardado mucho. Y mira como ha vuelto el pobre. Hasta que no se vaya el calor no podemos darle más que una vuelta a la manzana -

- Hemos ido despacio y por la sombra mamá. Pero sí, supongo que habrá que tomárselo aún con más calma -

El chico se dirigió al cuarto en el que tenían a los michis. Los habían cambiado de caja porque ya eran capaces de escapar y les daba miedo que se hicieran daño. Era sorprendente lo rápido que crecían. Abrió la puerta para encontrárselo vacío.

- ¡¿Mamá, dónde están los gatos?! – vociferó apoyado en la puerta abierta.

- ¡Te he dicho mil veces que no me gusta hablar a gritos! ¡Ven aquí! – gritó ella.

Martín se acercó al baño en el que su madre se estaba aplicando aquella magia ritual y oscura que era el maquillaje. Aparentemente ella también iba a salir.

- Aquí me tienes, ni que viviéramos en un palacio como para no poder oírnos a una habitación de distancia –

- Es que con calor y las ventanas abiertas me da aún más coraje andar gritándonos. Se los he bajado a Malena. Daniel ha cogido un descuento por Internet en un restaurante y hemos improvisado una escapada. Tal vez hubieran aguantado ya sin la toma de medianoche, pero ella no trabajaba y no había necesidad -

- ¿Te vas ya? -

- En seguida, Daniel estará aquí en menos de media hora -

- Yo saldré más tarde. Creo que voy a ver a los michis mientras te arreglas, ya me ducharé luego -

Su madre le llamó con voz suave y el chico se giró para mirarla. Estaba guapa, con el pelo muy liso y los labios rojos. Recordaba bien que a su padre no le gustaba verla con los labios pintados, tal vez porque le gustaba besarla con frecuencia sin preocuparse de que un niño pequeño pudiera ver que se querían y que no había nada de malo en ello.

- Algún día tendrás que saludar a Daniel. ¿Lo sabes, verdad? -

- Algún día mamá, pronto, pero aún no -

CAPÍTULO 24: No hay electricidad

Habían quedado en el polideportivo que había justo al lado del instituto, aprovechando que en aquellas semanas de buen tiempo, en las que las clases y las ligas locales habían acabado, lo mantenían abierto hasta bastante tarde para acudir a hacer deporte. Con algunos lo lograban; en ese momento había una panda de unos dieciséis años tirando a canasta y en la pista de atletismo daban vueltas al trote un trío de cuarentones. Poco más.

Martín entró en aquel recinto al aire libre sin quitar ojo al enorme cuadrado de ladrillo visto y hormigón en el que había pasado toda su adolescencia. Era una sensación extraña, tanto tiempo deseado perderlo de vista y ahora que había llegado el momento, casi le daba pena.

Sentados en una esquina de césped irregular al que las espigas le estaban comiendo el terreno estaban Claudia, Blanca, Iker y Luis. Martín los saludó sin acercarse y se dirigió a las gradas, en las que gran parte de sus compañeros se diseminaban por parejas o grupos. Subió hasta sentarse junto a Andrés, Dani y Laura, casi en la misma bancada en la que había besado a Manu dando comienzo a su historia, en la misma en la que poco después se había reconciliado con ella. Se acomodó al lugar y a la charla llena de risas y nervios liberados tras los exámenes para esperarla.

No tardó más de diez minutos, llevaba el pelo negro recogido en una larga coleta y un vestido corto y suelto que sabía que a él le gustaba, no precisamente por su estilo o estampado. Avanzaba buscándole con la vista. El chico lo supo y se contuvo para no hacer ninguna señal y poder así observarla unos segundos más; sonreía distraída y saludaba sin dejar de buscarlo. Resultaba agradable saberse el destinatario de tanto interés. Cuando al fin lo encontró y sus miradas se cruzaron, todo lo demás se desplazó a un segundo plano. Ya no importaban los resultados de la prueba de acceso a la universidad, tampoco que no supiera qué hacer con su vida una vez pasado el verano, que se sintiera perdido en un momento de su vida que intuía crucial o que se notara a sí mismo, su forma de pensar, de obrar y de ser, cambiante, como mercurio líquido. Justo en el instante en que se vieron y se sonrieron lo único que importaba es que era

joven, que tenía a su lado una chica lista, preciosa y con el paso firme que a él le faltaba y que, tal vez por eso, se sentía inmortal, como uno de los dioses del Olimpo.

En momentos así uno llegaba a creerse chorradas como las de *Romeo y Julieta*, *Titanic* o los libros de *Crepúsculo*. El amor más grande que la vida y todo eso...

Se había presentado casi todo el mundo, más de cincuenta personas. Demasiados para entrar juntos en cualquier sitio decente, así que fueron a un enorme local vacío, propiedad del padre de Fran, que no mucho tiempo atrás había sido una tienda de muebles con una amplia zona de exposición a la que la crisis e Ikea se habían llevado por delante. Una vez hubieron bebido y comido lo que habían comprado con el fondo de diez euros que habían puesto, la desbandada había sido gradual.

Manu y él se habían ido poco antes de las doce de la noche detrás de Andrés, que seguía insistiendo con Claudia pese a que estaba claro que no iba a conseguir más que aburrirla. Se vieron así en el grupo habitual de amigos de Claudia, al que se habían sumado Iker y Laura. Entraron arrastrados por ellos en un garito en el que no habían puesto jamás el pie y que atronaba con temas de Enrique Iglesias, Rihanna y Shakira a los que un DJ se empeñaba en torturar. “Bueno, no está mal. Este sitio está bien para bailar”, había sido el veredicto positivo de Manu antes de dejarle apoyado en una columna. Martín tenía claro que aquello del ritmo no iba con él y prefería mantener una dignidad estática. No había bebido tanto como para verse retorciéndose como Andrés ni tenía la más mínima intención de hacerlo, al menos estando sobrio. Y aquella noche tenía toda la intención de permanecer razonablemente entero. Manu, en cambio, disfrutaba dejándose llevar por la música en el poco espacio que tenía. El chico se dedicó a observarla con el whisky con cola que habían pedido a medias en la mano. A Martín no le pedían nunca el carné, ventajas de la barba cerrada y la estatura, pero daba igual porque ella ya tenía los dieciocho años.

Manu giraba y lo miraba, cantaba con el brazo en alto y lo miraba, rotaba las caderas de un modo que a Martín le parecía tan imposible como hipnótico, y volvía a mirarlo. Bailaba para él. Respondiendo a un magnetismo corpóreo, no tardó en acercarse y bailar literalmente encima suyo. El chico se dejó hacer, notando que su cuerpo respondía al instante a aquella danza, que era privada pese a estar rodeados de gente. Cuando el DJ cambió de canción, Manu se giró dándole la espalda, bailando aún más cerca. Martín la notaba contra él y la quería notar más. Puso las manos en sus caderas para acercarla y la mordió suavemente en aquel cuello delicado que le volvía loco. Ella se volvió para besarle y desaparecieron uno en el otro y en la música, no supo durante cuanto tiempo, atrincherados entre la pared y la columna de aquella discoteca repleta de gente. Así estuvieron hasta que no tuvo sentido seguir. O se separaban o buscaban el modo de unirse aún más, algo que allí era imposible. Una Manu con los labios aún más llenos y las mejillas encendidas fue la que reunió suficiente fuerza de voluntad para separarse con una sonrisa y volver a bailar junto a Claudia y Cristina.

Martín hizo desaparecer las manos en el pantalón vaquero y estaba intentando serenarse cuando llegó Andrés, le dio un codazo y deslizó unas llaves dentro de su bolsillo delantero. Luego se puso de puntillas para gritarle al oído.

- ¡Ven fuera conmigo! -

Olía a alcohol y estaba sudando. Los ojos le brillaban igual que cuando, con nueve años encontró, el lugar en el que los padres de Martín escondían los regalos de Reyes para demostrarle que la magia no existía.

Era un buen tío, pero siempre había sido un poco capullo.

Martín siguió a su colega hasta la calle. Agradeció el aire fresco y el silencio al salir de aquel sitio, le pitaban los oídos. Andrés se alejó unos pasos de la puerta para liarse un cigarrillo, la nube de humo de los fumadores expulsados por el vicio era claramente visible en esa noche templada y sin viento.

- Son unas copias de mi casa, las de reserva. Id a mi cuarto. Yo me quedo aquí. Cuando vaya a casa me iré al de mi hermano, que tampoco está, así que no os molestaré -

Por un instante las llaves pesaron una tonelada dentro de su bolsillo. Claro que quería irse con Manu, pasara lo que pasara, aunque no tenía porqué pasar justo eso.

- No vas a conseguir nada con Claudia, tío. Tienes más moral que el Alcoyano – dijo para evitar pensar en las llaves de plomo que se hacían sentir sobre el hueso de su cadera.

- Bueno, al año que viene ya me buscaré otros objetivos, pero mientras esté a su vera tengo que intentarlo. Hasta el último minuto, sin perder el aliento. Como un jodido marine en acto de servicio – dijo inhalando del cigarrillo encendido – Pero no os voy a arruinar vuestra noche, que os he visto ahí dentro y estabais pidiendo una cama a gritos. No soy como el puto perro del hortelano -

No habían subido al piso, pese a que las llaves pesaban cada vez menos. Se habían detenido en un pequeño portal en penumbras vecino del de la casa de Andrés. Recorría con sus manos la carne que había bajo el vestido y con sus labios su frente, su mejilla y su boca. Ella devolvía aquel beso para luego ofrecerle su garganta blanca y fresca. Martín la aceptó y entonces oyó su voz, como un suspiro firme.

- No me has dicho que me quieres -

Martín se detuvo. Había algo en aquellas dos palabras, un compromiso inexplorado que le daba vértigo. Por eso no lo había dicho antes, pero tenía todo el sentido decirlo ahora. Ya no pesaban las llaves, tampoco las palabras.

- Te quiero - susurró en su oído para depositar de nuevo un suave beso tras su oreja.

No hubo ninguna respuesta, estaba claro que algo iba mal. Manu nunca era así, una chica que simplemente se dejaba hacer.

- No quería que fuera así – suspiró ella apartándose al fin.

- ¿Qué es lo que sucede? - dijo el chico completamente perdido en los ojos de ella, de repente infinitamente tristes - Te quiero, es cierto. No te lo he dicho antes, pero no te estoy mintiendo -

- Sé que no mientes, sé que lo dices sintiéndolo porque te conozco bien. Pero no debería ser así. No quería empujarte a decírmelo. Llevo mucho esperando que tu primer "te quiero" surgiera sólo, saliera de ti sin ninguna ayuda. No quería que el primero fuese así, teniendo las llaves de un piso en el bolsillo y porque te he acorralado para decirlo. Así no cuenta -

Manu se zafó de las manos que aún la sostenían y se apoyó en el coche que había aparcado justo tras ella rodeándose con sus brazos, creando con ellos un escudo.

- Le das demasiadas vueltas a las cosas. No todo es siempre perfecto o sale como queremos. ¿Qué importa? Lo importante es que ahora te estoy diciendo que te quiero y que es verdad - repitió Martín, dándose cuenta de lo fácil que le resultaba decirlo aquella segunda vez y también de lo fácil que sería teñir de mentira o de costumbre aquellas dos palabras que tanto había tardado en decir. Manu se limitó a mirarle y él no supo si sería mejor seguir insistiendo con lo que en ese momento sentía, buscar de nuevo su contacto para que la piel hablase o simplemente callar y esperar. Estaba a punto de dar un paso hacia ella cuando la indecisión le detuvo. Estaba preciosa, con su pelo oscuro y la sonrisa perdida junto con el maquillaje, hundida en aquella noche que amenazaba mañana.

Así, abrazándose a sí misma comenzó a hablar, tranquila y convencida.

- No hay electricidad -

- ¿Qué dices? – preguntó Martín desconcertado.

- Que no hay electricidad, y debería haberla. Así que voy a quererme un poquito más a mi misma y voy a dejarte -

Martín sacudió la cabeza, no entendía nada, no podía ser verdad lo que estaba oyendo.

- Pero si nos va bien. Es verdad que no te lo había dicho antes, pero hasta hace un momento todo iba perfectamente. No tenemos que ir al piso si no quieres. ¿Qué ha cambiado? Te quiero - insistió una tercera vez.

- Ya sé que no tenemos que ir. Y también sé que me quieres. Deja ya de repetirlo o acabará no valiendo nada – soltó ella con rabia. Respiró profundamente para serenarse antes de seguir hablando – Hay algo que me preocupa desde hace algún tiempo. Somos buenos amigos desde que éramos unos críos. Lo seguimos siendo. Soy tu buena amiga con la que te diviertes, te entiendes bien y además ahora está el añadido del sexo, que no es poca cosa. Pero no hay electricidad. Física sí, eso seguro. Me refiero a otro tipo de electricidad. No me buscas como yo te busco, no estás pensando en mí tanto como yo en ti. Tenemos dieciocho y diecisiete años, llevamos pocos meses juntos, debería haber más... Más de todo. Si no hay electricidad ahora, ¿qué pasará cuando tengamos cuarenta años? Tal vez seguiremos con esta relación de amistad y buen sexo, que probablemente es más de lo que tengan muchos, pero no tenemos cuarenta años y yo quiero provocar en ti ese 'todo' ahora. Me lo merezco. Quiero que me mires como yo te miro a ti, que sueñes despierto conmigo, que sea lo más importante para ti, al menos ahora que estamos empezando -

El chico se revolvió, estaba siendo injusta. Precisamente aquella noche que esa electricidad de la que hablaba le ahogaba, ella negaba su existencia. ¡Qué sabría ella de lo que él sentía, de con quién soñaba despierto! Iba a responder airado cuando se encontró con la mirada llena de cariño y dolor de Manu, de su juiciosa y madura Manu, una mirada que ahogó cualquier cosa que Martín pudiera haber dicho.

- Vamos a dejarlo. Me gustaría pensar que seguiremos siendo amigos, pero siendo realista, no lo sé -

- ¿Por un tiempo? ¿Para pensar? No puede ser que estés queriendo dejarlo definitivamente, así y ahora - Martín la conocía bien, sabía que Manu no amagaba, que

no hablaba a la ligera y cuando tomaba una decisión era difícil que hubiera cuelga atrás, pero no podía creer que estuviera hablando en serio.

- Tampoco nos quedaba mucho tiempo juntos. Yo me voy a mediados de julio con mis padres, en octubre empezaré Biología y por primera vez llevaremos caminos diferentes. Aunque tal vez sí, en un tiempo nos volvamos a encontrar y las cosas sean diferentes -

Como el chico no decía nada, ella se adelantó para cogerle una mano y forzarle a que la mirase de nuevo.

- Me merezco esa electricidad. Y tú también -

No tenía ánimo para discutir, algo le decía que no debía pelear, así que se limitó a acompañar a Manu hasta su casa en silencio, sin rozarla siquiera, luego se acercó al garito en el que Andrés aún estaba para devolverle las llaves. Por suerte estaba demasiado borracho como para hacer preguntas, tampoco allí dentro hubiera podido oír sus respuestas. Luego puso rumbo a casa por la ruta más solitaria que encontró, encontrándose únicamente con algún gato callejero en su ronda nocturna en busca de algo con lo que alimentarse para sobrevivir un día más. Tampoco era demasiado consciente de aquellos pobres animales condenados. Era como si caminara en sueños, sin ser darse cuenta del todo de lo que estaba haciendo. Tal vez eso era estar en estado de shock.

Entonces oyó el grito. Y Martín despertó.

CAPÍTULO 25: Magullado por dentro y por fuera

El grito se había convertido en un lloriqueo. Martín corrió buscando el origen del sonido sin saber quién gritaba o qué haría ante lo que se encontrase, sin preocuparle por qué sentía esa imperiosa necesidad de responder a esa petición de auxilio.

Alguien pedía ayuda en el silencio oscuro de la madrugada, alguien que no podía estar a más de un par de calles. Oír su llamada le había sacado del estado ausente y sordamente doloroso en el que estaba inmerso, eso era todo lo que necesitaba saber en ese momento.

Se detuvo al final del callejón en el que encontró lo que había estado buscando. Al principio le costó ver lo que pasaba. Un bulto oscuro que era incapaz de reconocer se protegía la cabeza con las manos; estaba sentado en el suelo gimoteando. De pie, frente a él, estaba Alberto propinándole pataditas desganas en las piernas.

- ¡Vamos, levántate! Si no te he hecho nada todavía. No seas tan marica -

Otra sombra que estaba apoyada en la esquina contemplando el espectáculo río con la voz de Carlos.

- Levanta, que no te va a pasar nada. Tal vez te abofetearemos un poquito como a una chica, nada más. Solo si no eres buena -

Martín ya no necesitaba más para saber quién estaba ovillado contra la pared.

Si se hubiera parado a pensarlo no habría actuado así. Podría haber llamado al 112. También podría haberse dado la vuelta y vuelto a casa, igual que había dado la espalda a Juan muchas veces en el instituto. Pero es que no fue algo premeditado, fue una reacción instintiva. Puede que simplemente necesitara salir de aquel estado mental propio de un zombie en el que se había visto inmerso, puede que algo hubiera cambiado en él sin saberlo. Fuese lo que fuese, el chico caminó hacia sus tres compañeros, con zancadas largas pero tranquilas para intentar domar ese rojo vivo que sentía crecer en su interior, una sensación conocida que no quería que le

desbordase. Se recordó a sí mismo sobre el tipo que lanzó a los gatos y la voz de Mal pidiéndole prudencia, pero Mal no estaba ahí para frenarle. Respiró profundamente. Alberto y Carlos no tardaron en verle aproximarse.

- Dejadle en paz, ya está bien – dijo en el tono más conciliador que encontró. Eran dos y Martín jamás se había visto metido en una pelea seria.

- No te metas tío. Pírate -

- ¿Quieres que sea tu novio? ¡Sí! ¿Es eso, verdad? Quieres follarte a Juan – dijo Alberto explotando en carcajadas forzadas, siempre menos medido que Carlos.

- ¿Por qué no os vais vosotros? ¿No tenéis nada mejor que hacer? – Martín intentaba ignorar a Alberto y miraba directamente a Carlos, que le parecía un tío algo más razonable, pero que se limitó a mirarle haciendo los coros a su colega.

- Otro maricón en clase. ¿Por eso vino tu novia buscándome? – insistió Alberto.

Las señales de calma no habían funcionado. Notaba la rabia arreciando y adueñándose de él.

- Manu te hizo un poco de caso porque sabía que me cabrearía verla cerca del mayor gilipollas de la clase – le espetó Martín.

- ¿Gilipollas? ¿Quién es aquí el gilipollas, eh? ¡Hijo de puta!-

- ¡Cabrón, vete a meterte en tus asuntos! ¡Déjale en paz!-

Alberto avanzó encarándose directamente con él. Ambos se gritaban a pocos centímetros uno del otro, erguidos, cuadrándose. Como un enganchón entre dos perros jóvenes, en el que rara vez se derrama sangre porque lo que pretenden es imponerse sin daño, pero en aquella ocasión sí que la habría. Carlos seguía sonriendo, atento, Juan no se había atrevido a moverse. Martín se interpuso entre el chico acuclillado mientras seguían insultándose. Alberto le empujó y Martín le lanzó contra la pared. En ese instante el fuego se adueñó de Martín, que no supo más que los

golpes llovían, que se defendía como podía y agarraba, empujaba y golpeaba sin saber a quién. Notó algo húmedo resbalando por la cara y le ardía una mano. En medio del caos vio a Juan y luego notó que Alberto había desaparecido de su particular rifirrafe, enzarzado con su víctima en el suelo. Logró zafarse del agarrón de Carlos y lo embistió con la intención de alejarlo, tal vez de lanzarlo también al suelo. En cambio cayeron ambos engarzados contra un coche cuya alarma se disparó. El estridente sonido, aún más ensordecedor en plena madrugada, logró detenerlos en el acto. Se miraron durante un instante y luego se alejaron en direcciones opuestas de aquel lugar antes de que se presentara la policía o cualquier vecino. Martín sabía que Juan le seguía con un trote dolorido, se detuvo en unos soportales sombríos cuando consideró que ya se habían alejado bastante.

- Gracias – dijo Juan con la respiración aún agitada y sin atreverse a mirarle a los ojos. Tenía un lateral del vaquero totalmente manchado, unos arañazos en el brazo y algo de sangre entre los dientes.

Martín estaba exhausto y tan despierto como ausente se había sentido pocos minutos antes. Se llevó la mano a la cara. Estaba sangrando bastante.

- Te han abierto un poco la ceja, es más escandaloso que otra cosa. Y se te va a hinchar el labio -

Martín se tocó el labio inferior. Palpitaba y comenzaba a doler. La ceja seguía sangrando y tuvo que cerrar el ojo para que no se le llenara de sangre. Se quitó la camiseta y apretó con ella el corte intentando detenerlo. Otra camiseta a la basura. La mano también le molestaba, se había desollado los nudillos, probablemente contra la pared.

- Lo siento mucho. Gracias – repitió Juan.

- No tienes que sentirlo. No es culpa tuya. Me metí en medio porque me dio la gana -

- ¿Quieres que te acompañe a Urgencias para que te miren ese corte? -

- No, no es nada. Vivo aquí al lado, me voy a casa -

- ¿Te acompaño? -

- ¡Te he dicho que no! – gritó Martín. Juan dio automáticamente un paso atrás, dolido, y el chico lamentó haberle hablado así, pero quería irse, necesitaba irse, perderle de vista, intentar tranquilizarse y digerir todo lo que había pasado en la última hora. – No quería gritarte, he tenido una noche complicada. Me voy a casa. Ya hablaremos, ¿Vale?

-

Juan se limitó a sonreír, lo que en aquel rostro vapuleado, sucio y despeinado le hacía parecer poco más que un niño vulnerable. Martín dio media vuelta y enfiló el camino a casa sin dejar de apretar la camiseta contra su ceja, aún rabioso, aún doliente, aún incapaz de encontrar la calma y pensando, aunque sorprendentemente no le importaba demasiado, que buena se iba a poner su madre cuando viera que se había estado peleando.

Se detuvo ante su puerta el tiempo suficiente para hacerse notar ante Logan, al que sintió olisqueando el suelo al otro lado. Su madre debía estar ya dormida. La luz se apagó y no volvió a encenderla. En penumbras bajó las escaleras y se encontró por segunda vez buscando refugio ante la puerta de Mal.

La chica abrió sobresaltada, escoltada por su sombra en forma de galgo. Llevaba un viejo vestido de tirantes con el que claramente había estado durmiendo y el pelo recogido en una trenza. Martín se imaginó como debía estar viéndole ella, medio desnudo, sucio de sangre y con la camiseta hecha una bola contra la cabeza.

- No sé qué estaba pensando cuando he llamado a tu puerta. Perdona, me voy a casa -

Mal lo cogió del brazo y lo condujo al interior, sentándolo en el viejo sofá que ya conocía. No parecía enfadada por la irrupción y Martín comenzó a relajarse. La chica desapareció y volvió al poco rato con una bandeja en la que había un cuenco con agua, algodón, un bote de Betadine, gasas y esparadrapo. Le hizo reclinar la cabeza contra el

respaldo y se puso de rodillas en el sofá, a su lado, para limpiar y cerrar el corte, que ya había dejado de sangrar. En aquella postura sus pechos, sueltos en aquel vestido gastado, estaban a la altura de su cabeza; notaba el calor que irradiaba su cuerpo y su respiración mientras sus dedos y el algodón recorrían con delicadeza su rostro. Martín sintió que se excitaba y cerró los ojos avergonzado.

- Lávate las manos anda, que te ponga también Betadine – dijo ella tras terminar con su cara.

- ¿No me vas a preguntar qué ha pasado? – preguntó Martín una vez ella dio por terminadas sus curas.

- No, ya sabes que no me gusta interrogar a la gente -

- Ni contar cosas tuyas -

- Tampoco, tienes razón Mastín. Lo que tienes que hacer ahora es irte a casa y descansar. Mañana ya hablaremos, si es que te apetece contármelo -

Mal se puso en pie y se dirigió a la puerta de la casa, seguida por trancos y por Martín. Su vecina abrió la puerta y esperó, ligeramente apoyada en ella. Estaba preciosa, descalza y tan pequeña, con esos ojos que parecían entenderlo todo mejor que él.

Estaba claro que aquella iba a ser una noche que no olvidaría.

Cogió su cara con las manos y la besó, un beso suave, prolongado, que ella no respondió. Sus brazos colgaban laxos y simplemente se dejaba hacer. Aquello enfureció al chico, que hubiera preferido que lo hubiese apartado, y la besó con más furia, haciéndose daño en el labio herido, saboreando el óxido. Quitó las manos de su rostro para apretarla contra él y abrió la boca. Al principio no pasó nada, Mal permaneció impasible, sin responder, pero luego Martín notó que el cuerpo de ella se curvó adaptándose al suyo, los labios se abrieron un poco, muy poco. Todo tan sutil que parecía no estar pasando. Al poco se apartó respirando con rapidez y mirándola con una intensidad que se extinguió rápidamente. Ella se limitaba a observarlo,

pensativa. No parecía enfadada, aunque tenía derecho a estarlo. Tampoco precisamente dispuesta a lanzarse a sus brazos.

- Tal vez debería haberte desanimado con más ganas, pero es agradable tontear inofensivamente con un chico guapo. Mea culpa – dijo al fin - No es buena idea. Créeme Mastín, yo he pasado por esto antes. Estar con alguien a quien quieres, aunque no sea el amor de tu vida, y ponerle los cuernos con otra persona. Lo pasas bien un rato, sí. Disfrutas de las mariposas en el estómago y del sexo con alguien diferente. Pero ese poco tiempo no compensa. A mí al menos no me compensa. Juraría que a ti tampoco. Decide sí quieres seguir con esa chica o no, pero no en función de si tienes alguna oportunidad con otra. Y no le hables de esto. Si quieres seguir con ella o con cualquier otra en el futuro y le pones los cuernos, aprende a encajar tu propia mierda. Pero ahora no es el momento de hablar de eso. Vete a casa a descansar -

- Ya no estoy saliendo con Manu – fue lo único que se le ocurrió decir.

- Lo estabas ayer – apuntó ella alzando una ceja.

- Pues ya no – dijo él encogiéndose de hombros, aún reacio a salir.

- Me da igual. O mejor dicho, con más motivo esto no tiene sentido. Una vez rompí a un hombre, no tengo la menor intención de romper a un niño. Además, lo nuestro probablemente fuera ilegal – quiso bromear.

- ¡Eh, que no tengo catorce años! – protestó él.

- No, tienes diecisiete. Y yo veintiséis. Y eso es un universo entero. Ve a dormir, mañana hablaremos – dijo empujándolo suavemente hasta que traspasó el umbral. La puerta se cerró y Martín, magullado por dentro y por fuera, subió a casa sintiendo que odiaba más que nunca su edad, que la vida era una mierda, pero que también, de algún modo extraño y soterrado, estaba llena de maravillas.

CAPÍTULO 26: Algunos se merecen que les partan la cara

Tardaría aún unos días en contarle a su madre que había roto con Manu. Lo que no pudo evitar fue explicar a la mañana siguiente la razón por la que tenía la cara hecha un cuadro. Tal vez podría haber regateado la verdad sin demasiados problemas, pero le apetecía ser sincero y compartir aquello con alguien, aunque ese alguien fuera su madre.

- Tal vez deberíamos poner una denuncia - murmuró pensativa cuando Martín dejó de hablar.

- No, mamá, por favor. Te lo he contado todo, pero no para eso -

- Pues al menos debería contárselo a los padres de Juan, que sepan a lo que se enfrenta a diario su hijo en el instituto –

- El instituto ha acabado. Ya no se enfrentará más a ello. Podrá hacer borrón y cuenta nueva. No creo que sea buena idea tampoco. Tal vez ya lo sepan. Y si no se lo ha dicho él, sus motivos tendrá –

Su madre reflexionó unos segundos, girando la taza de té entre las manos.

- Vale, no habrá denuncia ni hablaré con sus padres, pero quiero que hables tú con él, que te asegures de que está razonablemente bien. Cuando defiendes a alguien asumes en cierto modo algo de responsabilidad hacia él -

Martín asintió. Para como podía haberse desarrollado la charla, no había salido mal parado. Lo de hablar con Juan no le apetecía demasiado, pero era poca cosa teniendo en cuenta que había confesado que había estado peleándose en plena calle.

- Y no quiero más peleas – continuó ella – Desde muy pequeño te he dejado claro que no se debe pegar a nadie nunca, bajo ninguna circunstancia. Incluso a los que se lo merecen. Hay otras vías de acción mejores -

- Llamar a mamá o a la profe – dijo con más sarcasmo del que hubiera deseado.

- Pues sí, aún sigue sirviendo -

- No estoy de acuerdo mamá, tal vez a los cinco años fuera un buen consejo, pero cuando creces y la cosa se complica creo que los hay que se merecen a veces que les partan la cara -

Su madre aceró el gesto, soltó la taza y cruzó las manos sobre la mesa.

- Sí, muchos se merecen que les partan la casa, pero no es tan fácil ponerlo en práctica. ¿Quién decide qué es lo que les hace merecedores de ello? ¿Quién decide el alcance del castigo? ¿Quién y cómo lo dispensa? Sobre todo: ¿Cómo puedes explicar mediante la violencia que el camino no es el de la violencia? Efectivamente, cuando te haces adulto las cosas se complican, pero a veces cuando nos hacemos adultos lo que pasa es que las complicamos nosotros -

- No me arrepiento de haber salido en defensa de Juan – dijo Martín callándose que tampoco se arrepentía de haber derribado al tipo que arrojó los gatitos por encima de la valla de la protectora, que en todo caso se arrepentía de no haberle descargado un buen golpe entre esos ojos de monstruo por las vidas que había truncado. Ella no sabía que todo aquello había pasado.

- No, yo tampoco me arrepiento de que salieras en defensa de ese chico. De hecho me siento tentada a sentirme orgullosa. Demuestra que tienes buen corazón. Poca cabeza, eso sí, pero buen fondo que es más importante. Actuaste en caliente y eso te disculpa, hasta cierto punto. Pero esos castigos en frío y por las autoridades que gobiernan son inadmisibles. Y volviendo a tu caso, aunque lo hicieras porque las injusticias te superan, lo razonable es solucionarlo de otra manera. Pidiendo ayuda a la Policía, a algún adulto de confianza... y haciéndolo antes de verle acorralado en la calle. Por lo que me cuentas, llevaban mucho tiempo acosándolo -

- Así que un policía sí que les hubiera podido meter caña -

- Un policía podría intervenir, podría adoptar las medidas que la ley disponga. No podría tampoco soltarle una paliza a esos chavales. ¿Recuerdas a Javi, el amigo de tu padre? -

- ¿El guardia civil? -

- Ese mismo. No lo recordarás, pero él siempre insistía en que son los garantes de la ley y en que se requiere de personas templadas para ese oficio, personas como él. Lo fácil dejarse llevar, pero lo correcto es saber controlarse. A mayor poder, mayor responsabilidad como dice Spiderman – terminó ella aligerando el tono del discurso.

- Sí, lo decía Spiderman que repartía hostias como panes a diestro y siniestro sin pensárselo dos veces – comentó él lacónico.

Martín no tenía más interés en discutir. Lo que quería era olvidar todo lo sucedido la noche anterior, no filosofar con su madre a media mañana. Lo que quería era meterse en su cuarto, poner algo de música y dejarse a la deriva. A ser posible sin mirarse en el espejo del pasillo en el camino. Estaba confuso, no acababa de creerse que Manu le hubiera dejado de aquella manera justo cuando mejor estaban. Tampoco sabía si debía insistir en hablar con ella para procurar arreglarlo. Se inclinaba a no hacerlo, no porque no le apeteciese volver con ella, sino porque la conocía bien y sabía que no estaba hablando a la ligera y, por otro lado, porque era incapaz de mirarla a la cara tras haber besado a Mal. De hecho tampoco sabía si se atrevería a mirar a la cara a su vecina después del colofón desastroso a aquella noche terrible. La pelea y sus posibles enseñanzas morales era lo último que le preocupaba. Necesitaba irse, estar solo, así que se dirigió a la puerta de la cocina. Su madre, que había estado observándolo, lo llamó de nuevo y el chico se volvió muy a su pesar.

- Es la última pregunta que te hago sobre este tema, prometido. Al menos hoy. Esos chicos llevaban años amargándole la existencia. ¿Por qué no le defendiste antes? ¿Por qué no me contaste nada? -

Martín suspiró.

- No lo sé mamá, no lo sé. Probablemente debiera haberlo hecho. Tal vez si le hubieran cambiado de instituto hace unos años se hubiera ahorrado pasarlo tan mal. ¿Por qué no lo hice? Al principio no me parecía tan grave, en todas las clases hay algunos que lo llevan crudo con el resto. Se veía normal. Por otro lado, me da la impresión de que en el instituto cada uno va a lo suyo, como mucho nos preocupamos de lo que le pase a algún amigo muy íntimo, pero no dejamos de mirarnos nuestros propios ombligos. No es bonito, pero es así. ¿Por qué ahora sí? Creo que en las últimas semanas he empezado a pensar en los demás y no solo en mi mismo, por preocuparme por lo que les pase aunque a mí no me afecte. Siendo sincero, tampoco sé por qué – concluyó encogiéndose de hombros.

- Creo que yo sí lo sé – apuntó su madre sonriendo como el gato que acaba de comerse al ratón. – Por cierto, ¿vas a ir hoy a la protectora? Te llevo si quieres -

- No, voy a quedarme en casa. Necesito no hacer nada - no quería pisar la protectora, no de momento.

Su madre se levantó y le besó en la mejilla, haciéndole sentir de nuevo un niño que nada debía temer del mundo estando con ella.

- Vale, pero no lo dejes. Te hace bien -

En su cuarto hacía un calor horroroso, pero era dónde quería estar, tumbado en la cama y oyendo música. No había nadie con él, pero no estaba solo. Logan dormitaba en el suelo, pegado al canapé, al alcance de sus caricias. El pitbull jadeaba aún en sueños. En el salón, con su madre y el aire acondicionado, hubiera estado más a gusto, pero el viejo perro debía percibir que Martín necesitaba su compañía.

Allí, encerrado en la seguridad su baluarte, con la vista fija en el Buzz Lightyear de su lámpara, tenía casi claro que no quería ver a Manu ni a Mal. Con la primera iba a ser más fácil. A fin de cuentas ya no iban juntos a clase. Pero algo le decía que tendrían que hablar de nuevo antes de dar lo suyo por cerrado. Con Mal iba a ser otra historia,

aunque no volviese a la protectora, era su vecina. Y estaban los gatitos, la mañana siguiente tendría que ir a buscarlos para subirlos a casa y cuidar de ellos.

Tal vez sería preferible empezar por Juan como había pedido su madre. Pero no ahora, no hoy. Le mandaría el día siguiente un mensaje preguntando si estaba bien y le propondría quedar a charlar. En algún lugar tranquilo en el que no hubiera riesgo de cruzarse con algún imbécil del instituto. En el pinar se le ocurrió de repente. Podrían hablar, andar y buscar a aquel perrillo blanco y negro de ojos dorados con el que aún soñaba a veces.

Aparcó rápidamente a Juan. En cuanto bajaba la guardia volvían a su mente fragmentos de lo ocurrido la noche anterior, incómodos sueños en vivo en los que volvía a escuchar a Manu diciendo con toda la seguridad del mundo “no quería que fuera así. Me merezco esa electricidad. Y tú también”; se veía de nuevo cayendo con Alberto sobre el coche cuya alarma quebrando el silencio de la noche urbana le salvó de tener que lamentar algo más que una ceja cortada; recordaba lo que era encontrar lo labios de una Mal que no devolvió su beso, aunque él hubiera jurado notar la ligera sombra de una respuesta.

La había cagado. Había hecho el ridículo con Mal, había jugado a ser un superhéroe salvando a Juan y casi había salido trasquilado y se había cargado lo que tenía con Manu justo cuando más seguro estaba de quererla. La había cagado, pero bien. Y todo eso se sumaba a que seguía perdido, seguía sin rumbo definido.

Se llamó a sí mismo idiota varias veces y cabrón alguna que otra hasta que se serenó. Acariciar a Logan le ayudó en esa difícil tarea. Cuando se hubo calmado, volvió a prestar atención a la música.

Jamás hubiera creído ser uno de esos que se encierra en la letra de unas cuantas canciones para consolarse o fustigarse. Jamás lo hubiera creído hasta que se encontró a sí mismo volviendo a poner en Spotify la misma canción tres veces seguidas y entonándola en voz muy baja para su madre no le oyera.

Well you only need the light when it's burning low

Only miss the sun when it starts to snow

Only know you love her when you let her go

Only know you've been high when you're feeling low

Only hate the road when you're missin' home

Only know you love her when you let her go

And you let her go

Staring at the bottom of your glass

Hoping one day you'll make a dream last

But dreams come slow and they go so fast

You see her when you close your eyes

Maybe one day you'll understand why

Everything you touch surely dies

Sólo que cuando la cantaba no sabía en quién estaba pensando.

CAPÍTULO 27: Es hora de volver al mundo

No tenía ánimos para volver a la protectora, no le apetecía quedar, ni leer, ni pensar. La fase musical había acabado pronto y lo único que le pedía el cuerpo ahora era vegetar en el sofá con el mando de la consola entre las manos, y precisamente era eso lo que se estaba dedicando a hacer. Bastante intenso había sido el curso, sobre todo las últimas semanas, no pasaba nada por darse un respiro. A su madre, que no lo veía igual que él, había tenido que convencerla. “Vale, te dejaré en paz; pero no te creas que te vas a tirar así todo el verano. Porque sé bien que la primera vez que te dejan es una putada, que si no...”.

Su madre había aprovechado su estado apático para proponer que conociera al tal Daniel que se estaba tirando y había aceptado. Una noche de esas irían a cenar a algún restaurante americano, el Ribs, el Foster o algo así. Territorio neutral en el que se notara que se habían plegado a sus gustos de varón adolescente.

Realmente ya le daba igual. Casi todo le daba igual.

El cabrón de Andrés ya tenía la Play 4. Premio por haber aprobado en junio, como si tuviera ocho años. Aunque lo que pasaba en realidad es que el padre de Andrés también la quería y cualquier excusa era buena. Martín tenía la Play 3, tampoco se podía quejar. Pirateada, eso sí, que si no en su hogar monoparental hubiera sido imposible acceder a más de dos juegos al año.

En aquel momento estaba entregado al FIFA 16. Su propio padre también era bastante jugón, así que había nacido ya con consolas en casa. Cuando era pequeño jugaba con él al Pro Evolution, pero la franquicia fue de mal en peor y, aunque ahora estaba intentando recuperar lo que fue, seguía prefiriendo el FIFA. También estaba enganchado al NBA 2K15 y al Fórmula 1, pese a que conducirlo sin volante no era lo mismo. Andrés tenía un volante y unos pedales y el juego ganaba bastante.

Justo el día anterior había terminado *Beyond: Two Souls*. Tampoco era difícil. Como juego no tenía mucho, pero como película en la que usabas el mando no estaba nada

mal. Además, la protagonista estaba inspirada en Ellen Page que le parecía una preciosidad. Recordó una conversación con Manu y Luis, muy aficionado a todo lo japonés, sobre que los personajes de los videojuegos estaban mucho más buenos que los actores o cantantes. En este caso no tenía claro si la regla se podría aplicar, porque Ellen Page era de carne y hueso. Igual que Jennifer Lawrence, que era un bellezón y tenía un cuerpazo, por mucho que las rubias no eran lo suyo y se parecía a Ellen Page como un huevo a una castaña.

Pocas conversaciones tendría ya con Manu. En parte por el fin del instituto, pero también porque, al menos en aquel instante, no le apetecía lo más mínimo.

Volviendo a Jennifer Lawrence, se había estado leyendo los libros de *Los juegos del hambre*. No estaban mal, el primero sobre todo. El último era el que menos le había gustado, aunque el cierre le había fascinado. Se había leído las últimas dos páginas varias veces. Imaginaba que impresas serían un par de páginas, porque él sólo veía porcentajes de lectura.

Se los había descargado en inglés sin pagar un euro y sin cargo de conciencia, tenía la pasta justa y la escritora estaba tan forrada que no iba a notar esos tres ventas menos. Manu no era de la misma opinión con los libros, aunque bien que se descargaba series de televisión alegremente. Mejor dicho, le pedía a él que lo hiciera. Ahora tendría que espabilar si quería seguir devorando capítulos al mismo ritmo.

Oyó los maullidos desde el otro extremo de la casa. Detuvo el partido y se dispuso a preparar los biberones seguido por Logan. Tenía a los gatitos en casa. Como ya no tenía que ir a clase, como no tenía que hacer nada realmente, le había dicho a Mal que se los quedaba él, que ya no tenían que andar cambiándolos de casa. Cuanto menos la viera, mejor. Aunque actuaba como si no hubiera pasado nada, verla le recordaba tanto su rechazo como su desertión del voluntariado en la protectora.

Estaban realmente grandes y les habían tenido que cambiar a una caja a juego. Cuando recordaba aquellas bolitas de ojos cerrados y hocicos rosas le costaba creer que en tan poco tiempo se hubieran convertido en esos pequeños exploradores sin miedo. Los gatos crecían muy deprisa, más que los perros. Su etapa como cachorros duraba

menos. En cierta manera era una maldición: por aquellas fechas previas a que media España se detuviera por las vacaciones nacían y crecían camadas sin parar y no había adoptantes suficientes. Para cuando asomara el invierno muchos serían casi adultos y ya no había apenas posibilidades para ellos.

En cuanto los alimentó y jugó un poco con ellos, volvió a su sofá y su consola, dispuesto a sentirse en las botas de Cristiano Ronaldo, que seguro que no tenía que preocuparse del precio de los videojuegos o los libros.

Antes de bajar a Logan para ir a buscar a su madre a la estación, decidió hacer algo productivo y puso un mensaje a Juan por Facebook proponiendo quedar. No hubo respuesta y tampoco insistió. Si no respondía al menos podría decirle a su madre que lo había intentado.

Aquel jueves a media mañana, con su madre en el curro, se sentía como Logan cuando dormitaba ajeno a todo. No había respuesta de Juan y le daba igual. Seguía sin importarle mucho nada, pero estaba en paz. Cuando llamaron a la puerta estaba dándole una oportunidad al GTA, que era de los videojuegos que le mareaban y le hacían sentirse un fraude como adolescente.

Lo último que esperaba era encontrarse a Mal. Tan preciosa para él como Ellen Page y al alcance de su mano. Muy seria.

Abrió la puerta arrepintiéndose de las pintas que tenía. Llevaba una camiseta vieja y algo sucia del Springfield y una pantaloneta aún más vieja de cuando jugaba al baloncesto. Le hubiera gustado estar mejor afeitado o haber ido a cortarse el pelo como llevaba insistiendo su madre dos semanas. En fin, en ese momento nada de aquello tenía remedio. Con saber que no olía mal tendría que ser suficiente.

- Bruce Willis ha muerto -

Supo que no se refería al actor y su estómago se convirtió en una piedra.

- Fue ayer noche. Una torsión de estómago. Típico en perros tan grandes. No se pudo hacer nada – añadió ella.

- ¿Vas ahora para la protectora? -

- No, voy a trabajar. Hoy entro a la 13 -

- Tal vez pueda llevarme mi madre esta tarde, cuando vuelva de trabajar. También puedo ir andando -

- Para, para. ¿No has ido a la protectora en casi un mes y ahora te entran las prisas? ¿Para qué quieres ir ahora corriendo? No hay ningún velatorio, ningún entierro. Se le incinera y listo. Nos quedan los recuerdos que nos dejó. Ya está. No te imaginas la de animales que ni siquiera dejan detrás alguien que se acuerde de ellos con cariño. Si quieres hacer algo útil, vuelve el sábado a echar una mano a los que aún están en la protectora. Las flores, en vida, como decía mi abuela – espetó su vecina.

El chico no contestó, se limitó a mirarla. Todas las emociones que bullían en su interior, las que habían despertado con la noticia de la muerte del mastín y las que había estado enterrando y congelando los últimos días, amenazaban con desbordarle. Si hablaba sabía que no podría controlar la voz.

- He sido demasiado dura. Bruce Willis fue el primer perro que recogiste. Perdóname. Si quieres ve, no servirá de nada a nadie, salvo tal vez a ti. Si te ayuda... tú mismo -

Martín asintió. Recordó al perrazo que encontró en el pinar, con su cojera y su mirar digno y tranquilo. Luego sintió a Logan tumbarse a sus pies. Su viejo pitbull que apenas hacía otra cosa que dormir. La muerte del mastín le hizo de repente más consciente de los muchos años de su propio perro, de lo cerca que estará de sentir eso mismo multiplicado por cien.

A duras penas lograba estar de pie. Se limitó a despedir con un gesto a Mal, que le dijo adiós con una expresión cargada de cariño, y volvió a su sofá. Esta vez no cogió el mando, sino su teléfono móvil.

Puede que Juan fuese de los que no hacen caso al Facebook. Seguro que Laura tenía su teléfono. Y seguro que Íker tenía el teléfono de Laura.

Ya era hora de volver al mundo.

CAPÍTULO 28: Juan

- Comencé a decir a los diez que era del Madrid por llevar la contraria a mi padre que era del Atleti. Pero realmente me la trae al paio que ganen o que pierdan unos u otros desde que él murió. El baloncesto también lo hacía por él. A mí lo que me gustaba era correr. Mi padre, el del Atleti, me apuntó de crío a su club de atletismo. A veces íbamos juntos a alguna carrera popular -

- Ya no corres tampoco – afirmó él.

- No era ninguna estrella – contestó Martín encogiéndose de hombros.

- A mí me gusta el pádel y el tenis. Tampoco soy ninguna estrella, pero lo paso bien. Mi padre juega desde antes que yo naciera. Ahora empiezo a ganarle -

Martín miró a Juan con detenimiento, no tenía ni idea de que le daba a la raqueta. No tenía idea de nada en lo que tocaba a su vida fuera del instituto, la verdad. No dejaba de ser chocante teniendo en cuenta que iban juntos a clase desde el primer año de Secundaria.

- También me gusta esquiar, aunque últimamente no vamos mucho. Cuando era más pequeño sí que nos íbamos al menos una semana al año a la nieve, pero desde hace cuatro o cinco, nada – continuó contando Juan.

- ¿Y eso? – preguntó automáticamente Martín mientras comenzaba a encajar a su compañero en el universo de los niños pijos, o al menos en el de los que venían de familia con pasta como Andrés, que de pijo no tenía nada y tampoco tenía culpa de que sus padres no tuvieran que hacer números para llegar a fin de mes.

Aquel instituto era un sitio en el que la mayoría sí que tenían que hacer esos números en mayor o menor medida, unos cuantos estaban bien jodidos, aunque no era algo que fueran anunciando precisamente, y solo unos pocos parecían vivir despreocupados. No es que hubiera millonarios, solo gente normal con más o menos ingresos, tal vez con más o menos suerte.

- Mi padre perdió el curro. Luego encontró otro, pero en esa época se divorciaron y ahora tiene que pagar dos casas, pasar la pensión y todo el plan de vacaciones ha cambiado bastante, la verdad -

Logan apenas se separaba ya de él, caminaba tranquilo sin la menor intención de echar alguna carrera. Antes era acercarse al pinar y comenzar a ponerse nervioso para salir corriendo desbordante de energía y alegría en cuanto le soltaran la correa. Procuraban ir a horas en las que un pitbull desmadrado no pudiera asustar a nadie. Todos los perros necesitaban verse sueltos de vez en cuando y era una putada que a razas como la de Logan les pusieran las cosas tan difíciles, por mucho que el perro fuera una malva. Lo mejor sería que algún experto fiable evaluase a los perros para comprobar si eran equilibrados y confiables, independientemente de su raza, y entregasen una chapita o algún distintivo. Estaba convencido de que era una idea cojonuda, que jamás podría llevarse a la práctica. No solo por la falta de medios y ganas, sino porque aunque los hubiera no se haría bien. Ahora se estaba examinando a la gente que quería tener a esos perros y daba la risa. Se hacía en los mismos sitios en los que te sacabas lo del carné de conducir y el permiso de armas, pagando por ello. ¿Cómo iban a ponerse duros en las evaluaciones? Si alguno de esos sitios de verdad fuera serio perdería todos los clientes. A menos que te vieran claramente un peligro público no te iban a negar el permiso. Así no se podían hacer las cosas.

Mientras pensaba miraba en torno suyo. Sabía bien lo que estaba buscando; recordaba perfectamente los ojos dorados del podenco que encontró allí con Manu. No tenía esperanzas de volver a verlo varios meses después, pero no podía evitar buscarlo. Además, buscándolo fue como encontró a Bruce Willis. Bruce Willis que estaba muerto, pero que al menos había acabado su vida atendido y feliz en la protectora.

Tan concentrado estaba pensando en lo suyo, que no se dio cuenta de que Juan había dejado de hablar hasta que lo hizo de nuevo cambiando por completo el tono.

- ¿Por qué miras todo el rato alrededor? ¿Esperas encontrarte con alguien? ¿Es que te daría palo que te vieran conmigo? -

Martín se paró en seco. Juan sonaba al mismo tiempo enfadado e incómodo.

- De eso nada. No me preocupa lo más mínimo -

- ¿Y entonces por qué has querido que nos viésemos en este sitio? No hay ni un alma - insistió Juan, aún enojado.

- Ese sitio me gusta. Y así podía venir con Logan. Creí que aquí charlaríamos tranquilos, no hay más – explicó Martín, conciliador, preguntándose si tal vez su compañero tenía un poco de razón. Puede que, inconscientemente, hubiera elegido ese sitio para evitar encuentros incómodos.

- Sí, claro. Por eso estás mirando todo el rato a ver si viene alguien. Y no te preocupa lo que te cuente, ahora mismo estabas a lo tuyo, sin escucharme -

- Vale, mira. Aquí me encontré no hace mucho dos perros abandonados, uno al que pude ayudar y otro al que no. No puedo evitar mirar por si veo algún otro, puede que ese mismo que se me escapó – dijo sintiéndose aún algo culpable.

Juan se limitó a observarle, aún contrariado.

- Y sí, me despisté un poco. Lo siento. Tendría que haberte escuchado con más interés -

El chico siguió mirándole un momento y luego algo en él se relajó y echó a andar, Martín se puso a su lado en cuanto logró apartar a Logan de un resto casi fosilizado de tórtola que al pitbull le parecía perfecto para revolcarse y oler como debe hacerlo un perro.

- Vale. No pasa nada. Pero dime por qué has querido que nos viéramos. No creo que fuera para hablar de tenis -

Martín se encogió de hombros

- No, no sé. La verdad es que mi madre me dijo que hablase contigo cuando le conté lo de la pelea, porque me había metido en ella -

- ¡Se lo contaste! – dijo Juan molesto de nuevo - ¿Es que te molaba hacerte el héroe? Eso me incumbe solo a mí -

- ¿Y qué querías que hiciera? – espetó Martín – Mírame la cara, aún se me nota. Llegué a casa hecho un cromo. Además ella quería denunciarlo, hablar con tus padres. ¡Qué se yo! Quedamos en que al menos yo hablaría contigo, para que supieras que si querías denunciar podías contar conmigo y para asegurarme de que estabas bien. Sé que no suena bien, parece que es mi madre la que me ha obligado a quedar contigo, pero no es así. Yo también quería -

Juan permaneció en silencio un rato y luego asintió. – Estoy bien, en serio. Estoy bien y estaré mejor. Creo que lo peor ha pasado ya, he logrado salir de aquel sitio de mierda -

- Has tardado en hacerlo -

Juan caminó sin responder y Martín acabó hablando de nuevo – Te entiendo. Yo tampoco estaba por la labor de hacer nada. Lo dejé con Manu, lo de la universidad me agobia un poco, metí la pata hasta el fondo con una persona importante, mi madre me quiere presentar a su novio... yo qué sé. Demasiado en poco tiempo, me agobié y solo quería estar en casa con la consola. Pero me he dado cuenta de que no se puede uno pasar la vida en el sofá con un mando en la mano. Hay que reaccionar -

- ¿Te apetece venir a casa a echar una partida a algo? Tengo la Play 4 -

- ¡Joder! ¿Tú también? - rió Martín.

- ¿También? Creía que no la tenías -

- Y no la tengo, me refería a Andrés -

- Fue mi cumpleaños hace poco. Tengo el nuevo Batman -

- Vale, pasamos por casa a dejar a Logan y vamos. Te pega que te guste el Batman – añadió Martín.

- Jodido mentiroso. Lo que acabas de pensar es que me pega que me guste Robin – bromeó Juan dejando a Martín de piedra durante un par de segundos, sin saber cómo reaccionar hasta que Juan rio y Martín lo hizo con él.

- Y no te preocupes por tu cara. Un corte en una ceja nunca le ha sentado mal a un tío. Puede que incluso te favorezca. El rollo malote y tal, ya sabes -

No hablaron más que de videojuegos el resto de la tarde, estuvieron un par de horas echando un vistazo al Batman y compitiendo al FIFA, relajados y bromeando, y se despidieron sabiéndose ya colegas y en el camino de ser buenos amigos.

CAPÍTULO 29: Los que ya no están con nosotros

Despertó incómodo y de repente. Apenas era capaz de recordar que era lo que había estado soñando, tan solo unos retazos inconexos y algunas sensaciones, pero sabía bien que ella había estado en su sueño. Envidiaba a todos aquellos que parecían recordar con todo detalle lo que vivían mientras dormían; libros y películas estaban llenos de esos afortunados. Aunque tal vez era mejor así, tal vez era más fácil recordar poco y olvidar ese poco lo antes posible.

Hacía un calor terrible en su habitación. La lámpara de aspas que su madre le había comprado (y habían puesto entre ambos) en lugar de la vieja de Buzz Lightyear se limitaba a mover el aire caliente que se acumulaba en su cuarto. Teniendo en cuenta lo mucho que había sudado aquella noche, el calor que hacía pese a que apenas eran las nueve de la mañana y el estado en el que se encontraba, una ducha fría le vendría la mar de bien.

Se vistió y salió con Logan. En la calle se estaba mejor que en casa, a esa hora aún se podía pasear. Estaba siendo un arranque de estación insoportable. Caminó seguido por el viejo pitbull hasta la estación y se sentó en el pequeño parque que había enfrente. Desde aquella noche de mierda procuraba pasear por lugares que Manu no frecuentaba. Le daba rabia, sabía que era un cobarde y que no debería esconderse, pero aún no le apetecía encontrársela de frente.

Con Mal era diferente; vivía en su mismo bloque, así que era complicado esquivarla. Desde el día que le había dado la [noticia](#) de la muerte de Bruce Willis se la había encontrado cinco veces, con y sin su galgo. Se mostraba tan normal como siempre, sin presionarle para volver a la protectora ni dejar ver nada que recordase su metedura de pata. Toda naturalidad. Martín lo intentaba y creía estar lográndolo, aunque no podía evitar soñar con ella como aquella noche y despertarse confuso y sin aliento.

En agosto iría cerca de tres semanas con su madre de vacaciones, como todos los años, y podría dejar atrás todo aquello hasta llegar a la huida hacia delante que sería empezar en la universidad. Aunque cuando lo pensaba con detenimiento, lo cierto es que no le apetecía demasiado desaparecer aquel año en el piso de playa cantábrica en el que su abuela escapaba del sol de justicia que había en el centro.

– Buenos días –

Un perrillo tirando a orondo y de raza indefinida, con bastante más dignidad que tamaño, se había acercado a saludar a Logan. Llevaba un llamativo collar con la bandera de España y un cascabel. Tras él venía un anciano, tan orondo como el perro y equipado con una garrota. No era la primera vez que veía a aquella pareja haciendo su ronda matutina.

– Buenos días – contestó el chico a la figura, que ya se alejaba sin perder el paso seguida por el tintineo que producía el trote del chuchillo siguiéndole.

Al chico le gustaban esos perros pequeñajos que estaban bien socializados, que se sabían perros y no bolsos de mano y no tenían problemas relacionándose con perros grandes y pacíficos como el suyo.

No dejaba de ser curioso, se percató Martín, del paralelismo que había entre él, con sus diecisiete años, y aquel anciano que superaba los ochenta. Aquel mes tórrido ambos paseaban con la fresca para luego encerrarse en su casa o en alguna casa ajena. Puede que, al caer la noche, ambos volvieran a lanzarse a la calle. Tenían en común un exceso de tiempo libre. Pero no debería ser así, pensó el chico. Aquel hombre seguro que se había ganado su estado ocioso, y seguro también que cuando tenía su edad ya estaba harto de trabajar. Él, en cambio, se limitaba a matar el tiempo esperando ser admitido en alguna de las carreras que había solicitado por descarte, para dedicar luego varios años de su vida a estudiarla. No tenía demasiado claro que realmente quisiera embarcarse en todo aquello.

Aún no le apetecía volver a casa y tampoco seguir aquella línea de pensamiento, así que cogió el móvil y, cuando quiso darse cuenta, estaba en la página de Facebook de la perrera. Vio un par de perros y tres camadas de gatos que no conocía y que estaban pidiendo un hogar desde Internet en el peor momento posible, con mucha gente pensando en irse de vacaciones y muy poca en adoptar. Entró a continuación en la página de “los que ya no están con nosotros”, pero no encontró a Bruce Willis. La última entrada era de marzo, un gato con leucemia que había muerto en su casa de acogida. Entró a continuación en el apartado de perros en adopción, filtró por tamaño seleccionando a lo más grandes y allí lo encontró. El enorme mastín que pocos meses antes, en pleno invierno, su madre y él habían sacado de la calle. Lo observaba con su mirada tranquila e inteligente en un par de fotos que había hecho él, como si aún estuviera vivo y tuviera alguna opción de encontrar un hogar.

No había apenas manos para atender a los animales, actualizar la página de los que iban muriendo no era una prioridad. Era más importante mostrar a los que aún estaban vivos. ¿Quién podía reprochárselo?

Caminaron de vuelta a casa sin apresurarse, al ritmo que marcaba Logan. En cuanto llegó, encendió el ordenador y entró en la web de la protectora. Sabía que no les molestaría. Era algo de lo que él se había estado ocupando, así que tenía la contraseña. Buscó la página de perros en adopción en el administrador de WordPress y eliminó a Bruce Willis, luego entró en la de los que habían muerto y le colocó ahí, el primero.

Sí que tenía unos ojos penetrantes. Aquel animal había vivido mucho y no era la mirada de un simple perro. O no lo notaba así Martín en aquel momento. Parecía estar diciéndole que el tiempo era precioso, que nada tenía más valor. Dejarlo transcurrir sin darle ningún sentido era dilapidar el mayor tesoro. Y era justo lo que él estaba haciendo.

Martín se dirigió al cajón del mueble del salón en el que su madre guardaba todas las llaves y rebuscó hasta dar con la del trastero. Le costó casi una hora y estar a punto de terminar sus días sepultado por los trastos que allí había metidos a presión, pero logró sacar a La Flaca, llenar de aire las ruedas, engrasarla y limpiarla sin desorganizar demasiado todo aquello. Su padre siempre la llamaba así, La Flaca. Era una bici de montaña normal y corriente e infrautilizada. No era un coche, pero con ella no tardaría en llegar a la perrera.

Necesitaban manos. Y ya había estado holgazaneando bastante.

Miguel fue el que abrió la puerta. Una amplia sonrisa agrietó su rostro atezado. En cuanto Martín puso un pie dentro del recinto, fue como si nunca hubiera dejado de pasarse por allí, como si aquel chaval sin interés por ayudar fuera un familiar casi desconocido.

CAPÍTULO 30: Una cuestión de confianza

– ¿Por qué no vamos al cine antes de cenar? Podemos ver la de *Jurassic World* si quieres.

También está la de *Inside Out* –

A Martín le apetecía más ver la de Pixar que la de los dinosaurios, pero no tenía el más mínimo interés en que su primer encuentro con el novio de su madre, aplazado por uno u otro motivo semana tras semana, fuera viendo una película de dibujos animados. Tampoco le apetecía especialmente verse a oscuras en una butaca junto a ambos.

– No me apetece mucho ir al cine, con la cena será suficiente mamá. Además, en el cine no podríamos apenas hablar –

– Precisamente por eso lo proponía. Imaginaba que sería más fácil. Y la película puede dar para un buen rato de tema de conversación durante la cena, sobre todo si es mala. Por eso precisamente muchas primeras citas son de cine y cena –

– Hablar de primeras citas suena muy viejuno mamá, como de peli de Meg Ryan – bromeó Martín.

– Es que yo soy una viejuna – dijo su madre lanzándole un cojín a la cabeza.

Aquella noche estaban todos atrincherados en el pequeño salón, la única habitación de la casa con aire acondicionado. Todos eran su madre y él, Logan completamente despatarrado justo frente al chorro del aire y los gatitos, que estaban hechos unos bichos de cuidado y no dejaban de incordiar al pobre pitbull y practicar dolorosas cacerías de pies. Ya habían dejado atrás los biberones y la caja y no paraban de jugar, parecía mentira que hubieran logrado salir adelante y convertirse en aquellos diminutos personajes peludos en unas pocas semanas.

Martín cogió a Aristóteles e Hipatia con una sola mano y los depositó sobre el sofá, a su lado. Inmediatamente uno de ellos se lanzó alegremente contra su mano, la abrazó con sus patas delanteras y comenzó a arañar con las traseras.

– No, no es buena idea que juguéis con las manos. Laura me lo ha dejado bien clarito – dijo Martín liberándose de las zarpitas.

– Van camino de convertirse en demonios de Tasmania – rio su madre. Ambos tenían las manos marcadas por los juegos de los gatitos.

– No les durará mucho. En poco tiempo se dedicarán casi todo el día a dormir, igual que Logan
– replicó Martín señalando con la barbilla al viejo perro.

– Es una pena que no vayamos a verlos en esa fase – apuntó su madre. No tenía que decir nada más para que el chico supiera a qué se refería. El trato era que acogerían a los gatos hasta que encontrasen un hogar o pudiesen entrar en la protectora. Apenas quedaban un par de semanas para que llegase la fecha límite, la de su viaje a la playa que a Martín cada vez le apetecía menos.

Observó a su madre acariciando a uno de los gatitos al tiempo que volvía a concentrarse en la televisión. Parecía de buen humor. Era un momento tan bueno como cualquier otro para intentarlo.

– La protectora está hasta los topes mamá, ahora la gente no está pensando en adoptar sino en irse de vacaciones. Y los perros no están del todo mal, pero lo de los gatos es un drama. Llegan avisos de camadas sin parar, y como en realidad se trata de una perrera municipal, está obliga a recogerlos a todos. Hay demasiados gatos en poco espacio. Intentamos que estén lo mejor posible, pero se producen peleas, los gatos no están a gusto. Y no hay adopciones, ni una. Los cachorros van creciendo sin que nadie los quiera, los adultos siguen ahí muriéndose del asco. No es buena idea meterlos allí, si fueras conmigo un día te darías cuenta de que... –

– Martín, ya lo habíamos hablado – le interrumpió su madre – el trato es que fuera una acogida temporal, no una adopción definitiva –

– No te digo que lo sea, pero sigamos teniéndoles aquí cuando nos vayamos. Podemos dejarles con agua y comida en casa. Mal se puede pasar a echarles un ojo. Estarán mejor que en la perrera –

Su madre se giró para dedicarle toda su atención, de repente estaba muy seria.

– Mira, yo también les tengo cariño, también les he estado dando el biberón y viendo crecer. Vale, les dejamos aquí todo agosto. ¿Van a cambiar las cosas en septiembre? ¿En octubre? Pero no es eso lo que más me preocupa, ni mucho menos. Me preocupas tú –

Martín supo que los gatitos se quedarían, al menos todo el verano, pero no dijo nada ni se permitió alegrarse. En cambio, se preparó para escuchar a su madre. Cuando se ponía así de seria, inclinándose un poco hacia delante, es que tocaba charla.

– Ya sé que fui yo la que te animó a ayudar en la protectora, y creo que es genial que seas voluntario allí. Sé que volver a echar una mano te ayudó a salir del bache cuando lo dejaste con Manu, te peleaste y estuviste un tiempo sin ganas de nada. Pero me da miedo que te estés involucrando demasiado. Estás yendo a diario muchas horas, sales muy poco con tus amigos y en cambio te relacionas todo el rato con la gente que va allí, que no son de tu edad, ni tienen tus intereses –

– Sí tienen mis intereses mamá, al menos el interés de ayudar. Si salgo poco es porque la mayoría están ya desperdigados en distintos sitios de playa – objetó Martín.

– Estás en un momento muy importante de tu vida. Vas a empezar la universidad y a dar los primeros pasos para labrarte de verdad el futuro de tu elección, pero no pareces interesado en todo eso pese a la importancia que tiene –

– ¡Sí estoy interesado! Me presenté a la Selectividad, aprobé y he solicitado varias carreras, pronto sabré cuál me han dado. ¡Sigo el condenado camino correcto! –

– ¡Por el amor de dios! ¡Has pedido en primer lugar Arquitectura, cuando ni siquiera te gusta! ¿Qué vas a hacer si te la dan? –

– ¿Cómo sabes eso? – preguntó Martín echando chispas. Era cierto que había puesto tres carreras en primer lugar que no le interesaban lo más mínimo. Las otras dos eran medicina e ingeniería aeronáutica. Una especie de broma contra el universo a la que aparentemente solo él veía la gracia, pero se suponía que ella no tenía que saberlo. Había decidido que no se lo contaría porque no iba a entenderlo y, según lo visto, había acertado.

– Oí que se lo contabas a Andrés cuando vino a casa a jugar a la consola contigo – dijo su madre, teniendo la decencia al menos de mostrarse algo azorada.

Martín obvió el espionaje materno – Tranquila, que no tienes que preocuparte. Con mis notas mediocres no van a dármela, ni mucho menos –

– ¿Querrás al menos decirme de una vez qué es lo que has pedido con visos de que te toque? –

– ¡No! Cuando yo lo sepa, lo sabrás. Ya te lo dije. Es un sistema absurdo mamá, me toca mucho los huevos cómo nos aceptan y nos descartan en función de una nota media. Es un sistema ridículo, nada objetivo. No funciona y es injusto. ¿Y si yo de verdad tuviera la vocación de ser arquitecto? ¿Y si tuviera el talento para ser un arquitecto cojonudo? ¡A la mierda por unas

décimas, a estudiar cualquier otra cosa! – los gatitos saltaron al suelo, asustados por los gritos y por el golpe que el chico acababa de dar contra el respaldo del sofá.

– Lo que es absurdo es que no me puedas decir qué has pedido, que no tengas confianza en mí –

– No es una cuestión de confianza mamá, no lo entiendes. No me entiendes –

– Claro que es una cuestión de confianza. ¿De qué si no? Y de qué te sirve pedir carreras que no deseas. ¿Crees que gestos así cambian el mundo? –

Martín calló. No, así no se cambiaba el mundo, pero tal vez sí cambiase un poco cómo era él. Y si él cambiaba, también el mundo lo hacía un poco. ¿No?. A él mismo le sonaba tan vago, tan intangible, que ni se atrevió a decirlo en alto.

– No quiero recordarte que la carrera que estudies la voy a pagar yo, pero es así – dijo ella– Creo que esto no te lo he contado nunca, pero en alguna ocasión discutí con tu padre, antes incluso de que nacieras, porque él decía que no estaba dispuesto a pagar unos estudios que no fueran útiles, prácticos a la hora de conseguir luego un trabajo. Que si un hijo suyo quería estudiar algo sin posibilidades, no iba a salir de su bolsillo. Yo le decía que había que respetar su decisión, lo que él quisiera y confiar en que no lo lamentase; que no se podía elegir un camino solo por las posibles salidas. Y ahora que tengo aquí a mi hijo solicitando una carrera, no sé cuál es porque no me lo quiere decir – dijo exasperada – como si fuera a criticar tu decisión. Lo que sea que desees me parecerá bien -

– No te preocupes, que ya me buscaré un curro de lo que sea en cuanto volvamos de las vacaciones para que no te cueste tanto – Apretó los dientes. Estaba comenzando a enfadarse de verdad, uno de esos enfados que duraban y dejaban poso.

– No es eso Martín, no lo digo por eso – sonaba cansada y conciliadora, pero Martín estaba cabreado, incapaz de callarse.

– Ya te queda poco para que sea una carga mamá, me buscaré la vida para que no sea así, no te preocupes. Y, cambiando de tema, no es que me apetezca demasiado ir este año de vacaciones al piso de la abuela, así que puedes ir tú a la playa, que yo me quedaré aquí y así empiezo antes a buscar algo y te ocasiono menos gastos –

Su madre se acercó a él en el sofá y le acarició la mano. El contacto físico pareció destensar la cuerda que Martín sentía tirante en su interior.

– Si quieres trabajar, trabajarás. Estudiarás lo que quieras. O lo que te den entre lo que sea que hayas solicitado. No eres una carga para mí. Y me gustaría que este verano vinieras con nosotras a la playa. soy muy consciente de que tal vez será el último año que pasemos juntos, como cuando eras un niño – la voz era dulce, pero seguía sonando preocupada

Martín suspiró para serenarse antes de hablar – Claro que me preocupa mi futuro, probablemente demasiado. Más que a muchos de mi edad que se lanzan a lo primero que les llama la atención sin reflexionar. Creo que mi problema es precisamente ese, que quiero elegir bien hacia dónde seguir- hizo una pausa para mirar a los ojos de su madre, casi tan negros como los suyos e intranquilos - Iré contigo y con la abuela a la playa, aunque es cierto que este año me apetece menos. Y seguir yendo a la protectora me viene bien, créeme –

– Entiende que me importe lo que te pase, lo que decidas, que me preocupe verte tan volcado en esa perrera y tan poco en todo lo demás. No pienses ya en la universidad, es que ni siquiera te veo detrás de las chicas de tu edad que es lo suyo con diecisiete años. Me asusta que te vuelques demasiado en el lugar y las personas equivocadas, pero confío en ti. Con la edad que tienes no me queda más remedio –

Cuando Martín se fue a dormir y a sudar a su cuarto poco después, iba pensando en lo equivocada que estaba su madre, sí que había una chica que le quitaba el sueño, aunque no precisamente de su edad.

Al menos los pequeños filósofos peludos seguirían de momento en casa.

CAPÍTULO 31: Estás en tu salsa cuando sales a defender a los que lo necesitan

Había estado toda la mañana limpiando cheniles con Miguel. Y llevando a algunos de los perros mas acuáticos a que se refrescasen en una piscina plegable que les habían donado un par de años atrás. Estaba algo roñosa y parcheada, pero muchos perros agradecían darse un baño sin echar cuentas en ello. Martín se había sentido tentado de acompañarles, pese a los pelos flotantes y el barro acumulado al fondo. Ese año estaba haciendo un calor infernal. Al final se había conformado con mojarse la cabeza y el cuello con el agua fría que salía de la manguera y con sentarse un rato a descansar en una de las esquinas del techado en el que guardaban el pienso, que estaba estratégicamente situada en el camino de una mínima corriente de aire. Allí estaba, con uno de los perros que se habían estado bañando tumbado panza arriba a su lado, cuando llegó Mal y se sentó al otro lado del animal con las piernas extendidas, sin importarle el olor a perro mojado y a un Martín con varias horas de trabajo al sol a cuestas.

– Mira que te gusta que te rasquemos la barriga Percy, eres de los más rápidos aquí en colocarse patas arriba. Y los tenemos rapidísimos. Deberíamos hacer un concurso y grabarlo en vídeo. Seguro que sería un viral – dijo Mal al mestizo de labrador, que en ese momento estaba en la gloria con dos humanos haciéndole carantoñas.

– Espero que éste sea de los que encuentra un hogar pronto, es todo mimos –

– Yo también lo espero Mastín. Parece muy labrador. Incluso es de color dorado. Puede que tenga suerte, pero ya a partir de septiembre. Julio y agosto son meses terribles para lograr adoptantes –

– ¿Qué tal esa pareja que has atendido a primera [hora](#)? –

La chica resopló y elevó los ojos al cielo. – ¡Qué paciencia! Unos que venían pretendiendo encontrar un cachorro de alguna raza mini de moda. “Nos da igual que sea chihuahua, yorky, bichón maltés... con que sea pequeñito y tenga pocos meses nos vale”. Les solté la charla de que no van a encontrar un cachorro de raza en una perrera, les hablé de lo maravillosos que pueden ser perros como éste, adultos, grandes y mestizos, les enseñé nuestros cachorros y nuestros perros pequeños. Ya sabes, lo de siempre y tan amable como fui capaz, pero estaba claro desde el primer momento que no les iba a cuadrar lo que vieran. Venían [buscando](#) un

complemento a la moda, no un perro. ¡Ellos se lo pierden! Les dije al irse que al menos buscasen a un buen criador, que no compraran sin ver a la madre y asegurarse de que estaba bien tratada. En su conciencia queda lo que hagan –

-Al menos no fueron como los del sábado pasado – rió el chico – “No me extraña que los hayan abandonado, pobrecitos, son tan feítos todos”- terminó imitando la voz atiplada de la señora que Mal había tenido que aguantar pocos días antes.

– Calla, calla, que me tuve que contener para no decirle que ella no era precisamente Sharon Stone, pero menos delicadamente –

– No sé cómo no pierdes la fe en el género humano. Yo no podría atender a la gente que viene a adoptar. A mas de uno lo mandarí directamente a la mierda. Tienes mucha paciencia –

– Lo que yo no sé es qué haría si llega el día en que no pueda reír de todo esto – suspiró Mal. – En fin... Cuéntame qué tal anoche, anda –

Martín recordó la cena del día anterior. Se veía obligado a reconocer que no había estado mal.

– Nada que destacar. Cenamos sin prisa y volvimos a cada pronto. Es un tipo amable, listo. Iba con pies de plomo conmigo y no hubo ninguna metedura de pata. Ya te he dicho que es listo. Tiene una voz que acojona un poco, eso sí. Todo un vozarrón de sargento, da igual lo que diga o como lo diga. Y me dio la impresión de que es de los que tiene que saber de todo mas que nadie. Pero parece buena persona y que se entiende bien con mi madre, que es lo importante. Poco pinto yo en lo que ellos tengan. Fuiste tú la primera que me dijo que mi madre era mayorcita y tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana. Y es cierto – concluyó encogiéndose de hombros.

Mal le observó con una de esas miradas suyas que parecían radiografiarle.

– No, ya veo que no debió ir mal. Me alegro. Si tu madre quería presentártelo es porque es importante para ella que lo conocieses y que la cosa fuera bien. Tu madre mola, ¿sabes? –

– Mi madre no está mal para ser una madre – reconoció Martín – pero a veces se pone muy pesadita y me toca los cojones. También tenemos nuestras broncas. Tú también las tendrías si tuvieras que vivir con ella –

– Toma, claro. ¡No te jode! Todos los que viven juntos tienen broncas. Mas o menos, mas fuertes o mas suaves, pero no se libra nadie –

– Vale, vale – dijo él alzando las manos y riendo. Decidió no contarle las dudas que su madre tenía respecto a su entrega como voluntario en la perrera. Ya bregaría él con ello. Mejor que Mal siguiera creyendo que molaba.

De nuevo aquella mirada escrutadora. Martín se estremeció. Estaba muy guapa, con la piel dorada y las mejillas encendidas por el calor. Como le pasaba con frecuencia, se percató de lo pequeña que era a su lado, aunque no lo parecía: irradiaba algo que parecía dotarla de más centímetros de altura.

– También me alegra verte mejor a ti Mastín, llegaste a tenerme bastante preocupada. Pero ya no eres aquella alma en pena sin afeitarse que me encontraba paseando a Logan entre partida y partida a la consola y que no levantaba casi la vista de suelo. ¿Estás quedando de nuevo con tus amigos? –

– No estoy saliendo a ningún sitio, la verdad. Alguna partida con Juan o con Andrés, poco más. Por las noches, nada. La mitad de mis colegas no están y la otra mitad... – se detuvo intentando encontrar las palabras exactas para expresar aquello que sentía sin parecer un capullo, esa mezcla entre el deseo de romper con todo lo anterior y la pura desgana.

– ¿La otra mitad te odia a muerte? – bromeó ella. Lo miraba divertida, con la cabeza inclinada. Se había cortado el pelo con la llegada del calor y varios mechones escapaban de su pequeña coleta. Martín contuvo el impulso de recogerlos tras la oreja.

– Solo un par, con los que me pegué por defender a Juan, ya sabes – contestó con lo que su madre consideraba su mejor sonrisa de Bruce Willis. Volvió a acariciar a Percy, que se había entregado a un sueño ligero bajo el sol y las caricias.

– Estás en tu salsa cuando sales a defender a los que lo necesitan. He sido testigo. Creo que eso es lo que más me gusta de ti – dijo Mal con una sonrisa cálida.

Martín se concentró en el suelo, confuso. Nunca había sabido cómo reaccionar ante los halagos, ni siquiera cuando alguna amiga de su abuela saltaba con el “¡qué guapo y qué mayor está!” de compromiso. Le costaba creerlos, dudaba qué responder. En este caso le agradaba cualquier juicio positivo que partiera de Mal, pero también le turbaba cualquier paso que la inteligente, complicada y deseable Mal diera fuera de la zona de seguridad que ambos habían establecido sin palabras. Ella sabía que a él le volvía loco, él no podía evitar recordar aquel beso que ella dejó morir pero en el que había creído detectar un destello de entrega. En cualquier caso, ambos tenían claro que no había nada que hacer, que para ella él era un crío.

No, no era tan simple. No era solo la diferencia de edad. Ahora que la conocía mejor sabía que Mal estaba convencida de que no era buena para él, que le acabaría haciendo daño. No sabía casi nada de su pasado, pero tenía alguna relación. Estaba seguro. Martín querría poder decirle que no era tan tierno, que estaba dispuesto a correr el riesgo y seguro que sobreviviría si las cosas salían mal; no era tan sencillo, aquello también estaba fuera del carril que habían establecido por puro instinto para seguir tratándose con normalidad.

Martín cerró los ojos, queriendo salir de aquella hiedra de pensamientos que se extendía aferrándose a su estómago. Y para poder hacerlo volvió a lo que ella había dicho: “Estás en tu salsa cuando sales a defender a los que lo necesitan”. Algo le decía que no era un cumplido hueco, que Mal estaba diciendo que había visto en él algo que tal vez a Martín se le había pasado por alto, algo que tal vez era importante tener en cuenta.

– ¿Con Manu tampoco has vuelto a coincidir? –

El chico sacudió la cabeza.

– Pues puedes llamarme metomentodo, pero creo que deberías hablar con ella Mastín. Era amiga tuya desde que erais muy pequeños. Sería una pena perderla – Mal se detuvo un segundo y cuando volvió a hablar su tono era muy distinto – No me hagas caso, no tengo ni idea de si sería una pena o no. Haz lo que mejor creas. A veces hablo demasiado –

– No te preocupes, no me molesta. Yo también he creído muchas veces que lo mejor sería quedar con ella y hablarlo. Al principio pensaba que para intentarlo de nuevo, ahora que ha pasado un tiempo y no lo he hecho me digo que no, que si tuviera la necesidad de que siguiéramos juntos ya la habría llamado antes, pero que podríamos intentar volver al punto de partida en el que éramos buenos amigos. Le doy vueltas sin llegar a ninguna conclusión. Y creo que esa conversación lleva camino de quedarse para siempre en el limbo –

– Mientras la que se quede en el limbo sea la conversación con Manu y no tú... – dijo ella, animada y animándole – No puedes pasar el verano como un monje. Tienes que salir y descasar un poco. Lo insano es sano a tu edad. Un tiempo de rascarse la barriga cuando la vida te cambia de cajón los calcetines no está mal, pero no es cuestión de prolongarlo- Se detuvo y pareció dudar antes de proseguir. - Esta noche he quedado con algunos amigos. Nada del otro mundo, alguna cerveza y a casa. No estaremos lejos. ¿Por qué no te vienes? Tal vez así rompamos el fuego y te animes luego a salir más con tus colegas –

Cuando Martín volvía más tarde pedaleando a casa sobre 'La Flaca' se sentía feliz y ligero. Algo había cambiado. Mal le había dicho aquello de "creo que eso es lo que más me gusta de ti" con una sonrisa que iluminaba el día, le había invitado a salir aquella noche y se había despedido apoyando la mano en su brazo. Podía parecer poca cosa; unas pocas palabras amables para un chaval algo alicaído, un plan con amigos de ella y un roce casual, pero a veces poca cosa es suficiente para lograr que el espíritu vuele.

CAPÍTULO 32: Gente como nosotros

Una carta, algo anacrónico para anunciar el futuro. No dejaba de tener su gracia. Las únicas cartas que recibían eran las publicitarias, unas pocas facturas, alguna comunicación oficial y poco más. Su abuela seguía mandándoles una postal desde la playa todos los veranos. La costumbre había empezado cuando Martín tenía tres años y le hacía una ilusión tremenda tener algo para él en el buzón. Ahora esas postales le despertaban ternura, porque era su abuela la que esperaba ilusionada su llamada diciendo que había llegado. La de este año tenía que estar al caer.

– ¿Te ha gustado? – preguntaría ella.

– Mucho abuela – contestaría él, imaginándose la rebuscando la que le pareciera la mejor entre las postales del chiringuito, con las gafas de ver que no le gustaba llevar puestas en la punta de la nariz.

Estar con ella y con su tristeza le deprimía, las dos semanas que pasaban en su casa se le hacían más largas cada verano, decía algunas cosas que le sacaban de quicio, pero era su abuela, la madre de su padre, con su misma caída de hombros y las cejas definidas y espesas que recordaba en él. “Somos una familia muy pequeña, no podemos descartar miembros alegremente por cuatro tonterías”, le había dicho una vez su madre.

Entró en casa seguido de Logan, alegrándose de que su madre no estuviera. Quería estar solo cuando abriera la dichosa carta. No sabía a ciencia cierta qué camino le tocaría seguir y menos aún su propia reacción.

¿Habría logrado Manu entrar en Biología? Seguro que sí. No podía concebir que se torcieran unos planes que tenía tan claros. Tal vez aún no le había llegado la comunicación. En el grupo de WhatsApp de los de clase, entre coñas varias, quedadas y fotos de las vacaciones, unos cuantos ya habían dicho si les habían dado la carrera que querían. Ella estaba en el grupo, pero llevaba muda desde que rompieron. Tampoco es que escribiera mucho antes. Resistió el impulso de preguntar por privado y se dirigió a su cuarto seguido por el pitbull.

– Bueno. Vamos allá. Es de imbéciles prolongarlo por más tiempo – dijo al viejo perro mientras rasgaba el sobre rogando porque no fuese Arquitectura.

Y ahí estaba. Lo que se supone que quería, lo que se suponía que no tenía futuro. Lo que imaginaba que pasaría sin estar seguro de si quería que pasara.

Miró la carta largo rato, sin acabar de creerse lo que ponía. ¡De qué manera tan absurda estaba encauzando su futuro! Tras esa carta estaban varios años de estudios, un buen puñado de amigos a los que aún no conocía, tal vez algún enemigo, por dónde buscarse después la vida para tener un trabajo. Tras esa carta estaba el adulto que sería. Si pusiera Derecho, Informática, Económicas o Teleco acabaría convirtiéndose en otra persona. Una parecida, pero distinta.

Cogió de nuevo el móvil decidido a ser uno de los que anuncian la carrera obtenida en el grupo. Luego lo puso en su muro de Facebook y en Twitter. Una única palabra: Historia.

Fue a la nevera a calentar el trozo de lasaña que su madre le había dejado preparado.

– ¡Alucino contigo! Me tengo que enterar por Facebook de la carrera que te han dado. ¿No podías llamarme para contármelo? O al menos mandarme un mensaje –

– No es para tanto mamá. Sabía que poniéndolo ahí lo vería todo el mundo. Y haz el favor de cerrar la puerta, que me estoy vistiendo –

– Claro, y yo me voy a escandalizar de ver a mi hijo en calzoncillos. O tú de que yo te vea así –

– Hoy voy a salir, me quiero arreglar tranquilo. Voy a ir por ahí con Mal y algunos de sus amigos – soltó Martín, aunque había decidido previamente no dar ninguna información a su madre y dejarla creer que iba con los del instituto. Casi funciona. La vio entrecerrar los ojos, abrir la boca, como si fuera a preguntarle al respecto, y luego cambiar de idea.

– No me cambies de tema – dijo ella sentándose en la cama. – Solo has puesto Historia, sin más explicaciones. ¿Estás contento? ¿Te doy la enhorabuena? Si te la han dado es porque tú la pusiste, pero no sé si era tu primera opción. ¿Querías antes otra y vas a reclamar o a intentar alguna otra cosa? Sé que la Historia te gusta como asignatura, pero también sé que no lo tienes nada claro –

El chico suspiró, sabiendo que la batalla estaba perdida. Se puso la camiseta que casi había elegido cuando ella llegó y se sentó a su lado.

– Estoy contento sí. Ya me ves que no doy saltos, pero es lo que me dice el corazón que estudie. No tengo ni puta idea de si lograré ganarme la vida estudiando eso, pero tampoco sé si lo haré estudiando otra cosa –

– ¡Esa boca! –

– ¡Mamá, que no tengo doce años! –

Su madre soltó el bolso en el suelo y le dio unas palmaditas en la rodilla desnuda.

– Me alegro entonces. No le des más vueltas, que te conozco. Si cuando estés dentro descubres que no es lo tuyo o que hay algo que te gusta más, tienes margen de maniobra de sobra –

Martín sacudió la cabeza.

– No mamá. No quiero tener veintisiete años y seguir estudiando. Quiero aprender, pero también quiero trabajar pronto, tener ingresos y ser independiente. Por eso tal vez tengo esa relación de amor-odio con Historia –

– ¿Qué acabo de decirte? ¡No le des más vueltas, coño! –

– ¡Mamá, esa boca! – dijo Martín con su mejor sonrisa de Bruce Willis. Sabía que su madre no iba a poder evitar la carcajada.

– Te quiero y me gustas, pero tienes que ser más crío. Piensa en pasarlo bien y estudiar, no te compliques tanto, que tiempo tendrás de hacerlo cuando crezcas y la vida se te complique sola, No quieras correr antes de andar –

Martín se limitó a sonreír. ¿Qué se podía contestar a eso?

– Lo que me lleva a algo que habíamos dejado antes pendiente – continuó su madre – ¿Qué es eso de que sales con Mal? – inquirió suspicaz.

– No salgo con Mal – contestó el chico elevando la vista al techo de su habitación y alegrándose de nuevo de no ver a Buzz Lightyear. – Voy con ella y con sus amigos a dar una vuelta, todo seguro y tranquilo –

– Son gente de casi treinta años... –

– Ella tiene veintiséis – puntualizó él.

– Me da igual. Son bastante mayores que tú. No voy a soltarte ninguna charla, pero mira bien dónde te metes. Lo suyo es que salieras con gente de tu quinta –

– ¿Y de mi color de piel, mi religión y mis inclinaciones sexuales? – atacó él.

– ¡Vete a la porra! Ya sabes a qué me refiero – protestó su madre.

– No, no lo sé ni me interesa. Es una amiga con la que me entiendo bien y me apetece ir con ella y sus amigos. No veo el problema. Y me alucina que lo veas tú con lo moderna que se supone que eres – Martín echó un vistazo rápido al reloj del móvil – Y me tengo que terminar de arreglar en dos minutos, que he quedado con ella a en punto en el portal. Así que si no te importa... –

Allí estaba, con un vestido corto de verano, como si tal cosa, como si no fuera una chica perfecta y preciosa. Y estaba esperándole a él con una sonrisa.

Martín salvó el descansillo en dos zancadas y abrió la puerta para que ella saliera.

– ¡Vaya! Se te ve contento Mastín – dijo ella mientras salía a la calle.

- Sí, estoy contento – contestó él, sin atreverse a confesar el verdadero motivo por el que estaba exultante. En su lugar, decidió anunciar aquella otra noticia que empezaba a asimilar y convertir en una alegría sorda, como un agradable ronroneo interior.

– Me ha llegado la carta. Me han dado Historia –

– ¡Enhorabuena! – Mal le miró a su manera intensa e inteligente – Es una opción interesante. ¿Por qué Historia? –

Martín se encogió de hombros. – Me gusta. No tengo ni idea de en qué podré trabajar, pero si tengo que dedicar cuatro, cinco o seis años de mi vida a estudiar algo, decidí que fuera a algo que me gustase. Así de simple –

– Bien – se limitó a decir ella críticamente, sin dejar de mirarle. Martín aún flotaba, se sentía un gigante e incapaz de estar callado.

– Me gusta imaginar como vivía la gente en épocas pasadas. Creo que cuando nos enseñan Historia, con sus guerras, sus fechas, sus cambios de sistema de gobierno y formas de vida, se olvidan de contarnos que eran gente como nosotros. Puede que les tocase combatir y morir, tener hijos y envejecer prematuramente, pasar hambrunas y plagas, que creyeran que el sol giraba en torno a la Tierra, pero en el fondo eran igual que tú y que yo. Se enamoraban y desenamoraban, disfrutaban del primer sol de la primavera, se cabreaban como monos con sus cuñados y le hacían el cucutrás a sus bebés.

– Piensas mucho, ¿sabes? Y piensas bien – dijo ella, dándole alas. Jamás había mostrado Martín de su afición por la Historia hasta ese momento. Incluso él estaba sorprendido por la pasión con la que hablaba. Tal vez la estaba descubriendo justo en ese instante. Solo sabía que no podía parar de hablar.

– A veces me gusta imaginarme cómo sería mi vida si estuviera en otra época y en otro país, con la misma edad que tengo ahora. Seguro que tendría muchas más responsabilidades, que sería considerado como un adulto. Fantaseo con qué tendría que hacer al levantarme, que seguro que no sería rascarme la barriga sin ninguna obligación a la espera de empezar la universidad como me pasa ahora. ¿Tendría que sobrevivir en una trinchera? ¿Pescar en alta mar? ¿Rezar llevando hábitos para no morir de hambre? –

Entraron en el vagón de metro, que estaba prácticamente vacío. Se notaba el verano.

– Se me ha ocurrido un juego. ¿Te apetece intentarlo? – dijo Mal.

– Claro – contestó él, preguntándose qué tendría ella en mente.

– Uno elige un país y el otro la época histórica. Y nos inventamos cómo estaríamos tú y yo entonces –

– Vale. Elige lo que quieras –

– Me quedo con el país y elijo Francia. Dejo la elección del periodo histórico al futuro experto –

– Pues voy a lo obvio: la revolución francesa – dijo él sintiéndose obligado a jugar a ser el historiador que aún no era.

– Vale. ¿Qué serías tú y qué yo? –

– Bueno, en mi caso lo más probable es que estuviese labrando o cuidando animales. Tal vez ambas cosas. Y con muchas posibilidades de pasar hambre a rachas. Puede que incluso ya estuviese casado y tuviese algún hijo. También habría opciones de que anduviera batallando por unos o por otros. Eso, siendo un hombre de casi dieciocho años, es posible en cualquier país y casi cualquier época pasada –

– ¿Y yo? –

– Casada y con varios hijos. También campesina. Me temo que siendo mujer y con veintiséis años es la opción más probable –

– Y me temo que también en cualquier país y cualquier época. Me da que vas a tener que darle alguna vuelta a este juego para hacerlo más interesante –

- A ver... Tú eres la hija de un intelectual, un ilustrado. Te has negado a casarte y empiezan a llamarte solterona. No te preocupa, por que lo que te apasiona.... Hum. ¡Es ser naturalista! Y sientes una debilidad irrefrenable por los hombres de uniforme -

Mal estalló en carcajadas - ¡Hombres de uniforme! ¿Estás seguro? ¿Y tú que eres? -

- Está claro, un hombre con uniforme – contestó seguido de un nuevo coro de risas.

- Shhh – la hizo callar Mastín – Soy un apuesto husar inglés enviado a Francia en misión secreta. Y no vas a poder resistirte a mis pobladas patillas -

- ¿Seguro que quieres ser historiador? Me da que quieres estudiar Historia para escribir novelas románticas de época – lo interrumpió riendo de nuevo.

No tardaron en llegar a su destino. Martín siguió a Mal hasta una terraza en la que ella pronto localizó la mesa en la que estaban sentados sus amigos. Había otra chica, pelirroja y con unas tetas enormes en un escote vertiginoso. Martín procuró mirarla a los ojos mientras Mal se la presentaba. También un par de tipos, uno pequeño, con barbita y aspecto cordial, otro prematuramente calvo y de risa fácil. Irene, Mario y Fran. Se sentaron a tomar una caña y a esperar al único que faltaba charlando. El chico habló poco y observó mucho, aún inseguro en compañía de aquellos desconocidos.

Antes de ver venir a ese único colega que faltaba, vio que a Mal se le iluminaba la cara.

Era delgado, fibroso y moreno, como un ciclista; aparentaba unos treinta años. Mirándolo, Martín se sintió un crío blanco y blandito. Mal lo saludó efusivamente y les presentó: – Mastín, este es Lobo. Lobo, Mastín es un amigo de la protectora –

“¡Qué tipo de imbécil se llama lobo!”, pensó Martín al sentarse, volviendo a pisar tierra.

CAPÍTULO 33: “¡Qué tipo de imbécil se llama Lobo!”

Habían estado un rato más en la terraza, tomando otra cerveza y las tapas que la acompañaron. Desde el momento que llegó aquel tipo, Martín no solo había estado callado, sino hosco. Escuchó lo que hablaban sin meter apenas baza, pese a que Irene y Fran lo intentaron introducir en la conversación unas cuantas veces. En un momento dado Irene le hizo la pregunta fatídica sobre su futuro. En esta ocasión no la odió tanto, tal vez porque ya podía responder que iba a estudiar Historia, aunque no supiera realmente mucho más que antes sobre lo que planeaba hacer con su vida. Puede que también influyera el generoso escote rebosante de carne suave y piel lechosa que Martín se esforzaba heroicamente en no mirar.

Supo que ella trabajaba en la tienda de muebles de la familia, vendiendo lo que podía, que no era mucho, y llevando la facturación de la empresa. Para eso le había valido estudiar Economía.

– Lo de la Historia mola, pasa de momento de lo demás – había dicho el barbitas, Mario. Era primo de Mal, algo más joven que ella. Había estudiado Periodismo y estaba estirando la carrera todo lo que podía, dejándose asignaturas primero y el trabajo de fin de grado después, para poder encadenar prácticas una detrás de otra. Por lo visto era casi imposible que te contrataran en ese gremio, así que las becas servían para acumular experiencia, contactos y sacar algo de pasta si había suerte y estaban remuneradas.

No sabía qué había estudiado Fran, el calvete cachas y simpático, pero sí que trabajaba con Mal. Ya había averiguado gracias a la camada de gatos filósofos que su vecina trabajaba en una tienda y que por eso tenía turnos y horarios variables. Esa tarde había descubierto que se trataba de un céntrico establecimiento de ropa, de una de esas marcas de alcance internacional que era difícil no encontrar en cualquier centro comercial.

Lobo era obvio que se trataba del mayor de los cinco. Había llegado en una moto, una lustrosa Triumph que a Martín, desde su ignorancia en la materia, le parecía una belleza. Se había sentado junto a Mal y habían estado jugando con coñas y dobles sentidos durante todo el tiempo. Se les notaba cómodos el uno con el otro y realmente felices de verse. Martín se estaba poniendo de un humor de perros a cada broma con coqueteo camuflado que cruzaban. Incoherente, absurdo, pero inevitable como que se formaran tormentas en verano. Cuando decidieron pedir la cuenta para ir a otro sitio el chico estuvo a punto de poner su parte e irse a

casa, solo le contuvo el hecho de que Mal se descolgó junto a él del resto del grupo al ponerse en marcha.

– Has estado de lo más sieso. ¿Me vas a decir qué te pasa? –

Martín miró a la chica. No tardó ni dos segundos en decidir que lo tenía que soltar.

– ¿Qué tipo de imbécil se llama Lobo? – ladró.

– Tú te llamas Mastín – replicó ella de buen humor.

– No, perdona. Yo me llamo Martín, eres tú la que me llamas Mastín –

Mal empezó a reír sin que pareciera que tuviera intención de parar.

– ¿Qué es lo que pasa ahora? – dijo el chico.

Mal recobró la serenidad justa como para poder contestar.

– Mastín y Lobo. No había caído. Parece un mal chiste. Normal que te erizases al verle. ¡Sois enemigos desde tiempos inmemoriales! – apuntó entregándose de nuevo a la risa. Martín, pese al mosqueo, no pudo evitar que asomara un amago de sonrisa.

– Eso te convierte a ti en una oveja, ¿no? – dijo él en un tono más ligero.

– De eso nada. No te confundas. No soy una presa. Tampoco algo desvalido a lo que defender

– Mal remató la frase dándole un puñetazo suave en el brazo. – Ni tú ni él tenéis nada que hacer conmigo. En todo caso yo sería el pastor. Yo elijo. Y no quiero ni un mastín ni un lobo –

A Martín le daba la impresión de que las dos cervezas que habían tomado eran las culpables tanto de las risas de la chica como de su franqueza. Desde aquella noche que había acabado de forma vergonzante, con el rechazo de Mal tras haber perdido a Manu y haberse metido en una pelea, no habían vuelto a hablar a las claras del interés que era obvio que él tenía en ella. Había un acuerdo tácito de dejar soterrado todo aquello salvo que fuera para bromear con ello.

– Pues no era eso lo que parecía por cómo lo mirabas y las coñitas que os traíais. Se te iluminó la cara al verle – dijo Martín, sintiendo que había sonado más duro de lo que pretendía.

Mal suspiró antes de empezar a hablar – Mira, yo puedo hablar y mirar cómo me de la gana y a quién quiera sin dar explicaciones. Eso lo primero. No quiero tíos celosos a mi lado, me da igual que sean solo mis amigos –

– ¡Yo no estoy celoso! – protestó el chico, sabiendo que no podría jurar que aquello que sentía no tuviera nada que ver con el sentimiento que negaba.

– Ya, bueno... Por si acaso, que te quede claro que no me halagan los celos. Hay algunas y algunos por ahí que creen que si no hay celos no hay amor y chorradas semejantes. Incluso juegan a provocarlos para sentirse mejor. En mi opinión son unos imbéciles. Lo que me halaga es la confianza y que me den rienda suelta. ¿Eres mi amigo, no? – preguntó, pero continuó sin esperar respuesta – Pues Lobo también lo es desde hace muchos años. Le quiero mucho, aunque le vea poco. Y él a mí. Nos tiramos los trastos de coña todo el rato, pero no va a ningún sitio. Es muy buen tío, pero si nos liáramos sería un desastre y los dos lo sabemos. No aguantaríamos juntos ni tres días. Pero si mi objetivo de esta noche fuera tirármelo, tampoco tendrías derecho a estar de morros. Se detuvo un instante para observarle a su manera intensa que le hacía sentirse desnudo por dentro – ¿Y qué hago yo contándote todo esto Mastín? – concluyó confundida, con los brazos en jarras.

Martín, incapaz de contestar a eso, siguió andando y se fijó con más atención en las cuatro espaldas que iban charlando por delante de ellos. Irene iba entre Mario, el barbitas, y Fran, el simpático. El tal Lobo iba en un extremo del grupo. A aquella hora y en aquella vieja calle del centro, abundaba la gente en los veinte y en los treinta decidida a pasarlo bien. Era la primera vez que Martín iba por aquellos garitos y no estaba seguro de si encajaba del todo en ellos. Por lo que habían estado hablando se dirigían en concreto a uno que tenía buena música y no tiraba de garrafón. Sus casi dieciocho años no debían ser un problema, aparentaba al menos un par más. Por cómo caminaban los cuatro amigos de Mal le dio la impresión de que no debía estar ya lejos. El chico imaginaba que no habría mucha diferencia con los que él conocía. Beber, hablar a gritos, bailar si apetecía y se podía, ligar... Eso sí, con una media de edad superior a la que estaba acostumbrado.

– Son buenos tíos todos ellos – dijo ella a su lado – Con sus cosas, como todo el mundo. Lobo es un adicto al trabajo. Curra un montón de horas, demasiadas. Y tiene algo especial, suele gustarle a todo el mundo pese a que a ti te haya entrado torcido. De hecho tiene un éxito con las tías que no es normal, aunque no le duran, en parte por lo mucho que curra. Dale una oportunidad –

– ¿Cómo se llama de verdad? –

– Ya te lo contará él si quiere –

– ¿De dónde viene lo de Lobo? –

– Ya te lo contará él si quiere – repitió Mal.

– ¿De qué trabaja? – preguntó ya en broma, recibiendo como respuesta que la chica le sacara la lengua. No conocía a ninguna otra persona a la que le gustasen tanto los secretos.

Por delante de ellos, los cuatro colegas de Mal se habían detenido ante una puerta oscura. Los estaban esperando.

– Vamos, anda. Me apetece bailar –

Y Mastín siguió a Mal escaleras abajo, adentrándose en la oscuridad.

CAPÍTULO 34: ¿A quién le importa lo que yo haga?

Ser alto en un sitio como aquel tenía muchas ventajas. De entrada había podido conducirles, tras otear sobre el mar de cabezas, al lugar más despejado. Aunque llamar despejado a aquello era ser francamente optimista. Había abierto paso, seguido de Mal, entre cuerpos que se juntaban para poder intercambiar unas pocas palabras y que se retorcían al ritmo de la música. Antes sonaba David Ghetta, ahora era Bruno Mars el que se desgañitaba, *I'm too hot (hot damn)*. *Say my name you know who I am*. Conocía bien sus canciones, a Manu le encantaban todas y cada una de ellas y las ponía a todas horas. Había querido que la moñada de *Just the way you are* fuese su canción, Martín había tenido que insistir en que no era obligatorio para una pareja tener tal cosa como una canción y que, de tenerla, estaba convencido de que era algo que aparecía por algo, en plan revelación, no lo decidía uno así de fácil.

Costó llegar a la zona que había visto, tampoco le importaba haber tardado en alcanzarla. Notaba a Mal tras él, muy cerca, rozándole en su intento por aprovechar los huecos que él abría. Una vez allí, llevaron a cabo un despliegue táctico de tal forma que ocuparon todo el espacio posible. Lobo se apoyó contra una pared en la que había una pequeña repisa en la que dejar los vasos; las chicas y Fran bailaban.

No era sitio para charlar. De todas maneras ya lo habían hecho bastante en la terraza. [Allí](#) solo tenía sentido observar, hacerse ver, buscar y tal vez encontrar, exhibirse, beber, dejarse llevar por la música.

– ¡¿Qué quieres?! – bramó Mario a pocos centímetros de su oreja. [Ahora](#) sonaba Shakira a todo trapo. Mal no lo hacía mal imitando a la colombiana a golpes de cadera dentro de su vestido veraniego. Martín procuró no mirarla demasiado, tampoco al escote blanco y bamboleante de Irene.

– ¡No sé, voy contigo! – dijo el chico preguntándose cuanto costaría allí una copa mientras se abría camino de nuevo hasta la barra.

– ¡Venga! Atrévete con un Gin Tonic! – había dicho Mario cuando vio que pedía únicamente una cerveza. Y al final se había atrevido con dos. Ya no podría volver a salir en todo el mes. Vale que con diecisiete años no debía consumir bebidas alcohólicas y mucho menos debían vendérselas, pero no aparentaba ni mucho menos los diecisiete años que tenía y le quedaba muy poco para tener los malditos dieciocho que abrían la puerta de casi todo.

No estaba mal aquello. Ya había probado el ron, el whisky y el vodka, pero no la ginebra con tónica. Al principio le había resultado demasiado amarga, pero era refrescante y allí hacía calor y tenía la boca seca. Había insistido, pese al amargor de los primeros tragos y aferrándose a su frescura, recordando que su padre bebía precisamente aquello, que siempre le había parecido una bebida para adultos. Había pedido el segundo olvidando que la última vez que se había emborrachado la noche no podía haber acabado peor y se había jurado no volver a exponerse a perder los papeles. ¿Qué podías hacer en un sitio como ese salvo bailar, tener un vaso en la mano o ambas cosas a la vez?

Mal había intentado animarle a bailar, moviéndose justo ante él. No lo había conseguido. Uno de los inconvenientes de ser demasiado grande era sentirse el centro de las miradas sabiéndose algo torpe, al menos así era en su caso. La chica sí que había tenido suerte con Lobo, que se movía lo justo y con mucha dignidad.

Observar, hacerse ver. Buscar. Puede que encontrar. Exhibirse. Dejarse llevar por la música. Beber.

Mal se dejaba llevar por la música. Su amiga se exhibía. Fran buscaba. Mario bebía. Lobo observaba. Cuando encontró los ojos de Martín se limitó a sonreír. Una sonrisa inteligente. “Tú también eres de los que observan”, parecía decir “mírame si quieres, mírala. Sé lo que piensas”. El chico bajó la vista, confuso, para luego fijarla en el breve infinito formado por gente sudando y desgañitándose con el himno de Alaska que comenzaba a sonar.

¿A quién le importa lo que yo haga?

Eso. ¿A quién le importa?

Martín comenzó a cantar a voz en grito aquella canción, vieja ya cuando él nació. Y ya no paró de cantar y de bailar. Daba igual su tamaño, su vergüenza, su edad, su futuro incierto, la hora que era, con quién estuviera o quién le estuviera observando.

Se dejó llevar por la música. Ligero, incandescente, feliz como la canción de Farrell Williams que también pusieron, sin noción del tiempo en aquel sótano sin cobertura. Mal bailaba a su lado, con él, con el resto.

No sabía qué hora era, ni le importaba, cuando Mal le dio unos golpecitos en el hombro para que se agachara y pudiera oírla.

– ¡Creo que ya va siendo hora de que te devuelva a casa! – gritó poniendo el móvil ante sus ojos. Eran las cuatro de la mañana. Martín no quería dejar aquel lugar en el que no había que preocuparse más que de qué canción sonaría después, pero siguió obedientemente a Mal, que ya se había despedido del resto sacudiendo la mano. Ahora era ella la que habría camino, despeinada, sin apenas maquillaje, más preciosa que nunca.

Un escalón, luego otro. Mal subía justo delante de él, había gente a un lado y a otro de la escalera. El vestido era corto y con cierto vuelo, permitía intuir allí donde los muslos se rozaban. Sin ser consciente de lo que hacía, sin haber tomado la decisión de hacerlo, Martín alargó una mano y apenas rozó con las yemas de los dedos aquella carne dorada en la penumbra, hizo un arabesco casi imperceptible y notó estremecerse a Mal, que siguió subiendo sin decir nada. Ascendían tan cerca que podía oler su pelo, que nadie podía ver nada. Tampoco hubiera importado en aquel lugar. El chico se atrevió a intensificar el roce, deleitándose con el calor que irradiaba la piel en las puntas de sus dedos, un calor que parecía electricidad. Mal se detuvo un instante a un lado, sin volverse, sin moverse. Martín continuó con su caricia y escuchó un suspiro, casi imperceptible. Oírla fue como una descarga de alto voltaje, tuvo que contenerse para no lanzarse sobre ella, para seguir recreándose con aquella sensación mágica. Con el segundo suspiro no pudo evitar apoyar toda la mano, suave, temiendo asustarla y que se fuera si se movía demasiado deprisa, con demasiada fuerza. Se fijó en su otra mano sobre la cintura de la chica. Nada decía al verla que era la mano de un muchacho y no la de un hombre. No parecía haber nada insalvable, ya fuera una diferencia de edad o distintos miedos, sintiendo como su mano descubría los primeros acordes de la música que podrían crear juntos. En ese momento una pareja bajó tambaleándose a su lado, chocando con ellos. Mal reanudó la ascensión y alcanzó la calle, libre del roce de Martín. Habían sido unos pocos segundos, que ahora en la calle oscura, en esa acera llena de fumadores, parecía haber soñado. Mal lo miró muy seria, de una forma que Martín no pudo interpretar. Y supo que iba a hablar, que iba a decir su nombre, pero el móvil que ella aún tenía en la mano había recuperado la cobertura y empezó a sonar con multitud de mensajes, deshaciendo lo que fuera que se había urdido. Cuando levantó la vista del aparato para mirarlo de nuevo, la expresión era otra muy diferente. Miedo, preocupación, rabia.

El sueño había terminado. Ya estaban de nuevo despiertos, en un mundo en el que sí que importa lo que uno haga, lo que uno diga.

– Espera aquí un momento. Voy abajo a por Lobo. Han entrado unos gamberros en la protectora –

CAPÍTULO 35: Confesiones

– No jodas más y dame las llaves – insistió Irene con una mano en la cintura y la otra extendida.

– Estoy bien, de verdad – aseguró Fran sin hacer el menor amago de entregar nada a nadie.

– ¡Mira que eres coñazo! Irene no ha bebido nada y conduce de puta madre, no le va a hacer nada a tu flamante coche nuevo – dijo Mario arrebatándole las llaves de la mano, accionando el cierre centralizado del Yaris plateado y empujando a su amigo al interior – Anda, siéntate detrás conmigo que sufrirás menos. En días como hoy hay mucho control de alcoholemia, aunque estés bien, conduciendo Irene te ahorras la multa –

Irene recogió las llaves y se dirigió al asiento del conductor, Martín se sentó a su lado, percatándose al hacerlo de que de perfil el escote se abría aún más y mirándose a continuación los dedos. Ninguno de los amigos de Mal había estado jamás en la perrera y no tenían ni idea de cómo llegar, a él le tocaba guiarles. Ella se había ido con Lobo en la moto hacía ya un rato. La Triumph estaba aparcada cerca del primer garito en el que habían estado, y ellos habían tenido que andar unos diez minutos hasta llegar al coche de Fran. El chico agradecía que se hubieran prestado a llevarle a la protectora. De no haber sido así tendría que haberse buscado la vida para volver a casa en transporte público, pillar la bicicleta e ir a oscuras. Tenía clarísimo que no iba a quedarse en casa a esperar a que le contaran lo que había pasado. No quería que acabara la noche. No quería no estar ahí en lo que fuera que hubiera pasado. No quería que aquel motero silencioso estuviera allí con ella y él no.

Procuró no pensar en lo que encontraría en la protectora o en la imagen de Mal agarrada a Lobo sobre la moto y se fijó en cómo la conductora maniobraba por aquellas calles estrechas. También daba gracias porque Irene no bebiera, “estoy a dieta y beber alcohol es como beber chupitos de aceite” le había dicho. Si Fran, con sus dos cervezas y sus dos copas se hubiera puesto al volante, se habría encontrado ante la encrucijada de entrar en el coche contraviniendo directamente la orden expresa de su madre de no subir en ningún vehículo que condujera alguien que había bebido, u obedecer y tener que buscarse la vida para llegar a la protectora de madrugada jugándose también el culo en una carretera oscura sobre una bicicleta sin luces ni apenas reflectantes.

– Hasta la Nacional sé llegar, luego tendrás que guiarme – dijo Irene al tiempo que detenía el coche ante un semáforo en rojo. Por delante cruzaba un grupo de mujeres celebrando una despedida de soltera, todas con gorros de bruja, collares con pequeños penes brillantes y con una de ellas disfrazada de la cabeza a los pies.

– Gracias por llevarme, de verdad – repitió Martín.

– Ni te preocupes. Nunca había acabado una juerga entre perros. Puede ser memorable – apuntó Mario entre risas. También estaba bastante achispado. “Ojalá no sea memorable”, deseó Martín. Mal no había dado explicaciones, pero parecía muy preocupada. Lo de unos gamberros colándose en el recinto de noche no sonaba nada bien.

– No lo revoluciones tanto, que la gasolina la pago yo. ¿Te crees un piloto de rally? –

Irene suspiró elevando los ojos al cielo. – ¡Mira que eres coñazo! ¡Y me quejaba yo de conducir junto a mi padre! –

– Anda, pon música que me duermo – pidió Mario.

Martín accionó el reproductor del coche y comenzó a sonar Ramstein a todo volumen. Irene lo apagó al instante. El chico lo agradeció. No le disgustaban, pero no le apetecía nada ese tipo de música en aquellas circunstancias.

– ¡Vaya mierda! ¿No tienes otra cosa? – preguntó Irene sin paños calientes.

– Sí, todo lo que tengo en el móvil. Pero me queda poca batería y prefiero reservarla ya que estamos de aventura –

– Pon la radio – sugirió Mario.

– ¡Bah! A esta hora un fin de semana la radio también es un asco –

El interior del pequeño Toyota volvió a quedar en silencio. Martín miró por la ventanilla. La ciudad se transformaba a toda velocidad ante sus ojos. Las calles estrechas y llenas de historias daban paso a las avenidas amplias y nobles, pronto llegarían edificios anodinos levantados medio siglo atrás, semejantes al suyo. Estaba iluminada y llena de vida, con un buen porcentaje de turistas disfrutando por fin de una temperatura agradable y de aquel bullicio nocturno del que carecían en sus lugares de origen.

– Ya deben estar llegando, ventajas de la moto – comentó Irene.

Era inevitable. Martín vio de nuevo a Mal poniéndose el casco ‘de invitados’ que Lobo llevaba guardado y encaramándose a la moto, con las piernas desnudas que él había estado acariciando en torno a aquel tipo que hablaba poco y miraba tanto. Aún sentía su piel hormiguar en la yema de sus dedos. Se había alejado abrazándole a la cintura forrada de cuero y dejando a Martín confundido, dudando si lo ocurrido en la escalera había sido un sueño, preguntándose porqué ella no lo había detenido, cómo era posible que él se hubiera atrevido a hacerlo y temiendo lo que hubiera podido pasarles a aquellos animales que tan bien conocía.

– Dame conversación anda, que yo tampoco quiero dormirme – dijo ella.

– Vale, pero no se me ocurre de qué hablar – contestó el chico encogiéndose de hombros.

– Es fácil. Por ejemplo: Mal es guay, ¿verdad? – comentó más que preguntó Irene en voz queda y traviesa. Martín se limitó a asentir. Mario parecía estar dormido, apoyado en el cristal; Fran miraba concentrado su móvil y tecleaba, pese a la escasez de batería.

– La conozco desde hace muchos años, desde Secundaria – añadió ella.

– Yo desde hace unos meses, desde que este invierno se mudó a mi bloque –

– Ya, cuando rompió con Guille –

Irene tenía de repente toda la atención del muchacho.

– ¿Quién era Guille? –

– ¿No te ha hablado de él? – dijo extrañada – Bueno, también lo entiendo. Aunque a mí me cueste aún no pensar en ambos como pareja, es lógico que con la gente nueva pase de recordar todo aquello –

– ¿Qué les pasó? – planteó preguntándose si ese tal Guille sería aquel tipo al que ella confesó una vez que había roto.

Irene rió suavemente – Mira tú, ahí donde te ves, tan alto, tan majete y tan jovencito... y resulta que eres una portera. Pues pasaron cosas desagradables, como sucede con frecuencia cuando dos personas que se querían mucho acaban separándose –

La chica le dedicó una ojeada rápida cargada de intención.

– Sí, ya veo que Mal te parece guay –

– Mal es solo una amiga – puntualizó con poco éxito el chico. Podría haber callado ahí, pero fue incapaz. Era extraño, tal vez fueran los gin-tonics, tal vez el hecho de que estar rodando en silencio y rodeados de oscuridad animaba a convertir el coche en un confesionario, puede que sencillamente Martín necesitara ordenar lo que sentía hablando, contárselo por primera vez a alguien, y nadie mejor que una desconocida que poco le importaría cómo le juzgase y que conocía a Mal. – Ojalá pudiera plantearme que fuera algo más que eso, pero tiene veintiséis años y yo aún no he cumplido los dieciocho. Si no fuera así sí que estaría intentando que saliésemos juntos, pero es ridículo sólo pensarlo. A veces creo que no, que no lo es, que yo también le gusto y ella también está tentada de mandarlo todo al carajo, que sí que debería intentarlo. Pero no... es una estupidez, me ha dejado bien claro en varias ocasiones que no hay nada que hacer. – Fran y Mario iban a lo suyo y decidió continuar - Estoy hecho un puto lío. Me alegra la vida solo el hecho de verla, pero desde que aclaramos un cabreo que tuvimos y pasamos a entendernos bastante bien, no soy capaz de que me interesen otras tías de mi edad –

Irene meditó un poco antes de contestar, sin apartar la vista de la carretera por la que circulaban pocos vehículos y algunos de ellos demasiado deprisa.

– Puede que si pasara algo fuera una estupidez, no te digo que no. A la mayoría de las tías que conozco no nos gusta imaginarnos de asaltacunas, al menos a nuestra edad. Con cuarenta años aún no lo sé. Lo que mola en todo caso es que te gusten los de treintaymuchos o cuarenta. Pero estupidez o no, yo también creo que le gustas. Lo que pasa es que ahí donde la ves, tan segura de sí misma, de abogada de causas pobres e independiente, en realidad se come demasiado la cabeza y se piensa cien veces cada paso que da. Por cierto, que es una estupidez que han cometido muchos antes que tú, no hace mucho leí que un tipo había puesto un detective a una mujer de treinta y bastantes, resulta que le ponía los cuernos al marido con el hijo de diecisiete años del detective. El mundo es un pañuelo – terminó sonriendo, tal vez para quitar hierro a todo aquello.

– ¿Cómo acabó la historia? –

– Pues a ella la condenaron a un mes de cárcel y a no se qué más –

– ¡Menudo ejemplo me pones! – dijo Martín conteniendo una carcajada.

– ¡Bah! Eso en España no debe ser ilegal. No somos tan puritanos como los yanquis. Y de todas formas, ¿cuándo cumples años? –

– Soy de agosto. El mes que viene, a finales –

– Pues ya está, esperas a los dieciocho y listo –

– ¿Me estás animando a intentarlo con ella? Porque es lo que parece – repuso Martín divertido.

– Tú verás. No soy yo de dar consejos, pero sí que te digo que a mí lo que me acojonaría de liarme con uno de dieciocho es que no fuera solo un lío –

– Explícate –

– Creo que está claro. Lo que me acojonaría es que el chavalín se enamorase de mí, que se quedase colgado. O yo de él. Si solo fuera algo divertido para ambos, sería otro cantar –

Martín se quedó pensando en lo que Irene acababa de decir. A él no era algo que le acojonase, ni siquiera lo había pensado, pero entendía que para Mal pudiera serlo. Sí que sería más fácil si fuera intrascendente, pero no estaba seguro de ser capaz de hacer que no trascendiera.

Por estar rumiando todo aquello, casi se pasa avisar de la salida.

– ¡Por allí! Y luego la segunda salida de la rotonda –

Según se acercaban a la perrera, menos peso tenía Mal y más lo que pudiera haber pasado. Nada más pasar la glorieta pudo ver un coche de la policía municipal aparcado junto a la Triumph. La puerta de acceso estaba abierta de par en par. Se quitó el cinturón de seguridad y saltó del coche en el mismo instante que Irene frenaba, recordando a aquel cabrón que había tirado los gatos por encima de la valla y temiendo lo que podría encontrarse.

Respiró hondo y entró a paso vivo por la puerta.

CAPÍTULO 36: Cinco perros que no eran de nadie y que nadie quería

En aquel saloncito no podía entrar más gente. Miguel y Violeta estaban sentados en el pequeño sofá; encaramada en el brazo, a su lado, estaba Alicia; Mal se había sentado en el suelo frente a ellos; Mario y Fran ocupaban las dos únicas sillas y Lobo e Irene se apoyaban en un mueble que contenía unos cuantos libros y la escasa vajilla de aquel peculiar hogar.

Podría haber sido peor. Eso había dicho Mal. Menos mal que estaba Miguel [allí](#) durmiendo. Menos mal que los perros se habían puesto a ladrar y le habían despertado. No habían sido unos gamberros, tampoco unos borrachos en busca de diversión a costa de lo que se les cruzara por delante. Los que habían acudido sabían lo que se hacían. Habían aparcado una furgoneta al lado de la protectora y accedido por la parte más alejada de la casa en la que vivía Miguel, saltando del techo del vehículo a los tejados de las casetas. Habían ido derechos a por los pitbulls. Cinco se habían llevado a toda velocidad, rompiendo las cerraduras con cizallas, dejándolos caer desde lo alto del murete al suelo, metiéndolos en la trasera de la furgoneta y saliendo por patas en cuanto vieron que se encendía luz en la casa.

– Tenía que haber ido a oscuras, así hubiera pillado a esos hijos de puta – repetía Miguel sacudiendo la cabeza, con un acento eslavo más acusado de lo normal, sobre todo cuando profería insultos.

– Si hubieras ido a oscuras y te los hubieras encontrado de frente, tal vez tendríamos algo peor que lamentar – dijo Alicia, que también había acudido a la llamada del guardés. Violeta, siempre silenciosa, se limitaba a asentir mirando a su marido.

– Tengo que poner alambre de espino sobre el muro. O unos cristales rotos, que será más barato – dijo Miguel – No puede volver a pasar –

– No le des más vueltas. Gracias a ti no se han llevado más perros y no ha habido destrozos ni gamberradas. Ahora hay que dejar trabajar a la Policía – apuntó Mal con la fe justa– Deberíais acostaros e intentar dormir algo. Y nosotros también tendríamos que irnos. [Aquí](#) ya no podemos hacer nada más –

Pero nadie hizo amago de moverse. Aquello parecía un velatorio. De la ira se había pasado a la impotencia, y con ella había llegado el desánimo.

Allí dentro hacía un calor infernal. Martín salió de la habitación atestada. Resultaba curioso como aquel lugar conocido parecía otro distinto en plena noche. Las puertas de la perrera seguían abiertas y él estaba agotado, física y mentalmente. ¿Por qué tanto y tan distinto en una noche? Otra vez sentía que unas pocas horas contenían una vida entera. Se sentó en aquella tierra seca, con la espalda apoyada en el muro. Sacó el móvil y mandó un mensaje a su madre avisando que volvería pronto; las flechas azules no tardaron en aparecer. Cuando había hablado con ella contándole lo que había pasado, había insistido en que durmiera, que estaba bien, que no pasaba nada; pero sabía que era inútil y que ella esperaría despierta hasta que llegase, aunque no saliera de su cuarto y se conformase con oír las vueltas de llave en la puerta de casa. Martín guardó de nuevo el móvil y miró al frente. El firmamento allí nunca era negro del todo, apenas había estrellas. Desde allí podía ver parte de la silueta de la gran ciudad de la que habían venido, la culpable de tener sobre ellos ese cielo gris y enfermo, tan gris y enfermo como se sentía él en aquel momento. Ascuas de una rabia que se había agotado pronto.

La Policía se había ido al poco de llegar Martín, y al chico le daba la impresión de que poco iban a poder hacer. Cinco perros robados. Cinco perros que no eran de nadie, que nadie quería, que casi con toda seguridad serían usados para peleas. A Martín seguía sin entrarle en la cabeza que hubiera hombres que disfrutaran viendo como dos perros se destrozaban, que apostaran sobre la sangre de los animales. Era incapaz de comprenderlo, pero era incapaz de no creerlo. Durante aquellos meses había visto con sus propios ojos demasiados perros procedentes de ese mundo, animales con las orejas casi cortadas al ras a tijeretazos, con marcas de mordiscos, con el cuello en carne viva. Algunos realmente complicados de manejar, incapaces de relacionarse con otros perros, pero la mayoría sorprendentemente nobles. Los cinco perros que se habían llevado eran así, sociables y dóciles. Los recordaba bien, había dos hembras de color canela que habían aparecido vagando juntas por la carretera, un stanford procedente de un decomiso, otro casi cachorro que era cruce con algo de caza y que había nacido en la protectora y uno blanco y negro, como Logan. Pitbulls, cruces de pitbulls y de otras razas de presa. Perros como cualquier otro con la maldición de una mordida poderosa y un aspecto imponente. Aunque no solo esos les servían a los hijos de puta que los querían para pelear. Le habían contado que también usaban perros grandes de cualquier raza, incluso pequeños como entrenamiento de los futuros campeones. Aún peor, por lo visto en otras regiones había una modalidad de peleas en la que apostaban a ver cuántas ratas mataba un perro pequeño. Le

habían contado también que no era la primera vez que robaban animales. Antes de que Miguel y Violeta fueran a vivir allí, y precisamente por eso lo hicieron, habían entrado una noche y se habían llevado todos los galgos que tenían, las pocas cosas medio útiles que había en la oficina y habían metido tres perros en las gateras solo por divertirse; ningún gato había resultado herido, pero uno de los perros se llevó un buen arañazo en un ojo y el hocico. Le habían contado que casi todas las perreras y protectoras habían sufrido robos, intentos de robo e incursiones de gamberros, en algunos casos dignas de una película de terror. Hacía unos seis años, unos monstruos habían entrado en una protectora valenciana y habían torturado y violado a una pobre mastina, la habían dejado allí, destrozada y moribunda para que los voluntarios se encontraran con el horror a la mañana siguiente. ¡La habían violado! Tampoco eso le cabía en la cabeza, pero también eso lo creía. Regina se llamaba aquella pobre perra le había dicho Alicia.

– Adiós –

Martín se incorporó sobresaltado.

– Adiós – respondió sin pensar.

Lobo lo miró con una sonrisa imperceptible, de nuevo con ese aire de “sé lo que estás pensando”. Luego se cerró la chaqueta, se puso el casco, arrancó aquella moto que parecía sacada de *Sons of Anarchy* y desapareció por el camino que conectaba la perrera con la Nacional. Martín se lo quedó mirando como si fuera la versión de extrarradio del final de una vieja película de vaqueros, en el que el protagonista se perdía cabalgando y levantando polvo por el horizonte. Se lo quedó mirando como un gilipollas, decidió el chico sacudiendo la cabeza y buscando cualquier otra cosa en la que centrar su atención.

– Nosotros también nos vamos – dijo Irene poniéndole la mano en el brazo – Creo que Alicia se encarga de llevaros a ti y a Mal a casa-

– Ha sido un placer conocerte. Y también ha sido una noche de sábado rara de cojones – dijo Mario.

Martín se despidió de todos ellos. También lo hicieron Mal y Alicia, que habían dejado al matrimonio de guardeses recobrando la calma y el sueño perdidos. Mal cerró las puertas mientras Alicia maniobraba con su coche para enfilarse en la carretera.

El breve camino a casa transcurrió en silencio, no había mucho más que decir, estaban cansados y la madrugada invitaba a la introspección. Alicia paró al pie del portal. Recorrieron los cinco metros que los separaban sin hablar. Martín abrió la puerta y dejó que Mal pasara, y ella pasó, muy cerca, con su vestido corto y el maquillaje borrado. El portal estaba agradablemente fresco, una suerte de panteón de mármol que velaba el sueño de todos sus vecinos. Mal se dirigió a las escaleras sin encender la luz y Martín la siguió sin ver apenas nada. No eran como aquellas otras escaleras, pero ella sí era la misma y el chico no pudo evitar recordar la sensación de su piel en la punta de sus dedos apenas un par de horas antes, el sonido de aquel suspiro que no sabía si había oído o querido oír. Mal se detuvo frente a su puerta, al otro lado ya se sentía a Trancos esperando. La chica se giró para despedirse y Martín no lo pensó. Por segunda vez, casi en el mismo sitio que la primera, la besó. Un beso temeroso al rechazo, a no encontrar respuesta. No fue así en esta ocasión. Ella respondió primero con sus labios, luego con su cuerpo, apretándolo contra el suyo. ¡Era tan pequeña! ¡Parecía tan frágil entre sus brazos! Pero no lo era. En aquellos instantes podría haber logrado que él hiciese lo que fuera. Martín se atrevió a enredar las manos en su pelo, sintiendo las de ella aferrando sus brazos. Y allí estuvieron, besándose, perdidos el uno en el otro contra la puerta tras la que el galgo se había tumbado, sin importar el cansancio, los años que tuvieran o les faltaran, la rabia y la impotencia de momentos antes.

Pararon y Martín vio que ella mantenía los ojos cerrados.

– ¿Por qué no abres los ojos? – susurró en la quietud del descansillo.

– No tienes la voz de un niño, ni el tamaño de un niño, ni las manos de un niño – dijo ella buscando sus manos –

- Bueno, no soy un niño. Y estoy loco por ti – dijo él sobre su pelo.

Transcurrieron unos pocos segundos que parecieron eternos.

– Me costó mucho no responder a aquel primer beso, no creas que no. Tuve que luchar contra mi misma para no reaccionar – confesó ella abriendo al fin los ojos para mirarle.

– Ahora no tienes que hacerlo – dijo él besándola de nuevo.

CAPÍTULO 37: Con los ojos cerrados

Mal siempre cerraba los ojos cuando él la tocaba, cuando la besaba. No debería darle importancia, pese a su limitada experiencia sabía que muchas chicas lo hacían. No, no debería darle importancia, pero en ocasiones no podía evitar pensar que, cuando bajaba los párpados, ella estaba imaginando a otro que no era él, a un tipo con su misma altura, con idéntico color de piel, con su olor y su voz, pero con diez años más. Una versión adulta, con casa y trabajo. Un hombre diferente. Tal vez sencillamente un hombre, porque él aún no lo era del todo.

¿Cuándo se convierte un chico en un hombre? ¿Cuándo se deja toda la niñez atrás? ¿Cómo se sabe? Había leído unos cuantos libros en los que el protagonista era un adolescente, puede que incluso menor que él, que tras pasarlas putas de diferentes maneras acababa el libro hecho un hombre. Pero tenía la seguridad de que en la vida real no era así de sencillo. Puede que en realidad eso nunca sucediera del todo, que por dentro siempre fueras el mismo chico pero con más experiencia, más responsabilidades y más arrugas. También puede que esas experiencias, esas responsabilidades y esas arrugas te convirtieran en otra persona; que el Martín de casi treinta años no guardara más que un recuerdo vago del de diecisiete. No tenía ni idea, pero sí que sabía que no le gustaba nada pensar que Mal preferiría esa otra versión de sí mismo mientras exploraba su cuello o sus labios, así que procuraba apartarlo todo a un pequeño rincón recóndito de su interior y concentrarse en disfrutar de las sensaciones que le producía tenerla al fin bajo sus caricias.

Tampoco es que abundaran los momentos en los que podían entregarse el uno al otro. En la protectora, por la calle, incluso en el portal en el que ya se habían estado besando largo rato aquella madrugada, fingían que nada había pasado. Era desesperante lo fácil que a ella le resultaba tratarle como siempre, bromear manteniendo las distancias. A Martín en cambio le costaba no bajar la guardia y ya se había descubierto en varias ocasiones mirándola embobado, acercándose demasiado o a punto de tocarla. En dos semanas apenas habían tenido alguna ocasión de ponerse las manos encima en el coche de ella o en su casa. Por eso se lanzaban como lobos uno contra el otro en esos escasos momentos, pero ella cerraba los ojos y luego lo frenaba. “No, aún no. Para”. Y Martín paraba, aunque con Manu hubiera llegado más lejos, aunque supiera que ella había llegado con otros mucho más lejos aún, aunque subir luego las escaleras hasta su piso fuera una tortura y tuviera que encerrarse en el baño. Entonces era él el que cerraba los ojos y pensaba en ella, en una versión de ella más joven y menos preocupada por lo que dirían otros o por lo que debía o no hacer con un chico tan

joven. Porque no lo habían hablado, pero Martín sabía bien que esos “no, aún no”, esos “para”, no hubieran existido si él no tuviera sus ridículos diecisiete años.

No era el único problema. Martín tenía todo el tiempo del mundo, y quería estar con Mal tanto como pudiera, que era mucho. Aunque fuera fingiendo que no pasaba nada. Ella, en cambio, seguía teniendo un trabajo al que atender, además de amigos, familia, compras y sus obligaciones en la protectora. Y, lo que le costaba aún más entender a Martín, quería estar a ratos tranquila y sola en su casa, leyendo o viendo la tele.

– Me gustas mucho Martín, más de lo que sería razonable, pero no podemos estar juntos a todas horas– había dicho ella una vez que él había protestado.

– No quiero que estemos juntos a todas horas, es que estamos muy poco tiempo. Quiero estar contigo. Estoy en casa sin nada que hacer en todo el día – se había justificado él.

– Pues búscate cosas que hacer. Hay gente que mataría por tener esas horas libres. Yo misma, sin ir más lejos. Tú, dentro de unos años, no entenderás como podías malgastar así el tiempo. Lee, estudia idiomas, sal por ahí con Logan, ve a echar una mano a Miguel, queda con tus amigos, haz deporte... ¡Qué sé yo! Hay mil cosas –

– Ya sé que hay mil cosas que se pueden hacer, es que no entiendo que no aprovechemos los ratos que podemos estar juntos – había objetado.

– Sé que cuesta, pero tienes que tomártelo con calma – replicó ella sacudiendo la cabeza mientras jugueteaba con la funda que cubría su viejo sofá. Y Martín había visto la duda bailar en sus dedos, en el vaivén de su rostro, y el miedo a lo que podría pasar si forzaba la mano lo había hecho callar y no insistir más.

Era poco, sabía a poco; pero poco con ella era mejor que nada.

Lo de guardar el secreto no le jodía tanto como el notar que ella dosificaba aún más sus encuentros desde aquella charla. Dudaba mucho que ella se lo hubiera confesado a alguien, y solo había una persona a la que él se lo hubiera contado.

– Joder tío, si me molaran las tías serías mi héroe. ¡Una de veintiséis! – había dicho Juan deteniendo el partido en la Play.

– Sí, menudo héroe. A escondidas, a cuentagotas y a pedales –

– Da igual. Sigue siendo una de veintiséis. Y no es ningún orco –

Martín le había lanzado el cojín sobre el que estaba sentado a la cara antes de replicar.

– ¡Un orco! Está muy buena y lo sabes, por mucho que pases de las tías –

– Vale, es mona. Pero que conste que el que está más bueno de los dos eres...- había querido contestar antes de interrumpirse entre risas para frenar el aterrizaje de otro cojín.

Juan era un buen tío. Alguien de quien te podías fiar y con un sentido del humor muy de agradecer. Él tampoco estaba precisamente muy ocupado esos días previos a irse con sus padres a la playa y comenzar la universidad, así que Martín había cogido la costumbre de coger al viejo pitbull e ir dando un paseo hasta su casa para atrincherarse con él frente a la consola y bajo el aire acondicionado mientras sus padres trabajaban.

Resultaba curioso pensar en cómo apenas estaba viendo a los que pocos meses antes habría considerado sus mejores amigos del instituto y, en cambio, buscaba la compañía del que había sido el paria oficial de la clase, al que había estado ignorando cordialmente tanto tiempo.

Durante una de esas mañanas le había explicado su teoría sobre los cumpleaños.

– En realidad ya tengo dieciocho años, ¿sabes? –

– ¿Pero no habíamos quedado en que los cumplías el mes que viene, en agosto? – dijo Juan llenando dos vasos de hielo y coca cola zero.

– Sí, pero lo he estado pensando y creo que la mayoría estamos equivocados con esto de cumplir años. Mira, cuando eres un bebé y cumples tu primer año, en realidad lo que estás haciendo es terminar tu primer año y empezar a vivir el segundo. Vivirás tu segunda Navidad, tu segundo verano, hasta que cumplas dos y comenzarás a vivir el tercer año –

– Hum. Vale, sí. Pero no tienes dieciocho años –

– Tengo diecisiete terminados. He vivido diecisiete años enteros y estoy en mi dieciocho –

Juan le tendió un vaso y fueron hacia el salón seguidos del perro, que ya tenía elegido su rincón para dormir en aquella casa desde la primera visita.

– Pero no tienes dieciocho por que para tenerlos tendrías que haber vivido ese año entero – caviló Juan

– Vale, no los tengo, pero estoy en ellos, en los dieciocho. Cuando los cumpla en tres semanas tendré los dieciocho enteros y estaré empezando mi año diecinueve de vida. Seré casi un veinteañero – sentenció Martín con un entusiasmo excesivo.

– Así que pasamos de golpe de tener diecisiete a tener diecinueve. Me da que eso no funciona así, colega, por mucho que quieras acortar distancias con esa chica – rió Juan.

– No paso de tener diecisiete a tener diecinueve. Son matemáticas puras. Y también lengua. Fíjate que decimos que cumplimos años y cumplir significa terminar, como cuando cumples un contrato o una promesa. Cumples dieciocho, así que terminas los dieciocho y empiezas los diecinueve.

– Me estás poniendo la cabeza como un bombo. Anda, coge el mando y escúchame bien: no se te ocurra soltarle todo este rollo a ella – dijo su amigo dejando el vaso en el suelo y encendiendo la consola.

CAPÍTULO 38: No me pienso ir

El agua parecía evaporarse con aquel calor. Había llenado los bebederos nada más llegar y tendría que hacerlo de nuevo antes de irse. El final de julio estaba siendo abrasador. Logan se pasaba el día dormitando en casa y la mayoría de los perros de la protectora jadeaban a la sombra con pocas ganas de jugar y saltar. Con agosto a la vuelta de la esquina faltaban las manos de los voluntarios que ya estaban de vacaciones, apenas pasaban potenciales adoptantes y muchas casas de acogida habían devuelto a los perros y gatos que albergaban. Eran malas fechas, aunque Martín estaba empezando a sospechar que nunca serían buenas, ya fuera por un motivo o por otro.

Iba camino de la manguera cuando la vio organizando los medicamentos que tenía que repartir entre los ocupantes de distintos cheniles. El chico miró a un lado y a otro. No parecía haber nadie cerca y se atrevió a plantarse de cuatro zancadas a su espalda, demasiado cerca, casi rozándola.

– ¡¿Qué haces?! – susurró alarmada ella, apartándose a un lado.

– Ver lo bien que escondes las pastillas en los trozos de salchicha – contestó Martín manteniéndose a distancia. Aún tenía presente el olor de Mal mientras hablaba, un olor cálido y perfectamente reconocible. El chico agradecía que ella apenas usara colonia. No tenía un olfato especialmente bueno, pero desde muy pequeño era muy sensible al distinto olor que tenían las personas. Algunos le atraían y otros le provocaban rechazo de una manera muy animal, carente de todo razonamiento lógico.

– Esta tarde estará mi madre en casa, pero puedo bajar a echarte una mano con los michis – dijo Martín sabiendo bien que los gatitos filósofos no eran ni mucho menos los únicos a los que deseaba poner las manos encima.

– Yo tampoco estaré, tengo guardia en la tienda. Hay dos compañeras de vacaciones y otra se ha puesto enferma – dijo Mal sin dejar de rellenar salchichas, sin apenas mirarle.

Martín volvió a acercarse, se puso justo a su lado, como si fuera a ayudarla con las salchichas, pero lo que hizo fue colocar su mano sobre la de ella y acariciarla con delicadeza, por la cara interior de la muñeca, alrededor del pulgar... Mal no se movía, incapaz apenas de respirar, hasta que Martín percibió un ligero temblor bajo las yemas de los dedos.

– Está bien, está bien – dijo retirando la mano – Te mandaré un whatsapp cuando llegue a casa, no será antes de las diez y media de la noche. Podemos dar un paseo con los perros –

Logan tenía la paciencia de un santo. No era nada que el chico no supiera desde hacía años, pero las exploraciones de los gatitos eran otra buena muestra. El pobre pitbull, cada vez más canoso y fatigado, se tumbaba y se dejaba trepar, acechar y atacar sin hacer el menor caso a la horda de pequeños felinos. Viendo a Platón lanzarse como un tigre en miniatura contra la cola del perrazo, a Hipatia enroscarse a dormir justo entre sus patas y a Sócrates amasar entre ronroneos la enorme oreja negra, Martín no podía evitar recordar los millones de visitas que tenían los vídeos de gatitos y decidir que estaban justificadas. Observarlos era hipnótico.

Aristóteles estaba entre sus manos, dando cuenta de una latita de comida húmeda. Que hubieran empezado a comer solos había sido una gran liberación. Tener que dar biberón y estimular cada poco a gatitos recién nacidos era muy esclavo, aunque Mal había tenido razón y la experiencia había merecido la pena. Dejó al gatito en su caja y se miró las manos, llenas de minúsculos arañazos, antes de pescar a los demás. Estaban cada vez más traviosos, más destrozones. Su distinta personalidad despuntaba y Martín se moría por quedarse a Aristóteles y a Hipatia, por verles crecer y convertirse en dos hermosos gatos adultos. No lo veía imposible. Aunque su madre siguiera haciéndose la dura, también se había encariñado mucho con ellos. Tenía que planteárselo pronto.

La oyó abrir la puerta y soltar el bolso en el mueble de la entrada mientras depositaba a todos los cachorros en su nueva caja. Por grande que fuera no iban a aguantar mucho más tiempo ahí confinados.

– ¡Hola! ¿Qué tal tu día? – dijo su madre derrumbándose en el sofá – hace un calor espantoso. Y estoy agotada. ¡Qué ganas tengo de coger las vacaciones de una maldita vez –

Martín apretó los labios. Él no tenía ninguna gana. Supondría separarse de Mal y era lo último que deseaba.

– No pongas esa cara. Probablemente vaya a ser el último verano que pasemos juntos, como lo hemos hecho siempre –

– ¿Como lo hemos hecho siempre? No. Cuando vivía papá cada verano era diferente, en casa de la abuela nunca parábamos más de una semana –

– Sí, y también entraban dos sueldos en casa –

– Mamá, este año no quiero ir –

– Martín, creía que ya lo habíamos hablado. El próximo lunes nos iremos tres semanas, como siempre. Pasan rápido y cuando estemos allí lo pasarás bien, ya verás. ¿No quieres ver a tus primos? – Martín la miró de frente, sonaba cansada, parecía cansada. No le importó. No quería irse, no quería las mismas vacaciones de siempre, con la abuela, con los tíos y los primos, viendo pasar los días igual que cuando era un niño. No quería estar tres semanas sin ella.

– Mamá, en serio. No quiero irme. No me apetece nada ir a la casa de la abuela este verano. Podría estar una semana, me vuelvo en el tren o el bus, tú te quedas allí y yo estoy aquí, tranquilamente, el resto del tiempo. Prometo portarme bien – dijo sentándose frente a ella y poniendo su mejor expresión de niño bueno.

Su madre se descalzó y subió los pies al sofá. No solo parecía cansada, de repente parecía mucho más mayor.

– ¿Por qué quieres quedarte aquí? ¿Hablarás claro de una vez? Lo único que estás haciendo es ir a la protectora y jugar a la consola con Juan, pero Juan se irá también en breve. ¿Por qué quieres quedarte? – repitió.

Todas las alarmas de peligro del chico se activaron.

– En la protectora hay pocas manos en verano, me necesitan –

– En la protectora sabrán vivir sin ti. Lo han hecho todos sus anteriores veranos. ¿Por qué ese empeño en quedarte? Dímelo –

Martín se limitó a cerrar la boca y bajar la vista. Algo sospechaba, no sabía en qué dirección. Se sentía tentado a hablar, pero no. No iba a decirlo. No podía decirlo. Le pesaba como plomo en el estómago, pero tenía que callar.

– Muy bien. No vas a hablar claro, pues yo sí. Nos vamos el lunes. Tres semanas. Vete mentalizándote – dijo en un tono más seco del que solía emplear con él.

– No pienso ir – aseguró mirándola de nuevo a los ojos, retador.

– Me da igual lo que pienses. Te vendrás conmigo –

– No, no lo haré. Y no puedes obligarme –

– ¡Ja! Claro que puedo. Tienes diecisiete años, vives bajo mi techo y vendrás conmigo. Además, no tienes dinero ni yo voy a dártelo para que te quedes aquí solo – añadió cortante.

– No necesito que me des nada. Puedo apañármelas – espetó él entre dientes.

– No, no puedes. Y no te vas a quedar. Mentalízate –

Martín miró a su madre cargado de un odio intenso que le levantó de la silla y le condujo a su cuarto. Cerró la puerta de un golpe arrepintiéndose inmediatamente de no haber cogido el móvil. Valoró durante un momento quedarse allí sin él, pero luego recordó que en un par de horas llegaría un mensaje de Mal, así que reunió toda la dignidad que pudo, entró en el salón, cogió el teléfono sin mirarla y volvió a su cuarto seguido de Logan.

Había previsto hablar con ella aquella noche de adoptar a los dos gatitos, pero estaba claro que tendría que buscar otro momento.

CAPÍTULO 39: “Vete y vuelve”

Salió de casa sencillamente porque no podía permanecer allí, ni siquiera en el santuario en que se había convertido su dormitorio. Tras comprobar que era incapaz de concentrarse en nada y que se iba a tirar dos horas dando vueltas por su habitación como un león enjaulado, decidió marcharse. Si se daba prisa podía llegar a la tienda en la que Mal trabajaba a tiempo de verla a la salida, así que abrió la puerta y se fue sin decir ni adiós.

Nunca había estado allí. Un tren y un autobús lo dejaron a unos diez minutos andando de la puerta del comercio. Justo enfrente había un banco muy bien pensado para que se sentara a esperarla. Nunca había estado porque ella no había querido. Martín se había ofrecido un par de veces a acompañarla o a recogerla a la salida, pero Mal siempre había puesto una u otra excusa. Confiaba en que no se cabrearía, en que le gustaría encontrárselo allí. Mató el tiempo mirando a la gente pasar. No se atrevía a perderse en el móvil y que se le escapara.

Ahí estaba. Él la vio antes y se puso en pie, conteniéndose para no correr hacia ella. Iba vestida con la ropa que vendía, mas formal de lo que era ella, y se despedía de otras dos chicas y un tipo, todos entre los veinte y los treinta. Le alegró que Fran no estuviera, porque no quería que se oliese nada y porque le apetecía estar a solas con ella.

Cuando Mal se giró y lo vio se le iluminó la cara. No se estaba engañando, así había sido. Pero al llegar frente a él se limitó a saludarlo con la misma sonrisa que habría dedicado a un amigo cualquiera.

– ¿Alguna vez podré recibirte con un beso y darte la mano? – preguntó el chico, dividido entre la alegría que le producía verla y la mala hostia que aún le duraba y que su templado recibimiento no había mejorado.

– ¿Cómo es que te ha dado por venir aquí? – dijo ella, ignorando deliberadamente su pregunta.

– Ya ves, para que puedas decir a tus compañeros que tu primo pequeño ha venido a buscarte – escupió Martín echando a andar a su lado.

La chica se paró en seco y le miró con dureza. – No sigas por ahí Mastín, que tampoco estoy yo en mi mejor día –

Martín dudo por un momento cómo reaccionar, finalmente suspiró y decidió relajarse. Con Manu también había estado disimulando que no había nada entre ellos dentro del instituto, pero aquello era diferente, con Manu al menos sabía que el secreto no duraría mucho si seguían juntos.

– Perdona, vengo directamente de pelearme con mi madre –

– ¿Y ahora por qué? –

– Sigue empeñada en que me vaya en agosto con ella al piso de mi abuela, sería casi todo el mes. No atiende a razones, no le da la gana dejarme aquí solo– soltó con rabia.

– Ya veo, todo un drama otra vez–

– ¡No quiero estar sin verte tres semanas! Ya veo que a ti te da igual – El tono ligero de ella lo sacó de sus casillas. Precisamente ella era el principal motivo por el que no quería irse, pero ella no parecía preocupada en absoluto por su ausencia.

– No me da igual, pero sé que tres semanas pasan volando, sobre todo si vas mentalizado de disfrutarlas. Si lo nuestro tiene algún futuro, tres semanas sin vernos no deberían ser ningún problema –

– ¿Y lo nuestro tiene algún futuro? – se atrevió a preguntar el chico.

Ella se detuvo de nuevo para mirarlo antes de hablar – ¿Quieres que te mienta Mastín? No voy a hacerlo. No tengo la menor idea –

El trayecto de vuelta se le había hecho interminable. Sentados uno junto al otro, sin rozarse, hablando de cualquier cosa que no fueran ellos. Era una tortura notarla tan cerca y no poder tocarla, mientras hablaban de sus pequeños gatos filósofos, de que en agosto estarían al cuidado de Mal, del precio de la matrícula en el primer año de Historia, del descubrimiento que había sido Juan o de algo que a Martín le resultaba cada vez más incomprensible, que era la poca colaboración entre las diferentes sociedades protectoras.

– ¿Por que no os ayudáis más? Cada uno haciendo la guerra por su cuenta hará que se avance más despacio. Y el tiempo se paga en vidas –

– Pues tienes toda la razón, pero por desgracia no es tan fácil que la gente se ponga de acuerdo, ni siquiera cuando tienen un objetivo similar. Hay muchos motivos. Somos muy distintos, a veces vemos la protección animal desde diferentes prismas y nos fijamos más en las diferencias que en las semejanzas, tenemos nuestros propios problemas que nos comen el día a día, no nos caemos bien, competimos por los mismos pocos recursos, desconfiamos de los otros... Muchas cosas. Y al final somos reinos de taifas incapaces de hacer frente común. Yo ya he aceptado que es inevitable. Si ni siquiera en las comunidades de vecinos se ponen de acuerdo. ¿Qué digo en las comunidades de vecinos? En una misma familia muchas veces cuesta, ¿qué se nos puede pedir a nosotros? De todas formas, nos ayudamos más de lo que parece –

Hablaron mucho ambos, probablemente por olvidar otros temas latentes y que les preocupaban más. Y al menos también en el caso de Martín, para contener sus manos. Tal vez por eso subieron el portal en silencio, separados, para lanzarse uno contra el otro en cuanto hubieron cruzado la puerta de la casa de Mal. Recorrieron besándose el pasillo, esquivando el recibimiento de Trancos hasta llegar al sofá, y se derrumbaron allí hambrientos, ambos con los ojos cerrados, dejándose guiar por las caricias, los gemidos, los olores. Al poco estaban uno encima del otro, moviéndose rítmicamente. El chico la notaba bajo sus manos, contra su cuerpo, tan pequeña... siendo dolorosamente consciente de la ropa que los separaba y deseando que desapareciera. Y entonces ella, como si hubiera leído su mente, le quitó la camiseta, le desabrochó los vaqueros y se los bajó hasta las rodillas. Él seguía encima, besándola, moviéndose, notando que ella le envolvía entre sus piernas, hasta que las manos que le habían estado acariciando se detuvieron sobre su pecho, empujándolo para que se separara.

– Para. No. Para – pidió ella sin aliento. Tenía el cuello y el rostro encendidos, los ojos brillantes; a Martín nunca le había parecido tan hermosa. Podría haberla abrazado hasta romperla, y en cambio paró y no preguntó el motivo. La besó suavemente en los labios, luego en la frente y se sentó en el sofá para subirse los pantalones y recobrar la cordura y el aliento. Sentía que ella no dejaba de mirarlo, muy seria. También triste. Entonces comenzó a hablar.

– Esto no puede ser. Vete esas tres semanas. Necesito ver todo esto en perspectiva. Y probablemente tú también, aunque ahora no lo creas. Vete y vuelve – ordenó Mal convencida, sin mirarlo.

Martín se rindió. Era pequeña y decidida. Nada de lo que el dijera la haría cambiar de opinión. Era como su madre. No, así no podía ser, peleando no. No si ella no lo deseaba. No iba a discutirlo. Se puso la camiseta y las zapatillas y acarició al galgo, que se había puesto en pie al verle dirigirse a la puerta

– ¡Eh, Mastín! – lo llamó ella desde el sofá, aun arrebolada y con la sombra de una sonrisa. Tenía que haber visto de alguna manera la desolación que él sentía. Martín la observó desde el quicio de la puerta, sin osar acercarse.

– Son solo tres semanas. Y he dicho que vuelvas a mí –

– Al menos cuando lo haga seré ya mayor de edad. Si es que eso realmente importa en algo – dijo él a modo de despedida.

Y cerró la puerta a su espalda, dejando tras ella al galgo y a la chica que amaba. Porque si obedecer e irse de aquella manera no era amor, no tenía ni puta idea de qué lo era.

CAPÍTULO 40: Sencillamente no tenía ni idea de cómo se sentía

En cuanto su madre regresó del trabajo bajaron las maletas al coche y se pusieron en marcha rumbo al norte. Recordaba perfectamente esos viajes cuando su padre aún vivía. Entonces Martín era un niño y se limitaba a llevar a Logan de la correa y alguna mochila o bolsa pequeña, era su padre el que cargaba con las maletas más grandes y pesadas. Lo recordaba sudando y rezongando para encajar el tetrís en el maletero, mientras su madre recorría la casa para asegurarse de que las persianas quedaban bajadas, todas las luces apagadas y que no se olvidaban nada importante. Igual que había heredado su vieja bata o su maquinilla de afeitar eléctrica, también ahora era él el encargado de bajar los bultos más pesados. Lo de decidir cómo hacer que entrasen en el coche era cosa de su madre. Aunque ahora llevaban menos equipaje, el coche también era más pequeño. No era lo único que había cambiado, antes el chico viajaba en el asiento trasero junto al pitbull, ahora era el copiloto y toda la parte de atrás era territorio del viejo perro, que iba sujeto por un arnés y una correa especial al cinturón de seguridad. Era un buen viajero, nunca se mareaba; se limitaba a tumbarse y dormir felizmente, con la tranquilidad de estar en compañía de su familia humana. El destino era lo de menos.

Martín envidió al perro, ojalá él fuera capaz de descansar y disfrutar del viaje. El coche se alejaba de la gran ciudad y solo podía pensar en la creciente distancia entre él y Mal. Cincuenta kilómetros, cien, ciento setenta... Ya no había vuelta atrás. Iba a estar tres semanas sin verla, casi sin hablar con ella porque se lo había pedido expresamente. “Necesito coger distancia, si estamos todo el rato mandándonos mensajes o llamándonos no voy a poder hacerlo. Y además tu madre es una tía lista, es fácil que acabara pillándonos”. Mientras las extensiones castellanas se extendían a ambos lados de la autovía doradas y monótonas, el chico pensaba que probablemente su madre ya se oliera algo. La miró de soslayo. Conducía relajada, con las gafas de sol puestas y pendiente de la carretera y de la música. Detuvo a tiempo una oleada de rencor. No, ella no se lo merecía. No tenía sentido odiarla, pero no era capaz de verla con demasiado afecto en aquel momento, mientras lo alejaba de Mal. Tampoco pensar en Mal era una buena idea. Era todo demasiado confuso y doloroso. La recordaba arrebolada, bajo su cuerpo, respondiendo a sus caricias. También alejándole de ella, fría y decidida. Casi podía notar su tacto cálido mirándose la piel de sus manos, percibir su olor. Y eso era aún peor. Luego venían a su memoria los momentos de costoso fingimiento, de pretender que no pasaba

nada entre ellos salvo en la intimidad más absoluta. Tenía que sacudir la cabeza para expulsarla, para resistirse a mirar las pocas fotos suyas que tenía en el móvil como un imbécil enamorado, que eso era exactamente lo que era.

Logró evadirse con un par de juegos que se había descargado recientemente, después intercambiando algunos mensajes con Juan y con Andrés, al que tenía últimamente bastante abandonado. Luego estuvo cotilleando Twitter hasta que se quedó sin batería en el móvil y ya solo quedó el paisaje y la música.

Pararon en un área de servicio de León a cenar unos bocadillos, como era su costumbre. A su madre le venía bien para retomar el tramo final del viaje con energía y así Logan podía estirar las patas, beber agua y hacer algunos pises. Los días eran largos, pero aquel ya estaba llegando a su fin. El crepúsculo era de un rojo intenso que se perdía en el negro, se intuían las montañas que debían cruzar al fondo y las nubes filtraban los últimos rayos de sol creando algo parecido a una espuma dorada.

– Los hay que dicen que no hay cielos más bonitos que los de Madrid. No tienen ni idea –

Martín no dijo nada, pese a que no podía estar más de acuerdo con su madre.

– ¿Vas a volver a hablarme o vamos a seguir de morros todo el viaje? – preguntó ella dándole un poco de la tortilla de patatas a Logan, que la tomó con delicadeza de entre sus dedos.

– Sí que te estoy hablando –

– Monosílabos. Eso no cuenta –

Martín no respondió y ella suspiró, se encogió de hombros y mordió su bocadillo. El viejo perro no quitaba ojo por si se caía alguna miga.

En realidad no estaba cabreado. Tampoco su estado de ánimo era el habitual. Sencillamente no tenía ni idea de cómo se sentía. Todo era una mierda.

Al ponerse el motor en marcha también lo hizo el viejo disco de Anastasia que tanto le gustaba a su madre, que sonaba en todos los viajes y que ambos se sabían de memoria. Ella comenzó a cantar, ajena al adolescente hosco que tenía al lado.

All my life I've been waiting
For you to bring a fairy tale my way
Been living in a fantasy without meaning
It's not okay I don't feel safe

Nunca había sido una canción que a Martín le gustase, era la música de su madre, no la suya; pero en ese momento aquellos versos le agarraron y zarandearon por dentro como un pelele. Se esforzó por vez primera en escuchar la letra que su madre también entonaba y que tan bien conocía.

La voz inconfundible de la cantante continuaba, llena de rabia.

Left broken empty in despair
Wanna breath can't find air

Parecía que le estaba hablando a él, que Anastasia, tan rubia y con sus gafas, la cantaba para un chico español perdido en medio una autovía que pronto sería de montaña.

And I wonder if you know
How it really feels
To be left outside alone
When it's cold out here
Well maybe you should know
Just how it feels
To be left outside alone

Estaba siendo un imbécil. Estaba más colgado de lo que era razonable. Por supuesto que esa canción no tenía nada que ver con él. Era simplemente una colección de palabras que podrían ajustarse a muchas personas y muchas circunstancias. La misma trampa de los horóscopos. Tenía que ser racional.

Why do you play me like a game?
Always someone else to blame
Careless, helpless little man
Someday you might understand
There's not much more to say
But I hope you find a way

Pensó en ponerse los cascos y alguna de sus selecciones de canciones de Spotify, pero luego recordó que se había quedado sin batería, así que se estiró para apagar la música y dejar el coche en silencio.

– ¡Eh, qué haces! – protestó su madre.

– Me apetece ver el paisaje sin esa mujer desgañitándose – dijo él, sabiendo que a ella le sonaría raro y poco creíble.

Rodaron así, en silencio, trazando las curvas, pasando túneles, internándose en un paisaje cada vez más húmedo y rocoso. El coche parecía bailar en la noche. Hasta que llegó el túnel más largo, el que marcaba la frontera entre León y Asturias, del que saldrían viendo otro paisaje y, tal vez, con un tiempo completamente diferente.

– ¡Hola Asturias! Mi corazón canta cuando veo el verde de tus montañas – declamó ella en cuanto asomaron al otro lado, plagado de bosques espesos.

– Mamá, estás como una cabra – dijo él sonriendo por primera vez en todo el viaje.

– Calla, ignorante, que me ha poseído la poesía – bromeó como respuesta.

– Loca perdida. Y que sepas que no estamos viendo nada verde. Es de noche y ha sido atravesar el Negrón y ser todo niebla – rió él, dándose cuenta de que se sentía más liviano. Tal vez sí, tal vez su corazón también cantara al entrar en la tierra de sus padres.

CAPÍTULO 41: Cumpleaños feliz

Sentado en la playa, bajo un sol moderado y viendo junto a su primo a las chicas jugando al vóley, se veía obligado a reconocer que aquellas vacaciones no eran ningún infierno. Ellos habían estado jugando antes; no es que Martín fuera precisamente un hacha al vóleibol, en su ciudad nadie jugaba a aquello y no había playas que invitaran a practicar la versión en la que acababas rebozado de arena, pero su altura siempre era bienvenida. Tampoco es que fuera ninguna competición, simplemente se divertían.

Su prima era buena. Jugaba en un equipo todo el invierno y saltaba como el puñetero Anthony Davis sobre aquella arena. Y también estaba buena. En forma, bronceada, con ojos grandes como los de un personaje de manga. Martín procuraba no fijarse demasiado en lo que escondía y asomaba de su bikini deportivo cuando volaba buscando la pelota. Primero porque solo tenía quince años. En segundo lugar porque era su prima. Vale que era la nieta de su tía abuela, la hija de la prima hermana de su padre, lo que la convertía en una prima de segunda división, pero aún así era familia y recordaba haberla visto crecer verano tras verano. Y a Fernando no le hubiera hecho ni pizca de gracia verle mirando a su hermana de otra manera que no fuera también fraternal.

Tal vez por eso ambos se recreaban con las dos amigas de Blanca: Marina y Bego. Sobre todo la primera, que le daba a la nariz que estaba intentando coquetear con él a la insegura y torpe manera de sus quince años.

Quince años. “Una cría”, pensaba él desde sus inminentes dieciocho. Y recordaba a Mal, que sabía lo que decía y porqué lo decía, que cuando lo miraba parecía conocer lo que estaba pensando, preciosa y segura de sí misma. ¿Era así, pero multiplicado por tres, como ella se sentía al verle a él?

No tenía noticias tuyas desde que le dejara a los gatitos filósofos y se desearan buen viaje, como si no hubieran estado a punto de hacerlo en ese mismo sofá pocas noches antes, como si solo fueran vecinos con una relación cordial.

Los primeros días se había resistido a llamarla o a mandar cualquier mensaje por una pura cuestión de orgullo, de amor propio, pero la había tenido presente en todo momento. De vez en cuando miraba las pocas fotos que tenía de ella en el móvil o entraba en su muro de Facebook, que ella nunca actualizaba salvo que fuera para anunciar algún evento solidario de

la protectora o para difundir algún perro o gato que buscaba hogar con urgencia. También había subido un vídeo de los gatos, que parecían crecer por días. Él miraba sobre todo su foto de perfil, abrazada a Trancos y en la que apenas se distinguían sus rasgos a contraluz. Recorría su histórico y se detenía en las imágenes en las que se la distinguía. Tampoco eran muchas. Ella en bicicleta con otro corte de pelo asomando bajo el casco, posando con los novios en una boda con un vestido de esos sin tirantes, junto a Laura en un stand del refugio en el que vendían camisetas y regalaban folletos, en un *selfie* con Lobo, abrazada a un mastín enorme que Martín no había llegado a conocer...

Le habían bastado los tres primeros días para aprendérselas todas de memoria. Tres días en los que se había dejado arrastrar por su madre sin ganas de hacer nada.

Luego, más rápidamente de lo que hubiera creído, las cosas empezaron a cambiar. Seguía recordándola. En ocasiones le dolía físicamente tenerla lejos, a veces se llamaba gilipollas a sí mismo en voz alta, otras se cabreaba tanto con ella que le daban ganas de llamarla para decir que no se preocupara más, que todo lo que tuvieran se había terminado. Había soñado un par de veces con ella. Sueños absurdos imposibles de analizar y que intentaba olvidar. La última semana había estado más tranquilo, teniéndola presente de una manera sosegada, sorprendiéndose por la poca frecuencia con la que pensaba en ella, de que tan solo diez días bastaran para aplacar aquello que había ardidado con tanta intensidad. Aunque no se engañaba, sabía que volvería a incendiarse en cuanto la tuviera al alcance de sus manos, en cuanto escuchara su voz llamándole “Mastín”. Ascuas y llamas.

Se había acomodado a una nueva rutina que compartía con sus primos. Aquella era una ciudad grande, con un par de tiendas de comics que le tenían fascinado, la playa a cinco minutos del piso y una zona perfecta por la que salir por las noches poco más lejos. Sus primos vivían a dos manzanas y últimamente pasaba más tiempo en su casa que en la de su abuela. Algunos días subían al monte, que en coche estaba a un paso, a ver algún familiar o, simplemente, dar un paseo con Logan y tomar alguna botella de sidra. El viejo pitbull también estaba en la gloria. El calor que le tenía sofocado y somnoliento en Madrid había dado paso allí a una temperatura agradable que le invitaba a estar algo más activo. Incluso había dejado de escapársele el pis.

– ¿Por qué os fuisteis de aquí mamá? Es un sitio en el que se vive muy bien –

– ¡Mira el que no quería venir! – se había burlado al principio ella – Es verdad que aquí hay más calidad de vida, que no hay atascos de más de una hora para entrar a trabajar, que hay

monte y hay mar al alcance de la mano, pero no veíamos mucho futuro. Bastantes años antes de la crisis económica, cuando en la mayor parte del resto de España las cosas iban boyantes, en la Feria de Muestras de Gijón ya vendían camisetas que ponían “¿Asturias o trabajas?”. Y no solo eso. Ya sabes que tu padre y yo nos conocimos estudiando en la universidad en Madrid; cuando has estado siempre aquí y te lo sabes de memoria, de repente te ves en la capital viviendo solo por primera vez y aquello te parece el no va más, estábamos deslumbrados. Luego está lo del piso. Tu abuela no es de aquí, tenía dos pisos que heredó allí y nos ofreció uno. Era una oferta difícil de rechazar –

La arena no quemaba, estaba agradablemente cálida, se tumbó y cerró los ojos. Feliz simplemente por estar allí, vivo, joven, ocioso, sin hambre, sin sed, relajado tras el ejercicio, con todas las expectativas del mundo a su disposición. Escuchó el mar subiendo, los gritos de los jugadores, el murmullo de voces de los que paseaban endomingados por el muro, a los coches circulando al lado de esa gran playa urbana.

Y entonces un balón de vóley aterrizó sobre su estómago.

– Venga, vamos a darnos un baño, nos quitamos la sal y a casa. Como lleguemos tarde a tu comida de cumpleaños nos matan –

– Vale, pero podías haberte ahorrado el balonazo – protestó incorporándose y lanzando al mismo tiempo la pelota a la cara de su prima, que la cogió sin dificultad.

Un baño, una ducha, una comida en familia y de noche saldría a invitar a tomar algo a sus primos. Ya no tenían sentido los globos y las chuches. Ya eran mayores. A las 23:13 celebraría con ellos el tener al fin dieciocho años, la edad de conducir, de votar, de dejar definitivamente de ser un crío.

Y volvería a ella siendo mayor de edad. Si es que eso realmente importaba en algo.

La comida de cumpleaños había contado con un invitado especial. Además de su madre, sus tíos, su abuela, la tía Socorro, los primos y cuatro pobres centollos descuartizados, se había presentado Javi, el guardia civil que había sido amigo de su padre desde la guardería.

Su madre tenía razón, no se acordaba de él. Le reconoció por las fotos que tenían en casa, de cuando sus padres y él compartían diversión y viajes. Lo encontró más gastado y con más kilos, pero con el mismo pelo rubio, espeso y muy corto y la nariz aguileña. Martín tenía apenas seis años cuando había logrado que lo destinaran de nuevo al norte y le había perdido la pista. No había conseguido Gijón ni ningún otro lugar de Asturias, pero andaba por el norte de León, a tiro de piedra en coche.

Era un tipo agradable, no hablaba demasiado, pero sonreía mucho. Y cuando intervenía, lo que decía tenía siempre sentido. Comieron pollo guisado y patatas fritas, el menú favorito de Martín. Encendieron un uno y un ocho sobre una tarta de fresa y chocolate, soportó que le cantaran un cumpleaños feliz, desenvolvió unos cascos inalámbricos, dinero, algo de ropa y un par de novelas históricas (una de Javier Sierra y otra de una saga de McDonald Fraser que le tenía enganchado) y la sobremesa se fue alargando y perdiendo comensales gradualmente. Primero se retiró su abuela, que estaba conteniendo las cabezadas; luego se fueron Socorro y los tíos. Blanca y Fernando aguantaron algo más, pero también se marcharon a dormir un poco. Era obligado que la noche fuera larga y necesario descansar. Cuando su madre desapareció, se encontró con Javi mirándole con los codos sobre la mesa en plan. “¿Y ahora qué?”.

– Creo que yo también debería dormir un poco la siesta... – comenzó a decir pensando en el plan nocturno.

– Tu madre me ha contado que te has metido en algún lío este último año – apuntó Javi.

Martín elevó los ojos al cielo. “No, por favor. Una charla del amigo guardia civil no. Y encima en mi cumpleaños”.

– También me ha dicho que lo hiciste por defender a un amigo, que no es nada que pueda reprochársete –

– No fue nada del otro mundo. Y nada de lo que preocuparse –

Javi volvió a sonreír.

– No, no lo es. Tienes razón –

Algo en la actitud de aquel hombre afable le hizo relajarse. También el hecho de intuir que no iba a tener una charla como regalo sorpresa.

– También me ha dicho que has decidido a última hora estudiar Historia, pero que no tienes muy claro qué hacer con tu vida. Tampoco eso es nada del otro mundo, nada de lo que preocuparse a tu edad. Pero que sepas que siempre tienes la opción de ponerte un uniforme. O al menos intentarlo –

A Martín se le escapó una carcajada. No creía que su madre hubiera orquestado aquello, ella se lo hubiera dicho a las claras. Debía ser iniciativa de aquel hombre.

– No sé, no me veo yo regulando el tráfico, escoltando políticos o haciendo soplar a borrachos. ¡Sin ánimo de ofender, eh! –

– Bueno, todo eso es necesario. Pero entiendo que no te llame la atención. Y también hay más cosas. Yo estoy en el Seprona, que si te van los animales, puede que te gustase. También está la opción de ser guía canino... Si te van los ordenadores, los helicópteros, tantas cosas. ¡Qué se yo! Hay de todo, más de lo que imaginas. Y siempre vienen bien tíos grandes, con cabeza y corazón –

Martín se dio cuenta de que estaba escuchando con interés, que todo aquello no le parecía una locura, que sabía que era complicado encontrar un trabajo. ¿Por qué no? Tal vez era una salida a tener en cuenta.

Javi se tomó el último trago de pacharán que le quedaba en el vaso y se puso en pie.

– Pero si por lo que sea acabas planteándotelo en serio, no te metas a Guardia, mejor Policía Nacional, hazme caso. Te van a pagar más y te van a putear menos. También ligarás más con el uniforme azul. Con el nuestro verde no verás stripteases en las despedidas de soltera, por algo será. Habiendo pasado por la universidad, podrás optar a ser inspector. Y, si puedes, aprovecha el tiempo que estés estudiando para sacarte los permisos de conducción que piden y para hacer algún deporte o ir al gimnasio. Está claro que el mínimo de altura lo cumples, pero hay más pruebas. No es como entrar a bombero, pero conviene estar en forma – Extendió la mano para despedirse – Ve a dormir, que ya imagino que esta noche toca juerga. Tu madre tiene mi teléfono si lo necesitas. Y no tiene más porque no le da la gana – concluyó de manera un tanto desconcertante.

Martín quedó allí, mirando la puerta cerrarse. ¿Policía? Sacudió la cabeza y se dirigió a la cama.

Quedaban poco más de cinco horas. Dieciocho años. Y poco más de una semana para volver a Madrid, para volver a verla.

CAPÍTULO 42: No, no lo haría

Paseaba con Logan notando los cincuenta euros que su abuela le había dado como regalo de cumpleaños en el bolsillo delantero del vaquero. Se los entregó doblados en cuatro partes, como formando un paquetito, y así tal cual los había guardado. “Tu regalo de cumpleaños, para que convides a tus primos y te compres lo que quieras”, había dicho ella, sonriendo pero triste, como siempre. El hijo perdido le dolería siempre en la mirada, como no le dolía a él o a su madre. Y no es que ellos lo quisieran menos. Tal vez es que era distinto, peor, perder a un hijo que a un marido o a un padre. Puede que, sencillamente, hubiera gente que estaba hecha para tirar para adelante con lo que la vida les mandara oteando siempre la felicidad y otra que no.

Esa tristeza constante y sus manías de persona mayor que lleva años viviendo sola dificultaban la convivencia durante el verano. Las manías eran lo más llevable, pero la pena contagiaba a veces a su madre, Martín lo veía en sus ojos, en su necesidad repentina de irse a otra habitación o salir a la calle.

– Vamos Logan – murmuró tirando del perrazo, que se había anclado al suelo con su mejor tracción a las cuatro patas para oler la base de un raquítico árbol urbano. Si en su ciudad de la periferia madrileña ya le chocaba ver esos arbolillos míseros, en Gijón con las imponentes arboledas que cercaban la ciudad e incluso colonizaban algunas partes, era irrisorio.

Tiró de nuevo. Logan no se movía. Por lo cabezón que se había puesto debía haber dejado allí su aroma la caniche del segundo, que estaba en celo.

– Estás tú como para hacerle los honores. Casi ni puedes levantar la pata para hacer pis. Eso sin contar con que no debe de pesar más de cinco kilos. Andaaa, ¡vamos! Tenemos que volver a casa, que he quedado. Lo vuestro es imposible –

El viejo pitbull reanudó la marcha dócilmente, como si hubiera entendido lo que Martín decía. El chico miró al perro con ternura, pensando vagamente en amores incompatibles.

La noche aguantaría. “No va a llover” había sido el veredicto de su abuela cuando lo vio listo para marcharse. Otra peculiaridad de aquel lugar: la preocupación por el tiempo que hacía y

cómo evolucionaría. Con Madrid en agosto no había dudas: calor más o menos infernal, así que ropa ligera y a beber mucha agua. Allí la gente se asomaba a las ventanas al levantarse, consultaba aplicaciones meteorológicas en el móvil, veían el parte de la tele y oteaban el cielo como expertos. ¿Llovería? ¿Luciría el sol? ¿Haría tarde de chaqueta? ¿Abriría la tarde? ¿Merecía la pena alisarse el pelo? (de la íntima relación entre peinado y clima se había enterado por su prima).

Llevaban varios días de “un calor que caen los pájaros”, que en la meseta castellana sería un junio estupendo de los de manta por la noche, así que Blanca llevaba el pelo liso, unos shorts con los que lucir sus piernas de niña deportista y una sudadera para cuando cayera la noche. Estaba realmente guapa. Apenas eran las siete de la tarde, habían quedado pronto para que ella pudiera sumarse. Aunque el verano e ir con su primo y su hermano mayor relajaban las normas, tampoco tenía rienda suelta.

Avanzaron charlando de nada en particular y se detuvieron en un parque que había a pocas manzanas para esperar a Marina, Joan y Álex, amigos de sus primos que se sumaban a la fiesta. Bego, a la que aún quedaban un par de meses para cumplir los quince, no había obtenido permiso paterno para salir con hasta tarde “con unos chicos mayores”. Ahora que era el mayor, también había inconvenientes.

Pasaron un rato sentados en el parque, las chicas hablando por un lado y ellos por otro, hasta que la sed apretó y marcharon a un garito estratégicamente situado cerca de la playa y de un sitio en el que vendían porciones baratas de pizza.

Cumplir años en agosto era una mierda. Con el paso de los años se había ido acostumbrando, pero de niño lo odiaba. No le gustaba ser de los pequeños de la clase, de los que no cambian de edad durante el curso. Tampoco le gustaba no poder celebrarlo con sus amigos del colegio o tener una fiesta de parque de bolas como los demás.

Al menos ahora tenía whatsapp y Facebook. Había recibido un buen puñado de felicitaciones, muchas acompañadas de todo tipo de emojis, algunas con vídeos de youtube, memes varios y fotos de las vacaciones. Juan había sido de los primeros: “ya tienes tus dieciocho, disfrútalos”. Incluso el imbécil de Alberto le había puesto un escueto “feliz cumpleaños tío!!!” en el muro, probablemente de cara a la galería.

Ella no había dado señales de vida. Había albergado ciertas esperanzas de que su cumpleaños y la esperada mayoría de edad rompieran su silencio, aparentemente no era motivo suficiente.

Manu tampoco había dicho nada. Le sorprendió acordarse de ella en aquel momento, también descubrir que algo sí dolía el hecho de que por primera vez en muchos años le faltase su felicitación. Recordaba bien que su amiga siempre le llamaba cuando eran niños, antes de que se complicara todo.

Decidió no volver a mirar el móvil en toda la noche. Tenía muchos buenos motivos delante de sus narices: música, cervezas, sus primos, algunos amigos y Marina bailando para él, porque eso estaba haciendo. Se movía para él, miraba, reía y movía la cabeza haciendo oscilar la melena castaña para que él lo viera. Era tan obvio que no le llevó más que una cerveza ponerse en pie y acercarse a ella.

* * *

– Marina se tiene que ir –

– Ya, es como Cenicienta, a medianoche en casa – dijo su primo.

– Voy a acompañarla, que no es plan que vuelva sola –

Su primo alzó una ceja y le dedicó una sonrisa llena de dientes. – Ya, ya te veo yo a ti. Anda madrileño, haz tu vida y pásalo bien, que nosotros haremos la nuestra. Ya hablamos mañana –

Caminaron primero en silencio y luego hablando de cualquier chorrada que se les ocurría, como si al salir a cielo abierto nada hubiera pasado, ni las insinuaciones, ni sus cuerpos rozándose al bailar. Martín sabía que la tenía si la quería. La tenía para unos besos y unas caricias, durante esa noche o durante lo que quedara del verano, tampoco más, pero la tenía. El problema es que ahora no sabía si quería tenerla. Paseando bajo la luz de las farolas, con el maquillaje casi desaparecido y la chaqueta vaquera cubriendo el vestido escotado volvía a ser la niña de quince años que jugaba al vóley con su prima pequeña. Tampoco sabía si ese era el único motivo por el que no quería, aunque lo deseara. Probablemente no, pero no tenía la menor gana de ponerse a analizar todo aquello, no quería acordarse de Mal en aquel momento, así que caminaron sin rozarse como dos chicos buenos hasta que llegaron al inicio de su calle.

– Espera, aquí, en este garaje – dijo ella metiéndose en el hueco que había entre dos viviendas.

Martín señaló el que sabía que era el portal de la chica, al fondo de la acera de enfrente.

– ¿No está ahí tu casa? –

– Sí, pero probablemente mi padre estará en la ventana pendiente de si llego y con quién llego. Paso de dar explicaciones. Y quiero hablar contigo antes –

Martín la siguió. ¿Cómo no hacerlo? Y se quedó atrapado en los ojos oscuros, enmarcados a lápiz, de Marina.

– A ver. Ya sabes que me gustas. ¿Yo te gusto a ti? –

Martín la miró y la vio muy niña, más aún, a años luz de la que estaba acostumbrado a tener en brazos.

– Tengo toque de queda, así que no puedo permitirme perder el tiempo. Y tú te marchas en unos días. Además, no me importa decir a un chico si me gusta. Eso de que las chicas tienen que esperar a que seáis vosotros me parecen chorradas –

– Tienes razón son chorradas – convino Martín. Ella estaba ahora más cerca. Era más alta que la mayoría de las chicas que conocía, tenía el labio inferior más carnoso que el de arriba y un lunar casi imperfectible en el superior. Metió las manos en los bolsillos y se esforzó en mirarla de nuevo a los ojos.

– No me has contestado. ¿No te gusto? Hace un rato me daba la impresión de que sí. Y como has venido a acompañarme – insistió ella.

– Me gustas sí – dijo él, notando que ella se acercaba aún más – pero creo que no es buena idea –

– ¿Por qué? ¿Es porque te vas a ir? No me preocupa. No pido nada serio ni que dure –

– Está eso. Pero sobre todo es que tienes quince años y yo ya dieciocho. No creo que sea buena idea – repitió.

– Son solo dos años y medio – protestó ella con una sonrisa.

– Ya, pero tienes solo quince – se sintió como un estúpido al decirlo, pese a que era lo que sentía cuando la veía ahí, de pie, tan tierna. Por un instante pudo imaginar lo que se le habría pasado por la cabeza a Mal en infinidad de ocasiones al mirarle a él, cuando le dijo que parase justo antes de marcharse.

– Dime la verdad. ¿Es porque estás saliendo con alguien en Madrid? –

A punto estuvo de responder que no, pero se dio cuenta a tiempo de su error.

– Bueno, eso también. No he contado nada por aquí, pero sí, hay alguien. Hemos parado durante el verano, pero yo quiero seguir –

Marina se alejó un par de pasos y sonrió, de nuevo como la amiga de su prima llena de desparpajo a la que estaba acostumbrado.

– Vale. Lo entiendo. No hace falta que digas más. Gracias por acompañarme a casa. A lo mejor no vemos mañana por la tarde en la playa –

Se quedó allí hasta que la vio desaparecer en el portal, preguntándose si la habría hecho daño, si hubiera sido mejor dejarse llevar sin dar tantas vueltas a las cosas, si era cierto que habría alguien para él cuando volviera, si no era raro que hubiera sido tan fácil. Luego marcó el número de Fernando.

– ¿Dónde estáis? ¿Seguís en el mismo sitio? Esperadme, que voy para allá –

Tres horas más tarde cruzaba el portal. Cuando entró en casa sacó el móvil para ver la hora y para moverse por el piso sin tener que encender las luces. Un mensaje esperaba a ser leído.

Era de ella y solo decía “felices dieciocho Mastín”. Se lo había mandado a la hora exacta en la que cumplía años.

Abrió la puerta con cuidado de no despertar a nadie y con sus tres palabras aún parpadeando en su mente, silenció con unas palmaditas el efusivo recibimiento de Logan, que sonaba como la carga de la brigada ligera sobre la tarima flotante en el silencio de la noche. Pasaron juntos a su dormitorio, se deshizo de toda su ropa a oscuras y se deslizó bajo las sábanas y la funda nórdica sin soltar el teléfono, sintiendo al perro tumbarse al lado de la cama. Sacó la mano

para acariciarle bajo las orejas a modo de buenas noches y volvió a mirar el mensaje sabiendo que ella sabría que lo había visto. Lo miró hasta que las letras bailaron ante sus ojos igual que Marina había bailado para él.

No, no lo haría.

Bloqueó el móvil sin contestar para entregarse a una noche sin sueños.

CAPÍTULO 43: Un perro no es una alarma de seguridad

Estar de resaca nunca es agradable, pero desde luego es preferible sufrirla tirado en la playa y disfrutando de un sol que calentaba sin quemar, antes que en cualquier otro sitio. Podría haberse quedado dormido sin mucho esfuerzo sobre la toalla, oyendo el murmullo de las voces contra el mar y con el móvil bajo la mano. Aún no había contestado a su mensaje, aún no sabía si lo haría o qué diría, simplemente el hecho de haberlo recibido le bastaba. Al menos de momento. Otra cuestión era Marina, no había ido aquel día a la playa y se sentía extrañamente culpable, aunque tenía claro que no había obrado mal, sino todo lo contrario. Se supone que había sido un jodido caballero.

Los altavoces diseminados por la playa anunciaron con su soniquete conocido un niño perdido y recogido en la caseta de salvamento, dieron información sobre el color de las banderas, la temperatura del agua, la pleamar, la bajamar y la hora, sacándole de limbo mental. No debía quedarse dormido, no tenía mucho más tiempo para estar en la arena. Aquella tarde iban a subir al monte de visita familiar. A Logan le gustaría estar un rato en el verde, en el prao como decían sus primos con su acento cantarín que un poco ya se le había pegado. El viejo perro ya no estaba para carreras, pero seguía disfrutando de los olores y la hierba. ¿De los olores y la hierba? Contuvo una carcajada interna hasta convertirla en una media sonrisa contra la toalla. Estaba desvariando.

– ¡Ah! ¡¿Qué haces?! ¡Está helada!– gritó incorporándose, ya completamente despierto tras recibir un buen chorro de agua fría en la espalda desnuda y caliente.

Su prima se limitó a reír apretando de nuevo su melena para intentar mojar ahora la arena a sus pies. Martín la observó mientras se retiraba hacia atrás el pelo.

– Está estupenda. Anda, ven a bañarte a ver si te espabilas un poco –

Al levantarse, el agua se había deslizado por su columna vertebral, dentro de su bañador. Contuvo un escalofrío y también las ganas de cogerla y rebozarla en la arena hasta dejarla crocante.

– Ya me has espabilado tú, no necesito más agua congelada – protestó, pero inmediatamente se puso en pie. Sí que le vendría bien un baño para despejarse. Blanca lo supo en cuanto le vio guardar el móvil en la mochila y acercarla hasta Fernando, que estaba a la sombra del muro

jugando a las cartas con un par de amigos. Luego se dirigió hacia el mar sorteando gente en compañía de su prima. Procuraban no levantar arena para no molestar a todos los cuerpos yacentes. Aquello era un hormiguero.

Por suerte pronto alcanzaron la arena mojada. La gente que leía o dormitaba apiñada junto a protectores solares dio paso a unos cuantos niños jugando en los charcos que dejaba la marea a la sombra de sus padres y algunos chavales dándole a las palas. Era agradable caminar por allí, con la brisa del mar abrazándoles y pisando una suerte de mar sólido.

-¿Cómo es que hoy no ha venido Marina?- se atrevió a preguntar en el tono más casual que pudo.

No funcionó. Su prima le atravesó con la mirada. - ¿Tú que crees? -

- No pasó nada - replicó rápidamente.

- Ya sé que no pasó nada. Ese es el problema -

- Oye, tampoco es para tanto. No es que no me guste, es que no me pareció buena idea. Yo me iré pronto, no es plan -

- Y que hay alguien más, según me dijo - ella volvió a clavar los ojos en el chico antes de seguir hablando - ¿Es eso cierto? Nunca nos habías dicho nada de que estuvieras saliendo con alguien. Y cuando bailabas con ella no lo parecía -

El chico dudó.

- Sí, hay alguien. Lo paramos justo antes de venirme, por eso no os dije nada. Y porque nadie sabe nada, lo hemos mantenido en secreto. Pero la realidad es que ella sigue estando ahí. Es complicado, no es una relación fácil... - dijo de forma un tanto incoherente.

- Vale, vale, ya veo que es verdad que hay alguien. ¿Me lo vas a contar? ¿Por qué es tan difícil?

- pidió Blanca suavizando el tono. Martín la miró, poco más que una niña, pero lista y amable.

- Creo que sí, pero no ahora -

Ella asintió.

– No te preocupes por Marina, ya se le pasará. Pero no vuelvas a tontear con ella o a acompañarla a casa si vas a dejarla con las ganas – concluyó dándole una palmadita en el brazo. Inmediatamente desapareció a la carrera bajo las olas. Sus primos, los dos, parecían híbridos de delfín. Ventajas de crecer con la playa a cinco minutos del portal de casa. Martín se lanzó tras ella venciendo el frío por pura vergüenza torera y nadaron juntos hasta superar las olas y poder flotar tranquilos junto a la lancha de salvamento. Costaba entrar, pero aún costaba más salir. Siempre era así en aquel mar pequeño y revuelto, que no daba la bienvenida pero del que dolía despedirse.

Una vez reunieron la fuerza de voluntad suficiente para salir y enfrentarse a lo que antes era una brisa agradable y, ahora que estaban mojados, era un aire helador, fueron a derechos a las duchas para quitarse el salitre. Esa sí que era agua fría. Luego corrieron hasta dónde estaba el resto y se sentaron ambos en la misma toalla libre de arena, buscando el calor del sol.

– ¿De qué es esta cicatriz? – preguntó Blanca de repente, rozando su ceja izquierda con la yema de los dedos.

Estaba muy cerca, demasiado, con su biquini blanco que contrastaba contra su piel del color del pan recién horneado. Martín agradeció internamente el agua fría, pero aún así elevó un poco más rodillas y se abrazó las piernas antes de contestar.

– De una pelea con un gilipollas –

– Vaya, no pareces de los que se andan pegando –

– No lo soy – contestó tal vez demasiado rápidamente, recordando lo cerca que había estado de liarse a golpes con el tipo que arrojó los gatos. – Estaban metiéndose con un amigo – concluyó sin muchas ganas de recordar todo aquello, que ahora quedaba tan lejos que parecía haberlo soñado.

– Me da que también te va a tocar contarme esa historia – sonrió su prima.

El tío Carlos y la tía Angelita vivían en lo más parecido a un paraíso en la tierra: una finca enorme, con una zona de huerta, manzanos para aburrir y una pequeña colección de árboles frutales. La casa era de una sola planta, con una distribución extraña que aunaba cocina y

salón en un espacio enorme y solo tenía un baño minúsculo al fondo. Al lado había una panera, una especie de hórreo tamaño XL que usaban para guardar herramientas y cajas de sidra y junto al que habían colocado la mesa en la que comerían. Ambas construcciones tenían más de cien años. A Martín le costaba creer que sus bisabuelos y tatarabuelos hubieran estado de pie muchas veces justo dónde se erguía ahora él, pero así había sido. También había un gallinero junto a la huerta, bastante alejado de la casa. Pegada a la casa lo que había era una perrera, un cuadrado cerrado y asqueroso con el suelo de cemento sucio de orín y una caseta astrosa. Los cheniles de la perrera estaban mejor acondicionados. Dentro de aquello, atado por una cadena a la caseta, ladraba un cruce de pastor alemán. Ladraba como loco, pero también movía el rabo como loco. Estaba pidiendo a gritos algo de atención, aunque no estaba claro que supiera qué hacer con ella.

– No te acerques, que muerde –

– No tiene pinta de morder –

– Bueno, tal vez de día y ahí dentro no, pero de noche cuando le suelto si no conoce se tira. Fíjate, mira gafo. No te puedes fiar –

Martín se detuvo de lado ante los barrotes de la perrera y bostezó. El perro calló y se acercó con la vista fija en Logan. Era un macho, aún joven. Alargó la mano y la acercó a su trufa, dejándole que lo oliera. Era un buen perro, confundido, mal socializado, no muy bien tratado, pero noble. Deslizó los dedos entre las barras para acariciarle, el animal se pegó contra la puerta, buscando más contacto.

– ¡Eh! Déjale en paz, no me lo masuñes, que no lo quiero bueno. Tiene que hacer lo suyo, que es guardar – gritó su tío mientras entraba en la casa.

– Nunca nos dejó jugar con él, ni siquiera cuando era un cachorro. Es su manera de enseñar a los perros a guardar la finca – dijo en voz queda su primo Fernando a su espalda.

– No se puede hacer eso con un perro, no se puede tener a un perro así, siempre atado – dijo Martín notando el enfado en su voz. El cruce de pastor había vuelto a subir a su caseta, arrastrando su cadena por el suelo de cemento, para ladrar desde allí a todos los recién llegados.

– No se puede tener así a un perro, siempre atado y encerrado – repitió poco más tarde, cuando ya estaban sentados a la mesa comiendo el pollo guisado con patatas.

– Mira al madrileño, se cree que sabe mas que nadie- dijo entre risas su tío – Toda la vida hemos tenido a los perros así, atados y guardando. Lo que no es normal es tener perros como esos encerrados en un piso como si fueran un caniche – terminó señalando a Logan, que dormitaba bajo la panera.

Su madre le miró con los labios apretados desde el otro lado de la mesa. No hacía falta que hablase para que Martín supiera lo que quería decirle: “cierra el pico y déjalo estar”.

Era incapaz. Al menos intentó contenerse, callar lo que realmente le pedía el cuerpo decir para responder en el tono más cordial que pudo reunir.

– Hay muchas cosas que se han hecho mal toda la vida y que no es plan seguir haciéndolas. Un perro no es una alarma de seguridad, es un animal que quiere nuestra compañía. Pretender educarlo para que sea agresivo con la gente es una irresponsabilidad, si alguna vez muerde a alguien lo más probable es que sea a un vecino o alguien de la familia. Y la culpa no será del perro –

– ¿Ya terminaste? – dijo su tío apuntándole con el tenedor – Ni puta idea tienes de perros, chaval. No eres más que un listillo. Toda la vida los he tenido, tratándolos bien, dejándome los cuartos en veterinarios, bien comidos. Aquí siempre ha habido uno o dos perros. Ni puta idea, te lo digo yo –

– ¿Tenerlos en un chamizo así es tratarlos bien? Ni puta idea tienes tú. Eso es maltrato – contestó el chico entre dientes.

– ¡Martín! – exclamó su madre, interrumpiendo la conversación que se medio traía con su tía – Ya está bien. No le hables así a tu tío –

Martín sintió la rabia dominarle, pero pudo contenerla. Hubiera querido gritar aún más, o levantarse e irse. En cambio se mantuvo sentado, masticando y tragando sin ganas lo que tenía en el plato. No pronunció ni una palabra a partir de entonces, se limitó a responder con monosílabos cuando le preguntaban. En cuanto pudo se levantó y salió con Logan al verde, enfadado hasta la incandescencia por mucho que aparentara estar calmado. Su madre, que le

conocía mejor que nadie, no tardó en salir tras él. Se detuvo a su lado, mirándolo. No fue necesario que dijera nada.

– Estoy muy enfadado con el tío mamá, pero también contigo – soltó el chico luchando por controlar su voz. – ¿Así que yo no le puedo hablar así al tío, pero él sí puede faltarme al respeto y gritarme en la mesa, delante de todos? –

– Es una persona mayor Martín, estamos en su casa –

– ¿Y eso es excusa? –

– No, no lo es. Tienes razón. No debería haberte hablado así. Pero entiende que él no ve nada malo, que siempre ha obrado así. Es muy buena gente, tiene un corazón que no le cabe en el pecho, lo sabes. Está en su casa y somos sus invitados – repitió ella - Y además ha saltado porque tú le has pinchado. No puedes estar soltándole sermones a la gente, no puedes estar batallando siempre –

– ¿No puedo? ¿Por qué no iba a poder? ¿Tú crees que ese pobre animal está bien tratado? Es como para poner una denuncia. Y lo sabes –

Su madre suspiró mirando a Logan, que estaba revolcándose felizmente sobre algún resto de bicho muerto o a saber que otra porquería.

– No vas a denunciar a tu tío –

Martín se detuvo para mirarla con frialdad.

– No, no lo voy a hacer, aunque tal vez debería. Pero lo que no voy a hacer tampoco es callarme. Y tampoco voy a dejar que me griten o me insulten y no contestar –

Su madre extendió la mano para acariciarle la mejilla, que hacía mucho que no era la carne suave y fragante de un niño. Asintió antes de hablar.

– Me parece bien –

Martín la vio levantarse y caminar de nuevo hacia la mesa en la que estaban todos tomando licor de hierbas y de miel. Luego se sentó en la hierba, junto a Logan, y sacó el móvil.

“felices dieciocho Mastín”.

– Tal vez mañana lo haga, tal vez mañana conteste – dijo mirando al pitbull, que se limitó a observarle con la amplia sonrisa de un viejo perro con suerte.

CAPÍTULO 44: Los celos no son amor, ni se le parecen

– Mira, bien a Logan. ¿No te parece que tiene un bulto en la cara? –

El pitbull estaba sentado ante ellos, mirándolos como si supiera que hablaban de él. Martín lo observó, comparando con atención un lado y otro. Tal vez más cerca... Bajó del sofá y tomó la cara del perro entre las manos, para poder comparar bien ambos lados.

– No noto nada – concluyó acariciando la garganta nevada de Logan.

– Fíjate bien, aquí, en la parte inferior – dijo su madre, que había bajado del sofá para arrodillarse a su lado, conduciendo su mano a la potente mandíbula del viejo perro.

El chico recorrió la zona por la que le guían los dedos de ella; efectivamente, parecía haber algo blando y localizado justo en la parte inferior izquierda.

– Sí, noto algo. Pero no debe molestarle, come y bebe bien. Se comporta como siempre. Tal vez se haya dado algún golpe –

– No lo sé. Me da mala espina – murmuró su madre. Martín volvió a pasar las yemas de los dedos en torno al bulto, tomando nota mental de su consistencia y tamaño. Era como una moneda de un euro, se atrevió a apretar un poco sin que Logan emitiera ninguna queja.

– Es ya muy viejo, cualquier día se os muere – oyó que exclamaba la abuela desde su sillón como quien vaticina lluvia. El chico sabía bien que para ella el perro no era más que el peaje molesto que había que soportar para disfrutar de su nuera y su nieto en verano.

– ¡Por dios, no nos digas eso! Para nosotros es un miembro de la familia, un poco más de tacto por favor – protestó su madre.

– No digo nada que no sepáis. Está muy viejo y cualquier día os da un susto – insistió la abuela sin inmutarse camino a la cocina.

– Mira, ahí va a comer melocotones o un trozo de bizcocho. Luego dice que no sabe por qué engorda, que no come nada – susurró su madre. Teniendo en cuenta lo que había dicho su abuela, Martín disculpó la pequeña maldad.

– ¿Qué hacemos? ¿Le llevamos aquí al veterinario? – preguntó Martín inquieto por el perro, ignorando a conciencia malos augurios y pequeñas rencillas.

Su madre sacudió la cabeza. – Nos queda solo una semana para estar en casa. Esperaremos, que me fio más de que lo vea Miguel, que lo conoce de siempre y sabemos que es buen veterinario –

Martín se sentó en el suelo, frente al pitbull, que inmediatamente se tumbó y elevó la pata delantera ofreciendo el pecho y la parte alta de su vientre, ajeno a la preocupación que había anidado en el chico.

Su abuela tenía toda la puñetera razón. Lo sabía. Pero no era capaz de admitirlo. Logan formaba parte de su vida, ocupaba casi todos los recuerdos de su infancia, de su adolescencia. Logan todavía no podía irse. Aún no. Justo en ese momento que todo estaba tan revuelto, no.

Notó la mano de su madre acariciándole el cabello.

– No te preocupes. Probablemente no será nada. Y si lo es, ya habrá tiempo para preocuparnos –

Martín asintió, sin dejar de pasar los dedos con suavidad por aquel bulto amenazador.

Abrió una bolsita de ketchup con los dientes y repartió su contenido sobre las patatas fritas, masticó un par de ellas y le dio un trago a su Coca Cola Zero, que como todos los refrescos de grifo le sabía aguada. Su madre se empeñaba en comprar todo Zero desde que existía esa opción y ya se había acostumbrado a pedir que fueran así. No había pagado ninguna otra cosa y tocaba estar allí al menos tres cuartos de hora para que llegase el resto, así que tendría que hacer que la bebida y las patatas le durasen.

Habían quedado a las siete, pero había ido a propósito antes para poder aprovechar el WiFi del McDonalds, que tiraba bastante bien. Su abuela no tenía Internet en el piso, cosa lógica, y ya se había pulido su tarifa de datos. Las vacaciones llegaban a su fin y los datos del móvil también. Su única opción ahora era ir a casa de sus primos o rapiñar conexión en sitios que la ofrecieran gratuita.

Se llevó otra patata a la boca y entró en Facebook. Le gustaba ver las actualizaciones de la perrera, así iba viendo si alguno de sus perros o gatos habían encontrado hogar y a los nuevos que iban llegando, animales que pronto conocería. Por desgracia la balanza estaba muy descompensada: pocas fotos de perros felizmente adoptados, demasiados recién llegados. Los voluntarios y trabajadores tenían un grupo de whatsapp en el que se contaban novedades y se organizaban, pero en agosto estaba muy apagado. En esas andaba cuando Juan debió ver que estaba conectado y le escribió un mensaje privado por Facebook. Charlaron un poco, lo justo para comprobar que a ambos les iba bien y comentar que les quedaba poco antes de volver a Madrid. Juan llegaría un par de días antes que él. Martín había decidido no contar a nadie nada del bulto de Logan, pero se encontró diciéndoselo a Juan antes de despedirse. “No te preocupes antes de tiempo, no será nada” había dicho su amigo, dejándole con la misma sensación de desazón. De todas formas, ¿qué demonios esperaba que dijese? Nada iba a mitigar el miedo, la inquietud, hasta que tuviera unos resultados del veterinario en la mano descartando cualquier problema serio.

Miró el correo, un par de blogs que le gustaban que escribían sobre NBA y que también estaban bastante paraditos y volvió a Facebook. Entró directamente en el muro de Mal, que no había actualizado nada. Luego bajó distraído por el *timeline*, repartiendo algún ‘Me gusta’, cuando vio la foto que había subido Laura en la que se veían a varios de clase en la piscina municipal, todos convenientemente etiquetados. Estaban Luis, María, Laura (etiquetada aunque no visible, claramente la autora de la foto) e Iker, y en el extremo del grupo se encontraba Manu, con Carlos justo a su lado, sujetándola por la cintura. Tres tíos y tres tías. Sabía que Luis y María salían juntos desde la Navidad. ¿Los otros también estarían saliendo?. Quiso ampliar la foto, renegando por lo mucho que tardaba Facebook con aquella conexión gratuita. Sí, ahí estaba Manu. Sonreía feliz, bronceada en un bikini que Martín recordaba del verano anterior sobre el que llevaba una camiseta de tirantes. Y a su lado Carlos, agarrándola como si fuera suya. ¿Lo sería? El chico apretó los dientes, recordando la pelea, recuerdos que eran poco más que sensaciones: “maricón” usado como insulto, los gritos, el forcejeo, la oscuridad, la ceja abierta y palpitante, la sangre resbalando, el suelo rugoso... Podría haber sido peor, podría haber sido Alberto quien estuviera con ella. Y al pensar en eso recordó esta vez aquel día en la parcela, el día del rescate, la noche de la pelea. Apartó a Alberto de su mente mirando de nuevo a Carlos, que sujetaba a Manu mientras mostraba, feliz, los dientes. No podía creer que Manu tuviera algo con aquel otro gilipollas. También se negaba a pensar que su rabia fueran celos. No era celoso, no quería ser celoso. Su madre llevaba años diciéndole que los celos no llevan a ningún sitio, que ella nunca habría querido un hombre

celoso a su lado, que su padre no lo era, que los celos no son amor ni se le parecen. No podían ser celos porque además Martín tenía más que claro que no tenía ya nada con Manu. Lo habían dejado hacía tiempo y él tenía ahora a Mal, o al menos intentaba tenerla. El cabreo que sentía tenía que tener otra cosa. Ella sabía lo de la pelea, había visto cómo trataban a Juan. Claro que, ¿quién era Juan para ella? No habría cruzado más de una docena de frases con él en todo el instituto. Juan era amigo de Martín, de nadie más de la clase exceptuando tal vez a Laura. Y era amigo suyo desde hacía poco tiempo, precisamente por aquella bronca. Volvió a mirar la foto. Todos con sus mejores sonrisas. Sacudió la cabeza. Manu era lista, no podía haberse liado con semejante imbécil. “Cabrón, aléjate de ella, es una tía legal que se merece que la respeten y no acabar con un capullo como tú”, casi susurró.

Cerró la aplicación de Facebook y cogió otra patata, que se había quedado fría e incomedible. Justo lo que le hacía falta para terminar de estar de un humor de perros, una expresión a la que seguía sin encontrar sentido.

CAPÍTULO 46: Hay decisiones que se toman con las tripas

Llevaba sentado en esa silla toda la tarde. Primero solo, luego acompañado por sus primos y sus amigos, que habían ido llegando paulatinamente. Solo algunos se habían dejado caer por la caja para pedir un helado, unas patatas o una coca cola. Al McDonald's no le estaba resultando nada rentable aquella mesa en la que estaban.

– ¿Nos movemos? – preguntó por tercera vez. No parecía que hubiera mucho interés por levantar el culo. La mayoría estaban tan a gusto, a cubierto y con una temperatura estupenda, entre cháchara y bromas.

– Vale, pero... ¿dónde vamos? – planteó Marina.

Hubo un silencio que amenazó con convertirse de nuevo en islas de conversación y chanzas que les tendrían allí otra hora. Martín se negaba. Miró en el móvil la cartelera.

– ¿Vamos al cine? Ponen la de *Inside Out* cada hora –

– Es de dibujos, es una peli para críos – protestó Fernando.

– No seas paleta. Es Pixar que siempre hace cosas decentes. Y en Twitter dicen que mola – replicó Martín sintiéndose de nuevo el cinéfilo raro del grupo.

– Sí, ya, los mismos de *Toy Story* y *Cars*. Para ser dibujos están bien, pero ya superé mi fase de Buzz Lightyear y Rayo McQueen –

– El cine vale una pasta, para ver dibujos yo también paso – susurró Joan.

– Y además hay que coger el autobús para llegar o pegarse una panzada a caminar. Yo también paso – dicho lo cual, Álex se levantó para desaparecer rumbo al baño.

– Pues el que pasa de ir a Cimadevilla a beber soy yo. No estoy de humor – Estaba decidido a ir al cine, aunque fuera solo.

– A mí me parece bien lo del cine. También me apetece verla – dijo Blanca.

Al final se habían separado. Martín se había ido con las chicas al cine y Fernando, Álex y Joan se habían largado por ahí. Ya se buscarían luego en algún garito cerca de casa.

Tenían tiempo y decidieron caminar y dejar el autobús para la vuelta. Martín agradecía que Marina hubiera encajado tan bien su negativa a enrollarse con ella. Se la veía igual de relajada y directa que siempre, madura para sus quince años. Y estaba realmente guapa, con los vaqueros ceñidos y la coleta bamboleante. Por unos minutos Martín se planteó si no se habría equivocado, si tendría que haber aceptado un poco de diversión consentida y con fecha de caducidad con aquella chica tan segura de si misma. Probablemente había sido un idiota y cualquier otro en su situación no la habría rechazado. Cuando se sentaron a oscuras en la sala de cine, con sus brazos casi rozándose, estuvo a punto de extender la mano y coger la de ella. Eso habría bastado, lo sabía bien. Una caricia en la oscuridad y estaría hecho. El perfil de Marina, recortado contra la penumbra, no le recordaba al de Mal. Miraba a la pantalla y lo que allí se proyectaba iluminaba y ensombrecía su piel, sus ojos. Era hipnótico.

Finalmente no lo hizo, no sabría decir porqué. Tal vez porque algo en sus tripas le decía que se iba a acabar sintiendo peor consigo mismo. Como decía su madre, muchas veces las decisiones hay que tomarlas al final escuchando a tu estómago. Así que se dejó atrapar por aquella historia en la que mostraban que las emociones se hacen complejas según creces y los recuerdos alegres pueden acabar teñidos de una melancolía extrañamente reconfortante, como le pasaba cuando pensaba en momentos compartidos con su padre.

Les había gustado la película, a los cuatro. Tal vez a Begoña no tanto como al resto. Decía que todo el viaje de Alegría y Tristeza le resultaba un tanto cargante y que era una peli para niños más pequeños. Martín no estaba de acuerdo. Blanca se había emocionado tanto que incluso había llorando al final.

Acompañaron a Begoña a casa, que seguía teniendo un toque de queda absurdo a su edad y en verano, y luego se dirigieron a La Espicha, dónde los esperaba el resto.

– Mira, esa está buena y te mira mucho. Yo la conozco de los partidos, también se va para la universidad al año que viene. A Madrid, creo. ¿Te la presento? – propuso Joan señalando a una rubia de pelo rizado que reía con un par de amigas.

– Déjame de líos, anda – protestó Martín.

– Nada con Marina, nada con otras. ¡A ver si vas a ser maricón! – explotó entre risas Joan.

– ¡Tú eres gilipollas! – soltó Martín dando un paso para encararse a ese idiota. Al no haber ido al cine, era obvio que les sacaban demasiada ventaja bebiendo.

– ¡Vaya! Tranqui, tío. No te pongas así, que parece que va a ser verdad que lo eres. ¿Te cabreas porque he dado en el clavo? ¿Eres maricón? – dijo Joan riendo menos y sin retroceder.

Todo volvió. Vio a Juan. Vio los momentos de acoso en el patio, la pelea...

- ¡Eres imbécil del todo! ¿Te crees que lo que me cabrea es que me tome cualquiera por maricón? ¡Lo que me jode es que lo uses como un puto insulto! – bramó .

Respiró hondo para calmarse, pensando que la música, la gente que los rodeaba, le estaba ayudando bastante a lograrlo, pero deseando desaparecer de aquel sitio y perder de vista aquella compañía.

– Vamos, primo, que no es para tanto – dijo Fernando metiéndose en medio con tono conciliador y mirando a Martín con una sonrisa – Y tú, animal, deja a mi primín en paz, que lo que pasa es que tiene novia madrileña y quiere ser bueno – terminó dirigiéndose a Joan.

Martín clavó la vista primero en Fernando y luego en Blanca, que bailaba con Marina a pocos metros, ajena a aquella conversación. La que sabía guardar confidencias... Ahí estaba su hermano dejando claro que era incapaz de mantener la boca cerrada.

– Me voy – resopló Martín.

– ¿Te retiras tan pronto? – dijo su primo sacando el móvil para consultar la hora.

– Estoy cansado, y me siento algo raro –

– No hace falta que lo jures- repuso Fernando – ¿Pero por qué no te esperas media hora? Blanca y Marina se tienen que ir enseguida a casa, así las acompaños –

– No hay problema. Pero espero fuera, necesito respirar un poco –

En aquella ciudad, incluso en pleno agosto, por las noches hacía bastante rasca. Caminaron los tres encogidos y casi en silencio, con los oídos pitando por el volumen de la música dentro de La Espicha.

Dejaron primero a Marina en casa. Mejor así, para evitar tentaciones a deshora o malentendidos. En cuanto Martín se quedó solo con su prima se puso a pensar en cómo sacar el tema de su secreto a voces. Estaba muy molesto, no podía ignorarlo.

– No me has contado aún lo de la pelea. Y ya te queda poco tiempo por aquí – dijo ella ahorrándole el pensar como soltarlo.

– Ni lo voy a hacer. Te ha faltado tiempo para contarle a tu hermano lo de Mal – ladró él.

Blanca primero lo miró de hito en hito y luego furibunda.

– Mira que eres imbécil. Fuiste tú el que se lo soltó a Marina. Yo solo lo he confirmado cuando me preguntó, sin entrar en detalles. Habrá salido de ella –

– Vale – se limitó a decir él acelerando el paso.

– ¿Por eso has estado tan extraño al final? No me lo puedo creer – dijo ella sacudiendo la cabeza.

Martín se limitó a seguir avanzando. Ya estaban al lado del portal de sus tíos.

– ¿Vas a seguir sin hablarme los pocos días que te quedan? – planteó ella al fin, con un tono dulce muy distinto al anterior y rindiéndose al usarlo.

– No, ya se me pasará- consiguió decir Martín sin que pareciera que andaba endemoniado.

Poco mas tarde estaba solo ante la puerta de casa. Giró la llave con todo el cuidado del mundo. Su madre y su abuela dormían. Logan estaba bailando de alegría frente a la puerta desde el mismo instante en que oyó accionarse el ascensor.

No le hacía falta otro paseo, pero el chico decidió dárselo.

– Vamos Logan, nos vendrá bien a los dos – llamó al viejo pitbull en voz baja.

No cogió ni correa, ni bozal. A aquellas horas no tendrían que encontrarse con nadie. A aquellas horas era más fácil echar de menos todo lo que le aguardaba en casa: la gente y los animales de la protectora, los gatitos filósofos, Juan, la universidad y por supuesto a Mal. Si es que ella le estaba esperando, claro.

CAPÍTULO 47: Aquello era lo que significaba estar despierto

Aquello era como viajar del otoño al verano, retroceder una estación entera en el tiempo simplemente con rodar unas tres horas en coche, puede que menos. Gijón había amanecido gris y pidiendo chaqueta, aunque según su abuela la mañana abriría y tendrían día de playa. Llovía sin fuerza pero sin parar en el puerto de los túneles, como llamaba Martín desde que era un niño muy pequeño al trayecto ascendente y con curvas, entre bosques y montes, que les sacaba de Asturias. Al atravesar el negrón aparecieron en León con un clima y un paisaje completamente diferente. Allí se veía por todas partes el gris de las montañas, la lluvia había cesado y el sol quería asomar entre nubes. Las verdes montañas asturianas siempre le habían parecido formaciones jóvenes, y las leonesas, de piedra visible, venerables ancianas. Ahora recorrían la meseta castellana, campos dorados a ambos lados de la carretera, cielos de un azul interminable y un sol de justicia que arremetió sobre ellos cuando abandonaron el habitáculo climatizado del coche para estirar las piernas, echar gasolina, que Logan hiciese un pis y bebiese y para tomar un café y una coca cola en una estación de servicio en algún punto indeterminado de Valladolid. Le apenaba dejar atrás las montañas verdes y el mar, despedirse de sus primos hasta el año siguiente, pero aquella enorme extensión de tierra llana bajo el sol abrasador también le parecía hermosa. Y tenía ganas de volver a verse en casa, en su habitación, de visitar la protectora y ver cómo estaban los perros, de encontrarse con Juan, Andrés y el resto, de comenzar de una vez la universidad tras hacer los papeleos. Y de estar con ella, claro. Si es que ella quería estar con él.

Recordó las últimas palabras que le había dedicado: “Necesito ver todo esto en perspectiva. Probablemente tú también, aunque ahora no lo creas. Vete y vuelve. ¡Eh, Mastín! Son solo tres semanas. Y he dicho que vuelvas a mí”.

Desde luego había tenido esas tres semanas para verlo en perspectiva. Apenas habían intercambiado unos pocos mensajes. No habían hablado. Martín había respetado su necesidad de espacio y distancia. Esas tres semanas le habían ayudado a ver que seguía queriendo estar con ella, más incluso que antes. Había podido liarse con otras, pero no había querido hacerlo. Su cuerpo parecía rechazar otro contacto que no fuese el de Mal. Su “amor imposible”, como decía su prima metiéndose con él. Tenía que reconocer que también había aprendido que podía estar sin ella y pasarlo bien, que tal vez eso significaba que podría acostumbrarse y ser

feliz si lo que ella había decidido a lo largo de esos veintitrés días es que lo suyo no tenía sentido y quería cortar definitivamente. De ser así, ahora sabía que sobreviviría.

El chico sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en el paisaje. No quería siquiera pensar en esa posibilidad. Si se encontraba con aquello, ya vería cómo reaccionaría.

La carretera iba ganando en curvas y árboles. Ahora a los lados se veían explotaciones ganaderas. Vacas destinadas al consumo de carne, muy distintas de las del norte del que venían. También caballos. Pronto entrarían en Madrid.

Habían salido por la mañana, tras desayunar sin prisa, despedirse de la abuela, los tíos y los primos y asegurarse de que se llevaban todo, incluidos huevos, bastantes kilos de fruta, verdura y fabes. Miró el reloj en el salpicadero del coche y calculó que llegarían sobre las tres o tres y media. Hora de comer, si no fuera porque se había zampado un bocadillo y un bolsa de patatas en el coche y no tenía ni pizca de hambre.

– Tal vez el año que viene pueda ayudarte haciendo la mitad del viaje – dijo Martín por romper el silencio, cómodo pero ya demasiado prolongado.

– No cantes victoria tan pronto. Primero tienes que tener el carné, que no es barato ni tan fácil de aprobar. Yo el teórico lo saqué a la primera, pero el práctico me costó tres intentos. Y si estás muy verde tal vez no sea recomendable que conduzcas varias horas por autovía –

– ¿Eso que dices significa que podré sacarme el carné de conducir este año? –

Su madre le dedicó una sonrisa rápida.

– Eso significa que tendremos que echar cuentas y ya veremos. Si podemos me parece bien, que viene bien tenerlo y más adelante tal vez tengas menos tiempo. Pero no es seguro, no te montes películas, que tenemos que mirarlo. Y olvídate de tener otro coche, que no imaginas lo que cuesta entre impuestos, revisiones y combustible. Yo no lo tuve mientras me saqué la carrera y no pasó nada –

– Me parece bien mamá. Y puedo buscar algún curro para pagarlo, lo que sea –

– Tú de momento céntrate en tu primer año de Historia y si te va bien, ya veremos –

Conducir. Al fin...

– Por cierto... – añadió al rato su madre en un tono de voz diferente, algo vacilante – David me está insistiendo en que nos vayamos el próximo fin de semana juntos a Burgos, a un hotel que conoce y está muy bien. Serían solo tres días, pero no lo tengo claro –

Martín se quedó mirando a su madre, dándose cuenta por primera vez de que para ella aquellas tres semanas también habían supuesto estar alejada de aquel tipo con el que la había pillado, al que le costaba aceptar con naturalidad pese a que el pobre hombre había hecho todo lo necesario para granjearse sus simpatías. Se percató de que no había sido solo él el que había estado solo allá en el norte. ¿Habría su madre impuesto como Mal unas semanas de alejamiento para verlo todo en perspectiva?. ¿Estaba su madre pidiéndole permiso, o al menos opinión? ¿Lo habría estado echando de menos igual que él a Mal? Cerró con fuerza un instante los párpados antes de contestar de la forma más animada que pudo.

– Pues si no lo tienes claro, que no sea por mí. A mí me parece bien lo que hagas y que estés con él. Si tú quieres claro – terminó con una vaga esperanza de que no quisiera, algo que sabía egoísta y quiso acallar.

- Creo que sí, que quiero – contestó dubitativa, probablemente más por la reacción de su hijo que porque tuviera dudas sobre lo que deseaba hacer – Pero no me gusta la idea de dejarte solo –

El chico suspiró elevando la vista muy pocos centímetros, hasta el techo gris del coche.

– Tengo ya dieciocho años, por favor mamá. No tienes de qué preocuparte. Me limitaré a montar una fiesta en casa de las que dejan todo tipo de manchas por las paredes, pero estaré bien – terminó bromeando.

Su madre soltó una carcajada.

- Bueno, ya veremos también que pasa con ese fin de semana.

- ¿Ya veremos otra vez? Deberías tatuarte esa frase –

- Oye Martín – lo llamó para mirarle mientras terminaba con una sonrisa y una última palabra – Gracias –

Ya habían subido todas las maletas, avisado a la abuela y los tíos que habían llegado a casa de una pieza, colocado en la nevera casi vacía las viandas que habían traído, activado el agua caliente, puesto una lavadora, colocado la cama de Logan, llenado su cuenco de agua fresca y subido un poco las persianas. Ahora descansaban en el sofá, acompañados por el tenue zumbido del aire acondicionado.

Martín miró a su madre, que tenía toda la pinta de ir a quedarse dormida de un momento a otro. Logan hacía un buen rato que roncaba feliz en su colchoneta. Se preguntó qué haría él a continuación. No tenía sueño, tampoco muchas ganas de seguir cambiando de canal. Lo que no podía quitarse de la cabeza es que Mal tal vez estaba en casa, apenas a una docena de zancadas de distancia. Estaba deseando bajar a verla, comprobar de una vez a qué podía atenerse respecto a ella. ¿Debía bajar ya? ¿Debía esperar a que subiera?

Logró esperar casi una hora. Pasando de estúpidos programas de subastas a documentales históricos (se sentía algo obligado a verlos dado lo que iba a estudiar) y fragmentos de esforzados ciclistas cuesta arriba. Finalmente apagó la tele, dejó a su madre dormida y al pitbull con los ojos entrecerrados y decidido a no moverse si no le veía coger la correa; reunió todo el valor que pudo y se plantó en medio minuto ante la puerta de su vecina.

Recordaba perfectamente todos sus rasgos, sabía bien lo mucho que le gustaba casi desde el primer día, pero cuando abrió la puerta y la tuvo de nuevo al alcance de su mano quedó deslumbrado. Por un instante se quedó sin aliento, intentando no perderse un solo detalle. Estaba más morena, se había cortado un poco el pelo, iba descalza, con un viejo vestido de tirantes, y desplegaba una sonrisa franca, de felicidad genuina, que sintió que se le contagiaba al instante.

– Me alegra que hayas vuelto Mastín –

Tuvo que hacer uso de todas sus fuerzas para no lanzarse a abrazarla, a besarla. Se limitó a quedarse allí, como un pasmarote encantado al otro lado del umbral, hasta que Trancos logró asomar medio cuerpo para apretar su cabeza contra su mano, a la manera silenciosa y delicada que tenía aquel galgo de dar la bienvenida y reclamar atención. El chico agradeció la interrupción del perro, acariciándolo inmediatamente.

– ¿Qué tal están nuestros gatitos filósofos? – habló él al fin, moviéndose por territorio seguro.

– Enormes. Y hechos unos gamberros. Has vuelto justo a tiempo para despedirte de Platón y Sócrates. Han tenido suerte, los van a adoptar juntos una pareja joven. Querían solo a Sócrates, pero les he convencido de que es mejor que se llevaran a dos hermanos bien avenidos. Se harán compañía y entre tener un gato o dos, no hay mucha diferencia –

– Me alegro, me he acordado mucho de ellos, tenía muchas ganas de verles – dijo Martín. Y ambos supieron que no solo se refería a los cachorros.

– Ven, pasa – dijo ella cogiéndole de la mano y tirando de él hacia el salón. Pero fue Mastín el que, dejándose llevar por un impulso, tiró de ella y la hizo acercarse hasta tenerla justo frente a él. Entonces, sin pensar, con mucha delicadeza, se inclinó y la besó. No le importó lo más mínimo que pudiera verles algún vecino. En aquel momento no le hubiera importado tener un pelotón de fusilamiento a su espalda. Cuando notó que ella se ponía de puntillas para devolverle el beso y que rodeaba su cuello con sus brazos, las últimas tres semanas pasaron a ocupar un lugar en su universo particular de sueños. Aquello era lo que significaba estar despierto.

CAPÍTULO 48: antes o después, habrá que hablar en serio

Lo recordaban. Habían pasado tres semanas, pero no se habían olvidado de él. Miradas de reconocimiento, alegría desbordante, confianza tímida, coletazos entusiastas y lenguas al vuelo. No le habían olvidado. Él tampoco a ellos. Nada más entrar en la protectora y comenzar a recorrer los pasillos que dividían los cheniles le dio la impresión de que todo lo vivido en Asturias había sido, un tiempo extraño en un lugar irreal.

Aquello era la realidad. El olor a perro, los ladridos y los pelos pegados por todas partes.

También su pequeño dormitorio, el calor que aplastaba aquella ciudad de ladrillo visto, asfalto y hormigón, Juan frente a la consola, las risas de Andrés y el calor que irradiaba y generaba en él el cuerpo de Mal.

Mal. Aún no habían hablado durante los escasos cuatro días que llevaba en Madrid. Ella no se había decidido a hacerlo y él no se atrevía. Era la misma, pero también distinta. La notaba serena, segura y un puntito más triste. Por lo demás todo seguía igual que antes: se buscaban a escondidas de los demás, en cuanto se notaban libres de miradas indiscretas se les escapaban las manos y las bocas. No hablaban de ellos, ni de lo que habían hecho mientras estaban separados. Tampoco del futuro. Lo hacían de los inquilinos y los voluntarios de la protectora, de almas grises que abandonaban, maltrataban o se negaban a adoptar cualquier cosa que no fuese un animal de una raza de moda. Hablaban también de los gatos filósofos, de series de televisión, de qué países les gustaría conocer, de si tenían o no cosquillas y de si pedirían una pizza para comer o cocinarían algo rápido. Hablaban en el coche, camino a la protectora, paseando a Trancos y a Logan y tumbados a medio vestir en el viejo sofá de ella. Pero no decía una palabra sobre lo que tenían pendiente.

– Antes o después tendréis que hablar en serio y aclarar las cosas – le había dicho Juan la tarde anterior, poniendo en pausa el *Splinter Cell*. Martín sabía que tenía razón. Veía a Sam Fisher congelado en su uniforme de combate y sabía que él también estaba en suspensión, como el personaje del videojuego.

– Mejor que sea después. Después de tirársela. ¡Que tienes dieciocho años ya tronco, no sé a qué demonios esperas!. ¿Quieres batir algún récord? – había apuntado Andrés mientras entraba en el salón con un vaso de coca cola en el que tintineaban los hielos. Le había contado

justo el día antes lo suyo con Mal; cada vez más gente era consciente de su “amor imposible”, que diría su prima.

Martín había ignorado el comentario de Andrés. Llevaba igual desde que tenían trece años. No es que no quisiera llegar hasta el final de una vez, por supuesto que sí, pero pasaba de ir por el mundo pareciendo un adolescente salido por mucho que sí lo fuera.

– No os preocupéis, que de batir ese récord ya me encargo yo – bromeó Juan con tono resignado, levantándose luego para hacer que Fisher pasara de congelado a inexistente, poner el FIFA y que los tres pudieran echar una liguilla.

No se atrevería a decir que Juan y Andres fueran amigos, por mucho que llevaron en la misma clase desde que eran unos críos. Tampoco que llegarían a serlo alguna vez. Martín era el pegamento que los mantenía charlando y tirándose puyas amables; pero aunque lo suyo no fuera realmente amistad, eran perfectamente capaces de pasarlo bien los tres juntos.

Martín había dejado que ambos cogieran los mandos. Hundido en el sofá, mirándolos jugar sobre el césped virtual, había llegado a la misma conclusión. Sí, tendrían que hablar en serio. Era cierto. Pero tampoco había tanta prisa. O siendo sincero, había demasiado miedo.

No quedaba mucho para que terminase agosto, para iniciar por primera vez las clases en la universidad, pero mientras siguiera ocioso no tenía mejor plan por las mañanas que acercarse a la protectora a echar una mano. Algunos días, aquellos en los que su turno en la tienda se lo permitía, Mal lo acompañaba. Otras mañanas, como aquella, iba solo, en bicicleta.

Había sido un día intenso, pero no se atrevería a llamarlo duro. Habían soltado a los perros y jugado un rato con ellos, limpiado cheniles, puesto la comida, dado medicación... “Me voy a acostumbrar a tenerte por aquí todos los días ayudando y luego, cuando no estés, me voy a arrepentir”, le había dicho Miguel.

El verano era complicado: muchas camadas, muchos abandonos, ninguna adopción y pocas manos. La tormenta perfecta. El remate había venido con la forma de una podenquita a la que encontraron famélica, llena de bichos y con las dos patas de atrás fracturadas, en una de ellas incluso asomaba el hueso. La habían podido operar y, casi con toda seguridad, podría hacer una vida normal. El problema era el dinero que había costado la operación. Pese a que la

veterinaria les ajustaba el precio a costes, seguía siendo bastante elevado. El Facebook de la protectora estaba lleno de imágenes de la perrita, de un precioso canela dorado y ojos casi verdes, pidiendo donaciones para cubrir ese gasto extraordinario. Habían conseguido muchos ‘me gusta’ y muchos comentarios de lástima, pero poco dinero. Martín ya había donado parte de sus míseros ahorros. Total, con Mal tampoco se gastaba dinero yendo al cine o a tomar algo o cenar por ahí. No podían verlos juntos. Laura se enfadaba mucho y despotricaba de “esos animalistas de salón que lavan su conciencia compartiendo una publicación del muro”. Al chico no le cabreaba aquello. Claro que hubiera preferido que hubiera más donaciones, mas gente dispuesta a acoger en sus casas cachorros, animales mayores o convalecientes, que se hicieran socios o voluntarios. Pero al menos esa gente mal no hacía y además ayudaba a crear algo de conciencia animalista y tal vez lograr alguna donación de uno de sus contactos. Una vez que lo había comentado en alto, Laura le había dicho que llevaba poco tiempo en las trincheras de la protección animal, que cuando pasara un tiempo ya vería si le quemaba o no esa actitud de tantos. Pero Mal no era así, no despotricaba de ese ejército de “animalistas de salón” y llevaba varios años ya en ese tema. Claro que Mal tenía mucha paciencia y mano con la gente. Por eso era ella la que solía tratar con los que acudían a adoptar o traían algún animal.

– Nos han visto – anunció ella en cuanto Martín cruzó su umbral. Acababa de llegar de trabajar, aun llevaba la ropa de la tienda, más formal de lo que ella se sentía a gusto poniéndose.

– ¿Qué dices? ¿Quién? –

– Ernesto nos ha visto. Anoche, entrando en el portal. Besándonos –

– ¿Cómo lo sabes? – preguntó Martín recordando al imbécil del bajo, pagado de si mismo e incapaz de dedicar a nadie un gesto amable.

– Lo sé porque ha venido a contármelo. Y también me ha dicho que piensa ir a decírselo a tu madre. ¡Ah! Y que no tengo vergüenza liándome con un niño siendo una mujer hecha y derecha –

– ¡Qué hijo de puta! – gruñó Martín. Sentía la rabia incandescente, esa vieja conocida, adueñándose de él.

– ¡Eh, Mastín! Cálmate. Sí, es un gilipollas, pero ya lo sabíamos. No es el fin del mundo. y a fin de cuentas es culpa nuestra, nos hemos confiado, nos hemos vuelto descuidados – Mal se sentó en su sofá y propinó un par de palmaditas al cojín que tenía a su izquierda para que también él tomase asiento.

– Probablemente no diga nada, solo vino a amenazar y meter mierda. Pero tal vez sería buena idea que hablastes con tu madre, mejor que se entere por ti y no por ese imbécil –

Martín suspiró. Tal vez había llegado el momento de aclarar las cosas.

– Y luego está el hecho de que no sé qué contar a mi madre. ¿Qué es lo que tenemos Mal? ¿Contárselo a mi madre hará que dejemos de escondernos también para los demás? ¿Qué es todo esto? ¿En estas dos semanas has decidido algo? – preguntó mostrando las palmas de las manos, abarcando a ambos y a la habitación en la que estaban, con el estómago convertido en piedra.

Mal se acercó aún más a él, posó la palma de su mano sobre su rostro mal afeitado y le besó con ternura.

– Ahora estamos juntos – susurró en su oído – Y ahora no importa el mañana. Es la conclusión a la que yo he llegado – añadió mordiendo con delicadeza el lóbulo de su oreja y poniendo a dormir todas sus preocupaciones.

Capítulo 49: malas noticias

Logan siempre se alegraba cuando les veía coger la correa. Daban igual sus años, que pareciera permanentemente cansado y deseoso de tumbarse a dormir, la correa significaba salir a la calle, olisquear, marcar y pasear a su lado, y durante unos instantes reaparecía el vigoroso perro al que era imposible cansar y siempre estaba dispuesto a jugar. Ya en la portal el alborozo daba paso a una tranquila satisfacción, salvo que enfilaran la calle de la clínica veterinaria.

– Ya se ha dado cuenta de a dónde vamos – dijo su madre mirando al viejo pitbull, que había puesto cara de circunstancias. Martín sabía bien que los perros podían sonreír, pero también que eran capaces de mostrar lo que su abuela llamada “resignación cristiana”. Y no solo con el rostro, se expresaban con todo su cuerpo mejor que cualquier ser humano por muchos Oscars que tuviese en su cuarto de baño.

Martín entendía a Logan, también él estaba intranquilo, aunque sus motivos eran distintos. El chico no tenía miedo de que el veterinario le hiciera daño, lo que temía eran las noticias que podía darles. Ese bulto de la mandíbula no le había gustado nada cuando lo había examinado el día siguiente a volver de vacaciones.

Entraron en la clínica forzando a un Logan que pasó a regañadientes. Les tocaba esperar un poco y se sentaron en las viejas sillas de plástico de la sala de espera, frente a ellos tenían a una pareja joven con un cachorrillo de tamaño pequeño que tiraba como loco de la correa para acercarse a saludar a Logan, que lo ignoraba cordialmente. En otras circunstancias el pitbull blanco y negro le habría recibido encantado; le gustaban mucho los perros pequeños, pero la combinación de calor, edad y veterinario no era la mejor. En cualquier caso la chica que sujetaba al perrillo no parecía tener mucha intención de dejarlo acercarse.

– No hace nada, es muy bueno – apuntó su madre, consciente igual que él de que se encontraban ante un caso de terror de nuevo propietario ante perro de raza potencialmente peligrosa, aunque ese perro fuese el equivalente a un nonagenario somnoliento. La chica dudó, pero finalmente soltó correa para permitir que el cachorro se acercase a Logan, haciendo un perfecto despliegue de señales de calma y sumisión.

– Es que es muy pesado, quiere jugar a todas horas y con todo el mundo – dijo ella

– Bueno, es normal, es un cachorro – dijo Martín.

– Ya, y además es un jack russell terrier, que son todo energía – añadió la chica sonriendo. Tenía un rostro agradable, con hoyuelos. Era algo mayor que Manu, tal vez tenía unos treinta años, y llevaba un vestido veraniego que llenaba generosamente. Su novio o su marido, o lo que fuera, seguía enfrascado en su móvil, ajeno voluntariamente a todo aquello.

– Logan también era incansable, pero ahora ya es muy mayor y no tiene muchas ganas de jugar – explicó su madre.

– Además, no le gusta demasiado estar en el veterinario – añadió Martín.

– A Jack tampoco, aunque no es que lo conozca mucho. Venimos por las vacunas –

– ¿Se llama Jack? –

– Sí, como la raza. No me compliqué mucho la existencia, ¿verdad? – rió ella – Es una raza que me encanta. Antes tuvimos un mini pincher. Era muy gracioso, muy chiquitín, con unas patitas que eran como lapiceros. El pobrecito se murió. Bueno, le dormimos, no nos quedó más remedio. Lloré muchísimo. Tenía la enfermedad de Von-nosequé, que es típica de su raza, que hacía que no generase suficientes plaquetas. En fin... Estuve leyendo mucho sobre razas pequeñas y con pelo corto que son como más me gustan y vi que el Jack Russell era una raza muy robusta, me acabé de decidir porque no quería llevarme otra vez un berrinche –

– En realidad los más robustos son los mestizos – soltó Martín notando la mirada de reprobación de su madre, que intuía que iba a soltar su discurso a favor de la adopción – espero que Logan viva muchos años con nosotros, todos los posibles, pero el siguiente perro que tenga lo adoptaré en una protectora –

– Mmmm. Sí, es una opción imagino. Yo es que tenía tan claro que quería un cachorro de esta raza para poder educarlo yo –

– ¡Ah, sabe educar perros! Genial. Tal vez pueda hacerle unas consultas sobre Logan, que tiene algunos comportamientos que querríamos corregir – lanzó Martín notando que la mirada de su madre le traspasaba y recordando que la chica de los hoyuelos había sido incapaz de saber que Logan no era ninguna amenaza cuando su cachorro había querido acercarse, lo que indicaba la poca idea que tenía. Recordando también a todos los ocupantes de la protectora,

con escasas posibilidades de conseguir un hogar y sintiendo que la rabia comenzaba a hervir en su interior. Precisamente los cachorros eran los que escondían más retos, los que necesitaban a dueños más capacitados.

– Bueno, tampoco es que sea una experta... –

– Entonces tal vez le hubiera venido mejor adoptar un perro adulto y ya educado de una protectora, que los cachorros por mucho que se lean libritos de raza no se sabe cómo pueden salir y... –

– ¡Martín! – le interrumpió con dureza su madre. La pareja de la chica con hoyuelos levantó la vista del teléfono para mirarle a los ojos, serio pero sin ninguna expresión definida. Intuyó lío, se preparó para afrontarlo y le salvó la llegada del veterinario acompañando a una mujer de unos cincuenta años que portaba con esfuerzo el traspontín de un gato.

– Ya podéis pasar – dijo a la pareja del jack russell tras saludar a Martín y a su madre con un parco movimiento de cabeza.

Podría haberle llevado a la veterinaria de la protectora, pero llevaban acudiendo a aquella consulta toda la vida y estaban contentos con su profesionalidad, su trato y el precio que tenía. No era un tipo muy hablador, pero tanto Martín como su madre confiaban en él. Logan no había conocido otro veterinario.

– No puedes estar soltándoles charlas a todos los que hayan comprado un perro o se hayan comportado de cualquier forma que a ti no te encaje –

– Hombre, la verdad es que poder, sí que puedo –

– No, no es verdad. No puedes ir por la vida en plan palizas. ¿Te recuerdo que tu padre y yo compramos un beagle cuando nos casamos? No éramos muy distintos a esa pareja –

– Y os hubiera dicho lo mismo si os hubiera conocido –

Su madre miró al techo con los ojos en blanco. – ¡Con lo mono que eras a los seis años! Podías haberte quedado ahí –

– ¿No pudiendo quedarme solo en casa ni ir solito al colegio? ¿Poniéndome la mitad de la ropa con las etiquetas por fuera y sin poder bajar a pasear a Logan? No creo que lo desees en serio

– bromeó él para quitar hierro al asunto del jack rusell. Funcionó, su madre resopló una risita y le dejó en paz. Le dejó de nuevo carcomiéndose por lo que el veterinario les diría en breve de aquel jodido bulto.

– Bueno, es maligno – dijo el veterinario sin andarse con rodeos en cuanto le acompañaron al interior de su consulta.

Fue oír “maligno” y el estómago de Martín se convirtió en una piedra. No se atrevió a decir nada, a preguntar nada. Su madre tampoco, aparentemente estaba igual de paralizada que su hijo. Por suerte el veterinario retomó su discurso enseguida. Tenía los resultados del análisis y también la radiografía que le habían hecho. Era maligno y tenía comprometido el hueso de la mandíbula, pero muy poco, menos de lo que le había parecido a simple vista por el tamaño del bulto. Martín observó la zona que el veterinario señalaba como claramente afectada y asentía como si realmente fuera capaz de distinguir algo. La buena noticia era que Logan estaba de buen humor, comía y bebía sin problemas, sin dolor. El tumor no estaba afectándole de ninguna manera.

– La única manera de eliminar el tumor sería quitándole la mandíbula inferior, y eso es una barbaridad en un perro de su edad. No tiene ningún sentido –

– ¿Qué podemos hacer entonces? – preguntó Martín.

– Poco. Iremos controlando mes a mes su evolución. Si empieza a dar problemas, a afectarle, pues iremos viendo qué medidas tomar. Esperemos que no llegue a dar guerra –

– Al ser tan mayor quizás evolucione más despacio, ¿verdad? – dijo esperanzada su madre.

– Bueno, en los animales no funciona exactamente así – les dijo el veterinario con una sonrisa.

Salieron en silencio de la consulta, digiriendo las malas noticias, tras un Logan que tiraba de la correa feliz por salir de aquel sitio indemne.

– Es muy mayor, hace tiempo que sabemos que antes o después nos iba a dar un susto como decía la abuela. Y esto no tiene porqué afectarle, ya lo has oído, solo hay que controlarlo cada mes –

– Ya lo sé mamá –

– Pero no está de más que nos vayamos mentalizando de que puede que no le quede mucho tiempo con nosotros – añadió con suavidad.

– Llevamos tiempo sabiendo que es mayor, mentalizándonos, pero no sé si eso servirá de algo cuando llegue el momento. En cualquier caso no me apetece demasiado pensar en ello. Logan está bien, está aquí con nosotros, y eso es lo único que importa – dijo el chico deteniéndose para que el pitbull marcara una farola.

Su madre sacudió la cabeza. – La verdad es que ahora no sé si me apetece irme con David este fin de semana –

– Vete mamá, no te preocupes. Pásalo bien. No va a cambiar nada. Logan y yo estaremos perfectamente

– Te veo con muchas ganas de perderme de vista – sonrió ella mientras sacaba las llaves de su bolso gigante en el que encontrar cualquier cosa llevaba un par de minutos para abrir la puerta del portal – A saber qué tendrás preparado –

– Ya te lo dije, una fiesta por todo lo alto – bromeó él.

En ese momento se abrió la puerta y asomó Ernesto, el del bajo. Salió a la calle sin saludar, pero no sin lanzar antes una mirada cargada de intención a Martín, que se esforzó por no apartar la vista y endurecer el gesto.

– Ese tipo es cada vez más imbécil – sentenció su madre al entrar en el ascensor. Martín no tenía nada que objetar a eso.

Mal se estaba preparando para ir a trabajar, iba de acá para allá, arreglándose y metiendo cosas en el bolso. Martín la observaba ir y venir desde el viejo sofá. No le había dicho nada del tumor de Logan, no sabía bien por qué. Tal vez porque no dándole importancia, no acordándose de él, era en parte como si no existiera.

– Aún no ha dicho nada, pero se le ven las ganas. Tenías que ver la miradita que me ha lanzado en el portal – dijo Martín acariciando a Aristóteles, que ronroneaba medio dormido en su

regazo. Era su favorito, tenía que lograr como fuera que se quedase con él en casa. Y también con Hipatia, que en ese momento jugaba con la cola de Trancos. El enorme galgo tenía una paciencia infinita con los gatitos. Kant, que era un pequeño terrorista peludo, se agazapaba tras un cojín dispuesto a saltar sobre su otra mano. Tenía las manos surcadas de pequeños arañazos, y eso que estaba siguiendo los consejos de Mal de no jugar con ellos con las manos; siempre empleaba juguetes o bolitas de papel albal, Mal tenía la casa llena de esas pelotitas plateadas.

La chica se sentó a su lado, frustrando el ataque sorpresa del gatito. Le colocó la palma de la mano sobre la mejilla sin afeitar – No quiero causarte problemas con tu madre Mastín, es lo último que pretendo – Él notó que aquello realmente la preocupaba, vio en sus ojos la sombra de la duda, la notó recordando la diferencia de edad entre ellos y todo lo que podría suponer. Lo vio tan claro que tuvo la necesidad de detenerlo cuanto antes.

Martín la besó. Fue rozar sus labios suaves y el mundo desapareció con todos sus problemas. Ella era la única capaz de lograr que todo salvo el hecho de estar juntos dejara de importar. Una magia extraña convertía todo el universo en solo él y ella. Mal pasó de estar a su lado a sentarse a horcajadas sobre él, intensificando sus caricias. Martín notó que su respiración se aceleraba. Las manos se deslizaron bajo la ropa, los labios sobre el cuello delicado de ella y ambos empezaron a moverse rítmicamente. Entonces ella suspiró y se apartó. Se puso de pie y se colocó la ropa, mirándolo con el rostro encendido y los ojos brillantes.

– Tengo que irme corriendo o llegaré tarde. Y me tendré que maquillar de nuevo. En la tienda les gusta vernos pintadas como si fuésemos de boda –

Se inclinó para darle un beso rápido de despedida.

– Cierra con llave cuando salgas – pidió antes de desaparecer en el baño.

Martín se quedó allí, sentado, recuperando el aliento y la cordura. Daba igual que su madre se enterase y no lo aprobara, daba igual que nadie lo supiera, que nadie lo entendiese. Daba igual todo con tal de poder estar de nuevo junto a Mal.

Capítulo 50: ya era hora de saltar

Juan apartó la vista del partido que estaban desarrollando en la televisión para mirar fugazmente a su amigo. – Vas a tener que contárselo, me da que no te queda otra –

– No estoy tan seguro, no es el momento. Estoy convencido de que no le iba a gustar nada y no me apetece que me sermoneen. Lo he hablado con Mal, tampoco creo que el imbécil del bajo se atreva a abrir la boca. Una cosa es amenazar con que va a contárselo a mi madre y otra muy distinta es pegar el timbrazo y hacerlo –

– No sé tío, existe la posibilidad. Mejor que se entere por ti y no por el vecino que le deja las bragas que se le caen al patio colgadas del pomo de la puerta. Tu madre no parece precisamente un ogro y estáis siendo de lo más formalito, digo yo que lo entenderá –

Martín sacudió la cabeza. – Además, contárselo a mi madre supondría hacerlo público en cierto modo. Aún es pronto –

Juan de repente pareció muy enfadado. Detuvo el videojuego y se irguió en el sofá, con el ceño fruncido y la voz cortante.

– ¿Aún es pronto? ¿Y tienes alguna pista de cuándo cambiarán las cosas? No sé a qué está jugando tu amiga Mal, primero no quiere nada, luego sí pero a escondidas, luego quiere tiempo para pensarlo, después todo sigue como antes de haberlo pensado... No se aclara –

– Es complicado... – objetó el chico.

– ¡Y una mierda es complicado! Vale, hay nueve años de diferencia. ¡¿Y qué?! –

– No son nueve, ahora son ocho – lo interrumpió Martín.

– Me da igual. Como si son doce. No es el fin del mundo, que tú ya eres mayorcito, no es como si tuvieras catorce. No va a presentarse la Policía –

– Sí que es complicado. Ella está en la universidad, lleva años currando y vive sola. Yo hasta hace dos semanas no podía votar ni sacarme el carné de conducir. Hasta hace nada estaba en el instituto. En poco tiempo será distinto, pero ahora... es complicado – repitió.

– ¡Ya! Y como era complicado estuvisteis sin hablaros casi todo agosto por decisión de ella. Vuelves de Asturias y nada ha cambiado. Secretismo absoluto igual que antes. Ella dice ven y tú lo dejas todo, como uno de esos perritos que cuidáis. ¡Haz el favor de no repetir más que es complicado! –

Martín no entendía porqué el pacífico Juan se alteraba tanto. Se estaba arrepintiendo de haber sido sincero con él en todo lo que atañía a Mal. Lo había hecho porque necesitaba compartirlo con alguien, pero no esperaba que ese alguien se pusiera en ese plan. En ese momento se debatía entre el cariño que tenía a su amigo y la rabia que notaba expandiéndose por su estómago por tener que aguantar de él una charla en ese tono. Con lo del perrito se había pasado de la raya. Apretó los dientes para serenarse.

– ¿Me quieres decir qué es lo que tenéis? No es estar saliendo. Ni siquiera es por el sexo. Si fuera así, al menos eso te llevarías. A veces creo que está jugando contigo, como si fueras un pasatiempo. O que ella misma no tiene ni puta idea de qué demonios quiere de ti. ¿Hasta cuándo vas a seguir así? – Juan se había alterado demasiado, se detuvo un momento y luego continuó bajando la voz – yo lo tendría clarísimo si estuviera con alguien como tú –

Martín parpadeó, dudando si había oído lo que creía haber oído. Finalmente contestó obviando esa última parte en el tono más calmado que pudo.

– No está jugando conmigo, no soy ningún pasatiempo –

– ¿Y qué es ella para ti? Mucho más de lo que tú eres para ella. Estás encoñado y no ves lo que realmente pasa. Y también estás insoportable, que lo sepas. Por ejemplo, eso que me contaste que le dijiste a la chica que estaba en el veterinario no era justo con ella, no la conocías como para juzgarla y ser tan borde con ella solo por haber comprado... –

– ¡Joder, Juan, para ya! – Martín lanzó el mando contra el sofá, agotada toda su paciencia, pero calculando que cayera en blando. Ya había tenido bastante, pero no estaba tan cabreado como para romper algo que costaba más dinero del que en esos momentos tenía. Casi sí, pero no tanto. Agarró el móvil de un zarpazo y se dirigió a zancadas hacia la puerta de la calle. Juan no se molestó en intentar detenerlo.

El cachorro de mastín tenía ya un tamaño considerable. Seguía siendo tímido, el miedo permanecía, pero había mejorado considerablemente. Volvía a confiar en la gente, aunque aún se encogía sumiso si levantabas la mano o la voz de manera imprevista en su presencia. Podría ser un estupendo compañero para cualquiera que buscase un perro tranquilo y dulce, si es que algún cualquiera que pasara por allí queriendo adoptar un perro decidiera que su enorme tamaño y su timidez no importaban. Era realista, estaba difícil la cosa.

Martín se sentó en el chenil y Corcho se acercó rápidamente a buscar unas caricias. Recordaba perfectamente al ovillo tembloroso que había sido al llegar, lo mucho que le había costado ganárselo. No le había olvidado, ninguno de los perros lo había hecho pese al tiempo que había estado en el norte. Tampoco él les había olvidado a ellos, en este caso

El cachorrón se apretó contra su pierna panza arriba, buscando su mano con la trufa oscura y húmeda. Algo así hubiera sido impensable cuando llegó, pero el chico ya se había acostumbrado a transformaciones sorprendentes.

Martín acarició el abundante pelo del cuello, pensando primero vagamente en el calor que tendría con tanto pelo y luego en que tenía que ir a la pequeña oficina de la asociación, en la que hacía una temperatura infernal. Lo necesitaban allí cogiendo el teléfono, respondiendo correos y mensajes de las redes sociales y atendiendo a los que llegasen para entregar un animal o adoptarlo, que por desgracia eran pocos. Atender a la gente no era lo que mejor se le daba, pero aún era verano y estaban en cuadro. Más tarde su mente volvió inexorablemente a Juan, con el que aún estaba mosqueado y que llevaba un día entero sin dar señales de vida, y sobre todo a Mal, que en esos momentos estaría trabajando. Septiembre también suponía demasiados cambios de turnos y horarios para ella.

El mastín suspiró bajo las caricias de Martín, que sonrió al verle retorcerse feliz bajo su mano.

Los animales de la protectora no están ahí para suplir tus carencias emocionales, para ser un parche para tus problemas. Recordaba bien lo que Mal le había dicho pocos meses atrás, cuando comenzó el voluntariado. Tenía toda la razón, pero a esas alturas también sabía que era inevitable no buscar que te arrojaran un poco en determinados momentos.

Juan se equivocaba. Sabía bien que no era un pasatiempo para Mal, igual que ella no lo era para él. Sabía bien lo que estaba pasando entre los dos, aunque no lo hubieran hablado. Había

tenido tiempo de sobra para darse cuenta. Y como lo sabía, no tenía la urgencia de Juan por poner las cartas sobre la mesa. El problema es que ambos se estaban conteniendo constantemente cuando estaban juntos. Medían todo lo que hacían, todo lo que decían, porque sabían que si se dejaban rienda suelta se verían metidos en una historia enorme, tan grande que aterrorizaba. Era como asomarse a una cascada bestial y saberse incapaz de saltar porque miedo a lo desconocido. Habían construido una presa que liberaba el amor y el deseo que se tenían a cuentagotas, para no verse arrollados por el caudal. También sabía que si ella decidía saltar, él lo haría sin dudarlo. Era ella la que más temía hacerlo.

Martín se despidió del mastín y se dirigió a la oficina, saludando por el camino a Miguel que andaba instalando un techo de metacrilato en una parte del patio, para tener algo más de sombra. Era poco probable que viniese alguien o que sonase el teléfono. Tanto mejor. A Mal era a la que menos le gustaba tenerle en ese puesto, ya había demostrado en el pasado que tenía poca paciencia con determinada gente. En julio había atendido a una mujer que “quería adoptar un chihuahua, pero solo si es pequeño”, la había hecho recorrer todos los cheniles y le había soltado un sermón que había comenzado con que los animales no eran accesorios de moda, y que había infinidad de perros estupendos para adoptar si tenías buen corazón, pero había ganado intensidad hasta que acabó acusándola de ser una superficial que se regía solo por el aspecto y que había que tener mucha cara para ir a un sitio como aquel buscando sacar gratis lo que costaba dinero, que lo suyo no era querer adoptar por amor a los animales sino por amor al euro. La señora acabó bufando y llamándole de todo menos guapo y Laura le había dedicado una charla de tres horas. No podían permitirse la mala publicidad, había que tener mano izquierda e intentar reconducir el capricho a una adopción o a una negativa razonada.

Mientras recorría el pasillo entre ladridos iba pensando en Mal y en que tal vez Juan sí que tenía razón en algo: ya era hora de preguntarse hasta cuándo iban a seguir así. Martín empezaba a sentir que necesitaba abrir las compuertas a aquel torrente desconocido. Es posible que hubiera llegado la hora de saltar.

Capítulo 51: solo en casa

– Si necesitas cualquier cosa, me llamas. Estaré pendiente del móvil, de no quedarme sin batería, pero por si acaso quiero que metas en la agenda el teléfono de David y el fijo del hotel. Te paso los dos por WhatsApp antes de irme –

– No te preocupes, que es solo un fin de semana. No voy a molestarte en tus minivacaciones, que ya sé que las semanas en el piso de la abuela no son vacaciones del todo para ti – Martín se tumbó con las manos cruzadas bajo la nuca en la cama en la que había estado sentado, viendo a su madre terminar de meter ropa en su pequeña maleta azul.

– No me vas a molestar, que tampoco me voy a un monasterio con voto de silencio. Vamos a hacer algo de senderismo, visitar algún pueblo, comer bien y aprovechar la piscina del hotel, que tiene una pinta estupenda –

Martín calló, pero pensó que no era lo único que iba a hacer su madre con su compañero de trabajo, con su novio, con lo que demonios fuese, en aquel hotel. Racionalmente lo tenía más que asumido, pero en muchos otros planos seguía tocándole los huevos. Decidió pensar en cualquier otra cosa mejor que en su madre y David compartiendo la cama. Mejor aún, en nada. Pronto vio que el techo tenía varias pequeñas grietas y había una mancha en una esquina de la pared de tono amarillento. El dormitorio de sus padres necesitaba una buena mano de pintura. Para él siempre sería el dormitorio de sus padres. A saber lo que habría visto ese techo. A ver... que tampoco es que quisiera imaginar a sus padres en ese plan, pero estaba claro que lo habrían hecho sobre esa misma cama con frecuencia y no sólo la vez que justificaría su existencia. Martín decidió que huir de una imagen mental incómoda no le había conducido precisamente a otra mejor. Se puso en pie.

– Te has quedado muy callado. ¿En qué piensas? – preguntó su madre mirándole con una ceja arqueada.

– Nada, en cuándo sería la última vez que pintaste este cuarto. No le vendría mal otra manita –

– Justo después del accidente. Me animaron a hacerlo y me dejé convencer. Entonces no hacía falta, pero en aquellos días no estaba en mi mejor momento para tomar decisiones. Luego me he ido dado cuenta de que mucha gente suele pintar la casa justo después de que muera alguien. O al menos el dormitorio – su madre miró el techo y las paredes – tienes razón, no le vendría mal, pero me da pereza, tanto el dinero que cuesta como el lío que se monta –

Martín fue a la cocina buscando algo fresco para beber, dejando a su madre terminar de prepararse. La nevera estaba hasta arriba de comida, incluyendo tappers como para sobrevivir a una hecatombe zombie durante una semana sin tener que cocinar. Había intentado convencerla de que no se complicase la vida, que si niños de nueve años podían hacer un solomillo Wellington en masterchef junior, bien podía él hacerse pasta, meter pizzas en el horno y freírse cosas, pero había resultado imposible. “Cállate, es la primera vez que te dejo solo en casa y sigues siendo mi niño pequeño”, había dicho dándole un abrazo en el sofá que le había hecho incómodamente consciente de que para ella aquello de que era un crío sería siempre una realidad inmutable.

Cuando oyó a Anastasia cantar brevemente desde el móvil de su madre, supo que había llegado el momento de la despedida.

– Mamá, tendrías que quitarse esa canción del móvil. Ya no se lleva tener música como tono de llamada – la chinchó en broma.

– Anda, ven a darme un achuchón y a prometerme otra vez que te portarás bien – dijo ella ignorando su recomendación, como siempre.

– No, te bajo yo la maleta y nos despedimos abajo –

– No te preocupes, que no pesa nada, tiene ruedas y tenemos ascensor –

- Insisto – dijo él cogiendo la correa de Logan, que rondaba la puerta con la esperanza de estirar las patas. Realmente no le apetecía nada bajar y ver a David. Por buen tío que fuese, no había química entre ellos, pero al viejo pitbull le venía bien bajar.

David estaba aparcado en el vado de un local que casi nunca utilizaban. Al ver que se acercaban bajó de su Audi A4, que era al menos tan viejo como Logan, para coger la maleta y soltarla en el maletero, junto a otra de similar tamaño. Sobraba espacio por todas partes.

– Pásalo bien – se limitó a decir a su madre mientras la besaba. Luego aguantó la palmadita que David le dio en el hombro y le devolvió la sonrisa.

– No la lées muy gorda tío, que recuerdo bien lo que era tener tu edad y tener el piso para mí solo –

Martín rio con las ganas justas, se despidió con la mano y dio media vuelta, dejándoles entrar en el coche y ponerse en marcha, sabiendo que se darían un pico en cuanto no les estuviera mirando.

Sí, tenía que reconocer que no era mal tipo. También que a su madre se le había iluminado la cara cuando había visto su rostro barbudo, pero no podía con las palmaditas, con lo de que le llamara “tío”, con sus intentos constantes por ganárselo, con que fuese siempre un experto en todo... Se esforzaba demasiado.

Apenas había cruzado de nuevo el portal cuando notó que el móvil vibraba. Era su madre, guardó en memoria los dos números de teléfono que le había mandado y le envió una carita con un beso y el pulgar hacia arriba; luego buscó el nombre de Mal y escribió: “Solo en casa. Te propongo plan novedoso: cenar y a ver una película en casa”.

La respuesta no tardó en llegar: “¿Novedoso? Eso ya lo hemos hecho varias veces”.

“Pero nunca en mi sofá”, contestó él.

Esta vez el silencio duró varios minutos. Martín quiso creer que se debía a que alguna clienta estaba preguntando por una talla o que estaba cobrando las compras de otra, tal vez a que su jefa andaba cerca: no les gustaba que las empleadas anduvieran mirando sus móviles mientras estaban trabajando. Quiso creer que era por alguno de esos motivos o por cualquier otro que no fuera que se estaba pensando si le apetecía.

“Ok Mastín, a las 23 estaré allí. Este horario es una mierda”.

Quedaban seis horas. De repente estaba realmente nervioso.

Seis horas reales se habían convertido para él en doce. Demasiado tiempo por delante. Había recorrido la casa impaciente, como un tigre enjaulado, buscando en qué entretenerse y sin ser capaz de concentrarse en nada. Ni la televisión, ni el libro de Pratchett que andaba leyendo, ni la consola, ni Internet, ni comer... El calor que tenía al pobre Logan tumbado sobre las frescas losetas de la cocina no ayudaba. Pero al mismo tiempo el calor era lo de menos.

Era absurdo. Habían estado solos en casa de Mal constantemente. De hecho era su refugio, el único sitio en el que se permitían hablar y obrar con libertad. Pero por el motivo que fuese, el

hecho de que aquella noche hubieran trasladado el escenario a su casa le tenía atacado. Tal vez no fuese el cambio de lugar, sino la decisión soterrada de avanzar en su relación que había adoptado en casa de Juan. Por mucho que quisiera que lo suyo avanzase, no tenía nada decidido al respecto. No había pensado en ninguna línea de actuación, en qué decir o hacer. Nada.

Cuando eran ya las diez decidió que al menos podría hacer algo útil y preparar la cena, aprovechando esa nevera repleta que tenía. Así podría ponerse a cenar con Mal según llegase. No podían ser las fantásticas croquetas de su madre, que tenían trocitos del jamón del cocido. Ella no comía carne. Eso descartaba también los tupperes con el salmón y el pollo guisado. Siguió mirando a ver si le venía la inspiración.

– No se está mal aquí, frente a la nevera abierta – dijo dirigiéndose a Logan, que había interrumpido su sueño para acercarse por si caía algo comestible del cielo.

Había salmorejo de brick, que le gustaba a su madre, eso podían aprovecharlo, pero tendría que haber algo más. Podía hacer una ensalada, que picar tomate y cortar lechuga era fácil, pero algo le decía que salmorejo y ensalada no era plan. Hacía falta algo más consistente. Rebuscó por los cajones y encontró un sobre olvidado de unos fideos japoneses que únicamente había que cocer con un poco de agua. A saber cuándo había comprado eso su madre, que no era muy amiga de precocinados. Ponía que eran dos raciones y se sentía capacitado para llevarlo a buen puerto, así que comprobó que no estuvieran caducados y los dejó en la encimera junto con el cazo con agua. Salmorejo y Yakisoba, cocina fusión como la de Dabiz Muñoz. Ponía que se tardaba apenas cinco minutos, y volcar el salmorejo en cuencos era cuestión de segundos. Poner la mesa bonita podían ser otros cinco. Su plan de cocinar para matar el tiempo hacía aguas por todas partes.

Tal vez su madre no estaba tan equivocada al llenarle la nevera de comida.

Puso la mesa lo mejor que supo, incluyendo una vela que había encontrado olvidada en un cajón, colocó el salmorejo en dos copas como había hecho su madre una vez que tuvieron visita y decidió que no aguantaba ni un segundo más esperando en aquella casa y que prefería esperar a que llegase en la calle con Logan.

Cogió la correa y bajó, rezando por que hiciera más fresco en la calle que en su salón.

Capítulo 52: el Bósforo de Martín

Mal no llamó al timbre, se limitó a dar unos leves toques en la puerta. Daba igual lo suaves que fueran, Martín no hubiera pasado por alto un simple roce de nudillos contra la madera barnizada. Llevaba media hora esperando su llegada.

Abrió con el corazón saltando en el pecho y repitiéndose que no había motivo objetivo para estar tan nervioso. Abrió y lo primero que vio fue su sonrisa, así que se agarró a ella para recuperar el control y no parecer un imbécil. Había pasado por casa para cambiarse, probablemente también para bajar a Trancos, que se apretaba contra su pierna. Llevaba unos shorts vaqueros, una vieja camiseta gris y la cara lavada. El chico ya sabía que con aquel calor no soportaba la capa de maquillaje que le obligaban a ponerse en el trabajo.

– He subido con Trancos. Llevo todo el día fuera y no quería que estuviese más tiempo solo. Espero que no importe –

– Claro, perfecto – dijo él haciéndose a un lado para que pasaran. Habían aprendido a saludarse de manera contenida, a encerrar mundos enteros tras un cruce de miradas, pero en cuanto Martín cerró la puerta desapareció el espacio entre sus cuerpos; sus bocas y sus manos se encontraron. Territorio conocido y al mismo tiempo peligroso. Durante un único y turbio instante el chico recordó otros labios, otra piel embriagando la suya en aquel mismo lugar, apoyados en esa misma puerta, no tantos meses atrás. Apartó el recuerdo de Manu que le había tomado al asalto casi al mismo que Mal se apartaba de él.

– Déjame que suelte el bolso. Y veamos qué cena me tienes preparada, que vengo muerta de hambre –

Cenaron en poco tiempo aquel desastre culinario que había improvisado. Mal no se quejó, parecía genuinamente encantada con la mesa puesta con vela reciclada, el yakisoba de sobre y el salmorejo de brick. También parecía cansada, incluso preocupada, aunque se esforzaba en ocultarlo. Martín no quiso preguntar por no estropear el momento. Probablemente fuera algo del trabajo, que sabía que cada vez la tenía más quemada. Cenaron mientras Trancos les observaba tumbado, todo un elegante Osiris. Logan dormía, ni siquiera se había levantado para saludar a Mal o para mendigar algo de comida. El calor y los años le tenían vencido.

Tras recoger, Martín condujo a Mal a la parte del mueble del salón en la que estaban las viejas películas en DVD que habían pertenecido a sus padres para que eligiera qué quería ver. Hacía años que no compraban ninguna, así que no se trataban precisamente de estrenos.

– *La jungla de cristal, Rocky, El gran halcón, Gallipolli, Sin perdón, Gattaca, Terminator...* – fue leyendo Mal los títulos de la balda superior.

– Son buenas pelis. Casi todas las compró mi padre porque decía que todas esas películas hay que verlas al menos una vez – Martín se sentó en el suelo a su lado – Mira, si quieres algo más tranquilo aquí está ‘Lady Halcón’, ‘La princesa prometida’, ‘Historias de Filadelfia’, ‘Terciopelo azul’... –

– La cinefilia nunca ha sido lo mío. Me parece bien casi cualquiera. Elige tú, sorpréndeme – La chica se levantó, seguida por el galgo negro, y sentó en el sofá, a la espera.

Martín miró las películas que tenían, rumiando cuál podría gustarle. Recorrió con el dedo la hilera de títulos puestas en vertical, hasta que dio con una que le pareció que podría ser perfecta. Extrajo la caja y se la enseñó a Mal.

– No la he visto, me parece bien –

Introdujo el DVD en la consola y la puso en marcha. Con las ventanas abiertas entraba bastante ruido de la calle, pero ni se planteó prescindir del poco aire fresco que también entraba, así que subió el volumen y se sentó junto a Mal, que inmediatamente se descalzó para poder ovillarse a su lado. El chico la rodeó con su brazo, ajeno al calor, al ruido, a todo lo que no fuera la respiración sosegada de Mal contra su pecho, su peso contra su costado y la historia de amor que escondía aquel paciente desfigurado en plena guerra.

Pasó en la escena de la bañera. Mal detuvo el DVD y se tumbó sobre su regazo, boca arriba.

– ¿Yo lo tengo? ¿Tengo mi propio Bósforo de Almasi? –

Estaba preciosa, mirándole divertida, con los labios entreabiertos. Martín deslizó el dedo por su cuello hasta llegar al pequeño hueco que formaba su garganta.

– No, tú tienes el Bósforo de Martín – El chico se inclinó para besarlo con delicadeza. Ella se giró, buscándole. Y entonces todo fue arrebatador, confuso, rápido. Sudor contra sudor, una

mano experta que le guiaba, ropa que desaparecía. Las sensaciones le sobrepasaron y se rindió a ellas.

Pocos minutos más tarde, con la película aún congelada y el aliento ya recuperado, preguntándose si era cierto lo que había pasado o si lo había soñado, ella habló de nuevo con unos labios aún más llenos, exhibiendo una piel de terciopelo encendido.

– Ven Mastín –

Lo tomó de la mano para ponerlo en pie y conducirlo hasta su cuarto, a su cama de noventa centímetros de ancho. Para repetir sin prisas aquella magia que aún no dominaba y que les dejó exhaustos y pletóricos, abrazados el uno al otro.

– Puedes quedarte a dormir si quieres – susurró Martín en su oído, sabiendo que ella no tenía que trabajar ese sábado por la mañana, deseando que accediera a permanecer unas horas más a su lado.

– Mmmm – ronroneó ella sin abrir siquiera los ojos

Por la mañana les despertó el teléfono de Mal sonando a todo volumen antes de lo que tenían previsto. Martín se incorporó totalmente fuera de lugar, creyendo por un momento que todo lo vivido la noche anterior había sido un sueño, hasta que la vio allí, a su lado, su rostro aún marcado por el sueño y hablando con seriedad sobre ir inmediatamente a algún sitio.

– ¿Qué pasa? – preguntó en cuanto vio que ella colgaba el teléfono y se lanzaba al salón a buscar sus pantalones, sin pudor ninguno.

– Tenemos que irnos. La Policía ha localizado un criadero ilegal. Ya lo sabíamos, iban a ir a incautar los animales la semana que viene y teníamos que acompañarles. Nosotros y otras tres protectoras para repartirnos los perros que tengan, pero por lo visto las cosas se han torcido y han tenido que hacerlo hoy, así que tenemos que salir pitando para allá –

– ¿Dónde es allá? – dijo Martín yendo tras ella, buscando también su ropa y sacudiéndose el sueño de encima a base de fuerza de voluntad.

– Bastante lejos, casi en Aranjuez. Laura y Miguel ya están de camino con la furgoneta. Nosotros tendremos que espabilar, bajar a toda velocidad a Trancos y a Logan y desayunar por el camino, si es que tienes algo que podamos llevarnos a cuestas. De hecho, si te parece, yo bajo a los perros mientras tú terminas de apañarte y coger algo de comida. Dejo a Trancos en casa, me lavo los dientes, te subo a Logan y nos vamos pitando –

Así hicieron. Cuando salía corriendo apenas se dio cuenta de que Ernesto entraba en aquel momento por el portal, equipado con el periódico y con una sonrisilla maliciosa.

Durante el trayecto no hablaron de lo sucedido aquella noche. Mal iba contándole que aquel tipo de operaciones no eran infrecuentes, que también pasaba a veces con personas que tenían el síndrome de Noé y acumulaban animales sin ton ni son, que probablemente no se podrían dar en adopción de momento, pero que no les faltarían novios por ser animales de razas de moda, que habría que extremar el cuidado para ver a quién se los daban, que casas de acogida sí que iban a necesitar.

Miguel y Laura estaban ya en la puerta hablando con dos mujeres de unos cincuenta años. No eran los únicos, otras cinco personas y un par de policías también estaban esperando a entrar. Había otros policías dentro del garaje del chalé, que por lo visto era dónde tenían ubicado el criadero.

– Ya creíamos que no llegabais – dijo Laura a modo de saludo.

– Esto no está precisamente cerca – protestó Mal, saludando a continuación a las dos mujeres con las que habían estado hablando y a algunas de las otras personas que había por ahí. Presentaron a Martín, pero el chico se quedó en un segundo plano, junto a Miguel.

Tenían que notárselo en la cara. Era imposible que no supieran solo con verle lo que había pasado durante la noche. Pero no, aparentemente aunque aquella mañana se sintiera como si sus cimientos se hubieran sacudido, nadie se percataba de nada.

Un policía joven, casi tan alto como Martín y exageradamente pelirrojo, les invitó a entrar a ver a los animales. Y ahí fue cuando Martín entró en un infierno que casi le hizo olvidar lo que había ocurrido.

El lugar apestaba. A un lado y a otro del garaje se apilaban jaulas metálicas en las que había uno o varios perros, todos de razas pequeñas: chihuahuas, yorkshires y unos pobres animales con greñas blanquecinas y mugrientas que debían ser bichones malteses. Algunos ladraron, la mayoría se limitaron a mirarlos aterrorizados.

Martín recorrió aquel horror mientras oía frases sueltas a su alrededor: “mira las uñas, tienen las patas deformadas de las jaulas”, “creo que a ésta le han hecho una cesárea hace poco, y la han zurcido a puñetazos. Pobre animal”, “la marroncita está preñada. Y creo que ahí al fondo hay otra con dos cachorros”, “hay dieciséis. Eso han dicho”, “sí, es probable que haya algún perro robado”, “tenemos que ver cómo los dividimos”, “nosotros tenemos ya cuatro casas de acogida”, “sí, haz fotos. Han dicho que podemos”.

Se detuvo junto a una jaula en la que un chihuahua de color crema le observaba encogido, con el rabito entre las patas. Tenía algunas peladuras y los ojos llenos de legañas, parecía joven. El chico bostezó, una señal de calma que todos los perros conocían; alargó la mano junto a su costado, con la palma hacia abajo y muy despacio. El animal se encogió aún más y se pegó a la parte trasera de la jaula, jaulas que ni siquiera serían dignas para tener gallinas. Solo verle dolía, partía el corazón. Entonces el dolor prendió y se convirtió en rabia, la vieja rabia conocida que le había hecho lanzarse a defender a Juan, que le hizo saltar la verja de la protectora y perseguir al monstruo que lanzó a los gatitos, que le impulsó a salvar el terraplén para llegar a la perra atrapada por el cepo sin saber cómo saldría con ella a cuestas. Pero allí no podía hacer nada con aquella rabia. No tenía a quién dirigirla. Solo podía tragársela e intentar digerirla.

Martín salió de allí asqueado, buscando aire fresco y cielos abiertos, casi llevándose por delante al policía pelirrojo. Encontró un árbol que daba cierta sombra y allí se apoyó, intentando serenarse. Ella no tardó en llegar.

– Es duro, ya lo sé. Yo estoy acostumbrada a ver muchas cosas, y aun así lo de hoy es tremendo
– Mal apoyó la mano en su antebrazo y lo miró preocupada.

– Estoy bien, no me pasa nada. Es que de repente necesitaba matar a alguien y no era plan, no tenía al culpable a mano y además hay demasiada policía – intentó bromear.

– Sí, la impotencia es una putada. Sobre todo si piensas en lo poco que les va a pasar a los responsables de todo esto con las leyes que tenemos. Ojalá la gente abriera los ojos y se diera

cuenta de que hay que adoptar, y de que si quieren comprar tienen que mover el culo y ver a la madre y el lugar en el que está para asegurarse de no estar fomentando esta mierda. Una de las perras que tenían criando era apenas una cachorra, la deben haber preñado en su primer celo. Hay otra a la que han practicado una cesárea a lo bonzo. Tienen los papeles falsificados y seguro que algunos de los perros son robados. Ninguno de esos animales ha salido de las jaulas en mucho tiempo – Mal suspiró y se apoyó en el árbol junto a él – Podría seguir un buen rato contando barbaridades y los hijos de puta que lo han hecho no lo van a pagar, no como merecen, estoy convencida –

Estaban uno junto al otro. Martín acarició sin apenas moverse la mano de Mal, que estaba apoyada en el tronco junto a la suya. Nadie podía verlo. Lo hizo para consolarla y para consolarse, para mitigar la rabia roja que aún sentía bullir.

– Tal vez esta noche podamos terminar de ver la película – dijo él al fin.

– Claro, aunque me da de que no va a ser de las que acaben bien – apuntó ella interrogándole con la mirada. Martín negó con la cabeza, confirmando su impresión.

– Había imaginado algo así. Tal vez tengamos que buscar otra película. Me apetecen los finales felices. Tampoco está tan mal que para nosotros acabe con ellos en la bañera –

Martín sonrió.

– Vale, será nuestro final –

Mal suspiró y se separó del árbol. Cuadró la mandíbula y señaló al garaje.

– Voy a volver, tenemos que organizar cómo nos repartimos los perros y luego ver cómo atendemos y ubicamos a los que nos toquen. Tú quédate aquí si quieres –

El chico negó con la cabeza y echó a andar a su lado, lamentando no poder hacer algo tan inocente como cogerla de la mano.

Capítulo 53: Dos días y dos noches

Martín acababa de descubrir que dos días y dos noches podían durar toda una vida. Dos días y dos noches, ni siquiera cuarenta y ocho horas, porque Mal había llegado el viernes casi a medianoche y se había despedido el domingo a las cuatro de la tarde para evitar que su madre la encontrase allí. Muy poco tiempo que para Martín había durado un mundo, hasta que vio entrar a su madre por la puerta con la pequeña maleta y aquel mundo pasó a parecer un sueño difícil de creer cierto.

Habían trabajado mucho aquel día y medio. Lo primero que habían hecho era llevarse a los nueve perros que les habían tocado en el reparto, cortándoles el pelo, las uñas, con Mónica revisándolos a fondo y administrando antibióticos, antiinflamatorios, curas y extrayendo sangre a todos ellos. Todos tenían documentación, salvo uno, una diminuta yorkshire que al quitar nudos y mugre resultó tener el manto plateado y cuyo chip indicaba que sus propietarios vivían en el centro de Madrid. Habían denunciado su desaparición hacía tres años. Una perra robada para ser usada como una máquina para criar. Llamaron casi inmediatamente pero no dieron con ellos, tal vez habían cambiado de móvil. Martín interrumpió su actividad en las redes sociales de la protectora, contestando a la miríada de personas que se había ofrecido para acoger o adoptar a esos animales nada más ver las fotos que había subido, para buscar en Google el nombre de sus dueños. No tardó en dar con una página de Facebook y dejó un mensaje explicando la situación. Contactaron con él el domingo y quedaron en pasar el lunes por la protectora. Probablemente ahí tendrían el primer final feliz. A los otros ocho aparentemente no iba a costarles encontrar un hogar en cuanto el juez permitiera que se dieran en adopción. De momento solo podían salir en acogidas muy controladas. Con socios veteranos y un par de voluntarios lo solucionaron. La protectora no era el mejor lugar para aquellos perros minúsculos, aterrorizados, mal socializados y, en algunos casos, convalecientes.

También necesitaban dinero para atenderlos y así lo había dejado claro en twitter y facebook. Martín no controlaba las cuentas de la protectora, pero Laura sí y le dijo por whatsapp que habían tenido un pico de donaciones, pero nada comparado con el inmenso número de peticiones de adopción.

– Hay que tener cuidado con la gente que se mueve por impulsos, por capricho, con los que quieren sacarse gratis un perro como quien consigue un bolso de marca en el mercadillo -, le

había dicho Mónica tras haber estado hablando con Mal de la necesidad de intervenir a una bichón maltés con piometra y mientras comían un bocadillo en la consulta.

Era exasperante. Tantos novios surgidos como setas para esos animales por ser pequeños y de razas de moda, mientras que tantos perros sin raza pero perfectos e igualmente necesitados de un hogar esperaban en la protectora sin que nadie se interesara con ellos.

– Es como para perder la fe en el género humano, ¿verdad? – comentó Mónica tras oírle despotricar.

También le desesperaba tener tan cerca a Mal y no poder tocarla, no atreverse siquiera a mirarla por miedo a que la perspicaz veterinaria supiera lo que había entre ellos. Esa relación sin nombre y oculta a todos que ese fin de semana había dado un paso adelante. Ahora sí que iban a tener que hablar, ahora sí que tenía sentido plantear que dejaran de esconderse y le buscaran un nombre.

Habían llegado a casa a las seis, a toda velocidad para bajar a dar un paseo a Logan y a Trancos. Ya no se separaron, explorándose de nuevo, indignándose juntos, riendo, jugando con los gatitos filósofos, bajando de nuevo a los perros para recoger algo de cena, haciendo de nuevo el amor. Y el domingo transcurrió de una manera semejante, con un largo paseo por el pinar, varias horas en la protectora atendiendo a aquellos invisibles en los que nadie se fijaba por ser cruces de podencos o pitbulls, volviendo de nuevo a la carrera a casa para atender a los gatos, comer juntos y despedir uno en brazos del otro aquel fin de semana que ya sabía desde el momento que ella entró por su puerta acompañada del galgo que sería imposible de olvidar.

Su madre llegó feliz y arrebolada por el sol. Charlaron del fin de semana que ella había pasado sin contar del suyo nada más que el rescate en el criadero. Algo había visto ya su madre, que seguía la página de Facebook de la protectora. Hablaron un rato mientras ella ponía una lavadora y Martín procuraba no montarse imágenes mentales de su madre con David haciendo lo mismo que él había estado haciendo con Mal, tal vez al mismo tiempo. Desconocía el motivo, pero descubrió que ya no le sentaba mal pensar que su madre tal vez estuviera rehaciendo su vida con aquel hombre.

La tarde transcurrió tranquila, hasta que ella decidió bajar a Logan antes de cenar a la calle para aprovechar y sacar dinero. Martín se dio cuenta nada más verla entrar de nuevo en casa que algo iba mal. Esperó a ver si se decidía a hablar, pero no dijo nada. Cenaron en un violento

silencio que Martín intentaba romper con todo tipo de comentarios que incluso a él le sonaban forzados y que ella respondía con poco más que monosílabos.

– ¿Qué te pasa, mamá? Y no me digas que no te pasa nada – dijo él al fin.

Su madre le miró, muy seria, antes de contestar – ¿No hay nada que quieras contarme de este fin de semana? Aparte de lo del criadero, claro –

Él supo que era una pregunta trampa en cuanto escuchó sus tres primeras palabras. Ambos se conocían bien, eran madre e hijo, y Martín supo que ella lo sabía. Aun así no dijo nada.

– Nada. ¿Por qué? –

De repente ella pareció muy cansada, más mayor – He visto a Ernesto cuando bajaba con Logan –

Martín apretó los labios. Aquel gilipollas. Ya sabía lo que venía. ¡Cómo podía haber sido tan imbécil!

– Ese imbécil que ni me saluda cuando nos cruzamos en el porta – continuó su madre – parecía estar apostado esperándome. Saltó delante de mí con esa sonrisa de sapo encantado de conocerse que tiene y me dijo que era su obligación de buen vecino informarme de que la chica del galgo había pasado aquí contigo todo el fin de semana, que era mucho mayor que tú y que se sentía en la obligación de contármelo. ¡Buen vecino! ¡JA! Casi podía verle relamerse –

Martín se contuvo para no ponerse en pie jurando en arameo. ¡Viejo amargado! Iba a costarle aún más no estrangularle cuando se lo encontrara de nuevo en el descansillo. Al menos su madre parecía más enfadada con el impresentable del bajo que con él.

– Por supuesto le he dicho que yo ya lo sabía, que tenéis mi bendición y que se ocupe de sus cosas. ¡Qué se ha creído ese cabrón! – añadió ella exaltándose por momentos. Martín se sintió de repente muy orgulloso de su madre, hasta que entonces lo miró aún más enfadada de lo que había parecido antes. Por un momento se sintió como cuando tenía seis años y había hecho alguna trastada.

– ¡Pero que me tenga que enterar por él! Te hubiera matado si te hubiera pillado en ese momento. ¿Es que no tienes confianza conmigo? ¿Tan mala y tan poco comprensiva soy? ¿No

estoy harta de decirte que podemos hablar de cualquier cosa? – Los ojos de su madre pasaron de reflejar ira a dolor primero y después decepción, y eso le partió por la mitad.

– Mamá, no es eso. No es que no confíe en ti, es que ambos decidimos guardárnoslo de momento. Nadie lo sabe, absolutamente nadie –

Su madre sacudió la cabeza, sin devolverle la mirada. – Algo me había oído, aunque no quería creerlo. Vale. Entiendo que tampoco tengas que venir corriendo a contarme todo a la primera de cambio. Entiendo también que ya no eres un niño, aunque a mí me cueste verte de otra manera – Entonces levantó la vista y lo miró fijamente a los ojos, aún dolida aunque estuviera intentando racionalizarlo – ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Os lleváis bastantes años, ella ya es una mujer que vive sola, que trabaja. No quiero que nadie te utilice –

El dolor había dado paso a la preocupación, y lo único que podía hacer Martín era mitigarla.

– No me está utilizando. Sé que hay una diferencia de edad que ahora parece mucha, pero en pocos años no será apenas nada. Estoy bien, de verdad. No tienes que preocuparte –

Su madre abrió la boca, como si fuera a objetar algo, pero luego cambió de idea y lo que dijo fue – Voy a darme una ducha y a irme a la cama, que mañana toca madrugar. Y mañana además todo estará más tranquilo, lo veré más claro –

Se levantó y lo besó en la cabeza, su beso de buenas noches desde que Martín era capaz de recordarlo. Luego se retiró, con andar cansado. Martín recogió la cocina, fregó los cacharros y limpió la pila como no lo había hecho nunca. Luego arrastró también los pies hasta la cama, seguido por el viejo pitbull que se tumbó en el frente a su puerta, sabiendo lo mucho que le costaría conciliar el sueño.

Mal y él no habían hablado, no habían aclarado nada respecto a dónde estaban, hacia dónde se encaminaban. Martín no se había atrevido a sacar el tema por miedo a estropear la magia de esos dos días, de esas dos noches. El chico suspiró. Ahora sí que no iba a quedar más remedio.

Capítulo 54: “no voy a suponer un problema”

– ¡Logan! ¡Logaaan! ¡Ven aquí! – Martín iba en busca del viejo pitbull, que olisqueaba un matojo ajeno a su llamada. Siempre había sido un perro muy obediente, si no acudía no era porque hubiera decidido empezar a ignorar órdenes a su vejez.

– ¡Logan! ¡Ven! – volvió a gritar Martín acelerando el paso – Te estás quedando sordo como una tapia, tío – concluyó sabiendo que el perro ni le oiría ni le entendería.

Loga levantó finalmente la cabeza, buscando a Martín. Miró a su alrededor completamente desorientado y se dirigió decidido a un corredor que andaba estirando en un banco cercano. Cuando Martín vio lo que pasaba, echó a correr para llegar lo antes posible junto al perro. No lo logró antes de que Logan llegara hasta el tipo, que se quedó inmóvil y solo se atrevía a mirar alternativamente al enorme pitbull que lo olisqueaba extrañado y al chico que iba hacia él.

– No hace nada, tranquilo. Es que es ya muy mayor y ni ve ni oye bien, ha debido pensar que tú eras yo – dijo Martín que ya había llegado, agachándose para ponerle la correa.

– Pues no le sueltes. Además esos perros tienen que ir siempre atados y con bozal, pueden ser peligrosos –

Martín contó hasta cinco antes de responder a aquel hombre, que lo miraba muy digno dentro de sus mallas cortas y su camiseta de tirantes fluorescente. – Lo siento si te ha asustado, pero no es nada peligroso. Es muy bueno y muy mayor. Y en este parque a esta hora no hay prácticamente nadie –

– Aquí siempre hay gente. Y eso de que no es peligroso lo dices tú, pero es un animal y nunca se sabe –

El chico observó al tipo. Tenía unos cuarenta años y era tirando a bajito, Martín le sacaba fácilmente treinta centímetros, pero esa diferencia de altura no parecía achantarle. Estaba poniéndose chulo por momentos, una vez superado el susto inicial de ver acercarse un pitbull directo a él. En eso no se parecía a Ernesto, que se arrugaba si no se imponía de primeras. Al menos el corredor no estaba empleando un tono agresivo, probablemente eso evitó que se encendiera y se enzarzaran. Suspiró visiblemente y echó a andar con Logan, que parecía casi agradecido de volver a casa .

– No voy a poder soltarte más – dijo al perro en cuanto se hubieron alejado unos pocos pasos
– Ya casi no ves ni oyes. Te despistas y no vienes cuando te llamo. Me parece que se te ha acabado la libertad en los parques –

Logan avanzaba despacio, jadeando, con ese andar sinuoso, casi felino, que siempre le había caracterizado empañado por los años. Dormir buscando el rincón más fresco. Martín sabía bien que la etapa de las carreras y los juegos había acabado y ahora lo único que Logan deseaba era eso.

Tres horas más tarde estaba llamando al timbre de Mal con el corazón en un puño. Ya le había adelantado por WhatsApp que tenían que hablar, que Ernesto le había ido con el cuento a su madre, y ahora se estaba arrepintiendo de ello. ¿De verdad era tan necesario aclarar las cosas? Allí, frente a la vieja puerta de madera barnizada, lo único que quería era volver a los días del fin de semana, en los que parecían estar solos en el mundo.

Mal abrió escoltada por Trancos y con la pequeña Hipatia en brazos. Ya solo quedaban tres gatos por dar en adopción y Martín tenía que hablar seriamente con su madre para que adoptasen de una vez a Aristóteles e Hipatia. Quería a aquellos dos gatitos, pero no deseaba tener que enfrentarse a su madre para conseguirlo justo en aquellos momentos.

Mal depositó a la gatita junto a sus hermanos, que jugaban con una bola de papel de plata, y fue hasta el desvencijado sofá del salón seguida por Martín. Llevaba el pelo recogido en una coleta, lo que dejaba al descubierto su nuca desnuda y hacía que su cuello pareciera más largo. Martín había ido a hablar, pero apenas había dicho nada y ya estaba besándola, mordiendo su oreja, bajando por el cuello hasta aquel pequeño rincón que había reclamado como suyo. Mal respondió ofreciendo su garganta, devolviendo sus besos, quitándose la camiseta y sentándose sobre él. A Martín aún le abrumaba su entrega, la facilidad con la que hacía desaparecer todos sus problemas. Lo fácil que todo lo gris se desvanecía al entrar en ella. ¿Sería siempre así o la magia se evaporaría en algún momento en el que ya hubiera perdido la cuenta de las veces que la había conjurado?. Después permaneció tumbado en el sofá, incómodo por el poco espacio y las costuras de los cojines, y disfrutando el peso de ella sobre su cuerpo, sin el menor deseo de romper aquel momento. Fue ella la que lo hizo, marchándose para ir al baño y a beber agua y luego sentándose justo frente a él para preguntad cómo se lo había tomado su madre, prescindiendo de rodeos. Martín contestó con sinceridad: había

respondido muy bien al imbécil de Ernesto pero la notaba preocupada. Claro que tendría que acostumbrarse, a fin de cuentas él ya era adulto e iba a empezar la universidad en cuestión de un mes, es que aunque se opusiera iba a dar igual, como si tenía que buscarse un trabajo, que ingresar tu propio dinero siempre te da más libertad...

– No voy a suponer un problema, no te preocupes Mastín – lo interrumpió ella.

Martín la miró extrañado por el tono que estaba usando, por su aspecto triste y decidido, y no se atrevió a decir nada más, intuyendo la tormenta que estaba formándose.

– Me voy – afirmó con sencillez.

Martín sintió que desaparecía el suelo firme bajo sus pies. ¿Qué significaba lo que acababa de oír? No podía irse. ¿A dónde? Tenía que haber dicho otra cosa.

– He estado dándole muchas vueltas y al final he decidido irme – comenzó a explicar ella con voz suave, mirándole a los ojos y extendiendo las manos para acariciar las suyas mientras hablaba – Estoy harta de encadenar trabajos de mierda como dependienta de tiendas de moda que venden ropa que alguien medio esclavizado cose para hacer aún más multimillonario a otro alguien. No quiero que mi única posibilidad de crecer sea la de ser encargada de una de esas tiendas. No estudié para eso. Y estoy harta también de este país en el que no veo futuro, en el que todo está tomando un rumbo absurdo –

Martín era incapaz de pronunciar una palabra. Se limitó a mirarla con los ojos cargados de preguntas. ¿Cuándo? ¿Por qué? Ella pareció entenderlo y siguió hablando.

– No puedo seguir en este piso mucho más, era de mi abuelo y mis tíos ya quieren disponer de la herencia. Pero sobre todo no quiero seguir toda la vida siendo una dependienta entre miles que hace más multimillonario a un multimillonario – insistió.

– ¿Desde cuándo lo sabes? – preguntó al fin él.

– Llevo pensándolo mucho tiempo, pero no tomé la decisión hasta hace un par de semanas – contestó ella sin interrumpir sus caricias.

Martín apartó las manos, cortando el contacto con su piel en un intento por recobrar el control de su cerebro y poder hilvanar un par de ideas juntas.

– Eso significa que lo habías decidido ya cuando yo volví, que sabías que te ibas a ir y aun así dejaste que pasara todo esto – dijo abriendo los brazos para abarcar el desorden de ropa tirada a su alrededor.

– Tu querías y a mí me apetecía. También le di muchas vueltas, y al final pasó porque pensé que sería divertido y con cariño y respeto por ambas partes. No está mal para una primera vez. Mejor que la mía. En realidad la mayoría de las primeras veces son una mierda si la gente lo reconociese. Tal vez hubiese sido mejor con alguien de tu edad, en una relación distinta, una que viniese de antes y tuviese un futuro – Mal sacudió la cabeza – Ya está hecho. Yo no me arrepiento –

– Yo tampoco – contestó al fin Martín, incapaz de no reconocer la verdad pese a la mezcla de tristeza, decepción y enfado en la que estaba inmerso. Se estaba despidiendo. No tenían un futuro. Se iba.

– ¿Dónde te vas? – preguntó al fin.

Ella dudó un poco antes de levantar la vista para mirarle a los ojos con franqueza. – Lobo se va a Francia, a una zona de campo tranquila en Bretaña de la que procede su madre. Trancos y yo nos vamos con él –

– De que trabaja Lobo, si puede saberse – notaba que el enfado iba ganando terreno.

– Es ilustrador, sobre todo de cuentos infantiles. Ya ha logrado tener bastantes clientes, uno es una editorial bastante grande. Puede trabajar en cualquier parte –

Martín recordó al tipo adusto de la moto. Ilustrador de cuentos. Jamás hubiera acertado su oficio.

– Dejas a tu Mastín por un lobo. Me temía que acabaría pasando esto – La tristeza se impuso por encima de sus hermanas, la ira y la decepción.

– No te montes triángulos, no dejas a nadie por nadie. Ya te dije una vez que Lobo es mi amigo, como un hermano. Y eso va a seguir siendo -

– ¿Y si te pido que te quedes? – suplicó.

Ella lo miró sin decir nada. No hacía falta. Por mucho que rogase, ella se iría. La decisión estaba tomada hace tiempo y él había sido un pobre imbécil al creer que estaban en el comienzo de algo nuevo e importante para ambos.

– ¿Esto ha sido por lástima? – habló la decepción, salpicada de rabia.

– Me ofendes. No seas injusto –

El silencio entre ambos creció, incómodo, hasta que Mastín se atrevió a quebrarlo con su último intento desesperado de evitar que se fuera.

– Te quiero – dijo él por vez primera a una mujer, sintiendo que estaba arrancando las palabras hechas de plomo de su corazón – Te quiero – repitió, y esa segunda vez ya no costó ningún esfuerzo.

Ella callaba y tenía los ojos brillantes. No solo por las lágrimas.

– No sé si esto hará las cosas más fáciles, me da que no. Yo también te quiero Mastín –

“Un tío no llora en momentos así”, pensó una parte de él tragando saliva con dificultad para contener las lágrimas. “¡A tomar por el culo!”, pensó la otra parte que al fin las dejó escapar. Se limpió rápidamente los ojos con el antebrazo.

– ¿Y aun así te vas? – pudo hablar al fin.

– Tal vez sea mejor así, algo perfecto suspendido en el tiempo, inalterable, que mereció la pena, antes que una relación que se deteriora y se rompe y que deja un regusto agrisado. Nos acordaremos el uno del otro con nostalgia, con cariño. Nos preguntaremos que habría sido de nosotros si hubiéramos seguido juntos –

– ¿Por qué iba a tener que deteriorarse? – insistió él, aferrándose a la idea de que aquellos últimos días no podían haber sido un espejismo.

– Porque la vida te oxida Mastín, muy pocos tienen la suerte de tener relaciones de acero inoxidable. Nosotros ya partimos con unos cuantos hándicaps –

– ¿Unos cuantos? Sé sincera. Solo uno. La puñetera diferencia de edad –

– Vale, uno que lleva aparejados otros –

– Yo estoy dispuesto a afrontar las dificultades. No voy a rendirme – aseguró apretando la mandíbula. Ella extendió una mano para acariciarle el rostro, con una ternura infinita.

– Lo sé, mi Mastín valiente –

E hicieron el amor por última vez. Fue hermoso, fue triste y duró para siempre.

Capítulo 55: La carta

La carta apareció tarde. Martín había dejado la bolsa en un rincón de su dormitorio y no la había querido tocar. Pensó en tirarla directamente, pero algo le frenó, no supo nunca bien el qué. Aquel día que la vio partir, que se despidieron casi sin mirarse, se había limitado a instalar a los tres gatos en casa y a dejarse envolver por un estúpido programa de subastas que ponían en bucle en la tele.

La carta apareció tarde, habían transcurrido más de tres semanas. Veintitrés días en los que el calor sofocante había cedido, los días se acortaban visiblemente, el inminente comienzo en la universidad había cobrado protagonismo y durante los que Martín había creído estar soñando despierto casi todo el tiempo. En algunos momentos se sorprendía por la frialdad con la que estaba experimentando su ausencia. Papeleos, salidas, paseos, partidas, bromas... A veces parecía que ella no hubiese existido. En todo momento se sentía dueño de sí mismo, pero también extrañamente ajeno a todo.

La carta apareció tarde y probablemente fue lo mejor. Aristóteles e Hipatia habían llegado para quedarse y terminar de destrozarse el sofá, su madre había consentido finalmente. Kant se iría pronto, una familia se había mostrado interesada en adoptar y Laura había salido satisfecha tras la visita a su domicilio, así que era cuestión de poco tiempo que la adopción se formalizara y tuviera que entregarla. Martín se alegraba de conservar a los dos gatitos y de que el resto hubieran encontrado buenos hogares, pero también le sorprendía su propia falta de ilusión. Estaba contento por poder conservar a la pareja de gatos filósofos, adorables y psicópatas que había criado a biberón, desde luego, pero de una manera racional y contenida que no reconocía. ¿Sería eso crecer? ¿Convertirse en adulto implicaría sentir menos, perder intensidad?

La carta apareció cuando ya no esperaba nada, una mañana gris y cálida, pocos días antes de empezar las clases. Aristóteles había decidido que si lograba volcar aquella bolsa de papel que Martín ya había olvidado, tendría un fantástico escondite desde el que acechar a su hermana o a cualquier tobillo desprevenido que pasara por delante. El golpe sordo contra el suelo convocó al chico, que vio la carta con su nombre junto a un par de novelas y un CD de música.

Durante un instante no supo de dónde había salido todo aquello. Luego recordó la fría despedida, que ella puso esa bolsa en su mano para que se quedara su contenido y se había

marchado con los ojos tristes y los labios apretados, ahogando besos y palabras. Martín había querido enterrar aquel recuerdo del abandono.

La carta estaba cerrada y tenía el nombre que ella le daba. Un poco de papel sobre las tablas gastadas del parqué, muy poca cosa y aun así sintió que su mundo se tambaleaba. De repente sintió demasiado. Respiró para serenarse y dejar de sentir. Casi funcionó. Por un momento pensó en cogerla y tirarla, pero luego decidió que la volvería a meter en la bolsa, aprisionada entre aquellos libros de los que no quería saber ni el título. Se agachó. En cuanto sus dedos rozaron la tinta azul con la que ella había dibujado más que escrito "Mastín", supo que no la tiraría, que tampoco la escondería.

Se dirigió al salón con Aristóteles empeñado en asesinar los cordones de su zapatilla izquierda y con Logan siguiéndole jadeante. Ya en el sillón estuvo un par de minutos con la carta en las manos antes de decidir abrirla, como aquel que tiene que lanzarse a un mar de temperatura y profundidad desconocidas, pero necesita un tiempo para reunir el valor.

"Allá vamos", pensó, ajeno a la gatita que trepó hasta su regazo y se acomodó allí, toda suavidad y alfileres.

Hola Mastín. Sé que escribirte una carta no es buena idea, debería ser capaz de contarte lo que siento, lo que necesito que sepas. Pero no podría. Las palabras además duran muy poco, se recuerdan equivocadas, incluso se olvidan. Esta carta, salvo que la pierdas o la destruyas, siempre estará a tu alcance. Y es infinita. Si la vuelves a leer en el futuro, será como tenerme a mí de nuevo contándote lo que encierro dentro, lo que no me he sentido capaz de decirte en persona. Con la carta sé que no me dejaré nada, que no podré mirarte a los ojos y acabar haciéndote daño de nuevo. Al menos espero que así sea.

Sé que te he hecho daño. Lo hice la primera vez que te pedí que te fueras y lo he vuelto a hacer ahora. Nunca quise que fuera así, nunca quise herirte. No sé si lo compensa, pero quiero creer que también te he hecho feliz. Créeme si te digo que nunca te he tomado a la ligera, que nunca ha sido un juego. Conozco tu nobleza y también sé que no será consuelo para ti saber que a mí también me duele hasta partirme en dos. Me voy porque yo lo he decidido, pero me voy rota.

Desearía ser más fuerte. Si lo fuera no hubiera permitido que me quisieras, no me hubiera permitido quererte, y todo habría sido más fácil. Más frustrante, pero más sencillo. Habría sido

más adulto, más consecuente. Perdóname porque no pude. Recuerdo perfectamente la primera vez que te vi, una alta sombra en pleno invierno. Ibas paseando a Logan. También la segunda, cuando trajiste a Bruce Willis al refugio. Te recuerdo encontrando tu sitio, creciéndote cuando podías ayudar a otros. Te vi desde el primer momento como eres, bondad y fuego. Me resistí, pero ahora sé que estaba condenada a quererte desde el principio. Al final me rendí pensando que estaba siendo valiente, que no podía negarme ni negarte lo que ambos deseábamos. Seguro que me equivoqué, pero es un error del que no me arrepentiré.

Te quiero Mastín desde hace mucho. Esa es mi única disculpa. Te quiero y eso es algo que nunca podría haber evitado, incluso teniendo la fuerza suficiente como para alejarte. Ahora sé que, pese al dolor, tampoco querría haberlo evitado, porque ha sido algo hermoso y verdadero.

Perdóname por habernos roto el corazón.

En uno de los libros que te dejo, el de Matthiessen, uno de los personajes dice que el único corazón entero es el corazón roto, pero tiene que estar roto del todo. Yo me he ido con el corazón roto, roto del todo. Perdóname también por no quedarme, pero es que el corazón no es lo único que tengo roto. Necesito recomponerme, verme entera, enderezar mi vida por dentro y por fuera. Hay cosas que no sabes, cosas de las que yo no quiero acordarme, pero de las que tengo que sanar. Si no lo hago, si no me marcho, si no logro estar entera de nuevo acabaré haciéndonos aún más daño. A ti, a mí y a cualquiera que se cruce en mi camino.

¿Recuerdas la canción de Fiona Apple que me oíste cantar en el coche? Tienes también el disco. Te dije una vez que era la canción de mis pecados. No quiero que vuelva a serlo. Y si no me arreglo será la banda sonora de toda mi vida.

No te cuento esto para que te quedes creyendo que volveré entera, para que me esperes. No lo hagas. Ódiame si eso te ayuda, aunque sé que eres bondad y fuego y no lo harás. Bondad, fuego y fuerza. No me olvides, sé que te resultaría tan imposible como a mí, pero intenta olvidar el dolor.

Sé feliz, eso sí, eso siempre. Mira hacia delante. Tienes mucho que dar al mundo y que coger de él.

Martín tardó en levantarse. No leyó por segunda vez la carta. Sabía que volvería a hacerlo, pero no así, no tan pronto. Buscó el libro del que ella había hablado, se titulaba 'En el paraíso' y en la portada se veía una orquídea creciendo sobre un montón de zapatos viejos. Metió la carta dentro y lo puso en su mesilla. Sabía que lo leería, pero aún no era el momento. Tomó el CD y se dirigió al ordenador, buscó la pista de 'Shadowboxer' y la puso en marcha, con la cabeza del viejo pitbull sobre el muslo y el corazón vacío, más que roto.

I've been a bad, bad girl

I've been careless with a delicate man

And it's a sad, sad world

When a girl will break a boy just because she can

What I need is a good defense

'Cause I'm feeling like a criminal

And I need to be redeemed

To the one I've sinned against

Because he's all I ever knew of love

Era como si ella estuviese cantando. Ella, la primera mujer a la que dijo te quiero, la primera que le hizo llorar, la primera a la que amó. Su corazón se llenó y se rompió.

Y al fin volvió a sentir.